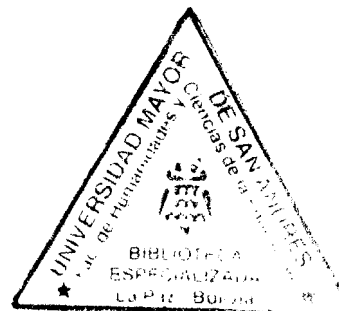
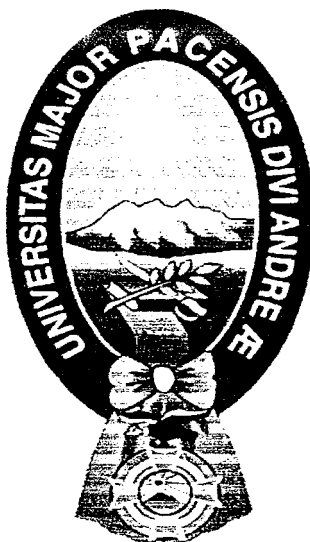


UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA DE LITERATURA



LA CATEGORÍA DEL TIEMPO EN LOS FUNDADORES DEL ALBA

TIEMPO DE LLUVIA

TESIS CREATIVA PARA OPTAR AL TÍTULO DE LICENCIADA EN LITERATURA

POSTULANTE: ESPERANZA YUJRA GÓMEZ

TUTOR: DR. JUAN CARLOS ORIHUELA

LA PAZ - BOLIVIA

2009

AGRADECIMIENTOS:

A la Carrera de Literatura, por los conocimientos adquiridos en ella.

A todos los docentes de la Carrera de Literatura, por sus enseñanzas.

Un agradecimiento especial al Dr. Juan Carlos Orihuela, tutor de esta tesis, por su decidido apoyo y por sus concejos tan necesarios y oportunos.

Por supuesto, un agradecimiento a mi madre por su comprensión y a Cleverth Cárdenas por sus sugerencias y por su apoyo incondicional.

PRESENTACIÓN

El ser humano, como todo lo que existe en el mundo, está inmerso en el tiempo, esta experiencia física y sensorial, cobra en la novela otros niveles de significación, pues en ella el tiempo es hipotético. En este sentido, el tiempo narrado es sólo una representación del tiempo, sin embargo, este tiempo debe mantener márgenes lógicos para que el mundo narrado sea reconocible para la conciencia del lector. En este sentido, las estrategias narrativas temporales utilizadas en *Los fundadores del alba*, novela escrita por Renato Prada Oropeza, proponen una lectura atenta y lúdica, pues la utilización de ellas son múltiples y variadas. Esta profusión parece corresponder no sólo a un afán experimental sino a la intención de reforzar un argumento demasiado complejo de narrar: los guerrilleros que se enfrentan a un Estado totalitario y militarizado.

Los fundadores del alba, es una novela cuya estructura está lejos de ser convencional, sin embargo, es evidente que existe una correlación entre las estrategias narrativas temporales y el hilo argumental de la novela, de manera que forma y contenido se entrelazan para construir un todo complejo. La interpolación de tiempos y espacios, la presentación fragmentada de las escenas, sin un orden cronológico aparente, refuerzan la idea de conflicto: conflictiva es la situación del protagonista, lo es también la estructura narrativa de esta novela.

La utilización de tiempos narrativos como estrategia (cruce de planos temporales o espaciales, analepsis, interpolaciones, flash backs, etc), tiene su razón de ser en el mismo argumento. Éste es el logro de *Los Fundadores del Alba*, no es extraño, por lo tanto, que todos los juegos o técnicas temporales, todo ese abigarrado entrecruzamiento de planos temporales y espaciales recaigan, precisamente, en los momentos de mayor tensión del argumento y sobre el personaje más problemático o problematizado — Javier. Aparentemente la técnica narrativa desea demostrar esa problematización, reforzar esta idea, a partir de una utilización de tiempos narrativos que pretende ir en concordancia con el mundo narrado.

LA CATEGORÍA DEL TIEMPO EN *LOS FUNDADORES DEL ALBA*

Fue ciertamente un descubrimiento revolucionario el que los hombres llegaron a medir el tiempo. Tanto la medida del tiempo, cuanto la cuestión sobre el tiempo es algo con lo que se enfrenta en algún momento todo hombre (Gadamer, 1979:39).

INTRODUCCIÓN

El tiempo es parte de la experiencia humana¹, por ello lo es también de la literatura. El tiempo en literatura puede ser analizado desde diferentes perspectivas, desde su evidente presencia en el lenguaje, como desinencia verbal, hasta categorías más abstractas, como la del tiempo narrativo, no simplemente dentro del argumento sino formando parte de la diégesis, de la construcción misma del mundo narrado, es decir, dentro de la lógica ficcional del texto literario.

El tiempo fue una preocupación fundamental en el pensamiento del hombre, desde la antigüedad, no solamente como una experiencia sensorial sino mental y subjetiva. Según Guillermo Fraile, en *Historia de la Filosofía*. Tomo I, desde los albores de la filosofía griega el tiempo fue una preocupación fundamental, Chronos, por ejemplo, fue considerado el principio generador del universo. Los pitagóricos, según este mismo autor, pensaban que el tiempo era "una esfera que abrazaba todo". No es intención de este ensayo hacer un análisis filosófico sobre el tiempo, sin embargo, es necesario tener presente que éste fue una preocupación de la cultura occidental, más específicamente de la filosofía. Por otro lado, a principios del siglo pasado la lingüística se ocupó de este concepto ligado al lenguaje, lo que dio paso a reflexiones posteriores más complejas sobre la categoría del tiempo en la narración literaria.

En la cultura occidental moderna, el descubrimiento de un tiempo relativo, en oposición a un tiempo absoluto, influyó en la manera cómo se concebía el mundo. Uno de sus descubrimientos más significativos no podía quedar al margen de la literatura, la concepción del mundo había cambiado, también el modo de narrar. Cruces de planos temporales y espaciales, analepsis, prolepsis, flash backs, etc., fueron algunas de las técnicas narrativas que recrearon la concepción del tiempo. En la narrativa latinoamericana la categoría del tiempo se convirtió en una preocupación conciente y su utilización no fue fruto de la casualidad, se empezaron experimentaciones, el tiempo lineal, unidireccional y, por lo tanto, absoluto parecía ser insuficiente. Este es un hecho que podemos evidenciar en autores como Carpentier, Rulfo, pasando por Cortázar, Vargas Llosa y García Márquez, precursores y representantes de lo que se denominó el "boom" latinoamericano. Algunos críticos literarios, incluso, llegaron a sugerir que el éxito de la nueva narrativa latinoamericana se debía a la utilización especial que hicieron algunos de estos escritores del tiempo narrativo.

En correspondencia con lo que sucedía en la narrativa latinoamericana, en nuestro país la preocupación por el tiempo narrativo se empezó a evidenciar después de la segunda mitad del siglo pasado, esto se ve de manera especial a fines de los años sesenta y principios de los setentas. Algunos escritores bolivianos como Jesús Urzagasti, Julio de la Vega y, por su puesto, Renato Prada Oropeza, estos dos últimos representantes de lo que se denominó literatura de la guerrilla, hicieron de la narración un espacio de renovación. Pero quizás sea *Los fundadores del alba*, de Renato Prada Oropeza, una de las obras literarias que más innovaciones hizo en cuanto a la utilización de los tiempos narrativos. Esta reflexión se detendrá en ella porque nos propone un entramado complejo en cuanto a la utilización del tiempo narrativo y porque esta utilización no es arbitraria, como aparenta a primera vista. El desarrollo del

argumento es presentado totalmente fragmentado, dando la impresión de un mundo narrativo caótico; sin embargo, esto parece encerrar un trasfondo que va más allá de lo simplemente estético o lúdico.

Los fundadores del alba no es una novela convencional, si bien la temática es referencial, la utilización de diferentes tiempos narrativos marca una diferencia. Esta utilización parece corresponder a una inclinación ideológica con cierto grado de prejuicios, como veremos en el análisis de la obra. Algo que nos lleva a considerar al tiempo de la historia y al tiempo narrativo en un mismo plano de reflexión, donde el qué se narra así como el cómo se narra cobran importancia. Forma y contenido se imbrican de una manera tan sutil que el discurso ideológico se ve reforzado por ambos creando nuevos sentidos. Siendo el tiempo algo fundamental en la experiencia humana, la forma cómo se presenta en la narración no puede ser casual.

Un complejo entramado narrativo, como el que nos propone Prada Oropeza en su novela, tiene su razón de ser en el desarrollo del argumento y en la construcción de los personajes. La utilización de tiempos narrativos es profusa, precisamente, en los momentos de mayor tensión en la novela, se los emplea para reforzar la idea de conflicto y de fragmentación del personaje. No olvidemos que Javier, el protagonista, tuvo que elegir entre el seminario y la guerrilla, es decir, entre el discurso oficial, institucionalizado por la religión católica y por el mismo Estado, y el discurso guerrillero, que actúa al margen de la ley. Por otro lado, tenemos la figura del soldado, como antítesis o antípoda del guerrillero, él representa a un ser sin complejidades, simplicidad que es recreada en la novela a través de un tiempo narrativo simple. De esta manera tenemos que, mientras los episodios que presentan al guerrillero están colmados de intrincados tiempos narrativos, los episodios en los que interviene el soldado siguen una linealidad narrativa, sin saltos ni cruces temporales.

La utilización de tiempos narrativos múltiples y variados, la profusión de los mismos parecen responder, más que a un afán experimental, a la intención de reforzar un argumento demasiado complicado de narrar: personajes atravesados por un entramado social complejo, el enfrentamiento a un Estado totalitario y militarizado de parte de los guerrilleros, hacen una ecuación que sólo puede tener su derrotero en una estructura novelista abigarrada, donde los tiempos narrativos tienen el papel de reforzar los sentidos. La negación de un orden sucesivo y cronológico, la interpolación de tiempos y espacios, la presentación fragmentada de las escenas, refuerzan la idea de conflicto: conflictiva es la situación del protagonista y de su entorno, lo es también de la estructura narrativa.

De esta manera, la propuesta del presente ensayo es leer *Los fundadores del alba* como la estructura temporal compleja que es, pero teniendo presente que ésta no es casual y que es utilizada en los momentos de mayor tensión argumental y de mayor conflictividad para los personajes. Por lo tanto, los tiempos narrativos utilizados en esta novela tienen la intención de reforzar el contenido.

Es evidente que la preocupación del ser humano por el tiempo es algo inherente a él y, por lo tanto, es algo que se ha dado en las diferentes culturas, pero este ensayo se detendrá en la cultura occidental, porque de ella provienen las teorizaciones en el ámbito del lenguaje y de la narración literaria. Por otro lado, el personaje, al igual que el ser humano, está inmerso en el tiempo, vive en el tiempo, no es extraño, por lo tanto, que la categoría del tiempo en la narración sea tan importante, no sólo para el desenvolvimiento del hilo argumental sino para crear sentidos a partir de su particular utilización en la novela.

Antes de seguir con el desarrollo de este ensayo, es necesario describir la trayectoria que se desplegará. En el primer subtítulo se hará un recorrido por las diferentes vertientes que reflexionan respecto a la problemática del tiempo en referencia con el lenguaje. Esta reflexión es fundamental para entender la relación entre el lenguaje y el tiempo, así como los mecanismos que hacen posible que el ser humano se piense dentro de un tiempo y de un espacio determinado. La conciencia que tiene el hombre de sí mismo en el mundo y por lo tanto en el tiempo sólo es posible a través del lenguaje, aunque éste lo único que puede hacer es intentar reproducir la experiencia humana en el tiempo, pues la comprensión del tiempo mismo parece imposible.

En el segundo subtítulo se realizará una aproximación al objeto mismo de este ensayo y es el que se refiere al tiempo en relación con la narración, esto en el entendido de que los tiempos y los espacios en narración son ficcionales y responden a una lógica diferente a la experiencia cotidiana que tenemos del tiempo. En este punto se verifica que, de todos modos, una narración precisa de temporalidad y espacialidad, ello como condición para su existencia ficcional. A partir de Mieke Bal, Calvino y otros autores, que teorizaron sobre el tiempo en narración, llegamos a la conclusión de que el tiempo narrativo escapa a la concepción común que tenemos respecto al tiempo, en tanto esquema lineal, rígidamente mensurable y fatalmente sucesivo de la experiencia cotidiana humana. Por otro lado, el tiempo narrativo, como Mieke Ball sostiene, debe ser comprendido como hipotético, pero también debe mantener cierto margen lógico para que la historia que se narra sea verosímil.

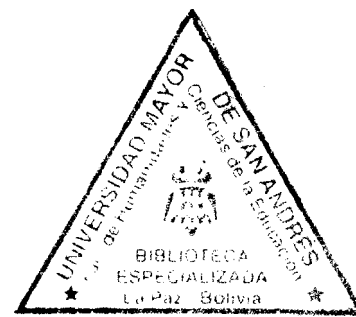
El tercer subtítulo se desarrollará a partir de los dos aspectos preliminares señalados: el tiempo en el lenguaje y en la narración, los cuales, considero, son importantes para contextualizar la preocupación que tuvieron los escritores latinoamericanos respecto al tiempo narrativo. Esto se evidencia en algunas de

sus obras, no sólo en el contenido sino en la forma. Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier y Carlos Fuentes; los bolivianos Oscar Cerruto, Julio de la Vega y Jesús Urzagasti, son tomados en cuenta en esta reflexión porque evidencian una preocupación por el tiempo narrativo y porque son necesarios para contextualizar la novela *Los fundadores del alba*. La intención es situar en contexto la preocupación que se tuvo respecto al tiempo narrativo y que este hecho fue importante en nuestra tradición literaria latinoamericana y boliviana.

Finalmente, en el cuarto subtítulo, se hará el análisis de la novela *Los fundadores del alba* de Renato Prada Oropeza a partir de los puntos previos señalados. Se intentará indagar sobre la preeminencia de los tiempos narrativos y los sentidos que despliegan dentro del mundo narrado, considerando que esa preeminencia trasciende lo argumental y lo completa, constituyéndose en un aporte estético y en un potenciador de sentidos. Dado que los tiempos narrativos en esta novela se engarzan en diferentes niveles de significación, es fundamental analizarla como un gesto creativo que deliberadamente quiebra el tiempo lineal y sucesivo del hilo argumental.

El análisis literario de *Los fundadores del alba*, posiblemente, puede ser hecho a partir de otras entradas, como la temática o el contenido narrativo, pero son los tiempos narrativos los que parecen encerrar significados no tan obvios y por lo mismo se hace necesario analizarlos. Esta novela, más que recrear la realidad social del contexto histórico en el que se desenvuelve, lo que hace es significarla a través de una narración llena de intrincados juegos temporales. No es extraño, por lo tanto, que todo ese abigarrado entrecruzamiento de planos temporales y espaciales recaiga, precisamente, sobre el personaje más problemático o problematizado.

1. EL TIEMPO EN EL LENGUAJE



El tiempo, dentro de la cultura occidental en la que estamos inmersos, ha sido frecuentemente representado por una línea, pero esta línea se presenta en nuestra mente como una línea inmóvil, algo así como una sucesión de puntos, mientras que el tiempo es movimiento ante todo. Esta representación gráfica que se hace del tiempo -en los calendarios, por ejemplo- no es extraña a la manera cómo lo entendemos. En nuestro afán de ordenamiento, pensamos que una misma fórmula puede servir para muchas cosas. Por ejemplo, representamos la escritura alfabética como una sucesión lineal de signos gráficos, los que a su vez representan sonidos. Sin embargo, pretender hacer lo mismo con el tiempo parece ser algo ilusorio y hasta ingenuo. El tiempo aparentemente es algo que escapa a nuestro ordenamiento espacial y lineal, parece poseer una esencia inasible. En este sentido, el lenguaje no hace más que representar algunas cualidades del tiempo, pero no es el tiempo. Si aceptamos que todo existe en el tiempo o dentro del tiempo, el ser humano y también la lengua, justificamos de alguna manera que este concepto sea tan escurridizo a nuestra conciencia. Y nunca antes una frase popular ha sido tan adecuada como aquella que dice: "El tiempo es agua que escapa entre los dedos". Esto no sólo en la vivencia sensorial del hombre, sino en lo que se refiere a la comprensión que tenemos de él, a su "aprehensión". Se justifica, por lo tanto, una de las frases más famosas de San Agustín: "¿Qué es, entonces, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé, y si trato de explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé".

Antes de continuar, es necesario tener en cuenta que el tiempo implica tres diferentes categorías: presente, pasado y futuro. Éstas se relacionan intrínsecamente entre sí, pues no podemos concebir un término sin los otros

dos. Además, tienen su propio significado en el lenguaje: son accidentes gramaticales o desinencias del verbo y son fundamentales para ubicarnos y para ubicar las cosas que nos rodean en un tiempo determinado y, por añadidura, en un espacio determinado, pues no olvidemos que el tiempo y el espacio son conceptos inseparables. Sin embargo, como afirma Benveniste en *Problemas de Lingüística General II*, no podemos pensar por ningún motivo, que los verbos representen la esencia del tiempo, aunque sólo mediante ellos nos permitimos expresar al tiempo. Este lingüista sostiene que una confusión general es la de "pensar que el sistema temporal de una lengua reproduce la naturaleza del tiempo 'objetivo': así de intensa es la propensión a ver en la lengua el calco de la realidad "(Benveniste, 1978: 72). Se puede ver, a partir de lo sugerido por este autor, que si bien la lengua representa al mundo y es parte de la experiencia humana, ella no es más que una recreación de lo real, no es la realidad misma, y es quizás en la cuestión del tiempo donde más dificultades encuentre esta representación.

En este mismo sentido, otro autor que se interesó en la representación del tiempo en el lenguaje es Harald Weinrich, en su artículo "El Lenguaje, el tiempo y los tiempos", hace una clara distinción entre el Tiempo con mayúscula y los demás tiempos, siendo aquél el que representa al tiempo que no está contenido en relojes ni calendarios, ni está sometido a mediciones: "los tiempos verbales de las lenguas no tienen nada, absolutamente nada que ver con el Tiempo" (Weinrich, 1969: 179). Si bien admite, hasta cierto punto, que los tiempos verbales presente, futuro y pretérito existen en nuestra lengua, éstos sirven solamente para representar el tiempo, pero en su opinión estos son medios inadecuados para "expresar el Tiempo". Tal vez sería bueno mencionar que una de las principales proposiciones de este autor es la posibilidad de que existan lenguas que no conozcan el concepto del tiempo, esta cuestión la formula a partir de las investigaciones que Lee Whorf hizo entre los Hopis,

cultura, según el autor, atemporal, pues no tiene siquiera palabra que designe al tiempo. Opone de esta manera, esta otra visión a la occidental, tan preocupada por los cronómetros y por las mediciones temporales.

En mi opinión, no creo que sea posible que existan culturas desligadas de la noción temporal, como el autor afirma, incluso en las civilizaciones primigenias debió existir esta noción aunque implícitamente, de otra manera no se podría entender cómo concebían el paso del día a la noche o el cambio de estaciones, vivencias elementales en las que está inmerso el hombre. Quizás sea posible que existan culturas que tienen otra manera de concebir el tiempo, pero es prácticamente inconcebible una cultura atemporal. En oposición al argumento sobre la atemporalidad de algunas culturas, Benveniste afirma que constituye un gran error "creer que existan lenguas que ignoren el tiempo".

Volviendo a nuestra reflexión, Benveniste, para una mejor aproximación al concepto del tiempo, propone tres niveles o clases de tiempo: el físico, el crónico y el lingüístico. Según este autor, el tiempo físico es un continuo uniforme, infinito y de duración interior. El tiempo crónico es considerado el tiempo de los acontecimientos, pero "los acontecimientos no son el tiempo, están en el tiempo" (Benveniste, 1978, 73). Finalmente, el tiempo lingüístico es, según este autor, el que realmente está insertado en la lengua y por lo tanto se manifiesta como una experiencia humana del tiempo. En síntesis, este autor llega a afirmar que todo está en el tiempo, por lo tanto también la lengua, y es sólo a partir de ella que se puede expresar el tiempo:

Una cosa es situar un acontecimiento en el tiempo crónico, otra cosa insertarlo en el tiempo de la lengua. Es por la lengua como se manifiesta la experiencia humana del tiempo, y el tiempo lingüístico se nos manifiesta como igualmente irreducible al tiempo crónico y al tiempo físico (Benveniste, 1978:76).

Es evidente, a partir de lo que dice el autor, que es en la lengua donde se manifiesta la experiencia humana del tiempo, es en ella también donde se complejiza, pues es en la palabra donde se hace viva la experiencia del tiempo, ya sea crónico o físico. Me parece pertinente que nos detengamos en este punto: si se habla de acontecimientos, se está hablando de acciones, las cuales no pueden darse sino en el tiempo, pero este tiempo no puede ser otro que el presente, pues las acciones no se dan en el pasado ni en el futuro. Este presente de las acciones es también representado por el tiempo lingüístico, como bien lo señala Benveniste:

Este tiempo (lingüístico) tiene su centro —un centro generador y axial a la vez- en el *presente* de la instancia de la palabra. Cuanta vez un locutor emplea la forma gramatical de "presente" (o su equivalente), sitúa el acontecimiento como contemporáneo de la instancia de discurso que lo menciona (Benveniste, 1978:76).

Sabemos por experiencia propia que el presente es el tiempo de las acciones, mientras que el futuro es una posibilidad y el pasado es la acción ya realizada². Pero este presente adquiere complejidad, especialmente a nivel discursivo, cuando los acontecimientos no pertenecen al presente sino a una evocación de la memoria, es decir, cuando no existe coincidencia entre el presente de los acontecimientos y el presente del discurso. Esta es una de las tantas posibilidades que se pueden dar en el tiempo lingüístico, pero el rasgo común será que el presente es el punto de partida, lo que Mieke Ball denomina, en *Teoría de la narrativa*, el "tiempo primordial", a partir del cual se desplazará hacia adelante o atrás.

Desde un punto de vista filosófico, Telma Bell sugiere algo similar a Benveniste: "El fugaz momento presente es el único intervalo de tiempo en que realmente existimos. Por breve que sea este momento, nos proporciona una sensación de espacio, nos induce a decir 'estoy aquí', pero generalmente decimos 'estoy aquí ahora'. El pasado es un depósito que contiene todos los momentos presentes por los cuales ya hemos pasado" (Telma Bell, *El enigma del tiempo*, 1966: 22).

Arribamos así al tiempo del discurso o narrativo, al que se lo puede considerar un tiempo en el que alguien entra en juego respecto a lo que yo digo y se apropia del tiempo de los acontecimientos que narro en el presente. Al respecto, Benveniste afirma que el tiempo, por medio de la palabra, deja de ser simplemente subjetivo para ser intersubjetivo y omnipersonal:

El tiempo del discurso no es ni reducido a las divisiones del tiempo crónico ni encerrado en una subjetividad solipsista. Funciona como un factor de intersubjetividad, lo cual, de unipersonal que debía ser, lo vuelve omnipersonal. La condición de intersubjetividad es la única que permite la comunicación lingüística (Benveniste, 1978: 80).

La lengua pone en contacto diferentes subjetividades, las cuales no pueden comunicarse sino a partir de ella. El autor arriba de esta manera a una de sus tesis fundamentales: que la lengua es fundamento de lo que llamamos realidad, sociedad y cultura, es decir, que la lengua contiene a la sociedad. En síntesis, afirma que las relaciones interpersonales o sociales serían imposibles sin la lengua. Al respecto, otros autores reflexionaron sobre la importancia de la lengua para la sociedad: por ejemplo, Marx y Engels afirmaron que el lenguaje nació entre los hombres de la imperiosa necesidad de comunicarse. En todo caso, el lenguaje no sólo sirve para nombrar las cosas -como debió ocurrir en un principio con el hombre primitivo— sino para crear abstracciones tan complejas como la del tiempo, entendido éste no sólo como la simple medición por segundos, meses o años, sino como una parte esencial del ser. El tiempo en la vivencia del ser humano, con sus relaciones de presente, pasado y futuro, sólo puede alcanzar su mayor expresión en el lenguaje.

En su reflexión sobre el papel de la lengua en la sociedad, Shorojova afirma que todo lo referente al hombre, todo lo que le rodea, todo su mundo

objetivo y subjetivo, puede ser representado por el lenguaje hecho conciencia³. Por su parte, Italo Calvino, en *Seis propuestas para el próximo milenio*, sostiene que en narración todo debe ser exactamente nombrado, descrito y ubicado en un tiempo y en un espacio. Por lo tanto, se puede llegar a la conclusión, de que la conciencia del ser humano exige un sistema de ubicuidad tanto espacial como temporal, no sólo en la vivencia humana sino también en el plano narrativo, que es el que nos interesa. Es necesario destacar que este razonamiento sirve para cualquier lengua, en el idioma español, por ejemplo, el tiempo es uno de los cuatro accidentes gramaticales del verbo, haciendo un análisis de los otros tres verificamos que los rige, invariablemente, y es fundamental para la comunicación entre los seres humanos.

Por otro lado, es necesario tener presente que la lengua no es un calco de la realidad, como bien lo subraya Benveniste. El sistema temporal de la lengua lo único que puede hacer es intentar reproducir la naturaleza del tiempo, es decir, la experiencia del ser humano que vive inmerso en el tiempo. Al respecto, Ricoeur en *Tiempo y narración* afirma que *El ser y el tiempo*, de Heidegger, remite a un hecho fundamental y es a la experiencia humana del ser-en-el-mundo⁴.

Benveniste pone en evidencia que, en el plano lingüístico, la lengua representa o reproduce la experiencia del tiempo humano y el presente es su centro axial. En el plano narrativo, esta experiencia se complica, pues ese presente en el que se realiza la acción no es el mismo presente del tiempo narrativo ni de la historia. Por ejemplo, en *Los fundadores del alba* la narración

³ SHOROJOVA, E. V. *El problema de la conciencia*. Editorial Grijalva, S.A. México, D.F., 1963.

⁴ "Estos análisis se centran en nuestra relación con el tiempo como aquello 'en' lo que actuamos cotidianamente. Me parece que esta estructura *intra-temporal* (Innerzeitigkeit) es precisamente la que mejor caracteriza la temporalidad de la acción (Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*. s/f: 130)

es realizada en tiempo presente, este presente es hipotético y no remite a ningún tiempo crónico. En la narración no es necesario ubicar un acontecimiento dentro de una fecha, pero sí es necesario que exista una lógica en los acontecimientos, es decir, deben existir coordenadas temporales que nos permitan ubicar un acontecimiento narrado dentro de una sucesión de acontecimientos de la historia o trama, esto lo veremos mejor en el siguiente subtítulo.

2. EL TIEMPO EN LA NARRACIÓN

Si no existiera una temporalidad y una sucesión coherente de acontecimientos, aunque ésta no sea lineal, no existiría narración ni historia. Dentro del texto literario existen relaciones temporales que hacen que la narración discurra. Siendo el tiempo algo en lo que está inmerso el ser humano y todo lo que existe en el mundo, no existe razón para que no lo esté en la narración. Al respecto, Italo Calvino afirma que en el texto literario no es suficiente nombrar las cosas o describirlas, es necesario, a la vez, ubicarlas dentro de un tiempo y de un espacio, aunque éstos sean solamente imaginarios en el sentido de que pertenecen al mundo ficcional, para este autor es inevitable establecer una temporalidad narrativa:

Las cosas, en tanto infinitas relaciones, pasadas y futuras, reales o posibles, que en ellas convergen, exigen que todo sea exactamente nombrado, descrito, ubicado en el espacio y en el tiempo (Calvino, 1997: 123).

Este sentido de ubicuidad en el texto narrativo, no sólo es necesario, es también inevitable, no olvidemos que la regularidad periódica del movimiento de

los astros, de los cambios estacionarios, ha llegado a configurar en nuestra mente un movimiento incesante y sucesivo. A diferencia de las civilizaciones antiguas o de las culturas no occidentales, que consideran el movimiento cíclico como parte del ritmo vital de la vida, nuestra concepción, de marcada tendencia occidental, llegó a considerar al tiempo como un todo lineal, desde y hasta el infinito.

Es regla general que el tiempo precedente determine necesariamente el siguiente, que al pasado le suceda el presente y a éste el futuro. Pero esta regla queda anulada, o mejor dicho subvertida, por algunas obras literarias que utilizan saltos y cruces temporales con la intención de resignificar el tiempo. Dentro del texto literario lo que es presente puede ser pasado y futuro a la vez, a partir de un ordenamiento que sigue rigurosamente su propio ritmo. Si todo es relativo, el tiempo narrativo también lo es, entonces el pasado puede ser simultáneamente presente y futuro, ésta es una cualidad del tiempo y es recreada en la literatura.

El tiempo narrativo posee la capacidad de escapar a la manera común que tenemos de concebir el tiempo, a nuestro esquema lineal, rígidamente mensurable y fatalmente sucesivo. Italo Calvino dice que el tiempo narrativo es un encadenamiento que sigue sus propias reglas y opera según ellas:

El tiempo narrativo puede ser también retardador, o cíclico, o inmóvil. En todo caso el relato es una operación sobre duración, un encantamiento que obra sobre el transcurrir del tiempo, contrayéndolo y dilatándolo (Calvino, 1997: 49).

Calvino nos plantea el concepto de la velocidad del tiempo en la narración. La velocidad que implica un tiempo determinado para la realización de una acción determinada. La velocidad que implica rapidez o economía en el

relato. El tiempo de la narración puede retardar el acontecimiento o acelerarlo. Sabemos, por nuestras lecturas, que el tiempo de la historia puede durar cierta cantidad que podría abarcar toda la vida del personaje, una hora o, simplemente, unos minutos. Por otro lado, el tiempo de la narración puede constreñir el tiempo de la vida de ese personaje en un instante, en una frase. Pero, a la vez, unos escasos minutos de la vida de ese personaje pueden detenerse en una suerte de inercia, retardando su desenlace, alargándolo a través de páginas enteras, solazándose en ese privilegio tan particular del tiempo narrativo.

Esta inmovilidad del tiempo de la historia no tendría sentido si no fuera parte de un ritmo en el cual es sólo un segmento. Algo que podría llamarse eternidad, si pensamos que este concepto está relacionado con el tiempo inmóvil: un tiempo en el que nada se mueve plantea la negación del fin. Algo que sólo puede comprenderse en la experiencia espiritual, pero que en el campo efectivo de la narración no puede ser otra cosa que una pausa dentro de la historia o del relato. En general, la narración se plantea como algo que va hacia algún lado. Ni aun la novela más experimental puede prescindir del movimiento, es decir del tiempo, ni tampoco puede dejar de ser considerada como un todo finito, con un principio y su respectivo desenlace, esto significa la práctica efectiva del movimiento en la narración y en el texto narrativo.

El texto narrativo, la novela, por ejemplo, se presenta como algo completo, acabado. Existe un principio y un final que de ninguna manera pueden ser atemporales. Implica un principio y un desenlace, razón por la cual la novela puede ser considerada como un movimiento efectivo, un ir hacia algo, aunque la novela plantee un movimiento cíclico o detenido. En todo caso, la novela puede ser vista como una acumulación de acontecimientos, pero estos acontecimientos no se pueden dar fuera de un tiempo determinado. A la vez,

estos acontecimientos deben conducir, necesariamente, hacia el desenlace, el último párrafo de la novela, el punto final, materialmente hablando, aunque el final de la historia, por un manejo lúdico de los tiempos narrativos, se encuentre al principio de la novela.

Como se dijo anteriormente, nada existe en el mundo fuera del tiempo ni cuyo fin no se prevea inmediata o mediatamente. La novela no es la excepción. Sin embargo, este transcurrir hacia algo no puede prescindir de algunos elementos fundamentales en el texto narrativo, como ser la analepsis, la prolepsis, la duración, la pausa, el resumen, la elipsis, etc. Estos tiempos narrativos, los cuales podemos considerarlos como recursos estéticos, hacen que la narración no sea una simple sucesión de acontecimientos, sino un intrincado juego.

Sin embargo, el manejo de estos tiempos narrativos no debe constituir un obstáculo para la comprensión, debe, por el contrario, representar una ayuda adicional en el proceso de percepción, en este caso del texto ficcional.

Mieke Bal afirma que el tiempo que se maneja en la narración es un tiempo hipotético porque los acontecimientos no han ocurrido realmente, además sostiene que este tiempo debe hacerse descriptible para que exista una lógica en la historia narrada. De esta afirmación podemos deducir que la narración debe mantener cierta coherencia, para que el tiempo, además de ser descriptible, sea también reconocible por el lector:

Un acontecimiento, por muy insignificante que sea, siempre ocupa un tiempo en la realidad. El tiempo es de carácter hipotético en la fábula, en la cual los acontecimientos no han ocurrido "realmente". Sin embargo, el tiempo es a menudo importante para la continuación de la fábula, y debe, por tanto, hacerse descriptible (Bal, 1985: 14).

Así se trate de un tiempo totalmente imaginario, circunscrito en una lejana posibilidad, como las novelas futurista de Julio Verne, éste no puede ser irreconocible. Una condición fundamental para la comprensión de la novela debe ser el establecimiento de una lógica en la sucesión temporal de los acontecimientos, así no se siga el tiempo lineal. Es decir, la historia debe hacerse comprensible.

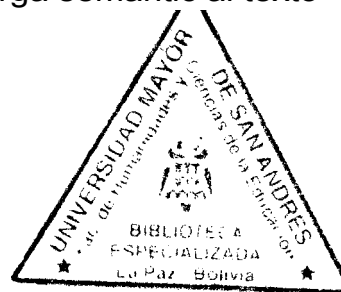
Para aclarar mejor esta idea, es necesario detenernos en un hecho fundamental: el espacio es perceptible a nuestros sentidos, lo podemos describir, así como podemos describir las cosas que en él existen, sus atributos: dimensión, color, tamaño, etc. Pero si intentamos describir el tiempo, tropezamos con una gran dificultad: el tiempo no es descriptible, no objetivamente como el espacio. Podemos describir el transcurrir del tiempo, algo perceptible a nuestros sentidos en la sucesión de las estaciones, en el transcurso de los días, en el movimiento de los astros que siguen cierta continuidad y cierta duración. Pero en realidad no podemos describir el tiempo porque no es sino una abstracción, una idea que no tiene color, dimensiones ni tamaño. Cuando Mieke Bal afirma que el tiempo debe hacerse descriptible, se refiere simplemente a que el tiempo debe hacerse reconocible en el lenguaje, en la conciencia del lector.

Como vimos con Benveniste y Shorojova, el tiempo se hace aprehensible a nuestra conciencia solamente a través del lenguaje. Sin él nos sería imposible abstraer los conceptos: pasado, presente y futuro. Indudablemente, cada escritor posee su propia concepción del tiempo, al igual que cada texto literario tiene un manejo muy particular del mismo. Pero, el tiempo en la narración sólo puede ser expresado en el lenguaje y sólo puede ser comprendido a través de él.

Si hay algo en lo que podemos estar todos de acuerdo es en la irreversibilidad del tiempo como un hecho racional y perceptible. Y, sin embargo, esta característica del tiempo puede tener otras dimensiones en la narración. Algunos escritores lo han comprendido así, de manera que el tiempo narrativo se ha vuelto conflictivo en algunas obras contemporáneas. El tiempo en narración ya no es sólo un accidente gramatical del verbo, ni el tiempo narrativo debe seguir un orden lineal de acontecimientos. El tiempo en la narración puede ser subvertido, así como el orden de las sucesiones. A partir de la aceptación de que el tiempo no es absoluto, se lo puede trastocar y empezar el juego en el que las posibilidades sean infinitas, una vez superadas las ataduras de una concepción temporal determinista y fatal.

El tiempo en la narración ha sido abordado no sólo como temática sino como estrategia narrativa, en un intento de plasmar en la escritura la simultaneidad de tiempos y, por lo tanto, su relatividad ¿Cuántas posibilidades se pueden dar dentro de la creación literaria? El tiempo ha sido tomado como un recurso y un fin en la narración, nada le impide ser las dos cosas a la vez, como ocurre en *Los fundadores del alba*, donde el tiempo se ha convertido en un entramado complejo que crea nuevos sentidos. Es decir, la utilización de las técnicas narrativas temporales no se queda en el simple afán experimental, también se convierte en una forma de darle mayor carga semántica al texto narrativo.

3. EL TIEMPO EN ALGUNAS OBRAS



En esta parte del análisis se han tomado en cuenta a algunos autores latinoamericanos y bolivianos porque sus obras evidencian una preocupación,

no sólo de contenido sino de forma, respecto al tiempo. La elección posiblemente parezca arbitraria y casual; sin embargo, considero importante evidenciar la preocupación que algunos escritores, trascendentales en la literatura latinoamericana, tuvieron del tiempo. En ese sentido, la pertinencia de este capítulo recae en la necesidad de contextualizar, discursiva y temporalmente, a *Los fundadores del alba*, cuya escritura parece ser la derivación lógica de una intención literaria latinoamericana por la renovación.

El tiempo es una de las temáticas recurrentes en algunos escritores, pero este ensayo se detendrá, de manera especial, en dos obras: *Historia de la eternidad*, de Jorge Luis Borges y *Guerra del tiempo*, de Alejo Carpentier. Estos escritores, además de estos libros de cuentos, tienen dentro de su producción literaria otras obras que retoman esta misma temática.

En *Historia de la eternidad*, dos términos comparten el mismo lugar de preferencia: tiempo y eternidad, que sin ser análogos no son tampoco completamente opuestos. La posición de Borges respecto al tiempo es evidente: por ejemplo, su planteamiento del tiempo cíclico está inmerso en el cuento "Las ruinas circulares", cuando un mago se dedica a soñar a un hombre en todos sus detalles, con la intención de proveerle vida, pero luego se da cuenta de que él no es otra cosa que un sueño que otro hombre está soñando, dentro de un círculo que podría extenderse hasta la eternidad y al infinito.

Borges también toma como referente la percepción que cada individuo tiene del tiempo, que en este sentido es relativo, como sucede en "El milagro secreto", cuento en el que Borges plantea una distinción entre el tiempo "real" (= un segundo) y el tiempo individual o subjetivo (= un año):

El universo físico se detuvo. Las armas convergían sobre Hladik, pero los hombres que iban a matarlo estaban inmóviles. El brazo del sargento

eternizaba un ademán inconcluso. En una baldosa del patio una abeja proyectaba una sombra fija. El viento había cesado como en un cuadro (...). Hladik comprendió que estaba paralizado, no le llegó el más tenue rumor del impedido tiempo (...). Pensó, el tiempo se ha detenido. Luego reflexionó que en tal caso también se hubiera detenido su pensamiento (Borges, 1985: 212).

Dios le había concedido a Jamir Hladik la gracia de un año más de vida, para que concluya con su deber. Después del año murió, pero este año de gracia en "realidad" tuvo la duración de un instante, el tiempo suficiente para congelar una gota en su mejilla, la sombra de una abeja en la baldosa, el humo de un cigarrillo que no termina de dispersarse:

En su mejilla perduraba la gota del agua; en el patio la sombra de la abeja; el humo del cigarrillo que había tirado no acababa nunca de dispersarse (Borges, 1985: 212).

En realidad el tiempo seguía su curso normal, sin ninguna alteración. Sólo para la percepción de Hladik el tiempo se detenía, ese congelamiento sólo podía ser experimentado por él, era exclusivo para él; el resto del mundo vivía el tiempo en su curso inexorable.

A pesar de que Borges plantea en muchas de sus obras un tiempo cíclico, relativo e individual, e incluso la eternidad, existe en su concepción, sin embargo, la idea de un tiempo irreversible, una realidad cuya fuerza avasalladora le empuja a escribir:

El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real: yo, desgraciadamente, soy Borges (Borges, 1985: 256).

Borges se detiene en dos conceptos: tiempo y mundo. Los dos, desde sus propias dimensiones, convergen en el ser humano y evidencian la sustancia efímera de que está hecho. Es en el lenguaje, más específicamente en la obra literaria, donde puede proyectar y hacer posible conceptos tan conflictivos como el tiempo cíclico y el eterno retorno. Ésta, que parece ser una confesión, nos hace pensar en el ser humano, o en un ser humano irreversiblemente en camino hacia su fin, enfrentado al tiempo, aunque inmerso en él.

Borges lo comprende así, y por eso vuelve una y otra vez al mismo tema, como si nombrándolo innumerables veces pudiera conjurar su esencia, o como si construyendo mundos eternos y tiempos cíclicos fuera desintegrándolo, imposibilidad sólo realizable en la literatura. La palabra no sólo representa al tiempo, lo hace inteligible a nuestra conciencia: lo crea. De esta manera, el escritor es el mago que soñó al hombre, pero no sólo al hombre, también al tiempo y con ello a la eternidad. Aunque en Borges no predominen los juegos temporales -su narración es generalmente lineal y en tiempo pasado-, es imposible dejarlo de lado en esta reflexión sobre el tiempo.

Por otra parte, en muchos de los relatos de Alejo Carpentier se nota una preocupación por el tiempo, pero esta preocupación parece ser más estética que racional o filosófica. En "Viaje a la semilla", uno de los tres cuentos de *Guerra del tiempo*, Carpentier teje y desteje el tiempo, llevándolo hacia su fin último:

Los cirios crecieron lentamente, perdiendo sus sudores. Cuando recobraron su tamaño, los apagó la monja apartando una lumbre (...) Confusas y resueltas, las vigas del techo se iban colocando en su lugar (...) Cuando el médico movió la cabeza con desconsuelo profesional, el enfermo se sintió mejor (...) Don Marcial se encontró de pronto, tirado en medio del aposento. Aligerado de un peso en las sienes, se levantó con sorprendente celeridad (Carpentier, 1966: 91).

El tiempo se convierte en un torbellino que corre apresurado hacia su final (¿o principio?). Al amanecer le sigue la noche dentro de una desquiciada carrera hacia atrás. Marcial se ve arrastrado por el tiempo, no existe una pausa para la reflexión. El tiempo hacia atrás se vuelve inflexible y fatal. En la literatura se subvierten las leyes físicas, el tiempo puede realizar su recorrido hacia el pasado, dejando vacíos el presente y el futuro.

Para otros autores el tiempo narrativo encierra otras posibilidades lúdicas, a partir de los tiempos verbales descubren infinitas y sorprendentes perspectivas. En una suerte de experimentación narrativa se ha visto que la narración ya no se limita a la utilización de tiempos verbales convencionales como el pasado y el presente, también utiliza el tiempo en futuro, rompiendo así toda convención narrativa. Sin embargo, no podemos olvidar que estos tiempos verbales son hipotéticos, como afirma Pouillon. Para el lector estos tiempos se vuelven presente, se actualizan, en el momento de la lectura. Esto ocurre también en el acto mismo de la narración, por el simple hecho de que toda acción no es realizada sino en el presente y llega a nuestra conciencia como tal, esto lo veremos en la novela de Carlos Fuentes, *Aura*:

Lees este anuncio: una oferta de esa naturaleza no se hace todos los días. Lees y relees el aviso. Parece dirigido a ti, a nadie más. Distráido, dejas que la ceniza del cigarro caiga dentro de la taza de té que has estado bebiendo en este cafetín sucio y barato. Tú releerás. Se solicita historiador joven (Fuentes, 1994: 7).

"Lees este anuncio" y "tú releerás" son, evidentemente, parte del juego narrativo al que hacíamos referencia. El narrador utiliza estos dos tiempos verbales con cierta intencionalidad, por lo que adquieren una específica significación dentro del texto literario: son dos tiempos verbales que se precipitan, sin dar lugar a otra posibilidad. Estos dos tiempos verbales arrastran

al personaje hacia su trágico desenlace, si entendemos por ello a todo lo que no puede huir de su destino, una suerte de tragedia griega.

Sin importar qué tiempo verbal se utilice, no podemos olvidar que los acontecimientos, aunque sean ficticios, se dan en el presente, por lo tanto, cuando el texto es actualizado por el acto de la lectura, esta acción se la experimenta en tiempo presente. Por otro lado, es necesario recordar lo expuesto en los capítulos anteriores respecto a que los tiempos verbales no representan lo que en realidad es el tiempo: tanto el pretérito como el futuro son falsos, incluso el presente es falso en narración porque no se puede concebir que un acto sea contado en el mismo momento en que está ocurriendo, es decir, no existe correspondencia entre el tiempo de la historia y el tiempo de la narración, salvo en los diálogos. De todas maneras, al margen de los tiempos verbales que se utilicen, el tiempo de la narración no puede ser pensado sino como presente. Por lo tanto se puede hablar de un presente del pasado, un presente del futuro y un presente del presente, esto en virtud de que toda acción sólo puede ser realizada en un ahora. A pesar de que el narrador, supuestamente, tiene un conocimiento previo de los hechos y que el acto de narrar es concebido como previo al acto de la lectura, la utilización del tiempo verbal futuro en la novela *Aura* no deja de plantear cierto problema entre las acciones narradas y la narración como actualización de ese tiempo futuro en el presente de la historia. Jean Pouillon en *Tiempo y novela*, hace referencia a la importancia del tiempo presente, pero este autor centra su reflexión en el pretérito:

Respetar las características del tiempo es por tanto, describir presentes y no absorberlos en un pasado que finalmente seguirá siendo inaprensible ¿Cómo es que siendo el presente, el que debe aparecer en la novela, con tanta frecuencia esté escrita en imperfecto? No basta responder que el imperfecto en este caso es un falso imperfecto. Si se escribe en pasado, parecerá que en el momento que el autor escribe, los

acontecimientos que relata ya están concluidos y que él ya posee un sentido (Pouillon, s/f: 124).

En este sentido, la narración no puede ser otra cosa que los acontecimientos ocurridos en un tiempo presente, por lo tanto, cuando la narración en *Aura* utiliza el futuro, lo que hace es emplear un falso futuro. Sin embargo, este tiempo futuro narrado hace que nuestra percepción del tiempo quede confundida, pues el narrador convoca los acontecimientos futuros desde un presente narrativo, pero este futuro parece ser ya un pasado, y de esta manera se altera nuestro sistema perceptivo respecto al tiempo. No olvidemos que el lector al leer actualiza la historia en su presente, pero también concibe el texto narrativo como un todo terminado.

Toda la atmósfera de *Aura* está impregnada de cierta irrealidad difícil de definir. Acostumbrados como estamos a las narraciones en tiempo verbal pasado, en el cual los acontecimientos son concebidos como algo concluido, ahora nos enfrentamos a un texto narrado en presente, pero es un presente que va vaciándose precipitadamente en un futuro inmediato, que por ello mismo no está abierto a las posibilidades. En esta novela, gracias al tiempo verbal futuro, el tiempo parece precipitado hacia un desenlace fatal, la voz del narrador es imperativa, no da lugar a la fuga.

Por lo general, los textos narrativos son preferentemente escritos en pretérito, pero, como ya vimos, el pretérito en narración es un falso pretérito, no es de ninguna manera el "reflejo" fiel del pasado, menos del tiempo. En *Aura*, el futuro narrado se convierte en presente para el lector desde el momento en que la palabra cobra vigencia en su conciencia. El mundo narrado se presenta elusivo, tan distante, tan sin tiempo, porque el futuro en nuestra conciencia, por ser un tiempo de posibilidades, es inconcreto, es inasible.

La historia del protagonista no es espantosa por la alucinación amorosa que le hace amar el cuerpo decrepito de una anciana, es aterradora porque el tiempo se presenta como algo irreversible, porque mientras se narra la historia, ésta ya está fatalmente encaminada hacia un desenlace del que no existe escapatoria.

En cuanto a la literatura boliviana, es necesario detenernos en tres obras casi contemporáneas a *Los fundadores del alba*, esto con el propósito de contextualizar el momento discursivo de esta novela. Empezaremos por *Cerco de penumbras*, escrita por Oscar Cerruto, libro de cuentos que parece aproximarse hacia esa preocupación del tiempo. Sin embargo, su narrativa no lo hace frontalmente; más que una posición, ya sea filosófica o estética, es una sensación, una percepción.

Cerruto, en *Cerco de penumbras*, no hace largas descripciones sobre el espacio en el que se desarrollan los cuentos; generalmente, ese lugar es la zona del inconsciente, aquel lugar donde el tiempo mensurable no tiene relevancia.

De todos los personajes creados por el escritor, una imagen inolvidable es la de Ana, del cuento "Rostro sin lumbre", riendo fatalmente, vencida toda resistencia. Al estruendo de su risa acuden en avalancha los años que habían quedado rezagados a fuerza de un recurso baladí. El tiempo rondaba a su alrededor, dejaba su impronta en los rostros de los demás; pero Ana parecía suspendida, ajena a todo ese movimiento que implicaba cambios, mudanzas y, por lo tanto, envejecimiento. Ana miraba eterna, desde la prisión de su rostro inalterable, el paso del tiempo. Un juego que pagará caro cuando éste, reconociéndola, la arrastre por todos los años y por todos los meses y por todos

los días que fueron burlados, pasados por alto, hasta situarla, sin contemplaciones, en un presente que se había negado a vivir:

La mano del tiempo, demorada, se abatía inexorable, con saña, sobre cada milímetro de su rostro de mujer, que en pocos instantes quedó convertido en carátula senil (Cerruto, s.f.: 152).

La risa de Ana tiene su eco en la risa del tiempo, que se yergue supremo e invencible, vengada ya la afrenta, el juego fatuo de burlarlo, regresa el movimiento, la inmersión en él de todo lo que habita.

Una novela muy próxima, cronológicamente hablando, a *Los fundadores del alba* es *Matías el apóstol suplente*, de Julio de la Vega, publicada en 1971. Esta novela es próxima a aquella no sólo cronológicamente sino por la temática, pues ambas abordan el tema de la guerrilla de Ñancahuazú, aunque lo hacen de manera diferente. Otro rasgo similar entre ambas es, precisamente, el manejo de un tiempo narrativo fragmentado.

En *Matías*, se narra dos historias paralelas: la historia propiamente de Matías, el apóstol que suple a Judas Iscariote y la historia del Che Guevara y de su suplente en la incursión guerrillera. Si bien ambos hilos argumentales se desarrollan de manera aislada, existen nexos que hacen que se entrecrucen, creando un contrapunteo en el que escenas similares coexisten a pesar de los casi dos mil años que las separan:

Mis objeciones de conciencia, dudas, o errores de mi vida: no haber pertenecido, siquiera en algún período de mi existencia, al movimiento fariseo.

S. 61.- Mi primer error es no haber traído una brújula... ¡Cómo para no necesitarla con el herbario que se mandó el creador por estos verdales!

No tener el coraje del Bautista para condenar en forma pública a los adúlteros, cualquiera sea su rango.
Si el Maestro nos señaló el camino de venida, yo debo pintar sobre el suelo gruesas líneas blancas para el de ida.

C. 62.- ¿Este camino es de ida o de vuelta? ¿Estoy llegando a la vida?

Al final es una misma ruta, con vías de ida y vuelta (de la Vega, 1998: 111).

Como se puede observar en la cita, las letras de menor tamaño y lo escueto de la narración, son un indicativo de la preeminencia de un relato principal que es la historia que se desarrolla en Palestina, en el año tres de nuestra era: Matías, intenta entrar en el círculo cerrado de los apóstoles de Jesús. Esta historia mantiene una secuencia lógica aunque no lineal, pues es atravesada por algunas anacronías hacia el pasado y por las voces de Judas Iscariote y de José de Berseba. La historia comienza *in medias res*, cuando Matías está por ingresar al círculo de los apóstoles. Desde este punto existen frecuentes saltos hacia el pasado, en los que se narra el largo proceso que tuvo que seguir para ser admitido como apóstol. Paralelamente se desarrolla la otra historia, la del Che y su suplente, la cual se presenta fragmentada y con saltos temporales entre uno y otro acontecimiento, dejando vacíos en la historia.

La estructura narrativa es, por lo tanto, fragmentada por los saltos temporales entre una y otra narración, y si bien ambas historias se entrecruzan no se religan, salvo al final. Existen vasos comunicantes que van tejiendo relaciones de complementariedad entre ambas historias, como ser la utilización de una idea o de una imagen desarrollada por una de las narraciones y que es retomada por la otra; sin embargo, la narración mantiene un esquema por el que las dos historias son narradas por separado. Es decir, el tiempo narrativo es doble y, por lo tanto, fragmentado entre las dos historias.

Otra novela cercana a *Los fundadores del alba* es *Tirinea* (1967), de Jesús Urzagasti. En ella, el tiempo narrativo es un vaivén entre el presente narrativo y las frecuentes analepsis, que son las que en realidad llenan la narración. El tiempo primordial del relato es cuando Fielkho está escribiendo algo que parece un diario, pero que en realidad es la novela que estamos leyendo. De esto nos enteramos a mitad de la obra, cuando el personaje inventado por Fielkho se presenta como tal a partir de un presente narrativo y haciendo retrospectiva: "Fielkho ha comenzado un relato, este relato, el 23 de febrero de 1967, en el que me ha incluido como personaje" (Urzagasti 1967: 66). Fielkho, el autor de la novela que se está leyendo, es objeto narrativo de su personaje. En la configuración total de esta novela, la narración no se detiene en la simple historia de alguien que está escribiendo algo, lo inusual es que el mundo diegético se va inmiscuyendo en el mismo acto de narrar, por medio del personaje de la novela que está describiendo al autor ficticio.

El personaje de la novela se apodera del acto de narración, se convierte en narrador en primera persona y luego asume la narración en tercera persona, un narrador omnisciente que se inmiscuye en el inconsciente de su creador. La trama llega a tal punto que el personaje termina por escribir las dos últimas páginas de la novela:

(Fielkho) quiere sacar o está queriendo sacar en limpio lo que ni siquiera hizo en borrador, me refiero a las dos páginas que acabo de concluir (Urzagasti, 1967: 105).

La narración se desarrolla entre el tiempo del acto narrar, que es el tiempo en el que Fielkho está escribiendo su novela y el tiempo en que narra el personaje. En cuanto al tiempo de la historia, es difícil concebir la propuesta de un tiempo histórico paralelo entre Fielkho y su personaje, pues obviamente uno

es anterior. Pero la narración presenta a ambos narradores en un mismo plano temporal, subvirtiendo toda lógica, tanto en la historia como en la narración.

Tirinea no es en absoluto una novela convencional, ni en el argumento ni en el manejo de los tiempos. No se trata de una narración cronológica, lineal y sucesiva. Existen en ella frecuentes saltos hacia el pasado, pero a partir de un presente narrativo que no se sabe si es el presente de la narración propiamente dicha o el de la novela que está escribiendo Fielkho:

Viernes 3 de marzo de 1967. Dos menos nueve minutos de la madrugada. Me llamo Fielkho y estoy escribiendo algo que mi cuerpo exige para vivir, para establecer el equilibrio entre mis ojos y el mundo (...) esta tarde me visitó un amigo al que no veía hace mucho tiempo; perdió el tiempo, mi amigo, porque el tiempo no ha pasado en vano. Hace tan poco que he nacido, pero mi vida ya la perdí y apenas miro desde mi habitación solitaria (Urzagasti, 1967:29)

Si bien existe una fecha cronológica, que es el tiempo de la historia, lo que parece situar al personaje dentro de un tiempo real, posteriormente existe la intención de borrar ese primer dato con digresiones como "hace tan poco que he nacido". Lo que de alguna manera subvierte la lógica de un orden cronológico de la vida del autor-personaje. A nivel lingüístico, la utilización del pretérito y las deixis, nos remiten a un pasado inmediato (*esta tarde*) y a un pasado mediato o pseudo pasado (*hace tan poco que he nacido*) a partir de un presente, en el que el orden cronológico ligado a fechas es apenas un dato. Por otro lado, no deja de ser un dilema el tratamiento del tiempo de la narración por cuanto nos enfrenta a acontecimientos que no se sabe si pertenecen al tiempo de la historia 1 (la novela de Fielkho) o al tiempo de la historia 2 (la novela misma).

Estas dos últimas novelas citadas pertenecen al contexto literario de *Los fundadores del alba*, en ellas se nota una preocupación por recrear la narración

a través de registros o recursos poco convencionales en nuestra narrativa, constituyéndose el tiempo, tanto narrativo como histórico, en un juego complejo. Es evidente que el tiempo de la historia y el tiempo de la narración han sufrido un quiebre deliberado, acorde con el contexto literario latinoamericano. Si bien las temáticas son marcadamente referenciales al contexto social, el tratamiento de las mismas es diferente, especialmente en cuanto a la ruptura con la linealidad de la narración. Sin embargo, esto se hará realmente evidente en *Los fundadores del alba*, donde la intencionalidad de ruptura es indiscutible.

4. EL TIEMPO EN LOS FUNDADORES DEL ALBA

Vimos, en el anterior subtítulo, que la preocupación por el tiempo en la narración es parte de la tradición literaria latinoamericana y vimos algunos ejemplos importantes de nuestra propia tradición literaria. El tiempo en narración, como hemos comprobado, trasciende lo meramente argumental y se constituye, sobre todo, en un problema estético. En este sentido, sería pertinente la pregunta: ¿qué sucede cuando los tiempos narrativos, como técnica, tratan de asir la esencia del tiempo o tratan de subvertirla? En la búsqueda de nuevas posibilidades, algunas obras han hecho del tiempo narrativo un intrincado juego, en el que se desarrolla una perspectiva diferente no precisamente del tiempo, tanto como de la percepción del tiempo.

En esta parte, el ensayo se detendrá en un hecho importante: que la utilización de los tiempos narrativos, como técnica, es algo que tiene que ver con la construcción de un hilo argumental y con la configuración de los personajes. Se puede deducir que forma y contenido, a través de los tiempos narrativos, se engarzan a partir de los niveles de significación que se crean entre el tiempo narrativo y el tiempo de la historia.

En *Los fundadores del alba*, la correspondencia entre el tiempo de la historia y el tiempo de la narración es desde todo punto de vista conflictiva⁵. Es más, en esta novela, el tiempo de la narración -que frecuentemente no coincide con el tiempo de la historia, salvo en los diálogos, en alguna medida- es totalmente arbitrario a la secuencia lógica de los acontecimientos. Los tiempos de la historia son subvertidos, no por ello podemos decir que existe un caos, simplemente que el lector, como destinatario, como sujeto del proceso perceptivo debe lidiar con esto en una especie de rompecabezas, en el que todas las piezas están dispuestas, pero sin un orden, y donde las secuencias lógicas de los acontecimientos deben ser armadas por el lector.

Un juego en el que el tiempo es reproducido no como una secuencia lineal (que en realidad no es su esencia), sino como esa vivencia humana en la que el hombre se ve inmerso en el tiempo, sin poder comprenderlo, sin poder asir su esencia. El tiempo es una abstracción, no sólo en el campo de la filosofía, también en el lenguaje y en la narración. Es evidente que los tiempos verbales son representaciones ingenuas que no pueden representar al tiempo, sin embargo, es imposible concebir una narración sin recurrir a ellos, menos aún en el plano ficcional, donde se intenta representar una historia dentro de una lógica.

En este sentido, los tiempos narrativos en *Los fundadores del alba* reproducen de alguna manera el carácter inasible de este concepto, aunque, posiblemente, éste no haya sido el propósito del autor. Se puede decir de esta novela que es experimental por las técnicas narrativas que utiliza; sin embargo, esta profusión se justifica por la historia narrada. Cruces de planos temporales y

⁵ Según Todorov, el *tiempo* del discurso, lo que para nosotros es el tiempo de la narración o del relato, es lineal en el sentido de que los acontecimientos deben narrarse obligatoriamente uno tras otro; en cambio el tiempo de la historia es pluridimensional porque varios acontecimientos pueden desarrollarse al mismo tiempo (Todorov, "Categorías del relato literario", en *Análisis estructural del relato* de Roland Barthes, 1970: 174).

espaciales, flash back, analepsis, prolepsis, pausas, etc., son técnicas narrativas que representan una relación muy particular del tiempo narrativo con el tiempo de la historia.

En *Los fundadores del alba*, cada episodio o secuencia está entrecruzado por diferentes planos temporales que muchas veces pertenecen a la misma secuencia, pero que son presentados de manera aleatoria, si se quiere, pues no siguen un orden específico que corresponda a un orden cronológico en la historia; esto será detallado más adelante. El tiempo de la historia es algo que debe ser dilucidado, para ello se debe reconstruir el entramado narrativo a partir de los datos que nos da la misma narración.

En esta novela, los efectos estéticos que se buscan con las técnicas narrativas temporales guardan correspondencia con la construcción de los personajes y con sus estados de ánimo o psicológicos. Se puede decir que la complejidad del protagonista (Javier, el guerrillero) es evidenciada por las técnicas narrativas temporales utilizadas en los episodios en los que interviene. El tiempo narrativo es fragmentado y éste a la vez trasluce la fragmentación espiritual que el personaje experimenta.

Es evidente que no existe una relación ingenua entre las estrategias narrativas utilizadas y la psicología de los personajes. Podemos ver que cuanto más complejo es el personaje y las acciones que realiza o en las que está inmerso, más compleja es la narración y más intrincados los juegos temporales. Javier, joven seminarista, toma la decisión de darle a su vida un giro radical al entrar en la guerrilla, algo que no significa simplemente un cambio en la vida cómoda que lleva, sino un cambio en su mentalidad de burgués. Por otro lado, tenemos a su antípoda, un soldado raso, que ingresa al cuartel por esa idea, hasta cierto punto, ingenua de servir a la patria. El narrador no lo identifica, no

lo individualiza con un nombre, es un anónimo, como anónima es la vida de los soldados en los cuarteles. La mayor aspiración de este soldado es seguir las órdenes a pie juntillas, sin detenerse a pensar en los motivos por los cuales él y sus compañeros están luchando contra los guerrilleros. Esto se infiere por la manera en que el soldado va asumiendo su rol dentro del cuartel y en el mismo campo de operaciones contra-guerrilleras.

Estos dos personajes representan dos polos opuestos y, por lo mismo, la manera de ser representados en la narración son distintas, de acuerdo a su complejidad o su falta de complejidad. Mientras que Javier es presentado dentro de intrincados juegos temporales y espaciales, el soldado es presentado en un monólogo interior, el que transcurre en tiempo presente y es una simple descripción de sus estados de ánimos y del mundo que le rodea, sin que exista en esta voz un mínimo cuestionamiento a las situaciones que hacen que él se encuentre en plena selva buscando a unos guerrilleros. Es decir, mientras uno actúa por convicción, el otro lo hace por las órdenes que recibe.

Es una verdadera sutileza el hecho de presentarlos de tal manera; sin embargo, es indudable que esta sutileza tiene implicaciones sociológicas, psicológicas y, de algún modo, ideológicas, además de un cierto grado de prejuicios (¿raciales?). No es casual que el guerrillero represente todo un bagaje de ideales, con una fuerte adscripción ideológica, mientras que el soldado raso sea la representación de un anónimo de clase baja, sin un mínimo de convicciones políticas o ideológicas, un simple peón al servicio de la dictadura y, por lo tanto, del imperialismo. Es evidente que la novela se desarrolla en torno a estereotipos: el guerrillero comprometido con un ideal, y el soldado, un gorila más que sólo responde a órdenes.

A simple vista, parecía existir una intención estética y nada más en la utilización de los tiempos narrativos; sin embargo, hilando más fino, podemos comprobar que existe un componente ideológico y un cierto grado de prejuicios -quizás a pesar del autor-, donde la representación de dos visiones de mundos diferentes debe pasar, necesariamente por una serie de oposiciones. Dos visiones de mundo claramente diferenciadas y que corresponden a un momento histórico (extratextual) en el que el país se debatía entre golpes militares y gobiernos de facto y, por el otro lado, la resistencia, aunque esta última mermada. Latinoamérica era azotada por el imperialismo norteamericano a través de gobiernos militares que propiciaban su expansión no sólo física sino ideológica. El surgimiento de la guerrilla, en un contexto tan adverso, generó y evidenció un Estado totalitario y a la vez fragmentado. Extraña paradoja que es representada por la literatura en algunos cuentos y novelas. Uno de ellos es "Hora Cero", de Ramón Rocha Monroy y que es analizado por Ana Rebeca Prada en su artículo "Cuento contemporáneo de la represión en Bolivia":

La fragmentación caótica tanto del espacio y del tiempo, como de la temática misma de la narración, traducen el intento de Rocha Monroy de presentar la convergencia de realidades radicalmente diferentes en un mismo medio (...). El autor fusiona su fragmentación temática, temporal y espacial mediante imágenes o superposiciones que convierten al texto en una forma indagatoria tan activa como el análisis humano y social de Horacio (Prada, 1985: 64).

Fragmentación caótica, es así como definirá Ana Rebeca Prada al tratamiento del tiempo, del espacio y de la temática de este cuento. La autora hace su análisis a partir de la existencia de un Estado totalitario y un abismo entre clases y entre ideologías. Esta reflexión sugiere que dicha fragmentación muestra, de algún modo, una sociedad conflictuada no sólo por el momento histórico sino, tal vez, por el entramado social, postcolonial y por lo tanto discriminatorio. Algo que, por nuestra parte, vemos evidenciado en la estructura misma de la novela *Los fundadores del alba*. No olvidemos que son las

acciones humanas, las que hacen posible un mundo narrado. Mimesis de la realidad, diría Aristóteles. Mimesis del mundo real, mimesis que en la novela cobra diferentes matices. Es evidente que el mundo narrado, aunque parezca no ser nada más que un entramado de ficciones, de técnicas narrativas, temporales o no, posee una especie de nexo con la realidad, con su contexto, histórico o discursivo, o ambos.

Siguiendo con nuestra reflexión, si asumimos que el cruce de planos temporales produce una fragmentación del relato, del hilo narrativo, podemos hipotéticamente decir que dicha fragmentación corresponde a una realidad en la que seres fragmentados -sociedad civil- se ve enfrentada a la dictadura. Y esto es lo que tal vez la literatura quiera significar: la fragmentación de la narración corresponde a la fragmentación del personaje. Si queremos seguir esta posibilidad, entre otras, debemos tener en cuenta que esta tendencia por la utilización de tiempos narrativos, como técnica narrativa se ha extendido hasta nuestros días, después de cuarto siglo de democracia; sin embargo, quizás ahora encierre otros sentidos. Es por demás significativo el hecho de que el mismo autor no volvió a utilizar complicados juegos temporales, salvo en alguna rara ocasión⁶

Ya mencionamos la "profusión" de técnicas narrativas en *Los fundadores del alba*, analizarlas todas sería una labor demasiado ardua. Posiblemente, lo mejor sea detenernos en los momentos de mayor tensión de la novela, a los cuales corresponden, precisamente, la mayor utilización de estrategias narrativas temporales.

⁶ En *Al borde del silencio* (1969), libro de cuentos publicado inmediatamente después de *Los fundadores del alba*, Prada Oropeza utiliza una narración lineal en casi todos los cuentos, con algunas analepsis internas o externas. Sin embargo, el manejo del tiempo narrativo está lejos de ser complejo y entramado, como en el caso de *Los fundadores del alba*.

En esta novela, la complejidad se da en diferentes planos narrativos temporales. En nuestro análisis consideramos como secuencias menores a lo que Mieke Bal llama *acontecimientos*, en relación a las secuencias mayores, o *episodios*. Estos acontecimientos se dan en un tiempo y representan movimiento, desarrollo e interacción con otros acontecimientos, lo que supone una sucesión de hechos en el tiempo de la historia, una cronología:

Un acontecimiento, por muy insignificante que sea, siempre ocupa un tiempo en la realidad. El tiempo es el carácter hipotético en una fábula, en la cual los acontecimientos no han ocurrido "realmente". Sin embargo, el tiempo a menudo es importante para la continuación de una fábula (Bal, 1985:14).

Para que la historia sea comprensible, sin embargo, debe existir una lógica entre los acontecimientos narrados, esto quiere decir que el lector pueda ubicarlos dentro de ese tiempo hipotético. La narración debe traslucir una historia en la que los acontecimientos estén inscritos dentro de una lógica sucesión, aunque éstos no estén narrados secuencialmente y en orden cronológico. Esto es precisamente lo que sucede en *Los fundadores del alba*, donde el hilo narrativo, entendido como la lógica lineal de los acontecimientos, es fragmentado y aleatorio en muchos sentidos.

En cuanto a lo que llamaremos secuencias mayores o episodios, es necesario tener en cuenta que cada uno de ellos es presentado de manera intercalada, principalmente, entre dos voces narrativas: una voz narrativa en tercera persona u omnisciente, que narra los sucesos vinculados a Javier (el guerrillero) y una voz narrativa en primera persona, que corresponde al soldado, en forma de monólogo interior. Pero al final de la novela, en el Epílogo, la narración se realiza en segunda persona y el tiempo verbal en que se narra es el futuro. Aquí es necesario aclarar que en las otras voces narrativas se utiliza el tiempo presente.

Para los fines de este análisis, es necesario remarcar que estos episodios, a la vez, constituyen secuencias menores en relación a las cuatro partes de la novela: Proemio, Primera y Segunda Partes y Epílogo.

El Proemio empieza con la secuencia en la que Javier encuentra a Laura. Aparte del cruce de planos narrativos, temporales y espaciales —como en toda la novela- lo que podemos decir es que empieza *in media res*, respecto al orden cronológico de toda la historia. Esto quiere decir que en la estructura mayor de la novela, las cuatro partes mencionadas tampoco siguen un orden cronológico. En este punto, es necesario mencionar que el *tiempo primordial* de la novela tiene lugar cuando Javier y los guerrilleros están en pleno monte y huyen del ejército.

Mieke Ball afirma que a partir del *tiempo primordial* se dan las analepsis internas y externas⁷, las cuales, en *Los fundadores del alba*, tienen la función de retrotraer a este tiempo primordial lo acontecido previamente a las escaramuzas guerrilleras. Estas analepsis, que corresponden a un tiempo pasado respecto al tiempo primordial, no son realizadas en pretérito perfecto, como correspondería si presumimos que el tiempo primordial es el presente de la historia, sino que también ellas son narradas en tiempo verbal presente. En realidad, toda esta novela es narrada en verbo presente, aún cuando las acciones narradas sean retrospectivas, excepto en el Epílogo, donde la voz narrativa utiliza el tiempo verbal futuro. No olvidemos que el futuro, paradójicamente en narración, es uno de los tiempos que no admite posibilidad,

"Cuando quiera que una retrospectión tiene lugar completamente fuera del lapso temporal de la fábula primordial, nos referimos a una analepsis externa (...) Si la retrospectión sucede dentro del lapso temporal de la fábula primordial, entonces nos referimos a una analepsis interna (...) Si la retrospectión comienza fuera del lapso-temporal primordial y finaliza dentro de él, nos referimos a una retrospectión mixta" (Mieke Bal, *Teoría de la narrativa.*, 1985: 67).

es como si un destino ya estuviera escrito, y no existiera más posibilidad que la de su realización.

En esta parte de la novela existen dos narradores que intercalan su intervención. El primero es un narrador en tercera persona u omnisciente y el segundo es un narrador en primera persona o equisciente. Como ya se estableció, llamaremos secuencias menores a los *acontecimientos*, los cuales en esta parte inicial son una muestra de lo que ocurrirá en lo sucesivo en toda la novela.

En la primera secuencia de esta novela podemos también establecer un tiempo primordial, un presente a partir del cual la narración irá tejiendo correspondencias con otras secuencias pasadas y futuras: Laura y su padre se encuentran en su cabaña, es de noche y escuchan que el perro advierte la presencia de alguien afuera. Inmediatamente hay un salto temporal hacia el pasado: "Ayer era un buen día, pero algo ya estaba en los aires" (Prada, 1990: 11). Este *ayer*, es comprendido desde el hoy del presente. Luego el tiempo se retrotrae al tiempo actual: "Ahora lo recuerdan los dos" (Prada, 1990:12). Estas digresiones temporales son marcadas por los *deíticos*, que remiten a un tiempo en el que los adverbios *ayer* y *ahora* tienen la función de localizar temporalmente el momento de la enunciación, en este caso el tiempo primordial de la narración, el presente, desde el cual se hacen saltos al pasado en forma de analepsis y flash back.

Del presente se da un nuevo brinco hacia el pasado, en el cual Laura está en el río y presiente que alguien la mira. Inmediatamente, al final del párrafo, se regresa al presente, en el que Javier está fuera de la cabaña y le tapa la boca. Dentro de la cabaña, el padre de Laura le pide que regrese. Otra vez se da un salto hacia el tiempo pasado (*ayer*), Laura sigue en el río

intentando descubrir a la persona que la mira. Se regresa otra vez al presente, en el que Javier le informa que se llevan unos animales, pero que están dejando dinero en pago. Luego se hace un salto hacia el futuro, en él un sargento ordena a los soldados que revuelvan todo para encontrar alguna pista de los guerrilleros. Otro salto en el tiempo nos sitúa en el momento en que Laura regresa del río, después del supuesto encuentro con Javier. Decimos supuesto porque es un vacío, que en teoría literaria se conoce como *elipsis*, que es un acontecimiento del que no se dice nada, pero que por el desarrollo del argumento se coligen muchas cosas como, por ejemplo, un encuentro amoroso entre Javier y Laura. Este encuentro, dentro de la narración, es una omisión que, sin embargo, tiene su razón de ser en la misma construcción de los personajes. Si bien apenas existen insinuaciones, es innegable ese encuentro amoroso en el hecho de que en la última parte de la novela se revela el embarazo de Laura.

En una segunda secuencia de este Proemio, nos encontramos con una voz narrativa en primera persona, en forma de monólogo interior. Esta voz le pertenece a uno de los personajes, quien narra los hechos desde su perspectiva de soldado. Es la voz que representa la otra cara del conflicto guerrillero. Esta voz narra lo que sucede en el otro lado, en el lado de los militares.

El presente se utiliza para situar un hecho como contemporáneo al momento de la enunciación. En el monólogo interior lo que se pretende es simular una correspondencia entre el tiempo de la historia y el tiempo de la narración, como sucede con el diálogo. Una condición básica para el monólogo interior es que la voz narrativa se sitúe en un presente, a partir del cual puede hacer saltos a un tiempo pasado o futuro, otra condición es que la voz narrativa por excelencia sea la primera persona, un Yo desde el cual se narre el tiempo

presente, como sucede con las secuencias en las que interviene la voz narrativa del soldado. En este caso no existe de parte de la narración digresiones hacia el pasado, pausas o analepsis. La narración es presentada de manera lineal y secuencial desde el momento en que el capitán empieza su perorata frente al pueblo hasta que termina su improvisado discurso. La voz narrativa se limita a describir todo lo que acontece a su alrededor.

La primera parte de la novela empieza con la decisión de Javier de abandonar el seminario para unirse a la guerrilla. Conflictiva es la situación de los personajes, compleja es también la estructura de esta parte de la novela, por las técnicas narrativas utilizadas, quizás en correspondencia con el argumento. Para describir cuán compleja es la situación del personaje, la narración se presenta fragmentada hasta el máximo.

Esta parte de la novela es también presentada *in medias res*, respecto a los demás acontecimientos narrados en esta secuencia. El tiempo de la historia podría reconstruirse de la siguiente manera: Javier entra en polémica con un profesor en plena clase, éste le manda a la Rectoría, como forma de castigo, Javier va por el pasillo y se detiene frente a la puerta del Rector, habla con él, le informa de su decisión de abandonar el seminario, en la noche Javier se encuentra en su habitación esperando que llegue el día para irse, el padre profesor se detiene frente a su puerta indeciso, Javier habla con Carlos sobre su decisión, amanece y Javier se marcha del seminario. Esta es la secuencia lógica de los acontecimientos de la historia; sin embargo, la narración empieza en el momento en que Javier va a hablar con el padre rector. Como se puede ver, entre el tiempo de la historia y el tiempo de la narración no existe correspondencia. La historia es presentada de manera casi caótica, pues la disposición de los acontecimientos es hecha de manera aleatoria y totalmente fragmentada:

Javier se sienta al borde del lecho de Carlos. "Carlos, Carlos". "La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia". "No quería molestarte". El cuarto está frío y en penumbras, pero puede ver el rostro redondo, pueril, de Carlos. "Por favor, repite eso", dice Carlos. El profesor se ha puesto pálido. "¿Es que no tienes un poco de sentido común?". "Bueno, ¿qué es lo que le trae al joven?" (Prada Oropeza, 1990: 21).

En este episodio se pueden distinguir ocho planos temporales que relatan el proceso complicado que debe seguir Javier, antes de dejar el seminario. Estos ocho planos temporales, a la vez, son segmentados en unidades mínimas, representados por enunciados breves y cortados. Esta segmentación temporal muestra a un personaje problematizado y, a la vez, fragmentado —si se quiere- entre dos discursos: el uno, oficial, que pertenece a la institucionalidad de la iglesia; y el otro, el discurso revolucionario donde la justicia social parece enfrentarse a la idea de una iglesia anquilosada en sus preceptos. Estos ocho planos temporales, intercalados, corresponden, a la vez, a planos espaciales; sin embargo, es necesario recalcar que el número de planos temporales no corresponde, necesariamente, al número de planos espaciales, como vemos en el siguiente esquema:

1. Rectoría: Javier habla con el padre Rector
2. Clases: Javier entra en polémica con el padre profesor
3. Dormitorio: Javier conversa con su amigo Carlos (tarde)
4. Dormitorio: Javier espera que amanezca (noche)
5. Corredor: Javier se dirige a la Rectoría
6. Clases: Javier no asiste, Carlos está presente
7. Corredor: El profesor está en la puerta del dormitorio de Javier, no entra
8. Dormitorio: Javier se marcha del Seminario. (mañana siguiente)

La enumeración de estas secuencias o acontecimientos está hecha a partir de los tiempos narrativos, es decir, a partir de su aparición en el texto narrado. En este episodio de la novela, ocho son los planos temporales, sin embargo, tres de ellos corresponden a un mismo espacio, el dormitorio de Javier en el seminario. Por otro lado, tenemos que las clases son presentadas en dos tiempos narrativos diferentes: cuando Javier interviene en una discusión con el padre profesor, y al día siguiente, cuando la clase se desarrolla sin la presencia de Javier.

En esta misma secuencia narrativa, tenemos dos imágenes parecidas que se desarrollan en los corredores del seminario: dos personajes caminan por los corredores con cierta vacilación, luego se detienen frente a una puerta. Estas dos figuras corresponden a Javier y al padre profesor, pero ambos transitan por el pasillo en diferentes circunstancias y en diferentes tiempos. Por un lado, Javier se dirige a la Rectoría -posiblemente fue enviado por el padre profesor- y, por el otro lado, el profesor busca a Javier. Lo significativo es que ambos se detienen vacilantes frente a una puerta, es decir que la imagen se repite, la actitud se repite, pero en dos personajes, tiempos y espacios diferentes.

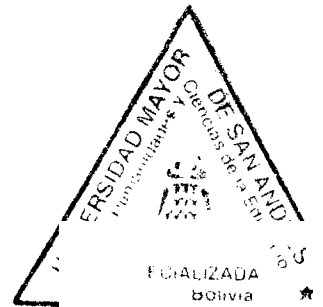
Estos ocho planos temporales son presentados en la narración de manera intercalada, aparentemente de manera aleatoria, pues no existe una lógica secuencial entre uno y otro plano.

En la segunda secuencia de esta primera parte de la novela, encontramos que la narración utiliza otro manejo temporal en la narración, son dos los planos espaciales y uno el tiempo histórico: Javier se encuentra en su casa, en su habitación, es de noche y está leyendo una revista; al mismo tiempo, Juana —la empleada de la casa- se encuentra en el pasillo de la casa,

en dirección a la habitación de Javier. La perspectiva narrativa se va intercalando entre ambos personajes y entre los espacios que ocupan, el pasillo y el cuarto. El tiempo de la narración es uno solo. Llega un momento en el que las perspectivas narrativas se fusionan, lo cual implica también un mismo tiempo narrado para ambos, esto ocurre cuando Juana ingresa a la habitación de Javier.

En la tercera secuencia de la primera parte, la narración se desarrolla en cinco planos temporales, desde la perspectiva del tiempo narrativo, que son los siguientes:

1. Javier abandona su casa después de discutir con su padre.
2. Javier está en la calle luego de abandonar su casa.
3. Javier está en su dormitorio conversando con su madre.
4. Javier y sus padres están en el comedor.
5. Javier se encuentra con José, un compañero de la guerrilla.



En este caso, el episodio empieza cuando Javier se va de casa. Al interior de la historia o trama esto corresponde a la parte media del episodio. El acontecimiento primero dentro del desarrollo de la historia es cuando Javier y su madre conversan en el dormitorio de él y termina cuando Javier se encuentra con José en la calle.

Estos cinco planos temporales, o acontecimientos, corresponden a otros tantos planos espaciales, respectivamente. Nuevamente, la narración no parece tener una secuencia lógica, pues los acontecimientos son presentados de manera intercalada y aleatoria. Sin embargo, la narración tiene una secuencia cíclica, pues empieza y termina en el primer plano espacial, cuando Javier abandona su casa, que es el momento de mayor tensión de este episodio.

En este mismo episodio nos encontramos con un juego temporal interesante: dos personajes, Juana y la Negra, las parejas de los dos guerrilleros (Javier y José), están unidas en el plano narrativo, en realidad, en el desarrollo de la historia no se conocen; sin embargo, el narrador utiliza una misma imagen para describir a ambas al mismo tiempo. La perspectiva se detiene en ambas a la vez, de manera simultánea, aunque se infiere por la historia que una de las escenas antecede a la otra. En este caso el primer plano temporal corresponde a la escena en que Juana ve marcharse a Javier de su casa; en cambio, la escena en la que interviene la Negra corresponde al quinto plano temporal, cuando es la Negra la que ve marcharse a su esposo, a José. Como se puede ver, ambas escenas corresponden a diferentes planos espaciales y temporales, unidos sólo por la narración: "La Negra y Juana no entienden nada, las dos muerden sus mandiles y lloran" (Prada Oropeza, 1990: 35). Ambos personajes no coinciden en el tiempo de la historia, es en la narración donde se encuentran, pero el narrador utiliza ambas imágenes como si estos dos personajes ocuparan un mismo tiempo y espacio. Lo que dentro de la diégesis, dentro del desarrollo de la historia, es imposible.

En el episodio antes del Epílogo, los personajes principales, estas dos antípodas, al fin se encuentran. Todo el desarrollo de la narración está encaminado a ello, los dos mundos opuestos coinciden en un mismo espacio y tiempo. Para ello, la narración es realizada a partir de dos planos espaciales simultáneos en el tiempo, con la perspectiva posada en uno y otro personaje, alternativamente. Ya lo dijimos, el tiempo de la historia es el mismo, incluso el espacio es el mismo, ambos personajes se encuentran cerca del río, el uno acechando y el otro escapando. Pero llega el momento en que estos dos planos espaciales se entrecruzan y se fusionan, al fin los dos personajes se encuentran, pero el encuentro, lejos de ser traumático, es una especie de

reconocimiento. La narración se la realiza en tiempo presente por tres narradores: un narrador en tercera persona u omnisciente y dos narradores en primera persona que corresponden a las voces del guerrillero y del soldado. A pesar de que en esta parte del relato ambos personajes parecen mantener un mismo nivel en la narración, en el guerrillero aún existe sobreposiciones de tiempos, este personaje mantiene su complejidad hasta el último momento, en esta ocasión justificada por la fiebre; mientras que el soldado mantiene su tratamiento inicial y persistente en toda la narración.

En general, en *Los fundadores del alba*, cada plano temporal, dentro de la narración, no sigue un orden cronológico, tampoco existe un orden cronológico entre la disposición de cada uno de los planos con el tiempo de la historia. Esto quiere decir que el tiempo de la narración es totalmente fragmentado y arbitrario, donde la sucesión de los hechos no tiene correspondencia con el orden sucesivo de la historia o diégesis. Esta disposición no lineal del tiempo de la historia y la total fragmentación del mismo, junto con los otros elementos de la narración, lo que hace es darle a la novela una gran carga semántica al mundo narrado.

Es bastante significativo que el personaje que comparte protagonismo con el personaje principal, el soldado, carece de nombre, quizás con el fin de crear a partir de él una generalización, la cual, por eso mismo es estereotipada, por lo tanto, llena de prejuicios, pues no olvidemos que en novela, el nombre del personaje es fundamental. Sólo detengámonos a recordar algunas obras y vendrán a nuestra memoria nombres inolvidables: José Arcadio Buendía, este nombre en su conjunto sugiere el momento en que el patriarca de Macondo fundó el pueblo en un espacio casi irreal; el nombre de Sancho Panza sugiere la gordura del personaje. Con estos dos pequeños ejemplos podemos comprobar, que en gran parte de las obras, los nombres configuran a los

personajes, en muchos casos los completan. No es extraño, por lo tanto, que los autores se preocupen en escoger el nombre adecuado para sus personajes, aunque éste, por lo general, no signifique nada al principio, sufre un proceso acumulativo en el desarrollo de la obra, como es el caso de Javier.

En este sentido, dejar sin nombre a uno de los personajes, tampoco es casual, a partir de esta "omisión", se puede comprender, quizás, la vida anónima en los cuarteles, donde el rango no sólo es la posición de poder o no frente a los demás, sino una manera de asumir o conferir una identidad, de manera que el soldado, al igual que el capitán, son personajes, si bien innominados, son referenciales y cargados de significados.

Cada personaje lleva sobre sí una carga de articulaciones simbólicas e ideológicas y no es en absoluto casual que un personaje sea presentado de tal o cual manera. De modo que la imagen que percibimos del soldado, a través del desarrollo de la narración y de la voz narrativa de éste, queda reforzada por el contraste en la estructura narrativa simple en que es presentado, en oposición a la estructura narrativa compleja utilizada para el guerrillero. El monólogo interior, en tiempo presente y lineal, deja ver una subjetividad anodina y llana. Esto es reforzado por un lenguaje áspero, popular, propio de los muchachos de barriada o de la periferia, con fuerte sintaxis aymara. Este personaje es construido a partir de arquetipos que ciertos sectores de la sociedad tienen respecto a los jóvenes mestizos o indios. Como ya dijimos, existe cierto componente de prejuicios raciales en la construcción de los personajes, de otra manera no se explica una construcción de los personajes tan binaria y radicalmente opuesta.

Es evidente el juego de oposiciones que existe para la representación o construcción de estos dos personajes: mientras uno está llevado por

aspiraciones sublimes de justicia social, el otro no es más que una veleta que no sabe a dónde se dirige y cuya mayor ambición es cumplir las órdenes de sus superiores. Esta diferencia en los caracteres y motivaciones de ambos personajes son representados en la estructura narrativa misma, donde ambos son descritos a partir de características específicas y estereotipadas. La narración para el guerrillero es compleja, atravesada por planos temporales y espaciales, los cuales representan una personalidad también compleja. En cambio la narración para el soldado es simple, no es más que la descripción de las situaciones que vive, se utiliza el tiempo presente, no existen cruces temporales ni espaciales: simple es la narración como simple es el personaje:

El capitán ha dicho que hemos cumplido una gran hazaña. Nosotros hemos pensado qué carajo, que falta eso. El capitán ha dicho qué carajo y todos hemos respirado aliviados. Al sargento, que si le permite su capitán y su capitán se lo permite; entonces el sargento ha empezado a hablar con gran sentimiento, trayendo a nuestra recordación de la memoria al teniente que vino para la incursión en la quebrada. El Loro también ha empezado a lloriquear un poco. "Este es un motivo más para sacarles la infundia a los criminales rojos", el capitán interrumpiendo. (Prada Oropeza, 1992: 80)

La narración para las intervenciones del soldado es en forma de monólogo, la voz narrativa de este personaje da la impresión de que no existe una intención reflexiva sobre los hechos en los que se ve inmiscuido, sino una simple exposición de los mismos, algo que refuerza la idea de un personaje que vive el momento, sin mayores complicaciones. De esta manera podemos evidenciar que en esta novela existe concordancia entre la utilización de estrategias narrativas temporales con el desarrollo de la diégesis, lo que implica un nexo entre contenido y forma, desde el punto de vista de la construcción de los personajes.

En *Los fundadores del alba*, los personajes representan no sólo la fragmentación por el momento histórico, demasiado opresivo; representan también la fragmentación social y todo un mundo de prejuicios sociales, incluso en el mismo autor, que es quien al final construyó a sus personajes a partir de estereotipos sociales. Lo más probable es que lo haya hecho a pesar suyo o sin percatarse del todo. De cualquier manera, a partir del contenido narrativo, de su estructura y de sus personajes, podemos ver dos diferentes visiones de mundo, pero que comparten un mismo país, un mismo territorio y un mismo tiempo, diríamos, para retomar el tema de nuestro análisis. Algo que no se puede mirar de soslayo es el hecho de que los componentes ideológicos son importantes, solamente así se puede comprender la manera cómo se construyen los personajes y el modo cómo se van articulando los diferentes elementos que hacen al mundo diegético.

Es claro que estas articulaciones ideológicas no son necesariamente políticas, pueden existir otros componentes que expliquen el porqué de la utilización de entramadas técnicas temporales para un personaje y una narración lineal para otro. Quizás la explicación se encuentre en el contexto no solo literario sino social, aunque éste no sea el propósito de este ensayo, sin embargo, es ineludible buscar una respuesta. Lo que podríamos decir es que siendo el contenido narrativo una correlación de las acciones humanas, éstas no se dan sino dentro de un contexto histórico, social y discursivo, por lo tanto, en una obra como la que analizamos, la ficción no puede o no logra anular por completo el referente extratextual.

Por otro lado, las articulaciones discursivas de esta novela, no son meramente formales, también mantienen correspondencias con los contenidos narrativos, es decir, que contenido y forma en esta novela se imbrican y crean a partir de ello, nuevos sentidos. De manera que la utilización de planos

temporales y de secuencias narrativas fragmentadas tienen razón de ser con el desarrollo de la diégesis, especialmente a partir de la construcción de los personajes, lo que implica un nexo entre contenido y forma.

CONCLUSIÓN

Puede acontecer que en el texto literario exista una simultaneidad de planos espaciales que converjan en un mismo tiempo o que muchos acontecimientos dados en diferentes tiempos, compartan un mismo plano narrativo. Sucede que la búsqueda de nuevas posibilidades narrativas puede dar como resultado un sinnúmero de juegos temporales en los que el tiempo lineal sea constantemente subvertido. Una de las cualidades de las obras narrativas es que en ellas la realidad no sólo es recreada sino subvertida. En este sentido, en *Los fundadores del alba* la temporalidad ya no es una línea rígida en la que los acontecimientos se presentan de manera sucesiva y cronológica: se puede decir que es un intrincado juego a partir del cual se establecen sentidos. Desde el descubrimiento de un tiempo relativo en oposición a un tiempo absoluto, las alternativas temporales en narración son vastas y, por lo tanto, cada vez más complejas.

Una obra literaria no puede ser considerada como un mero sistema de valores en sí. Aunque, como en *Los fundadores del alba*, la estructura narrativa —tan compleja— parece justificar a la misma novela dentro de sus relaciones inmanentes, es evidente que ésta adquiere significación en la medida en que su propuesta corresponde no sólo a un contexto discursivo, sino a un contexto histórico y social. Esto es algo que no podemos perder de vista, pues esta adición hace de ella lo que es y hace que los lectores la leamos como tal: literatura de guerrilla.

Por otro lado, cuando analizamos lo formal o estructural de esta novela o de cualquier otra novela, tropezamos con un hecho relevante, que forma y contenido siempre van juntos. En este sentido, el análisis de los tiempos narrativos (cruce de planos temporales o espaciales, flash back, etc.) adquiere

importancia en la medida en que éstos tienen su razón de ser en la diégesis. Esto implica que la novela no sólo es la elaboración de un contenido, sino que éste adquiere significado en la estructuración narrativa. En otras palabras, es tan importante el qué se relata como el cómo se relata. Sin embargo, no siempre se logra engarzar ambos y crear una nueva propuesta; ése es el logro de *Los fundadores del alba*. No es extraño, por lo tanto, que todos los tiempos narrativos utilizados, todo ese entrecruzamiento de planos temporales y espaciales recaigan precisamente sobre el personaje más problemático o problematizado, Javier. ¿Es que la técnica narrativa desea demostrar esa problematización del personaje simplemente, o va más allá, y lo que quiere es mostrar personajes fragmentados por un Estado totalitario, dictatorial, donde la relatividad de los tiempos parece ser un escape al absolutismo?

Relativismo del tiempo versus absolutismo del Estado, eso parece querer evidenciar esta novela. Una fragmentación narrativa llevada al extremo puede significar también una fragmentación de la sociedad. En este caso, las técnicas narrativas no constituyen simples juegos estéticos si no un entramado complejo en el que forma y contenido se imbrican, de manera que ambos se sustentan y adquieren significados diversos.

La presencia de los tiempos narrativos, no corresponde, siempre, a la simple intencionalidad de crear algo nuevo. En el caso de *Los fundadores del alba*, el tiempo narrativo no sólo recrea al tiempo humano en su complejidad. Es un tiempo que crea sentidos en la medida en que en él no sólo confluye un contenido narrativo o el relato de una historia, sino que representa la performance de las subjetividades de los personajes. Esto quiere decir, que es en la utilización o no de los tiempos narrativos complejos en los que se evidencia una personalidad compleja o superficial, como es el caso del guerrillero y del soldado, respectivamente.

Por lo tanto, en esta novela, analizar los tiempos narrativos no se detiene simplemente en el hecho formal, sino que la reflexión es absorbida por estructuras que hacen a un contenido ideológico, sea este político o social. El entramado de nuestra sociedad se ve también recreado no sólo a nivel de contenido sino también en la forma. No es casual que existan dos antípodas en esta novela, con todos los rasgos definidos a partir de la situación social a la que pertenecen. Tampoco es casual que esta novela construya sus personajes a partir de arquetipos, como se pudo ver. Todos estos componentes, que hacen al contenido de la novela, se explicitan en la forma, por lo que se deduce que la utilización de los tiempos narrativos no obedece simplemente a la experimentación sobre nuevas formas de narrar, sino que a través de la utilización o no de ellos, el contenido se resemantiza.

Finalmente, la reflexión sobre los tiempos narrativos en *Los fundadores del alba* enfrenta diferentes niveles de análisis, desde el sentido y significado de la utilización del tiempo en la estructura misma de la novela hasta sus efectos estéticos. El mundo narrado en esta novela es un todo intrincado en el que los diferentes elementos narrativos entran en relaciones de complementariedad creando así nuevos espacios semánticos. Es evidente que la profusión de las técnicas narrativas en esta novela no responde a un simple afán experimental, más bien es una forma de darle mayor carga semántica a los otros elementos de la narración, es decir, a los personajes y a la trama. De esta manera, en *Los fundadores del alba*, el manejo de los tiempos narrativos, significativo por sí mismo por lo intrincado y complejo, lo es más a un nivel orgánico, constituyéndose en un generador de sentidos donde el qué se narra y el cómo se narra comparten un mismo nivel de importancia.

BIBLIOGRAFÍA

ALCAZAR, Reinaldo

1981 *El cuento social boliviano*. La Paz: Editorial Imprenta Alenkar.

ANTEZANA, Luis

1985 "La novela Boliviana en el último cuarto de siglo". En: Javier Sanjinés, *Tendencias actuales en la literatura boliviana*; pp. 27-43. Valencia: Meneapolis.

CALVINO, ITALO

1997 *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Editorial Siruela.

CARPENTIER, Alejo

1966 *Guerra del tiempo*. México, D.F.: Colección Ideas, Letras y Vida.

CERRUTO, Oscar

s/f *Cerco de penumbras*. La Paz: Burillo.

BAL, Mieke

1985 *Teoría de la narrativa. Una introducción a la narratología*. Madrid: Ediciones Cátedra.

BELL, Telma

1966 *El enigma del tiempo*. Buenos Aires: ACME SACI.

BENVENISTE, Émile.

1985 *Problemas de Lingüística General I y II*. México: Siglo XXI.

BLANCO, Manuel

1963 *Jorge Luis Borges. Anotaciones sobre el tiempo en su obra*. México, D.F.: Ediciones de Andrea.

BORGES, Jorge Luis

1985 *Prosa completa*. Barcelona: Bruguera.

BOURNEUF, Roland y GUELLET, Réal

1983 *La novela*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A.

BOUYSSÉ — CASSAGNE Terréese

1987 *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. La Paz: Hisbol.

BRANUNSTEIN, Néstor

1993 *El tiempo, el psicoanálisis y los tiempos*. México, D.F.: Fundación Mexicana del psicoanálisis ISISN.

CALVINO, Italo

1997 *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Ediciones Siruela.

de la Vega, Julio.

1998 *Matías el apóstol suplente*. La Paz: Santillana.

FUENTES, Carlos

1994 *Aura*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

FRAILE, Guillermo

1965 *Historia de la filosofía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. (Tomos del I al VII).

GADAMER, Hans Georg

1979 "El tiempo en el pensamiento occidental de Esquilo a Heidegger".
En: Ricoeur — Toynbee — Gadamer, *El tiempo y las filosofías*.
Salamanca: UNESCO.

KUNDERA, Milán

1987 *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets Editores.

LOZANO, Jorge

1986 *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*.
Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.

MOURIAC, Francois

1955 *El novelista y sus personajes*. Buenos Aires: EMECÉ S.A.

PIMENTEL, Luz Aurora

1998 *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México, D. F.:
Siglo XXI.

POUILLON, Jean

s/f *Tiempo y novela*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

POZUELO, José María

1988 *Teoría del lenguaje literario*. Madrid: Cátedra, S.A.

- PRADA, Ana Rebeca**
 1985 "El cuento contemporáneo de la represión en Bolivia". En: Javier Sanjinés, *Tendencias actuales en la literatura boliviana*; pp. 55-66. Valencia: Mineapolis.
- PRADA, Oropeza Renato**
 1969 *Al borde del silencio*. Montevideo: Editorial Alfa.
 1976 *La autonomía literaria*. La Paz — Cochabamba: Los Amigos del Libro.
 1992 *Los fundadores del alba del Alba*. (Primera edición 1969) La Paz — Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- RAMÍREZ, Molas Pedro**
 1978 *Tiempo y narración*. Madrid: Gredos.
- RICOEUR, Paul**
 s/f *Tiempo y narración. Tomo I. configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- RICOEUR, TOYNBEE, GADAMER** (y otros)
 1979 *El tiempo y las filosofías*. Salamanca: UNESCO.
- SANJINÉS, Javier**
 1985 *Tendencias actuales en la literatura boliviana*. Valencia: Mineapolis.
- SHOROJOVA, E. V.**
 1963 *El problema de la conciencia*. México, D.F.: Editorial Grijalva, S.A.
- TODOROV, Tzvetan**
 1970 "Categorías del relato literario". En: Roland Barthes, *Análisis estructural del relato*; pp. 155-192. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo
- URZAGASTI, Jesús**
 1967 *Tirinea*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- WEINRICH, Harald**
 1968 *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid: Editorial Gredas, S.A.
 1964 "El lenguaje, el tiempo y los tiempos". En: ECO, No 56; pp. 173- 198.

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA DE LITERATURA

Novela

Tiempo de lluvia

TESIS CREATIVA PARA OPTAR AL TITULO DE LICENCIADA EN LITERATURA

POSTULANTE: ESPERANZA YUJRA GÓMEZ
TUTOR: DR. JUAN CARLOS ORIHUELA

LA PAZ - BOLIVIA
2009

PRIMERA PARTE

1

Se escucha como el rugido de una bestia, es el sonido de una bocina ronca, observa por el retrovisor, otro camión intenta rebasarlo. Oprime el acelerador, a él nunca le gustó ceder el paso a nadie y continuó con el pie presionándolo, sin escuchar los bocinazos del otro camionero. Está enojado, toda la noche la pasó en discusiones, su esposa le había pedido que se fuera de casa, estaba cansada de la frialdad en su cama, de sus ausencias cada vez más prolongadas. Le había llegado el rumor de que esta vez estaba en amores con una muchacha de la costa, esto la llenaba de odio, la empujaba a largas noches rumiando sus celos, planeando perseguirlo, buscar a la otra para deshacerla a golpes, pero ya estaba vieja para enfrentarse a la yegua que decían que era la nueva amante. Mira somnoliento la carretera, quisiera llegar lo antes posible al restaurante de Ña Marcela, piensa en lo delicioso que cocina aquella yegua.

Un niño pequeño está inclinado sobre la falda de su madre, intentando mantenerse de pie. Ella come su almuerzo sobre una tabla larga que le sirve de mesa, sumergiendo en la sopa su pan partido en trozos, aguarda a que éstos se empapen por completo para luego recogerlos uno a uno con la cuchara. Mientras mastica, observa con desgano los buses y los camiones que corren veloces sobre la carretera. Acerca la cuchara repleta de caldo al niño, él abre la boca para recibir el alimento y vuelve a practicar sus pasos alrededor de la mesa. Aguantó cinco horas de viaje dentro del bus, obligado a permanecer sentado sobre las rodillas de su madre, asfixiado por el calor concentrado

dentro de la envoltura de metal. La madre se entretiene con un trozo de carne. El niño camina unos metros con pasos inseguros, un viento ondulante llega con su bagaje de polvo y de arena, pasa por su lado llevando un trozo de papel de colores que va trazando círculos perfectos en el piso, para luego atravesar reptando sobre el asfalto de la carretera.

El aire está cargado de polvo, el anciano lamenta no haber sacado sus gafas de miope, sus cavilaciones lo llevan por otros senderos, no es buena idea seguir con ese viaje a ninguna parte, según sus cálculos, no le queda mucho dinero, quizás para unos meses más ¿y luego qué? Se queda cabizbajo. Tiempo atrás perdió las esperanzas y supo entonces que no había mucho que esperar de la vida. Bebe la gaseosa que tiene entre las manos, le parece demasiado desabrida y tibia. *"Los sabores ya no son los mismos"*. El líquido se desvanece en su boca seca sin calmar su sed. El día está caluroso, unas nubes cenicientas, como lamidas por el viento, cruzan veloces. El anciano achica los ojos para evitar que el polvo penetre en ellos. El viento se obstina en atormentar a los pasajeros que aguardan que el bus retorne a su marcha, pasa por entre ellos serpenteando, removiéndoles las cabelleras y las ropas, se detiene a orillas de la carretera dando giros, pero en vez de cruzarla se va encima de ella llevando consigo polvo, arena y un pedazo de papel de colores.

Uma camina por un lado de la carretera, alejada de los demás pasajeros, intenta esquivar al ventarrón para que no le levante la falda ni le quite más hojas. Aferra con fuerza un archivador ajado, repleto hasta lo risible, hojas de todos los tamaños y colores aparecen por sus esquinas. Tiene el rostro serio, está algo molesta por la larga espera a la que les somete el chofer, quien parece haber olvidado continuar con el viaje y está sentado frente a una de las mesas repletas de platos, vaciados por su hambre voraz.

El niño ve la hoja en su vuelo ondulante, quiere agarrarla, da unos pasos y como si nada está en su primera carrera y corre feliz de la soltura que sus piernitas han adquirido, corre ladeando el cuerpo a un lado y a otro. Corre veloz, pero, los demás pasajeros dirían después que corrió como deteniendo al tiempo, como domándolo; como si lo hiciera dentro de una cámara lenta, dirían otros. Urna aparta los ojos del paso ondulante del viento y detiene su mirada en el niño que ya ha invadido la carretera, sus ojos quedan alucinados ante aquel desastre. Más cerca, el anciano también lo ve como encaramándose sobre aquellos segundos, reteniéndolos, estancándose en ellos.

El chofer del trailer recuerda el rostro descompuesto y envejecido de su esposa, quiso decirle que aquellos rumores no eran ciertos, que los injuriosos se las verían con él, pero calló, pensó que tal vez era mejor así. La separación era inminente, ahora ya no habría necesidad de mentir, tendría libertad para frecuentar a su amante sin más riesgos, sin más remordimientos. Observa la pequeña foto de ella pegada sobre el espejo del retrovisor, junto a las fotos de sus hijos. Una sonrisa, ancha, de satisfacción va dibujándose en su rostro, hasta quedar congelada.

Desenmarañando aquel cúmulo de sensaciones, el viejo corre detrás del niño, lo atrapa, lo sujeta un instante, el suficiente para ver el hocico del enorme trailer que ya está frente a él, quiere huir, pero apenas tiene tiempo para arrojar al niño fuera de la carretera. Sobre él vendrían todos los días y todas las noches que pasó sobre este planeta, todos sus años amontonados en el segundo que tardó el trailer en golpearlo. No se podría precisar si todo ocurrió demasiado rápido o demasiado lento. No se podría ni siquiera asegurar que sucedió si no fuera por las evidencias, si no fuera por aquel cuerpo a un lado de la carretera. Urna observa la carretera, al niño, al trailer y al anciano arrollado por el trailer. Ve, también, a la madre correr con las manos sobre el rostro, detenerse aterrorizada, luego emerger de su quietud para levantar al niño que

ya empieza a gritar, tampoco se podría precisar si es de dolor o de susto, o de ambos. Urna se acerca con demasiada lentitud al lugar. No habrá ni hubo en ningún rincón de su memoria nada comparable a aquellos ojos azules clavados en el terror, ahora estancados en cada una de sus pupilas. Supo que no existiría más eternidad que la de ese instante, desterrada de toda inocencia. A lo lejos, el chofer del trailer sale de la carrocería, pálido, sin aproximarse a la multitud que ya se está formando_

El desgano de las horas, los segundos detenidos después del hecho. La imposibilidad frente aquello que algunos pasajeros denominaron "destino". La vida juega con cartas marcadas y, a pesar de todos nuestros afanes, terminamos como siempre habíamos temido: dentro de una morgue o en una fosa común. La gente que estaba como detenida, empieza a moverse en sus lugares, a mover sus labios diciendo algo, Urna los mira como *si* todos hablaran un idioma que ella no logra comprender. Nadie se acerca al cadáver, tendido a un lado de la carretera, no sabe en qué momento, alguien más solidario lo cubrió con una cobija, dentro de aquella envoltura, el cuerpo parece contraerse y contraerse, hasta quedar del tamaño de un feto en espera de un útero para su muerte. Urna queda estacionada en el tiempo, los segundos vuelven a transitar uno a uno a su alrededor, sin tocarla.

Tiempo después se verá a sí misma caminando inconsciente, se verá abordar el bus, sentarse en el asiento, mareada por el terror, sin ganas de hablar con nadie, sin ganas de escuchar a nadie. Se quedará como sumergida en un vuelo estático. No sabrá precisar cuánto tiempo pasó, cuando los guardias suban al bus para llevarse el equipaje del viejo, aquella maletita de cuero marrón, desgastada y vieja. Bajarán con ella y la pondrán encima de un cobertor de plástico, donde todos supondrán se encuentra el anciano. La muchedumbre se dispersará, algunos quedarán silenciosos y cabizbajos; otros

se entretendrán en comentarios, en conjeturas sobre la identidad de aquel anciano que salvó la vida del niño.

Se quedará metida en su asiento, sin responder a las preguntas de los curiosos que imaginarán que ella podría darles algún detalle, aunque insignificante, para calmarles la curiosidad. "No sé nada, sólo estaba sentada a su lado". Lo que no quería decir que en un contacto como ése pudiera enterarse de algo, salvo de lo que el viejo decía entre dientes y que ella apenas lograba comprender. Observará con temor el lugar vacío que dejó el viejo. La madre del niño volverá a subir para recoger sus cosas, tendrá que prestar declaraciones en el retén de la policía, estará pálida y consternada, alguien dirá entre susurros: "Es la culpable, a quién se le ocurre soltar a un niño en medio de una carretera". La madre hará como que no escucha el comentario y bajará de prisa.

El desierto volverá a ser un animal ardiente y excitado. El sol volverá a quemar el techo del bus y a asfixiarlos. Uma creará ver sobre las dunas como un espíritu flotando en el cielo vacío, convertido en un pájaro negro.

Después, otra vez la distancia, las horas pasarán arrollándose unas a otras hasta dejarla sobre una noche plena, afuera de sombras perseguirán al bus desde pueblos abandonados o en abandono. De vez en cuando alcanzará a verlas en sus formas más amenazantes, miradas mejor sólo serán las sombras de los cactus y de los escuetos árboles que se obstinan en sobrevivir sobre el infierno ardiente. Le volverán las dudas y *las* cavilaciones. Buscará entre sus pocas certezas un porqué para aquel recorrido sin rumbo. para ese replegar de kilómetros y kilómetros.

Recordará a sus montañas, llamará a su ciudad colgada de las nubes, incrustada entre barrancos y nevados. La llamará, las horas pasarán sepultándola, cada una con sus sesenta pezuñas.

El bus llegará por fin a su destino, a aquella ciudad en la costa, la de los miradores gemelos. Recogerá sus cosas del asiento. En el piso estará el pañuelo estrujado y sucio que el viejo habrá dejado, junto a una carpeta de hojas sábana. Le dará una mirada a aquella escritura de letras pequeñas y achatadas, de esas escrituras de niños que nunca tuvieron cursos de caligrafía. Acomodará la carpeta entre los papeles que lleva dentro de su archivador.

Tiempo después, tampoco se sabrá si días, horas o años después, sentada sobre un risco cerca de la playa, sacará la carpeta de hojas sábanas, confundida entre sus hojas cuadriculadas y de colores. Dejará que el azar la conduzca a una página cualquiera, con algo de pereza empezará a repasar con la mirada las palabras escritas: antes de yacer en este pellejo viejo y flácido, ya pensaba yo que la vida era un tránsito de sombras sobre un tiempo estanco. Esta idea me acompañó aun antes de las matanzas y de los asesinatos durante la represión militar que se extendían como regueros de pólvora por nuestros países, sembrando nuestras mentes no sólo de miedos, sino peor aún de desilusiones por un presente y un futuro incierto. Fuimos desterrados de la inocencia de la peor manera, algunos murieron en los calabozos de torturas, otros, como yo murieron con los remordimientos carcomiéndoles día tras día, y entre todos los castigos el exilio de uno mismo es lo peor, ...

2

En cada una de mis pupilas imágenes ancladas: la vegetación calcinada, el ondulante paso del viento sobre la arena, el sol consumiéndose en un incendio. Es de madrugada, horas atrás me hallaba en la terminal de buses, ahora me encuentro varada en medio de la carretera, dentro de un bus que recorre unos centímetros, se detiene, se arrastra mal herido y se vuelve a detener. Una madrugada colorada y gris se dilata al otro lado de los cristales e ilumina el interior con una luz extraña. Yo, continúo en mi lugar, escribiendo estas líneas, aunque me resulta molesta la mirada del tonto que está sentado a mi lado. Cada vez el ir y venir de los demás pasajeros se vuelve más frenético. A pesar de que intento permanecer inalterable ante el ajetreo, el sonido de fierros retorciéndose dentro de esta estructura de metal, me impiden desligarme de la realidad. Estoy en medio de la carretera, y la carretera en medio del desierto, dentro de un bus que agoniza, con los estertores de su agonía pegados a mis oídos.

Afuera el sol se detiene sobre un horizonte todavía brumoso, parece vacilar antes de sumergirse por completo en el cielo.

El estruendo seco de algo que se ha roto debajo del piso, tritura mis nervios. Todos quedamos paralizados, las llantas se mueven unos centímetros más, luego se detienen con brusquedad.

Horas atrás, bajo los fuertes reflectores de la terminal de buses:

- ¡Los pasajeros con destino a Ciudad Costera pueden subir!-. Gritaba desde la puerta el ayudante, desgarrado y feo. Un bus, no menos viejo, sucio y ruidoso se abrió campo ante nuestra mirada perpleja. El bus moderno que debía llevarnos salió del andén, desapareciendo en un instante. — ¡Apúrense pues, no les vamos a esperar las ganas!

Todos nos quedamos boquiabiertos, sin atinar a responder. **Uno de los pasajeros se adelantó a los demás y le dijo:**

- ¿Estás loco, muchacho? — Se dirigía al ayudante que hacía mucho tiempo había dejado de ser un muchacho- ¿Cómo se te ocurre que vamos a viajar en estaaa... - Agitó las manos frente al bus, y al no encontrar el adjetivo correcto para describir aquel armatoste, agregó: -... en esta cosa? - El hombre del enorme sombrero tejano terminó por mascullar aquellas palabras, sin dejar de mirar el cacharro, moviendo la cabeza negativamente, y con él los cachetes: cachetes y alas de sombrero dijeron n000, también. Al rededor se formó un montón de gente enfurecida.

- La vendedora de pasajes dijo que viajaríamos en el bus que estaba estacionado aquí.

- Con servicio de video y aire acondicionado-. Agregué por mi parte, haciendo evidente mi ingenuidad.

- No pienso meterme en ese bus ¡Miren, ni siquiera lo han limpiado! — Efectivamente, los vidrios estaban opacos y el piso lleno de envolturas.

- ¿Y, yo tengo la culpa, ah? — El ayudante agitó las manos en el aire y luego las plantó en la cintura - ¿Por qué no preguntaron mejor antes de comprar los pasajes, ah? ¿Es mi culpa que no lo hayan hecho?- Aquel hombre de piel oscura, oscura o azulada o azulada y oscura, empezó a transpirar profusamente.

Algunos pasajeros fuimos a la oficina de la empresa cargando nuestros equipajes. La empleada que nos vendió los boletos se esfumó, en su lugar estaba un joven que parecía estar al mando. Se acercó con la sonrisa de quienes deben sonreír, aparentaba prestarnos atención, pero era evidente que aquello no era más que una impostura.

- Es lamentable, señores pasajeros, pero acaban de informarme que el bus en el que debían viajar sufrió un desperfecto, es por eso que la empresa se preocupó por buscar un sustituto para no causarles perjuicio y, en este momento, lo tienen precisamente afuera, esperándolos - Un cambio sorprendente se operó en su persona: a medida que hablaba iba transformando las modulaciones de su voz y los movimientos de su cuerpo hasta adquirir la

soltura de un presentador de circo, instantes después el cirquero desapareció para dar paso a un político de pueblo cuyo poder de convencimiento... nos estaba convenciendo - Por lo tanto, gracias a las gestiones del propietario hemos logrado que este bus se preste para hacer el recorrido.

- Que busquen un sustituto me parece bien, pero no la carcacha que está afuera - Intervino nuevamente el hombre del sombrero tejano. Estaba claro que se había constituido en nuestro emisor, y la perorata del empleado no lo estaba convenciendo - Por último, ¡Qué vaina! ¡Queremos, exigimos la devolución de nuestro dinero! — Gritó, golpeó el mostrador con los nudillos, fortalecido por la aprobación de los demás pasajeros que al fin salimos del hechizo que causó en nosotros las dotes histriónicas del empleado.

A cada instante nuestro cansancio y enojo aumentaban, sólo cuando el alboroto se hizo más intenso con la llegada de los demás pasajeros a la oficina, él y los otros empleados, decidieron deliberar en secreto.

- A pesar de que la empresa no admite devoluciones, haremos una excepción... - Esta vez su tono de voz se volvió impersonal - Sin embargo, debo informarles que por hoy éste es el único bus que podrá llevarlos a Ciudad Costera, son las diez de la noche y ya han partido los demás buses - Cayó por fin su máscara, terminó por desaparecer la sonrisita complaciente - Quienes quieran la devolución de su dinero pueden acercarse a la caja - Todos los empleados regresaron a sus tareas, sin prestarnos más atención, seguros de que ninguno de los pasajeros les pediría la devolución del dinero cancelado.

Efectivamente, los buses de las demás empresas habían partido treinta minutos antes, el bus en cuestión rezagó estratégicamente su aparición. Los hechos se presentaban de tal modo que quienes no podíamos, por ningún motivo, retrasar el viaje, tuvimos que someternos a la jugarreta que nos imponía la empresa. Además habían alrededor personas que aún querían comprar pasajes, y probablemente no les **importaría la incomodidad ni pagar un precio más elevado. Era temporada alta, el costo de los pasajes se había duplicado y, "Una vez adquirido el boleto, no hay derecho a reclamo ni devolución. La**

Empresa". Los anuncios publicitarios ofrecían lo mismo en las cabinas de las demás empresas: servicio de video, música ambiental, aire acondicionado, limpieza y puntualidad. Y, como para confirmarlo, en la puerta de la empresa en cuestión se encontraba el enorme y moderno bus, las perspectivas de un viaje placentero y sin contratiempos eran inmensas.

El sol sigue navegando con pereza sobre las brumas del horizonte. Poco a poco, la tibieza de la madrugada da paso a un calor sofocante. Las primeras horas del día caen como los insectos que se estrellan contra los vidrios de las ventanas. Qué distinto a mi ciudad, cierro los ojos, una ráfaga de viento helado golpea mi rostro, el frío atraviesa la piel y cala los huesos, me ajusto la chalina sobre el cuello y salgo para reemprender mi búsqueda. A lo lejos los cerros pasan del marrón al grana y del grana al color de la noche. Envuelta por el viento helado que baja de la cordillera, subo una empinada calle y recorro los laberintos de tierra, donde no llega el asfalto, el aire está limpio y transparente después del aguacero. Abro los ojos, apenas percibo las formas, agobiada por el calor salgo del bus, subo sobre una duna de arena blanca y brillante, no parece existir horizonte, sólo arena. A un lado de la carretera el bus es un animal que agoniza, envuelto por el calor del sol, parece desfallecer ante cada intento del chofer por encenderlo. El ayudante sale del bus con otro bidón de agua, se acerca a la carrocería, con pulso de cirujano intenta revivirlo, coloca un cable aquí y otro allá, que no, le dice el chofer que también ha salido del bus, que ese cable corresponde por acullá, el debate entre el conductor y su ayudante se hace cada vez más intenso. Algunos pasajeros se acercan para emitir también su opinión, que no, que el embriague, que el aceite, la discusión acalorada de todos contra todos, algunos se encaraman para hacer lo suyo, para remover alguna pieza, otros los desplazan y hacen también lo suyo, hasta que no queda nadie que no haya metido las manos entre los cables y las piezas ahora desperdigadas. Al final, todos abandonan cualquier intento, cansados y resignados. Algunos regresan al bus exhaustos, otros, los que no tenemos

muchos equipajes, esperamos a orillas de la carretera que alguien se detenga para socorrernos, pero no se detiene nadie.

Algún chofer saca la cabeza por la ventanilla y nos promete ayuda, pero se marcha veloz antes que intentemos abordarlo. En medio del desierto no se puede hacer otra cosa que esperar. El sol atraviesa el cielo, se contrae y se extiende con intermitencia, el bus aún intenta avanzar otro centímetro más, pero termina por quedar estático, derritiéndose al contacto del asfalto ardiente.

El chofer y su ayudante todavía discuten acaloradamente. Al final, el primero sube a una pequeña duna, y se desploma sobre sus brazas, arriba una gaviota perdida navega el cielo con las alas cansadas. El ayudante aún se queda detrás del bus, con el rostro totalmente contrariado, su piel se ve más azulada aún, mueve algunos cables, arranca algo con un alicate.

Cansada por la inútil espera regreso al bus y contemplo desde dentro, desde su mismo abdomen, su larga agonía, no queda más, aún se escuchan los retorcimientos de alambres y de fierros, y el vaho a gasolina quemada es más intenso e insoportable. Aflige la posibilidad que el bus se desbarate como un castillo de naipes, lo peor, con nosotros dentro.

3

La vida se ha convertido, sin yo apenas percatarme y tomar los recaudos necesarios, en una travesía *llena de sabores* imprecisos y de días inconcretos; pero esto yo ya lo había vislumbrado antes de yacer en este pellejo viejo, antes de las matanzas y de las torturas, aún antes de las desilusiones y de los destierros. A mis años, los recuerdos son una maraña en la que la línea del tiempo ha sido distorsionada, ayer por ejemplo, o tal vez fue la semana pasada, desperté angustiado, pensando que iba a llegar tarde a las clases de las ocho, me afeité como pude, me vestí con lo que encontré a mano, salí apresurado de casa, cuando estaba a media cuadra noté que nada de lo que había en la calle me era conocido. Caminé angustiado, la gente pasaba a mi alrededor con el terror y la pena reflejados en sus rostros, intenté tranquilizarme, recordar la ubicación de la universidad, seguí caminando, envuelto en mi extravío, en mi desesperación, después de un recodo me encontré en la cima de una pendiente, abajo había una playa rocosa y más lejos un puerto, quedé perplejo viendo el atardecer rojizo que cubría el puerto. Bajo la sombra de la vejez los recuerdos pierden consistencia y tal vez esto no sucedió ayer ni la semana pasada, tal vez nunca sucedió.

Es noche cerrada, densas nubes cubrieron la intermitencia de los astros, junto con las tinieblas llegaron voces indescifrables sobre este pedazo de tiempo. Dentro de esta nebulosa que es mi mente, me resulta difícil discernir si las imágenes que me persiguen son los frutos engañosos de los recuerdos o de los sueños o son los senderos que quedaron abiertos por la ayahuasca senderos que transito ahora *sin* la conciencia que antes acompañaban esos viajes increíbles.

El cerebro también sucumbe a la devastación de los años, va secándose como una nuez dentro de su cáscara, las grietas se vuelven profundas ramificaciones que van difuminando las imágenes, trastocándolas, de esto me doy cuenta en los pocos momentos de lucidez. Sí, soy un viejo senil, de esos que deambulan por las calles con los ojos asombrados y temerosos porque han olvidado el camino de regreso.

De vez en cuando alguien se detiene a contemplarme, quién sabe con qué intenciones, luego se aleja apresurado cuando ve que aún puedo discernir las cosas que suceden a mi alrededor, aunque me haya convertido en sólo un muerto que no termina de morir. El dolor en mis rodillas hinchadas me da la evidencia de que aún existo. Sin embargo, he perdido muchas de las capacidades que tanto me costaron adquirir, mis viajes con la ayahuasca me son negados, las plantas ya no quieren hablarme, el bejuco ya no es el camino que yo recorría con total soltura para internarme en esos territorios inimaginables para los simples mortales, para aquellos que piensan que todo *termina* en nacer, reproducirse y morir.

- Yo sé convertirme en tigre y en pájaro, me enseñaron mis antepasados, los que viven en el monte, a ellos les veo con la ayahuasca, pero a veces no la necesito para doblar al tiempo, para darle encuentro a mis otros sentidos.

- Don Porfirio, yo quiero aprender.

- Difícil sería para usted, tiene que tener antepasados que lo guíen.

- ¿Usted no me puede prestar sus parientes? — El indio me observó con asombro, su enojo apareció inmediatamente después, dibujándose en sus ojos negros, empantanados dentro de su piel oscura.

- Esto no es un juego — Me dijo con indignación, mientras seguía machacando unos tallos de un verde indefinible.

El aire se ha vuelto denso, me empuja a un letargo del que no puedo salir, algunos sonidos se filtran como de un sueño, el rugido de una fiera atraviesa la espesura de la selva, atraviesa mi cráneo, entre los árboles veo aquella fiera, huyo con las fuerzas gastadas de un anciano bajo un sol que es una brasa que quema mis ojos, con las dos manos intentó protegerlos de los rayos solares que ahora caen pesadamente sobre mi cabeza. El bus continúa con su recorrido monótono e incesante, afuera sólo hay arena y un horizonte brumoso. Debe ser media tarde. Recuerdo una sospecha: este tránsito por los años no es más que una ilusión muy bien construida, un espejismo en el que se contempla con resignación la desintegración de cada segundo.

Llegué al lago una mañana transparente, el azul intenso de sus aguas y de su cielo me conmovió, decidí quedarme a vivir en el lugar, en aquel entonces tenía fe en que la convivencia con las montañas me renovarían y permanecí extasiado por la nitidez de los días. Sentado sobre el cerro pedregoso, a orillas del sendero de tierra que llevaba al pueblo, contemplaba asombrado el ir y venir de los campesinos, algunos pasaban con sus mulas cargadas de enormes fardos, los menos afortunados atravesaban el sendero cargados de enormes bultos, agachados por el peso, soportando el azote del viento de la cordillera, El reloj de pared acaba de dar las dos de la mañana, me distrajo de lo que estaba pensando, el tic-tac-tic-tac, aún retumba dentro de mi cráneo, ese sonido fastidioso. Me causaba fascinación el estoicismo con que enfrentaban la vida, nunca les escuché una sola queja mientras se dirigían a la plaza a vender los frutos de su trabajo esforzado. En invierno las cosas empeoraban, era mejor que uno se quedara *en* la casa, anegado en su propia miseria. De vez en cuando regresaban con las mismas cargas, mientras el viento y el sol iba corroyéndoles la piel hasta dejárselas secas y quemadas. Ya entonces estaba totalmente convencido que el tránsito por la vida era una sinrazón para tanto sufrimiento, aún así seguí aferrado a ella. También estaba convencido que mi vida tenía un alto precio y seguí con la idea fija por los años, a través de las

devastaciones; pero el tiempo te da un revés en la cara y mientras te enfrenta con la finitud, con tu finitud, ríe con esa risa hiriente, corrosiva, que va impregnándote de rencor.

Pobre viejo crédulo. Busco mi abrigo, me lo pongo encima del pijama, salgo a la calle en pantuflas, es de noche, quiero encontrar algo a qué asirme para continuar con este tránsito inútil, sólo el aullido de un perro callejero acompaña mi tránsito sin rumbo. En esta sucesión de días, en este cambio intempestivo de las estaciones, en este movimiento que me envuelve y me arrastra a los confines del tiempo, siento ya el olor de los cementerios sobre mis huesos, ese olor a tallos podridos y agua estancada. Salgo a la calle para desprenderme de este olor, pero el olor permanece inalterable, está ahí, enrareciendo todo a mí alrededor. Prefiero las caminatas nocturnas, de día el sol se ha convertido en una lumbre que atraviesa mi piel, esa delgada envoltura que alberga la fragilidad de un organismo que ha ido descomponiéndose desde el día de su nacimiento.

Desde la prisión me fui despojando de las ilusiones hasta que me quedé sin nada más que remordimientos. La lista de yerros y de pecados es larga, es mejor que todos ellos queden en los rincones de la mente, es mejor no descifrarlos desde los intrincados consensos de la lengua. Pero, entre toda esa maraña de imágenes, emerges tú María, a ti no te he podido olvidar, vuelves a mi mente para abarcarlo todo, para adueñarte de lo poco que queda de mí, aunque ahora tú misma no seas más que un punto en el que me disuelvo. ¿Lo sabes, verdad? Durante todos estos años, no existió una maldición que no haya salido de mi boca para ti, ya ves, no hay dolor sin rencores. A pesar de todo, sé que en el instante final tu nombre quedará inundando mi boca. Atravesarás otra vez, como entonces, cada molécula de mi cuerpo, luego te desintegrarás en mi cerebro, como **un veneno corrosivo que me irá matando.**

Como la letanía de una lombriz revolcándose sobre la tierra mojada, el tiempo ha quedado sumergido en este espacio. Esta noche tampoco puedo dormir, los viejos vamos olvidando esa costumbre y la reemplazamos por los recuerdos, todos ellos distorsionados, remendados con deseos, con delirios, con manías, con una gran sarta de ficciones.

El espacio entre el piso y la cama se comprime en ruidos difusos, indescifrables.

Tengo diez y seis años, he regresado a la casa de papá. Debajo de la cama la oscuridad es más profunda y enrarecida, un leve estremecimiento me devuelve a la realidad y, sin embargo, no puede liberarme de este extrañamiento onírico.

Observo desde la desmesura de mis ojos, un brazo espectral golpeteando tenazmente la ventana de mi dormitorio, me quedo inmóvil, con mi piel pegada a las sábanas y al calor de la noche, observo con detenimiento, sólo es la rama desprovista de hojas de un molle. Intento tranquilizarme, pero mi oído, demasiado agudo, logra escuchar sonidos imperceptibles. Sé que hay algo que se arrastra y se descompone en esta casa, específicamente debajo de mi cama. El temor me impide mirar debajo de la cama, pero los sonidos me enfrentan a la realidad. Escapando de la inconsistencia de los sueños, logro percibir los pasos de papá, se dirigen al cuartucho de la empleada, contengo la respiración para escuchar mejor, oigo como el rozamiento de cuerpos, el leve quejido de la sirvientita, el rechinar del viejo catre que se rebela agonizante.

- ¿Quién es?- dijiste con la voz chillona de tu edad.
- Soy yo, tu patrón, no grites María, no grites.

Hay alguien que se arrastra y se retuerce debajo de la cama. Entre todas las voces, sólo recuerdo tu voz María, cargada de desamparos. Ahora ya no hay nada, sólo el sonido del reloj de pared, que **me recuerda que hay un tiempo**

y un espacio en el que habito, tan lejos de aquel otro tiempo y de aquel otro espacio. La oscuridad se hace cada vez más densa debajo de la cama.

- Ayer no pude dormir, María, me quedé pensando en el olor de tu cuerpo hecho de arcilla y de hierbas - Sonríes al escuchar mis palabras, "¿De arcilla y de hierbas?" Me miras con el rostro interrogante, mientras terminas de servirme el desayuno. Ha desaparecido la visión de ángeles caídos colgando de tus pestañas, me miras con un guiño, es como si todo lo que escuché la noche anterior no hubiera pasado. Te ves tan fresca María.

Aún siento en el tacto la humedad de tu cuerpo. Mis manos se acostumbraron a navegar en el océano anochecido de tu piel, me vuelves a mirar entre risueña e interrogante, mi tacto vuelve a palpar la consistencia de la oscuridad.

Los recuerdos tienen olores: a hierba recién cortada y a tierra húmeda. Recoges la mesa ya sin responderme. Nunca dejaste de atormentarme, María. Me habitas, con el aroma de tu piel y con tu voz chillona, como un gusano insaciable. Al otro lado de la pared, escucho aún el jadeo ronco, como el bramar de un animal triunfante, el desgaste del catre te deja inválida, inmóvil, a veces retorciéndote ante el peso de aquel viejo semental. Ha invadido tu cuerpo María, tu piel de arcilla y de hierbas se deshace, se agrieta, bajo ese aliento que la ensucia con su lujuria.

Tus manos me acarician por completo y me hacen feliz al recorrerme cada noche, mis manos buscan ansiosas tu cuerpo para lograr en cada roce trazos onomatopéyicos, otra vez me miras risueña e interrogante. Como aquel verano ¿Lo recuerda Maria? Jugábamos empapados de un chaparrón inusual para la estación, aprovechamos que el viejo había viajado, de pronto sentí un deseo desconocido al tenerte **tan** cerca, jugábamos como era de esperar de

dos casi niños, aquel día nuestro juego se extendió hasta el atardecer. Mis manos resbalaban por tu cuerpo mojado: fruta recién lavada que degusté por primera vez, entre mis torpezas y mi premura.

Desde aquella tarde de música lejana y de caricias torpes, nunca más estuviste lejos de mí, mis manos nunca más olvidaron tus formas, se desplazaban sobre otras pieles reconociendo tu piel en ellas. Vuelvo a sumergirme en el horizonte de tu piel, con ansias, con deseo, atravieso la tibieza de tu sexo, aquel territorio que me enloquecía de felicidad. A veces sujetas mis manos, me guías por los lugares precisos, en un recorrido inimaginable para mí.

¿Me dijiste la verdad María? Aquella noche, cuando el viejo estaba lejos y te metiste entre mis sábanas, dijiste porque sentías frío, yo te creí y te abracé feliz de tenerte tan cerca, de tenerte para mí toda la noche; pero viniste para hablarme de aquel muchacho que venía por ti algunos fines de semana, no era tu hermano, era tu amante, me dijiste, yo pensaba que era tu tío. No habíamos cumplido aún los diez y seis años y ya sabías de esas cosas. Me desvestiste, mientras me contabas de las palabras tontas que te susurraba al oído, detalles de aquella noche en que tu piel se estremeció por primera vez entre las caricias fáciles ensayadas, seguro, en multitud de mujeres. Recordé el semblante ladino de aquel hombre y sentí ganas de matarte y a él contigo. Cuántas veces me quedé horadando el piso de mi habitación, preguntándome qué hacías esos fines de semana ¿Qué hacías, María? ¿Qué rumbos tomaban tus pasos? Tus salidas siempre fueron fuente de mil preguntas y de muchas conjeturas que me dejaban sumido en los celos y en la rabia.

Él me hizo suya, luego me dejó, ya no era el hombre de la sonrisa triste.

Observé tu rostro ovalado, sin **una expresión precisa. Cómo quise en ese momento ser aquel sujeto, y los otros que tocaron tu piel y luego te dejaron, aquellos que pudieron dejarte, porque yo jamás pude hacerlo, María, a pesar de**

los años y de tu muerte, ni siquiera después que el viejo regresó del viaje y se fue directo a tu cuarto, para quitarme algo que ya era mío.

Traspuse la oscuridad para buscar con qué defenderte, encontré un cuchillo en la mesa de la cocina, regresé al pasillo con un nudo quemando mi garganta, desde la puerta entreabierta vi su rostro desencajado, su cuerpo de morsa chapotear sobre tu cuerpo, escuché el chirrido del catre de metal quejándose bajo su peso, vi tu mirada extraña explorando las lejanías. Tenía entre las manos el puñal, su mango se humedecía en el hueco de mi mano, listo para insertarlo justo en medio de su espalda, pero escuché el suspiro que se te escapó, llegó a mis oídos convertido en un dardo ardiente que se incrustó en mi cráneo, era un suspiro que no nacía en el llanto ni en la rabia, quedé paralizado con el puñal atravesando el aire.

No hay nada más.

De vez en cuando los escucho debajo de mi cama, escucho tu suspiro ahogado, enloqueciéndome, escucho el rozar de su cuerpo sobre el tuyo y el catre crujiendo, quejumbroso. Aquí, en la hacienda de los abuelos la vida es más dura, pero es más fácil sobrellevarla. Cada vez que regreso a la ciudad, vuelvo a caminar por aquella calle debajo del puente. Me quedo un tiempo largo encima de la cuneta en que encontraron tu cuerpo como un trapito viejo, con el estómago abultado, ensayo un rezo, pero nunca lo termino, y me quedo estancado hasta que no puedo más con el dolor. Te amé tanto María, te amo todavía, a través de la distancia que ha creado el tiempo. Arrasado mi cuerpo por los años, aún pienso que fui feliz, en aquellos efímeros instantes, en aquel recuerdo que sella mi mente de nostalgias. Ya ves María, la vejez también me llegó a mí, pero tú te quedas intacta en mi mente, en los diez y seis años, en aquel verano, en aquellos minutos que de alguna manera me dan la certeza de la eternidad.



Está por amanecer, el color plomizo del nuevo día me recuerda el sueño que tuve, atravesé el llano galopando un viejo corcel, de pelo opaco y grueso, el sol estaba crecido al doble de su tamaño, así se presenta siempre en mis sueños. Iluminaba las montañas dibujándolas con un color extraño, en mi sueño ya era media mañana y yo galopaba con la sensación de libertad, feliz al fin, liberado el espíritu de ataduras. Después de un largo galopar, no sé por cuánto tiempo, observé el horizonte, ya no existían montañas, sólo el color azul de mar, fui hacia él. Cuando ya estaba por llegar, un ventarrón negro se interpuso, me arrastró al ojo de un huracán. Desperté gritando, dentro del bus, todos los pasajeros me miraron con burla, me enfrenté con desdén a sus miradas.

Hace una semana regresé a casa de mi padre, los abuelos decidieron que era mejor que termine la secundaria en la ciudad, a pesar de mis reclamos. Es de noche, las ramas de un molle seco golpean la ventana de mi cuarto que está en el extremo oscuro de la casa. El calor es insoportable, recorro el pasillo en busca de un vaso de agua, bajo la oscuridad la cocina me parece más lejana. Hay una puerta entreabierta, mis pasos se paralizan frente a ella. El viejo corre detrás de la empleada, trata de alcanzarla. Ella se escabulle entre los muebles, saltando de la cama a la silla y luego al piso, me quedo inmóvil, como siempre que recibo una fuerte impresión. En un arranque de agilidad sorpresivo para su edad, el viejo se apodera de la sirvientita, la avienta a la cama, la cubre con su cuerpo, la despoja de su vestido humilde, sin contemplaciones. Frente a aquella visión inesperada y repulsiva siento que todo se derrumba, estoy a punto de huir, pero me retienen sus ojos enviciados mirándola con la misma soberbia con que mira a todos, tengo la seguridad de que su dominio sobre ella no sólo es el triunfo de la bestia.

4

"Te sumergirás como en un sueño, pero será como si no soñaras, será como si el tiempo se hubiera detenido y almacenado. Mientras pienses esto, te irás reconociendo en cada terminación nerviosa, en cada roce de tu ropa, en el cosquilleo en la rodilla, ahora en las manos. Notarás que tienes boca, nariz. Sentirás el perfume de las rosas silvestres agolpándose en tu nariz y la selva agitándose debajo de tus pies como un organismo vivo, como lo que es".

La voz de don Porfirio se fue alejando, se fue creando distancias y lejanías, hasta no ser más que una mota de polvo en un desierto, y yo me fui quedando solo, me fui sintiendo desvalido en ese territorio intrincado en que se había convertido mi mente. Quise gritarle, decirle que no me dejara, pero un rugido atravesó mi garganta y se diseminó en mis sentidos. Caminé por senderos de selva y de montañas, atravesé distancias y tiempos, los soles se renovaban una y otra vez con velocidad, las lunas morían y nacían sobre mí. Muchas voces se sucedían y se sumergían en mi mente, las plantas susurraban con voces indefinibles, en idiomas desconocidos, y sin embargo las entendía. La selva toda era un entramado de voces y de risas. Los períodos del tiempo se intercalaban. Atravesé la selva de extremo a extremo en un instante, me vi sumergido en un segundo. No sé cómo explicar lo que sucedió después, era como si me hubiera quedado escindido en muchos cuerpos, pero teniendo una sola conciencia en cada uno de ellos. Corrí distancias, atravesé espacios, todo era simultáneo y sucesivo a la vez, yo observaba todos los territorios que mis múltiples ojos veían, atravesaba todos los espacios que mis cuerpos atravesaban. **No sé cuántas distancias recorrí, no se cuántos espacios y tiempos sellaron mi piel, no se cuántas edades de la tierra atravesé, no sé cuántos soles murieron y nacieron frente a mis ojos, no sé cuántas pieles**

habité, ni cuántas conciencias recorrí. Desperté sintiéndome estancado en tiempos remotos, pasados y futuros, todo es tan confuso ahora, todo es tan inverosímil...

- Señor, despierte, despierte...

Mis ojos tropiezan con los ojos oscuros de una señorita, muy bella, con esa belleza extraña, exótica dirían algunos, fruto posible de muchas mezclas, de muchas razas. Está sentada a mi lado, seguramente subió al bus en el último pueblo, aunque no aparenta ser pueblerina. Ella me observa con detenimiento, casi con desparpajo.

- Mire, sus cosas cayeron al piso mientras dormía...

Una luz intensa termina por zangolotearme, es la de un bus que se acerca por la ruta contraria. Siento aún el aroma de las flores silvestres y la vibración de la selva bajo mis pies. La muchacha de mi lado busca algo en una cartera enorme, saca un espejo de mano, se mira bajo la tenue luz que precede a la noche, como si nunca antes lo hubiera hecho, o como si se reconociera después de años de no haberse visto. Alisa su cabello con los dedos y los sacude como si despojara a los cuervos que seguramente anidan en ellos. Tiene el aspecto de una mochilera, una de esas hippies trasnochadas, de esas que andan con el aire despistado por las carreteras vendiendo en la acera de cualquier ciudad manillas, aretes y otras baratijas. Pero, ésta parece *etérea*, inasible quizás, oscura como una noche de insomnio.

Mi maleta está aún sobre el piso del bus, me agacho con dificultad para recogerla, a mis años estos pequeños esfuerzos son terriblemente fatigosos. El eco de esa otra voz todavía me acompaña. Me quedo quieto, atornillado en mi asiento, no tengo más opción que la de permanecer en silencio e inmóvil en

esta incomodidad. Mis articulaciones se van entumeciendo hasta que pierden sensibilidad, mis tendones podrían adquirir la consistencia de las cosas inorgánicas. No importa, aprendí a ser paciente, esto sólo llega con los años, pero las ideas más aberrantes retornan a mi mente, es tan difícil olvidar, no se llega a mi edad impunemente. Sería tan bueno recorrer la vida con la cantidad exacta de pensamientos, los suficientes para comer, dormir, sobrevivir, y nada más; pero esto es algo inevitable, las ideas se suceden unas a otras, unas de otras.

La noche se ha convertido en una larga sucesión de sombras, las luces se encienden dentro del bus, los demás pasajeros permanecen adormilados o dormidos, agobiados por la temperatura. Escucho la respiración entrecortada de los ingenuos que se entregan al sueño, como si desconocieran que al alma le da por desprenderse del cuerpo para quedarse atrapada en un sueño, del cual despierta, se esfuerza por recordar detalles de lo soñado, pero aquello no es sino otro sueño del que despierta sin memoria de lo ocurrido y así, infinita y sucesivamente.

Cada poblado significa un punto de referencia en el mapa que marca el desapego de las cosas conocidas. A veces es necesario inaugurar un nuevo sendero bajo la capa de asfalto y que cada centímetro nos lleve hacia una nueva existencia, poblada de otros seres.

- ¿Me presta su libro? — Le pido a la muchacha sentada a mi lado. Es un libro que también amé en mi juventud.

- Claro, señor, tome usted — Me extiende la mano con su librito.

- Vaya, este libro lo leí hace como cuarenta años, pero es bueno regresar a las buenas lecturas.

- ¡Ah! — Me contestas desganada, algo malhumorada. Yo recorro por las letras sin entender casi nada, la luz del bus es demasiado tenue para mí, es imposible leer así, peor **si se tiene la vista de una morsa y unos anteojos inservibles. Finjo leer, aunque no hago otra cosa que recorrer con la vista las**

líneas borrosas, sin entender nada. El calor me parece cada vez más sofocante, siento que el aire me quema los pulmones, trato de disimular mi agonía de anciano.

De la piel sedienta y estriada del desierto se desprenden minúsculos granos de arena que penetran incesantes por los resquicios de las ventanillas - aunque éstas aparentan estar herméticamente cerradas-, para luego depositarse en los pliegues de las ropas y amontonarse en los surcos de la piel. Estiro con una mano las arrugas de mi rostro y con la otra limpio el polvillo molesto depositado en esas grietas, con un pañuelo demasiado sucio, arrugado y húmedo. Quedo paralizado en medio de mi fragilidad, con el librito aprisionado en mis manos. Afuera, el horizonte parece perderse entre las brumas de un sueño, un mal sueño en el que los mares y los ríos habían sucumbido al calor abrasador de un sol... *Nadie puede huir de su destino, ni de uno mismo. Nadie...* una voz atraviesa mi sueño y se estaciona en mi boca, es una voz hueca, emitida como desde una caverna. Los demás pasajeros estiran el cuello para verme mejor, algunos se levantan de sus asientos, me miran con una mezcla de compasión, de burla y, a la vez, de desprecio. Es asombroso que sentimientos, aparentemente tan opuestos, se entrecrucen y se yuxtapongan tan frecuentemente. Vuelvo a cerrar los ojos, la asfixia me conduce a un sueño pesado. *De vez en cuando me consuela la certeza del olvido, pero el olvido es un paraíso inexplorado, incluso para los más cínicos.* El sonido de estas palabras me provoca un nuevo sobresalto, abro los ojos, otra vez me enfrento a la curiosidad y la burla de los demás pasajeros que me observan sin contemplaciones. Me incorporo, indignado. *A mi edad lo mínimo que se espera es comprensión o compasión.* Aparto mis ojos de estos gañanes, afuera la noche se ha convertido en un pantano. Las luces del bus son apagadas y un silencio tenso se esparce por todo el interior. Al otro lado de los vidrios, el pantano es iluminado por la luz de la luna, **que** dibuja apenas las siluetas ondulantes de las dunas de arena, el horizonte es sólo la insinuación de una posibilidad.

- Tome usted... — Devuelvo el libro a la muchacha — No creo que pueda leerlo.

Como un injerto en el desierto, el bus se introduce cada vez más en un paisaje oscurecido y brumoso. Se añoran tantas cosas a mi edad: el aire de la selva cargado de humedad, los trinos de los pájaros antes de la madrugada, el vuelo por el horizonte del mundo, por el horizonte de tu cuerpo, María,... Sólo quien sabe de soledades y de distancias, de días detenidos y opresivos en algún territorio extraño, puede comprender que cada partida es una expiación, es repartir pedazos de uno mismo, y ¿a quién le gusta volverse tan sólo un pedazo desperdigado quién sabe en qué rincones?- Para mayor vergüenza mía, las sílabas se hilvanan en mi lengua de viejo, como si fuera un organismo extraño a mi voluntad, mis pensamientos se agolpan a mi boca, sin el tamiz de la razón.

5

Desde aquella distancia atemporal cuando la lluvia empapaba con una caricia, desde aquellos días cuando abandonábamos los conflictos de la ciudad para refugiarnos en aquellos cerros a orillas del lago Titicaca. No había en aquel entonces nada más lejano que la casa abandonada por el abuelo, en medio de quishuaras y de un sinuoso sendero, sobre el que se esparcían piedrecillas redondas que hacían vacilar nuestros pasos. No había en el mundo otro lugar en el que quisiera estar más que el lago, cuando nos quedábamos nadando todas las tardes, en aquel rincón discreto y escondido llamado Playas Blancas, el más hermoso de los alrededores; sin embargo, el menos frecuentado. Alex y yo llegábamos después de atravesar atajos zigzagueantes, bordeados de precipicios y sembrados de arenisca, después de cruzar con sigilo las ruinas de Kala uta, o casas de piedra, en las que tenían sus nidos aquellos pájaros despintados de pico torcido y amarillo. Desde un despeñadero, delgados senderos desembocaban con ímpetu sobre la arena caliente de Playas Blancas, lo que hacía imposible nuestra marcha en bicicletas y las dejábamos para trepar las enormes rocas y bajar resbalando por una pendiente casi vertical.

Nada más lejano que aquel cerro gris y pedregoso que miraba silencioso nuestro afán de recoger pequeñas piedras ovaladas y de colores, como huevos de pájaros. Nada más lejano que aquel día cuando por alguna razón decidí trepar por las paredes de la gruta que había en Playas Blancas. Caí sobre las piedras y la arena húmeda, mientras me desplomaba, sentí que no era yo quien caía sino que el mundo se desmoronaba y yo con él. Aún escucho los gritos de Alex, trepando atolondradamente por la difícil senda para pedir ayuda. Luego vendría el terror, aquel terror indefinible que no supe nunca explicar, que no

pude comprender, hasta ahora. Y esa certeza de vacío, ese quedarme estancada en una laguna brumosa. Desperté después de semanas, envuelta por la nebulosa que había entre mi caída y las sábanas azules de aquel hospital de pueblo, mis ojos tropezaron con la mirada cariñosa y azorada del joven médico. La sensación al despertar de que algo había cambiado, el rostro de papá huyendo a mis preguntas, haciendo más grandes mis dudas. Nuevamente aquel dolor que me atravesaba y se extendía hasta más allá de mi cuerpo.

- ¿Doctor, se recuperará mi hija?- El rostro de papá y su inusual nerviosismo me puso más triste, sus manos se movían sin control, sin saber si detenerse en una caricia sobre mi frente o continuar con esos movimientos convulsivos que me sumían aún más en las dudas.

- Su convalecencia será larga. Por lo visto, la niña ha perdido la memoria de lo ocurrido - Otra vez la mirada azorada del doctor al tropezar con mis ojos — Es mejor que la cuiden en casa, un ambiente más cálido puede ser fundamental para su completa recuperación - Después vendrían los mimos desmedidos de papá, y la tolerancia de mamá, durante las semanas que tardaron en cicatrizar las heridas. Nunca más regresaríamos a la casa del lago, haciéndose ella en nuestras mentes cada vez más distorsionada y más lejana.

Dos años más tarde, la verdadera distancia en aquel país lejano. Nuestro éxodo a la frontera. Nuestra ciudad se había convertido, para mamá, en un espacio demasiado amenazante, esta sensación la tenía desproporcionada desde la dictadura, desde las balas incrustándose en sus paredes, en sus miedos; desde los tanques de guerra que iban y venían rondando nuestra calle. Pero lo que en realidad la decidió a abandonar la ciudad fueron las manifestaciones y saqueos, durante la hiperinflación. La sensación de inestabilidad, la debacle económica, las largas filas de fantasmas hambrientos, los saqueos en los comercios, y "el dinero que no servía para nada", habían afilado las aristas de sus nervios. Nuestra ciudad representaba en la

desproporción de su mente un peligro constante, aunque, paradójicamente, el tiempo en que emprendimos el viaje, ya no existían más amenazas. Mientras empacaba lo que podía se repetía hasta el cansancio que cualquier otro lugar sería mejor que esta ciudad convulsionada.

Emprendimos el vuelo sin mucho equipaje, aquella fue mi primera incertidumbre, mi primer desarraigo. A través de la ventanilla del avión, la imagen de una ciudad incrustada entre nevados y montañas, los trazos marrones, rojizos, grises, verdes, se fue desvaneciendo hasta no ser más que un punto distante. Atravesamos la cordillera y de un momento a otro mis pies palparon el suelo ardiente de aquel otro país, entonces tuve conciencia de que estábamos lejos, realmente lejos. Luego vendría el cambio de hábitos, los vestidos livianos y las recomendaciones de nuestros padres multiplicadas a medida que yo crecía y Alex me seguía pegado como una sombra.

Después de muchas búsquedas, por fin nos quedamos en aquella ciudad de los miradores gemelos. El habla apresurada, como los pasos de sus habitantes, nos dejaba desconcertados_ Nuestra ingenuidad, casi provinciana, resultaba demasiado evidente, al final terminé por aislarme por completo del entorno, nunca pude encajar; en cambio mamá transitaba por la nueva geografía con total soltura, adquiriendo el acento y el comportamiento de los lugareños. Era sorprendente su gran adaptabilidad a aquel país.

Cada atardecer me quedaba frente a la ventana de mi cuarto para contemplar con curiosidad y, las más de las veces, con desgano aquel mar salpicado de pesadas embarcaciones que llevaban en sus abultados vientres mercaderías al "Lejano Oriente". Aquellas dos palabras me hacían pensar en un lugar recóndito que, probablemente, jamás conocería, pero que me llenaban la cabeza de paisajes mágicos. Me quedaba días enteros imaginando lo que había al otro lado del horizonte, al otro lado del mar. Algunos trashumantes de vez en cuando desembarcaban en el puerto, caminaban con curiosidad,

observándonos a veces con detenimiento, asombrados por los seres extraños que seguramente resultábamos ser quienes habitábamos en esta otra parte del planeta. Otras veces iba al puerto acompañada de Alex, sólo para verlos de cerca, perseguirlos, guiada más por la curiosidad que por un verdadero afán de molestar.

La casa estaba en la cima de un acantilado, algo alejada del ajetreo del puerto. Junto con otras rodeaba en media luna a la plaza del Mirador, era una casa antigua, tal vez hasta vetusta, algo que resaltaba incluso después de los revoques y de las capas de pintura que ordenó mamá. Sin embargo, los ventanales amplios tenían acceso a un horizonte espectacular en los atardeceres.

Los acontecimientos se precipitaron el último verano, cuando decidí preparar un cuadro para la exposición del colegio. Empecé a realizar los bocetos sin mucho convencimiento, el calor no me dejaba pensar, al igual que papá, jamás pude acostumbrarme al clima sofocante de la costa. Hice varios dibujos de bodegones, ninguno medianamente aceptable. Cuando ya estaba a punto de dejar mi labor, el color grana y dorado del atardecer, me persuadieron por el paisajismo.

El cuadro tendría como telón de fondo el horizonte, sobre el que se perdía la marcha lenta de la caravana de barcos hinchados de mercancías, en primer plano el otro acantilado, detrás de él, el sol abriéndose paso para sumergirse en las aguas de la costa: aquella sería la composición. Sentada frente a la ventana, medía las distancias con un visor para empezar el trazado definitivo del cuadro yo todavía no era muy hábil para el dibujo. Pero, ¡a presencia de una persona, sentada en una banca de la plaza, justo frente a mi ventana, le dio un giro inesperado a la composición del cuadro. La postura que había adoptado, la hacía más interesante a la luz del atardecer, el amarillo metálico y brillante que teñía las pocas nubes que se deslizaban por el

observándonos a veces con detenimiento, asombrados por los seres extraños que seguramente resultábamos ser quienes habitábamos en esta otra parte del planeta. Otras veces iba al puerto acompañada de Alex, sólo para verlos de cerca, perseguirlos, guiada más por la curiosidad que por un verdadero afán de molestar.

La casa estaba en la cima de un acantilado, algo alejada del ajetreo del puerto. Junto con otras rodeaba en media luna a la plaza del Mirador, era una casa antigua, tal vez hasta vetusta, algo que resaltaba incluso después de los revoques y de las capas de pintura que ordenó mamá. Sin embargo, los ventanales amplios tenían acceso a un horizonte espectacular en los atardeceres.

Los acontecimientos se precipitaron el último verano, cuando decidí preparar un cuadro para la exposición del colegio. Empecé a realizar los bocetos sin mucho convencimiento, el calor no me dejaba pensar, al igual que papá, jamás pude acostumbrarme al clima sofocante de la costa. Hice varios dibujos de bodegones, ninguno medianamente aceptable. Cuando ya estaba a punto de dejar mi labor, el color grana y dorado del atardecer, me persuadieron por el paisajismo.

El cuadro tendría como telón de fondo el horizonte, sobre el que se perdía la marcha lenta de la caravana de barcos hinchados de mercancías, en primer plano el otro acantilado, detrás de él, el sol abriéndose paso para sumergirse en las aguas de la costa: aquella sería la composición. Sentada frente a la ventana, medía las distancias con un visor para empezar el trazado definitivo del cuadro, yo todavía no era muy hábil para el dibujo. Pero, la presencia de una persona, sentada en una banca de la plaza, justo frente a mi ventana, le dio un giro inesperado a la composición del cuadro. La postura que había adoptado, la hacía más interesante a la luz del atardecer, el amarillo metálico y brillante que teñía las pocas nubes que se deslizaban por el

horizonte rebotaba sobre su silueta. Todo el plan inicial fue modificado, el objeto principal de mi cuadro sería aquel extraño personaje de abrigo gris y de sombrero de ala ancha. Desde mi ventana me resultaba difícil distinguir su rostro ligeramente inclinado hacia delante. De fondo quedó el acantilado y detrás de él, el sol corriendo apresurado para naufragar en el mar. Hice apresuradamente el boceto final, con trazos precisos, como nunca. Empecé con el color gris de su traje, dejando para después las manchas amarillas que le marcaban el borde.

6

Al amanecer, las penumbras apenas se insinúan dentro del bus. El anciano no deja de mascullar palabras, toda su vida pasa por el filo de su lengua, su boca se ha convertido en un organismo extraño que actúa mientras su conciencia duerme. Los demás pasajeros parecen no prestarle más atención, intentan dormir, a pesar de la asfixia del bus.

"El mismo cielo y las mismas nubes para este planeta. Abajo, los hombres y sus afanes, la decisión de sobrevivir en cada momento: el pan para el hambre y el billete para la siesta". El azul de sus pupilas se desplazó al otro lado del lago, sobre el lomo de los cerros, delineados apenas por la luz de un cuarto creciente, cuyos reflejos caían trizados sobre la superficie oscura de aquellas aguas tranquilas. Dentro de la casa, aquella otra penumbra. más densa, más opresiva, hincada sobre una carta rota, abandonada sobre la mesa. Ser el maldito delator fue algo más que un estigma, significó el destierro, no sólo de la patria, también de los amigos, de la familia. Sacó de uno de sus bolsillos la vieja pipa que lo acompañó por tanto tiempo. La vista de aquel paisaje tan distinto al de su país natal, lo llenó de nostalgias. Buscó por mucho tiempo el sosiego y el sosiego ahora lo agobiaba.

Afuera, el planeta giró *sobre su* propio eje. "El cielo, en su tránsito continuo, olvida a las realidades microscópicas". Recordó el terror de aquellos días, a los hombres que lo introdujeron en la vagoneta, sintió el dolor en la espalda, inmovilizada por el peso de las botas. Luego vendría la incomunicación por días interminables. "El destino de los desterrados nunca es el mejor". El lago permanecía inalterable, esto lo tranquilizó_ Introdujo el tabaco en la pipa, comprimiéndolo con el pulgar, acercó un palito de fósforo demasiado delgado que se consumió de inmediato, sin darle tiempo para encenderla. Eligió uno más grueso, restregó fa cabeza colorada contra la caja. El fuego iluminó su

rostro, estaba demacrado y flaco, era inútil gritar, pedir clemencia, pero no pudo evitar hacerlo cuando sintió el ardor en su piel, el olor a quemado, la herida en carne viva cubierta con sal, burda tortura a la que le siguieron otras que le superaron en sofisticación y en crueldad. La decisión fue firme, jamás delataría a sus compañeros; pero, a veces las decisiones se distorsionan o se abandonan frente a aquella realidad: el pedazo que le cercenaron del cuerpo, la infamia de atormentar en lo más profundo su intimidad.

La oscuridad y el terror se incrustaron sobre sus ojos antes de perder la conciencia. Después de aquella maraña de días metido en un cubículo húmedo y maloliente, vendrían las noches torturadas y largas, después nada, sólo un amasijo de instantes, perdida la noción del día y de la noche, antes de la renuncia a los valores, a los afectos. La palabra traición empezó a incubarse como una impronta sobre cada fibra erizada de su conciencia.

Y esa sensación de caída en un pozo sin fondo, saber que el objetivo que buscaban no sólo era destruir su cuerpo sino también su espíritu. Destrucción paulatina y sistemática que hicieron que se pregunte una y otra vez por la mente enajenada que estaba detrás de aquellos gorilas, por aquél que los comandaba desde su oficina o desde las vagonetas, sin querer rebajarse siquiera a hablar con sus subalternos, menos con los revoltosos. La decisión de morir por la causa se convirtió en algo muy lejano después de aquella caída en espiral.

Cuando su cuerpo ya *no* era más que una masa informe de *carne* y de sangre abrió la boca, movió la lengua para crear sonidos que fueron tejiendo los nombres de los conjurados. Al primero le siguieron los demás como si los arrastrara una fuerza sobrenatural desde el abismo, desde el hueco de una tumba común para todos ellos.

- ¡Mátenme, carajos, mátenme, acaben de una vez con mi vida!

Tal vez creyó que estaba preparado para su muerte, pero cuando sintió la inminencia de ella, las descargas eléctricas, pausadas y medidas, la boca

volvió a abrirse para vomitar nuevas palabras que sembrarían la destrucción. Colocó sobre la mesa los rostros de sus compañeros, arrebatándoles de esa manera el futuro, quitándoles la posibilidad de ver los años apilándose uno tras otro, él les estaba negando toda posibilidad para **los días** que les faltaba por caminar sobre este planeta. Identificados al fin, los que conspiraban contra el régimen empezaron a ser rastreados por el olfato refinado de aquellas bestias hambrientas de sangre. Algunos llegaron a refugiarse en la selva, una vez requisadas sus casas, una vez destruidas y quemadas, una vez que sus parientes más cercanos habían sido arrojados como desechos en el basural. Advertencia que estaba dirigida a quienes combatían contra el régimen, para que no quedaran dudas sobre lo que les pasaría a otros que siguieran sus pasos. Los que no fueron asesinados recibieron un viaje en avión gratis, aquellos hombres subieron a los artefactos llenos de dudas, los más ingenuos pensaron que se los estaba exiliando, los demás subieron presintiendo el desenlace, escuchaban con desdén a los ingenuos, silenciados por el mango de los fusiles que no se cansaban de reventarles las bocas. Los aviones atravesaron el cielo, repletos de alimento para el hambre de los tiburones. Aquellas aguas se atragantaron de rebeldes. El oscuro episodio que permanecería en la mente de los habitantes de aquel país como un simple rumor, que venía teñido de amenaza, con el tiempo el supuesto rumor cobró la calidad de verdad, hasta que nadie tuvo la menor duda.

"Cuántas iniquidades puede soportar este cielo". Observó con tristeza el azul oscurecido del lago, las aguas mansas lamían la orilla, eran tan distintas a aquellas otras del mar de su país. Chupó con fuerza su pipa para encenderla. Luego llegaría la evasión a las miradas llenas de reproche de los parientes de sus compañeros. La sombra de la ignominia, la tacha de la deslealtad fueron el precio que tendría que pagar, además de la humillación de saberse a salvo por influencias de su padre, **metido hasta el cuello en el régimen. Cuántas veces tuvo el revolver pegado a la sien, cuántas veces dejó el gatillo húmedo esperando su decisión. Pero no, existía esa otra sensación mucho más fuerte,**

ese instinto de conservación, de supervivencia que lo acompañó desde su infancia, después de no ser más que un pez morado emergiendo de una sutura, después de sobrevivir a tantos abandonos, no dejaría que nadie acabe con su vida, no dejaría que nada ni nadie acabe con su vida, aunque ésta no sea más que una sucesión de remordimientos. Aunque nada sería suficiente para expiar su culpa, aunque no existiera nada que pudiera redimirle, se aferró a esa existencia miserable. Olvidar en algún sendero a los reconcomios, como un fardo sin dueño, sería un sueño irrealizable.

- Traidor, maldito...asesino - La mujer lo abofeteó una y otra vez en medio de la avenida más concurrida, sus ojos nublados por el odio, por el llanto, su voz convertida en una erupción de palabras atropelladas, le escupían su desprecio, sin importarle en el peligro que corría al llamar la atención de los demás. Era muy joven y de apariencia frágil, pero se aferró a él con una fuerza sobrehumana, lo miró con el asco con que se mira un montón de excremento sobre la acera. Quiso decirle algo más, pero quedó sumida en el llanto, agobiada por el dolor. Alguien la arrastró por las calles, se perdieron de su vista, dejándolo con sus remordimientos.

Nunca más el regreso a su patria, las traiciones permanecen por una eternidad en la mente de los agraviados y de sus allegados. Nunca más las crestas blancas del mar golpeando las rocas, ni la casa de los abuelos sumergida en la selva. Observó con desgano las aguas del lago, tan silenciosas, tan mansas, jamás tuvieron el ímpetu que a aquellas otras les sobraba. Entre el montón de papeles sobre la mesa, volvió a observar aquella carta que le traía la sensación del desarraigo. El castigo sin jueces ni tribunal, el confinamiento ante tanto espacio, ante tanto horizonte infinito. Otra vez sintió que los remordimientos le rebalsaban, otra vez tuvo la certeza de ser la alimaña que decían que era. Sintió el dolor del desamparo, frente a tanta inmensidad, entre esos cerros huraños que jamás sabría descifrar y que jamás podrían descifrarlo a él.

El bus corre veloz por el desierto, perseguido por un enjambre de polvo. A lo lejos, el horizonte sigue siendo una masa negra en la que sumerge sus ojos acuosos. Detrás de una larga colina se vislumbra una aureola de luz, pero todavía difusa, es apenas una insinuación.

7

La costumbre de aquel sujeto, de sentarse en el mismo banco y a la *misma* hora, no alcanzó a despertar mi curiosidad ¿Qué podía tener de extraordinario? Quizás, simplemente, salía a esa hora del trabajo y tomaba un aire antes de regresar a su casa, de alguna manera todos tenemos nuestras propias manías, esos pequeños hábitos, que sin ser necesariamente obsesivos, forman parte de nuestra cotidianeidad. Alguna vez me cruzó por la mente la idea de que intuía que yo lo observaba, allí, sentado en la plaza, de espaldas al mar, él también podía verme con la misma facilidad, la ventana era demasiado amplia. No dejó de causarme desconcierto descubrir que el sujeto acudía incluso los fines de semana, como comprobé cuando me quedé en casa a causa de uno de los constantes dolores que me aquejaban desde la caída en la gruta y que agravaron las duras rutinas deportivas que yo misma me imponía.

Una tarde de domingo, mis padres y Alex decidieron ir a misa, sofocados por el calor del verano, no encontraron otro pretexto que aquél para salir a buscar algo de brisa marina. Se marcharon alegres. Mientras les gritaba que me trajeran más helados, mis ojos tropezaron con la ropa del desconocido. Estaba en la plaza, sentado en la posición en la que lo había pintado el último miércoles. Una extraña sensación me sobrecogió, era una de esas tardes en las que el calor difumina todo y se tiene la impresión de que los segundos se van arrastrando sobre un animal muerto. Como un organismo a tono con el ambiente, el sujeto seguía en actitud de espera, parecía no moverse ni uno de los cabellos que se le insinuaban por debajo del sombrero. Un coche cruzó velozmente por la calle, con estrépito y levantando polvo, pero ni siquiera ese ruido lo sacó de su **inmovilidad. El polvo que flotaba en el aire, lentamente, se acomodó en la superficie de su ropa, pero eso parecía no importarle. Nunca miró hacia la ventana, nunca hubo el menor ademán que me hiciera sospechar**

que él también me observaba; sin embargo, había algo en la postura de su cuerpo que me chocaba: era la impresión de que él estaba posando para mi cuadro. ¿Posando para mi cuadro? Eso no era posible. Me alejé de la ventana, yo no tenía ganas de pintar. Me recosté en la cama, aún adolorida, puse un programa cómico de televisión, eran los que más abundaban a esa hora. En la noche, cuando papá subía para traerme los helados, perdió inexplicablemente el equilibrio, cuando ya estaba en la cima de las gradas. Cayó llevándose consigo el barandal. Fue el comienzo de su fin, aunque él insistiera que no había sido nada, incluso después del mes que permaneció internado en el hospital.

De cuántas maneras intenté explicarme lo que sucedió después de aquel episodio, atar cabos, comprender todo aquel embrollo. Después de tantos años todavía un escalofrío, recorre mi cuerpo ¿En qué torcida escritura mi destino se imbrica y se enmaraña con todos los acontecimientos que se dieron después?

Papá regresó del hospital con el espíritu decaído, luego de tres costillas quebradas y una cicatriz en la frente, aunque nunca existió de su parte ni la más ligera queja, parecía resignado a lo que viniera.

Una semana antes de la exposición del colegio, le daba las últimas pinceladas al cuadro. Era lo mejor que pinté hasta entonces, en realidad, era lo mejor que jamás podría volver a pintar, incluso después de la Academia de Artes. El sujeto, como si supiera que su labor había llegado a su fin, dejó de venir ¿Otra coincidencia? Aunque esto no dejaba de sorprenderme, no le di mayor importancia. Poseía la maravillosa cualidad de no preocuparme más de la cuenta, era otra de las cosas que no había heredado de mamá.

Amanecía cuando escuché los ladridos lastimeros, lúgubres de los perros del vecindario, cubrí mis oídos con ambas manos, estuve en esa posición el tiempo suficiente para que el sueño regresara, cuando ya estaba por traspasar

la vigilia, escuché algo moviéndose en mi habitación. Abrí los ojos, una luz plomiza se filtraba por la ventana, pero era tan tenue que no me dejaba ver nada al rededor. Restregué mis ojos para ver mejor, la luz en vez de definir las formas de los objetos más bien parecía difuminadas. Se había convertido en un velo, una neblina que cubría las cosas para desmenuzarlas en pequeñas partículas, incluso los pasos que atormentaban la madera del piso parecían desintegrarse a medida que se acercaban.

- ¿Quién es?- Pude apenas balbucear. Intenté controlar el miedo que empezaba a incubarse en medio de mi cerebro hasta dejarme paralizada. Detuve la respiración para oír mejor. El silencio, sólo comparable a un zumbido violento, atormentó mis oídos. Hice un gran esfuerzo para incorporarme y encender la lámpara de noche, no había nadie, mis ojos se precipitaron hacia la puerta, estaba cerrada. Salté de la cama para comprobarlo, efectivamente, la puerta estaba cerrada, al otro lado el pasillo permanecía vacía Me abalancé hacia la ventana, nada fuera de lo común parecía acontecer, el amanecer estaba tiñendo de grana la ciudad, se abría paso entre la niebla. La bocina de un trailer, que seguramente se dirigía al puerto, se escuchó a lo largo de la cuadra.

El resto de la mañana intenté darle un sentido coherente a lo ocurrido, escéptica como era, no podía admitir otra explicación que la de la imaginación ¿No era conocida, acaso por las mil historia disparatadas que inventaba desde la infancia? Explicación que hubiera sido suficiente si es que no se hubiese repetido el mismo episodio la siguiente madrugada con un horroroso desenlace.

Esta vez los pasos fueron precedidos por la oscuridad, el mismo crujido de la madera del piso, pero esta vez el miedo paralizaba mi cuerpo, como cuando el frío entumece los músculos. **Sentí el peso de una sombra oprimiéndome la garganta, asfixiándome, había un grito en mi boca, que no nacía, que se amontonaba hasta desvanecerse en mi lengua. Cuando al fin pude emitir un sonido, que no llegaba a ser un grito, la sombra informe se alejó,**

atosigando la madera con su peso. No recuerdo más, perdí la conciencia. El sol aguardaba detrás de las cortinas cuando desperté, apacentaba en el jardín.

- ¡Urna, tu desayuno está servido! — Era la voz cristalina de mamá, con ese acento adolescente que jamás había perdido. Intenté moverme, estaba inválida por un dolor diseminado en toda mi columna ¿Había sido un sueño? La puerta continuaba cerrada por dentro, al igual que la ventana. Me incorporé con gran esfuerzo, el dolor se volvió intenso. Al otro lado de la puerta, los golpes de mamá eran más insistentes:

- ¡Urna, tu desayuno! Recuerda que debo llevar a papá al hospital - Sus nudillos nerviosos golpearon la madera con impaciencia - ¡Válgame dios, esta niña se quedó nuevamente dormida! - Sus pasos apresurados bajaron las gradas.

En la mesa, los ojos de mamá no se apartaban de nuestro padre, para entonces ya muy decaído, se la notaba más nerviosa que de costumbre, era evidente que había nacido sin capacidad para enfrentar los conflictos. Cuántas veces la habíamos visto al borde de la locura cada vez que las cosas salían fuera de su control. Cada vez que la vida perfecta que se diseñó se deformaba, le invadía una gran angustia que papá intentaba paliar por todos los medios, exigiéndonos comprensión y sacrificios para hacer más llevadera la vida de mamá. Aquel absurdo afán los había empujado a internar a una hermana de papá en una "Clínica de Reposo", como ambos acostumbraban llamar al Hospital Psiquiátrico, al que después de unos meses de visitas esporádicas, no volvieron, dejando a la tía loca abandonada a su suerte. Mamá estaba sentada al borde de su silla, observando insistentemente a papá, preocupada de que su ropa estuviera impecable y su corbata bien anudada,

- Apúrate, niña, tu padre llegará **tarde a la consulta, después te encargas de lavar la vajilla, al regresar del colegio - Busqué en sus ojos un motivo para**

comentarle **lo ocurrido en** la noche y no encontré nada. ¿Qué se podía decir de papá? Estaba demasiado ocupado por terminar su desayuno sin dejar migas de pan sobre el mantel, eso era algo que sacaba de quicio a mamá.

— Bueno, nosotros los dejamos en el colegio y nos vamos volando, ya saben que el consultorio de ese doctor se llena más tarde, y yo prefiero evitar la chusma - Papá salió con la prestancia de siempre, a pesar de su decaimiento, sostuvo la puerta abierta para mamá y de colada para nosotros, luego la cerró con delicadeza, adelantándose para enderezar el cuello de la camisa de Alex.

- ¡Arréglate la mochila! Debes cuidar muy bien tu espalda - Mamá me acomodó la mochila para equilibrar el peso de la misma, con la actitud de estar cumpliendo su labor de madre preocupada, luego me arrastró por las tres calles que nos separaban del colegio. Yo, intentaba seguirle el paso, pero un nuevo dolor se apoderó de mi columna hasta hacerme desfallecer. Mamá me observó con la misma mirada con que encaraba los problemas, esperando que no le dieran malas noticias_

- ¿Qué pasa contigo? Estás pálida, no me digas que vino la visita del mes - Agregó en tono confidencial, mientras papá se hacía el desentendido. Aquel era tema de mujeres y apresuró el paso para no escuchar mi respuesta.

- No, no es nada - Respondí con enojo, dejándola consternada. Era insoportable cuando intentaba asumir su papel. Algo me atormentaba y nadie se percataba de ello. Todo lo que hasta entonces consideré real, parecía no serlo, esta certeza me dejaba confundida.

Intenté darle una explicación lógica a los sucesos de la noche anterior, un extraño ingresando *en* mi cuarto, quizás el dueño que nos alquilaba la casa, que por supuesto tenía las llaves y era además una persona de comportamiento errático, como especulaban los vecinos... quizá un pasadizo secreto. Esta idea no era del todo **descabellada, las casas de principios de siglo habían sido edificadas previendo los cambios súbitos en los gobiernos de entonces. Me aferré a esa idea y apenas regresé del colegio subí a mi dormitorio, revisé cada**

rincón, no había la mínima señal de una puerta secreta. Esa noche convencí a Alex para que me dejara dormir en su habitación, lo mismo al día siguiente y por tres días más, hasta que cansado de la incomodidad simplemente un día no abrió la puerta a pesar de mis ruegos.

- ¿Qué sucede Urna? Pareces una niña pequeña ¡Compórtate y regresa a tu cuarto! - Mamá empleó el tono severo y frío que acostumbraba cada vez que se enfurecía. Sin esperar respuesta me dio un pellizco brutal en el brazo y me arrastró hacia mi habitación con su paso seguro y ágil. Me quedé pegada a la puerta, hasta que el frío húmedo de aquel naciente invierno me obligó a refugiarme en la cama. Permanecí con la lámpara encendida y con un libro entre las manos para espantar el sueño. La luz tenue del amanecer me despertó. El foco estaba apagado, yo ya no tenía el libro entre las manos, estaba tirado en el piso. Un sobresalto acompañó al recuerdo de la noche anterior: la oscuridad, la misma sombra informe y pesada asfixiándome. Me aferré a la idea de que aquello no podía ser más que una horrible pesadilla.

Tras una nueva recaída, papá regresó al hospital. Mamá mencionó que la metástasis se había acelerado con su accidente. Papá tiene cáncer, nos dijo al ver que no comprendíamos su primera explicación. Alex y yo seguimos sin entender, pero supusimos que era algo muy grave. Es mejor que estén preparados para lo peor. Al verla con el pelo desarreglado y los ojos rojos, supimos que papá no saldría con vida del hospital, había olvidando por fin su ridículo afán de evitarle cualquier contrariedad a mamá. Después de su muerte, ella se convirtió en un alma en pena, sin idea de lo que debía hacer con nosotros ni con ella misma. Inmediatamente después del entierro me dijo que cuidara a Alex y luego olvidó nuestra existencia para solazarse por completo en su dolor de hembra herida.

Lo que hacía encerrada en su habitación, fue para mí fuente de muchas dudas e interrogaciones. Apparentemente su intención era morir, pegada como

estaba a las sábanas. Pero la muerte es caprichosa, no llega cuando una así lo quiere, sino cuando a ella se le ocurre, a menos que la precipitemos. Esto es algo que tardó en comprender, cuando lo hizo era un manojito de nervios, una persistente convulsión, apenas apaciguada por sus calmantes, un ser envilecido surgió de todo aquello. A veces, cuando no escuchaba sus gritos, entraba a su cuarto con mucha cautela, para asegurarme de que estaba con vida; sus reacciones eran impredecibles cuando se encontraba despierta. ¡Desaparece de aquí, niña tonta, más que tonta! Las más de las veces su cuerpo ardiente por la fiebre parecía flotar hacia el paroxismo, derecho a la locura.

Alex y yo quedamos a la deriva. Pasaron las semanas y los meses, a medida que agravaba su estado de nervios también se intensificaban sus gritos y sus pasos frenéticos por su habitación. De vez en cuando salía de casa y regresaba con lo necesario para no dejarnos morir de hambre, luego se encerraba presurosa en su habitación, cargada de medicamentos. La evasión de la realidad se había convertido en algo recurrente en su vida. Alex no alcanzaba a comprender lo que ocurría y se quedaba pegado a mí, yo sentía que debía protegerlo, en el estado en el que estaba mamá, su ira no sabía diferenciar entre él y yo. Aguardé el desenlace, sabía que aquello no duraría mucho, íbamos a quedarnos completamente solos en aquella ciudad lejana, eso no me asustaba tanto como saber que aquello no terminaría.

- ¿Tú me odias, verdad? - A pesar de su debilidad, sentí temor de ella -
¡Respóndeme, niña, no eres muda!

- Eres mi madre, no puedo odiarte - Ya estaba por terminar la limpieza de su habitación. La labor se me dificultó por su obstinación de mantenerla sumida en la penumbra.

- Tienes razón, soy tu madre; puedes *tenerme* miedo, pero nunca odio
¿Eso está claro para ti?

Salí de su habitación, cuando regresé con una bolsa de plástico para recoger las envolturas de los calmantes y las botellas, ya estaba completamente dormida por la mezcla de sedantes y de alcohol_ Era como una estampa sobre la cama, estaba convertida en un armazón de huesos. Era evidente que aquello era un suicidio, se estaba dejando morir, pero tenía que ser disimulado, era católica. Detrás de la puerta escuchábamos sus alaridos, enredados con la música cursi con la que acostumbraba acompañar sus delirios. En algún momento de lucidez o de generosidad se preocupó de nosotros, yo ya había cumplido catorce años, pero aún era demasiado niña para cuidar de Alex.

Desprovista de vínculos familiares, con un padre cuyo destino desconocía y con las hermanas de papá a quienes a penas soportaba, no le quedó otra que llamar a estas últimas. Llegaron vestidas de negro. Antes que mamá muriera, ellas ya habían asumido el control, haciendo los preparativos correspondientes, disponiendo esto, disponiendo aquello.

Reconocí a tía Catalina a pesar del peso que había ganado, a su lado otra igual a ella me miraba con curiosidad, supuse que era Mariela, la tía loca, a la que tía Catalina había sacado del manicomio mientras nosotros estábamos en esta ciudad.

- ¡Pobres niños, miren que enfrentar a tan temprana edad estos problemas! - Tía Catalina, nos rodeó con sus brazos, parecía demasiado emocionada. Mariela se quedó observando la escena, sin acercarse.

¿Dónde está su madre?

Está en su habitación, en el primer piso.

Llévennos con ella.

Ingresaron a la habitación de mamá, parcas y altivas, con la satisfacción de que a ellas la muerte no les había alcanzado todavía. El armazón de huesos

las observó desde su lecho, sin muestras de sorpresa, con idéntica frialdad. Alex y yo nos quedamos cerca de la puerta, sin atrevemos a ingresar por completo a la habitación, vimos con curiosidad aquella colisión de témpanos.

- ¿Por qué no nos avisaste de la muerte de Juan?

- ¿Para qué?

¿Cómo que para qué? Para venir por lo menos a su entierro.

¡Este lugar es un cuchitril! — Mariela empezó a remover las cosas de la habitación.

- Sí, es mejor airearla - Tía Catalina quiso abrir una de las ventanas, pero ésta se resistió.

- No lo hagas ¡Deja la ventana como está! - Tuvo la intención de incorporarse, pero parecía no tener fuerzas, mientras se retorció, no dejaba de mirarla con desprecio.

Sobre el piso habían esparcidos frascos de medicinas que Mariela recogió para leer sus etiquetas.

- ¡Qué has hecho de tu vida, Lucía! ¡Jamás pensé...! - Exhibió el frasco vacío para que todos nosotros lo viéramos.

- Les dije que dejaran mis cosas, malditas brujas - Esta vez no hizo el intento de incorporarse, sólo se revolvió en la cama.

- ¡Queridita, cálmate! Estas reacciones tuyas, no deben hacerle nada bien a tu salud - Tía Catalina se acercó a mamá para cubrirle con una sábana.

- Todo es mío, sus vidas dependen de mí y cuando yo muera dependerán de los niños, así que no se hagan las cojudas.

- ¡Querida, no puedes hablar así delante de los niños! — Tía Catalina cerró la puerta. Dentro de la habitación se escuchaba algo parecido a una discusión, aunque la voz de mamá era sólo un delgado hilo que llegaba a nuestros oídos por retazos. Herencia, herederos, casas, alquileres, mantenidas,

sin vergüenzas, alcohólica, drogadicta, loca, palabras sin concatenación cruzaban el grueso de la puerta, llenándonos de interrogaciones.

Una semana después, mamá murió. No pudimos ir al hospital donde la internaron. "Porque ése no es un lugar adecuado para los niños". Después de su entierro, más pobre que el de papá, las tras, se apresuraron a vender todo lo que pudieron. Un montón de papeles con la firma de nuestra madre, les infundía seguridad en todas sus acciones, muchas de ellas disparatadas, como vender los muebles al primer postor en un precio ridículo. Había como una venganza en la manera como se fueron deshaciendo de todo lo que había constituido nuestro universo durante cuatro años. Unas semanas después fuimos arrastrados al aeropuerto, nos fuimos como llegamos, con un par de maletas, pero yo llevaba el cuadro que había pintado.

8

El azul nacarado de los amaneceres de marzo mojando la cordillera, en cada una de mis pupilas el Iflimani, debajo de él, la ciudad. sus trazos verticales, los abismos espectaculares por donde desembocan las eternas lluvias que inundan la ciudad. Casi todos los días llueve, uno sale con el paraguas a pesar de que el cielo esté sin nubes, camina las calles, sube cuevas, desciende abismos, uno siente la lluvia mojando el rostro, empapando las ropas y continúa.

- ¡Deténgase por favor, me quedo!

Antes que alguien pueda detenerme, abro la puerta del bus y salto al asfalto ardiente. No sé en qué momento tomé mis cosas del portaequipajes arriba del asiento. Como sea, acomodo la mochila en mi espalda y en el brazo derecho mi bolso de mano. La arena es una brasa ardiente, mis zapatos podrían derretirse al contacto de ella, yo misma podría derretirme, me siento peor fuera del bus, doy unos pasos, mi malestar se va agrandando, la mochila parece pesar el doble, debería deshacerme de esta estorbo, pero en ella está el peso de lo indispensable, de lo que quedó después de la devastación: aquel libro entre filosofía y poemas, con un Zoroastro buscando en el desierto y, en contraste, la novela entrañable y perfecta que narra la historia de un Juan y un Pedro donde los caminos suben o bajan según se va o se viene. Los dos libritos están congestionados en medio de blusas y de jeans mal lavados en aquel hotel, Hotel Lucho, diría yo. En mi bolso de mano está el estuche con lápices de carbón número dos y cinco, eran los únicos que encontré, mi diario lleno de páginas corregidas y de borrones, la verdad siempre fue y será una opción.

El peso de la mochila, el intenso calor del desierto, su aliento quemante, esto es peor que estar metida en un asiento del bus. Intento avanzar unos pasos, mis pies se hunden en la arena caliente, regreso a la dureza del asfalto,

el asfalto realmente quema, miro a mi alrededor, no hay nada más que dunas de arena, sólo eso, dunas de arena.

El bus avanza veloz, dejándome sola en este infierno, pero se detiene, retrocede sobre sus huellas, está a unos metros, esperando que suba. Observo el desierto. sé que fue un error bajar del bus. aunque no me decido regresar a él. El chofer toca con insistencia la bocina, una, dos veces, la tercera vez es un toque largo, lleva como un mensaje, es como una orden, un insulto. Algunos pasajeros sacan las cabezas por la ventanilla, me gritan. Suba de una vez. O la dejaremos en este lugar. Para que se mueraaa. Camino hacia el bus, estoy frente a la puerta, logro ver el rostro molesto del chofer, el bus avanza lentamente unos metros, luego acelera, debo correr para darle alcance, corro, logro subir al vuelo, el bus ya está avanzando velozmente.

- ¡Regrese a su asiento de una vez o yo mismo la saco para que se muera en medio de este desierto! - El chofer me habla molesto, me mira de reojo, con ira - ¡Caramba, no es suficiente con esta temperatura de mierda, ahora tengo que aguantarme las ocurrencias de esta loca! - Cierra la puerta con brusquedad, paso por su lado, me detengo frente al brillo odioso de su calvicie.

- ¡Nos hizo perder el tiempo!

- Estamos apurados, no queremos llegar tarde a nuestro destino.

- ¡Lo siento, no quise molestarles! - Guardo mi mochila en el portaequipaje.

- ¡Qué inconsciente!

- ¡Caramba, ya les dije, no es para tanto! - Regreso a la incomodidad de mi asiento. Mi delirio fue temporal, quisiera decirles a quienes me lanzan miradas de odio y reclamos. Pero me quedo en silencio, al otro lado del pasillo la mujer del cabello rubio oxigenado sigue masticando algo, mientras remueve sus pies descalzos. Aquella imagen, el olor a comida, a pies, a sudor, me van a volver loca, saco mi archivador, dibujo la imagen de la vulgaridad. Afuera, el desierto vuelve a perseguir el paso veloz del bus rodeándolo con su manto de arena. Un paisaje desprovisto de vegetación, un horizonte, aparentemente, *sin*

aparentemente, sin vida se estancan en las ventanillas. La ferocidad del sol parece consumirlo todo, desteñirlo todo, bajo su influjo, la borrosa línea del horizonte se va difuminando hasta desaparecer.

En esta inercia espero que algo suceda, pero no sucede nada. La figura encorvada del anciano, adormilado junto a la ventana, se interpone frente al paisaje gris, unas gafas oscuras cubren sus ojos, no se sabe si está despierto o dormido, no me hizo reproches como los demás pasajeros, quizás porque estaba dormido, al verlo me invade una tristeza inmensa, aparenta tener la consistencia de las cosas que se esfuman o desaparecen. Regreso a mi boceto, a la oxigenada la dibujé más fea de lo que en realidad es, con los pies descalzos sobre el brazo del asiento de adelante, se aprovecha porque la que está sentada en él es una india menudita y callada, en contraste con la oxigenada es gritona y enorme. Ensayo algunas correcciones, aunque siempre que intento corregir mis dibujos, termino por empeorarlos, prefiero que permanezcan inalterables, en su impulso primero, guardo el boceto.

- El calor está insoportable, no puedo más - La oxigenada abanica insistentemente su rostro sudoroso y colorado, sostiene con la otra mano una botella de gaseosa, casi vacía. Tiene hinchados los pies, hechos dos pelotas.

- La temperatura está muy elevada, y sin agua...mi bebé no podrá soportar este calor, no ha dejado de llorar...- Al lado de ella, una mujer sostiene a un niño en su regazo.

- Sí, y si no se calla nos va a enloquecer. Vaya que tiene buenos pulmones el nene.

La reverberación del sol sobre la arena quema los ojos de quienes miran a través de los cristales. Las dunas se suceden unas a otras en un tránsito continuo y constante. La madre introduce el pezón en la pequeña boca del niño, aunque éste parece ser muy grande para lactar. Intenta apartar el rostro, pero no lo logra y el líquido blanco se le escurre por entre los labios, mojando su torso desnudo. Después de casi atragantarse recobra el aliento y las fuerzas

lanzar otro de **sus gritos**, capaz de abrirse paso hasta los lugares más recónditos de la mente.

El viaje es menos tenso cuando el niño duerme. Entonces rondan por la cabeza configuraciones extrañas, creadas para todos los problemas sin solución, reflexiones inconclusas o una idea fija que puede ser analizada desde distintas perspectivas o muchas ideas enfocadas en una sola línea, la cual se torna borrosa. Las ideas se suceden por contraste o por analogía, haciendo más intensas mis cavilaciones. Existe un sinnúmero de posibilidades en un tablero imaginario. El rey blanco pone en peligro a la reina negra, un alfil se acerca peligrosamente...

- ¡Pueden bajar! - El ayudante del chofer grita con voz somnolienta. El bus se detiene en el momento preciso en que la asfixia empezaba a distorsionar lo que nos obstinamos en llamar realidad.

Me abalanzo hacia la puerta, esquivando los empujones y empujando a la vez. La desilusión es grande, la temperatura exterior no es mejor que la del bus. Algunas casas de estera, de líneas alargadas y achatadas están construidas en el lugar por el sólo motivo de ser un cruce de caminos, única explicación, pues el sitio no tiene una piedra más ni menos que el resto del desierto. Algunos se dirigen a la casucha solitaria del fondo que lleva un letrero descolorido en el que se lee... AÑO. No tarda en formarse una larga fila frente a aquel pozo ciego, apenas cubierto por láminas de zinc. A cierta distancia está el "Restaurante", cuyos techos y paredes aparentan haber sido aplastados por un trasero descomunal.

El restaurante es un largo y estrecho salón, el techo parece haber cedido a la fuerza de gravedad y está hundido **en el centro, debajo de él hay mesas rústicas, que no son otra cosa que tablas, desperdigadas, sin un orden aparente, rodeadas de largas bancas sin respaldo. Las paredes de estera, grises por la acumulación del polvillo, están repletas de cuadros tamaño cartulina, sin marcos y pegados con grapas, chinches y cintas adhesivas, colocadas de cualquier manera. Los motivos de aquellos cuadros: fotografías**

de ranchos suizos o norteamericanos, paisajes verdes y exuberantes, vacas bien cebadas, casas con chimeneas al pie de hermosos nevados. En el centro se encuentra el cuadro de una mujer desnuda, arrastrando con desparpajo una sonrisa de niña.

Unas cucharadas del caldo desabrido, unos mordiscos en la carne mal cocida y lo demás es para el perro alopécico y lleno de llagas que se queda pegado a mis pies.

Estos tres días de viaje fueron suficientes para descalabrar el cuerpo y el espíritu. El primero amenaza con quedar exánime en cualquier lugar, ceder al amodorramiento. El segundo es toda inquietud por la certeza de la lejanía y del no retorno.

El tránsito por territorios completamente extraños y ajenos a mí, parece ser mi única posibilidad. Después de tantos viajes, acuden a mi mente imágenes, todas ellas aterradoras, de las miles de maneras de morir que nos presenta el repertorio de la vida ¿o de la muerte? En cada una de ellas el cuerpo abandonado en una sala de azulejos blancos, sin nadie que lo reclame para darle "cristiana sepultura", para ponerle cuatro velitas a los costados y derramar alguna lagrimita compasiva. N000. "Saquen el cuerpo de la tina de formol. Apresúrense muchachos ¿Tienen los bisturís preparados?". Y, una vez terminado el trabajo, la piel diseccionada y los chistes obscenos, escritos por algunos futuros hijos de Hipócrates. La escena es reincidente.

Espero impaciente que el chofer termine de cenar, tomo una gaseosa tibia, frente a una mesa alargada y construida con troncos, instalada fuera del recinto. Esquivo con desdén a los tipos que se acercan con aire de galanes, para intentar darme conversación, posiblemente piensan que soy una presa fácil, querría mandarlos "a freír monos"; pero, callo, a veces es mejor ignorar a estos fulanos. Ante la mirada perpleja de ellos paso las manos sobre la cabeza del perro infeliz sentado a mi lado, siento en mis yemas las llagas purulentas que hay sobre su cabeza, él se aprovecha y coloca la quijada sobre mis rodillas, esperando más caricias, me conmueven sus ojos tristes.

-¡Ya parte el bus, regresen a sus asientos! — Después de comprar botellas de refrescos y algunas cosas para el camino, todos se dirigen resignados a la puerta. El perro enfermo se queda pegado a la pata de la mesa, tiene la intención de seguirme, pero se queda. El ayudante espera impaciente que terminemos de subir al bus, nos conmina a apresurar el paso con su voz de transición, de tonalidades inconcretas. Bello adolescente de unos diez y seis años, bien llevados en un cuerpo esbelto de mulato.

Resulta difícil llegar al asiento con los movimientos del bus en marcha. Intento mantener el equilibrio, el pasillo está atiborrado de olor a chicharrones y a todo tipo de especias y de sudores. Antes de llegar a mi asiento ya estoy indispuesta. Quedo estática en mi lugar, esperando que un rayo me parta o que un abismo me trague. A pesar de la molestia que le causo al anciano, intento abrir la ventanilla para despejar el ambiente, pero ésta se resiste. "Es inútil". Resignada vuelvo a la quietud de mi asiento, el niño regresa a su llanto y el anciano a sus murmullos atragantados. Tantos días de viaje continuo y de inercia fueron suficientes para ablandar no sólo el espíritu. Nuevamente el polvillo fino del desierto logra franquear los resquicios de las ventanas para depositarse en nuestros rostros húmedos, formando una masa pegajosa. La noche cae lenta y pesada. Los gritos del niño son incesantes, pero no logran filtrarse en los sueños del viejo que no para de hablar desde su inconciencia.

9

El frío metal de la luna se desplazaba reptando los cerros, antes de sumergirse por completo en la noche. Corno todas las capitales, la ciudad es un organismo furioso y agitado. Alex está en el piso superior de una casa antigua, se contemplaba con satisfacción en el espejo. Sus manos bien cuidadas se deslizaron con deleite por la textura suave de su piel, por la cintura que "cualquier mujer envidiaría". Observó con detenimiento, desde el abismo de sus ojos azul oscuro, casi negro, a la mujer que le devolvía la mirada desde el otro lado del espejo del tocador.

De vez en cuando, en la soledad de su habitación, introducía su cuerpo en un diminuto *baby doll* y permanecía con las piernas cruzadas frente al espejo, para esconder el pedazo que le sobraba, aquel molesto bulto que le obligaba a permanecer en una misma posición. Su afán se detuvo en el estuche de maquillaje, en el delineado de sus labios, tal vez demasiado delgados para el rostro de una mujer. Las espesas y largas pestañas cargadas de rimel, enmarcaron sus ojos, dándole más profundidad a su mirada que, una vez que tomaba confianza con las personas, parecía atravesarlas, herencia de un abuelo a quien apenas conoció.

La crisálida transformada al fin *en* mariposa, se vio hermosa, realmente hermosa. Esta certeza le iluminó el rostro. "Quizás algún día". Se imaginó liberada del estorbo, de aquel molesto bulto que le pendía entre las piernas. Observó a la mujer del otro lado de la superficie bruñida, la vio sonreír, como ocurre cada vez que retorna a su mente el rostro de Dillon. Lo recordó, siempre tan íntimo y tan distante, tan entregado y tan elusivo. Una distancia que recorrió y palpó en infinitas incursiones, una distancia que nunca trasuntó. Del aparato de sonido escapó la canción de Nirvana que más les gustaba, encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre el dedo medio y el índice, ensayando frente a Dillon la manera más provocativa de fumar. Él sonreía, no sabía si era porque la veía

ridícula en su pose de mujer fatal o porque la quería tanto que eso no le importaba.

- Pareces un papagayo, con tantas plumas - Le dijo y la besó.

Las sombras de la noche la empaparon lentamente, encendió la luz. Al otro lado del espejo permanecía la imagen de la mujer hermosa, pero tenía la mirada abstraída en el recuerdo de Dillon, aquel recorrido sobre terreno inestable le provocó, como siempre, sentimientos encontrados, ese querer abandonarse a la risa y al llanto a un mismo tiempo. "Permanecer aferrada a tu piel cálida, sentir tus brazos acogedores, oír tu respiración entrecortada". En uno de sus recuerdos, Dillon, tenía la cabeza descansando sobre su pecho, estaba abrumado por las dudas, estaba cansado de esa lucha constante, quería alejarse de una vez y para siempre de Alex, olvidar que existía; pero, al mismo tiempo, tenía miedo de enfrentar la vida sin él, sin aquello que los unía, que los convertía en cómplices. Esa decisión tomada tantas veces y otras tantas abandonada, volvió a abrazarlo y a besarlo. Sus dedos hicieron una larga travesía por su cabello ensortijado. Alex presentía lo que Dillon estaba pensando, lo sintió en la forma de apretarlo contra él, de aferrarlo a su cuerpo, con desesperación. Cuánto esperó esta vez su regreso, cuántas noches sin dormir y cuántos días sus pupilas quedaron inundadas de tormentas y de rencores.

- Nunca serás una mujer, nunca, sólo eres un remedo, un pobre maricón

- Mariela apagó el aparato de música para que Alex oyera mejor sus insultos.

Las palabras se estrellaban contra las paredes de su cráneo como una pelota de ping pong y era como si la misma Mariela, convertida en pelota, rebotara de un extremo a otro de la habitación. Atolondrado, buscó algo con que cubrirse de la mirada inquisidora de su tía, se sentía avergonzado, metido en aquel pequeño baby doll que Mariela miraba con burla ¿Hace cuánto había entrado en su habitación?

- No queremos maricas aquí.

Odiaba tanto aquella palabra, sentía que era un lastre que venía cargada de infamia, de ultraje. Se vio nuevamente descubierto, humillado, esquivando los empujones y los golpes de sus compañeros de colegio. Intentó esconder entre sus manos sudorosas la polvera que había logrado hurtarle a Mariela, pero alguien se la arrebató y empezaron a arrojársela entre todos, hasta que cayó al piso, hecha trizas. Acorralado buscó en *Dilon* un refugio, una defensa para los golpes y para las miradas llenas de desprecio de aquellos adolescentes. Los puñetes ya se incrustaban en su hermoso rostro cuando *Dilon* se alejaba por el pasillo. Sólo el sonido de la campana salió en su socorro. Era fin de año, no los vería más, "Nunca más", se borrarían en la bruma del tiempo, luego serían un recuerdo, sólo eso, un doloroso recuerdo. Pediría que le cambien de colegio. No será necesario que lo pida, el director exigirá que se le inscriba en otro colegio.

- Aquí, no queremos maricas, una manzana podrida puede contaminar a las demás.

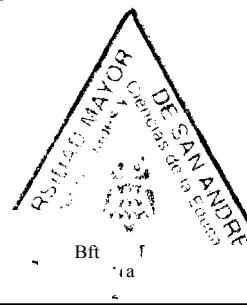
Algunas lágrimas humedecieron sus pestañas y se desprendieron en una oscura procesión que se desplazaba por su rostro, dibujando extrañas figuras, extrañas y alargadas figuras negras. Se volvió a mirar en el espejo, ya no era la crisálida, tampoco era Alex, aquél es un ser que desconocía. ¿Cuánto sufrió por aquello, cuánto más tendría que aguantar? Se limpió las manchas dejadas por el rimel. La sensación de la soledad ahora le abrumaba, aquella palabra aún le oprimía, le aplastaba, le consumía como una garrapata enorme encaramada sobre su espalda, succionándole ya no sólo la sangre, también los tuétanos, las arterias, las venas, los huesos, hasta dejarle sólo con la corteza de su piel, sólo con el pellejo. Retiró el resto del maquillaje que le quedaba. Buscó la chompa y los jeans, se los fue colocando con movimientos mecánicos. Volvió a ser él, Alex, el que esperaba cada día y cada noche que *Dilon* llame, que le vuelva a decir todas las cosas que le ha dicho ya, las promesas desproporcionadas de los enamorados, esas palabras que tienen que ver con la infinitud, con una eternidad, pero no, nunca más volvió el vuelo sobre las sábanas, nunca más su

cuerpo anhelante le acorraló. "Nunca más", esas palabras también tenían la esencia de la totalidad.

La luna flotó justo encima de la casa, debajo de ella los techos de calamina permanecían teñidos por su aura metálica. Se acercó al balcón con desgano, los fuegos artificiales iluminaban la ciudad y apagaban las estrellas. Se sintió adormecido por el llanto y sin ganas para nada, abrió las puertas que daban al balcón, había un hervidero de personas inundando la calle con sus voces, con sus gritos, escuchó a lo lejos la música de bandas de música, más lejos se escuchaba el sonido de los khantus. La ventana de su cuarto daba a una de las esquinas más concurridas del barrio, por ella pasaban atropelladamente una multitud de personas, algunas se detenían a comprar las mercaderías que se ofrecían sobre las aceras. Se inundó con el ruido de la calle, con el constante parloteo de las mujeres que, alrededor de sus tarimas de madera, festejaban. Algunos comerciantes todavía no se animaban a participar de las fiestas julianas:

Llévese esta chamarra, es de auténtica imitación cuero.

- ¿Tiene de mi talla?
- ¿Qué talla es?
- No sé, no recuerdo...
- Talla adolescente, debe ser, Pruébese esto, seguro le sienta...



Un viento helado se le pegó al rostro, lo soportó con resignación. A través de la música, se lograba escuchar el ronroneo de los buses que circulaban atestados de gente y que se dirigían a la parte alta y suburbana de la ciudad.

- Rummmmmm....El Alto....rumrumrummm.....
- Barrio Gráfico, Villa Armonía, Bella Vistaaaaa
 la Gruta, unocincuenta, la Grutaaaaa..
- Pip...pipiiiiip...

Sus manos quedaron congeladas y moradas sobre el barandal, son muy huesudas se dijo mientras se las frotaba. Las lleva a su rostro, también está frío, lo palpa, los bellos empiezan a notarse, piensa que tendrá que usar afeitadora. La noche corrió al encuentro de las horas rezagadas, sobre estos laberintos dibujó una sonrisa torcida.

Sintió el frío contacto del revólver sobre la sien. El reflejo de una duda cruzó fugazmente por sus pensamientos y se detuvo en el brillo azul de sus ojos, pero no, no es momento para retroceder, se dijo. Con el pulso firme, como nunca, apretó el gatillo, venciendo toda resistencia de las falanges de su mano que, como un organismo extraño, se negaba a obedecer lo que su cerebro ya había decidido. El índice sobre el gatillo presionó hasta rebasar la distancia de una pulgada, salvada con la lentitud de quien sabe que ya no hay retorno. Ya nunca más los remordimientos le harían llagas en el alma. Alcanzó a escuchar el fuerte estallido que lo lanzó sobre un haz de luz, se sumergió en el tiempo, convirtiéndose en sólo una partícula que flotaría en el espacio. Sumergido y flotando, ambas cosas a la vez, trastocados los tiempos, finalmente se borraría toda delimitación, toda palabra que pueda definirlo como un ser humano. Perdida la conciencia de ser sustantivo en comunión con el verbo, en cópula con el verbo. Perdería la noción de ser el recipiente o el agua, sintiendo ser las dos cosas a la vez y a la vez nada, sin forma ni contenido. Liberado de ataduras, sería lanzado a otra certeza, la de ser algo nadando libre por la totalidad, sintiéndose parte de ella.

El recuerdo, no de los seres que le acompañaron en este transcurso tan efímero - casi inexistente, que nos separa desde el momento del nacimiento hasta el instante de la muerte -, el recuerdo de sí mismo como una sombra vagando por los segundos, por los días, por los siglos...

Como la última llama antes de ser ceniza, las estrellas flotarán a su alrededor, repitiendo sucesiva y velozmente su tránsito por los mismos senderos, establecidos desde el momento de la creación.

Y, otra vez, la sensación de ser arrastrado hacia el infinito y a la eternidad. Ambos, como habitándolo en ese fragmento de tiempo, en ese trozo de espacio.

Al final, la convicción festiva de que no existe en ningún espacio ni en ningún tiempo. No habrá principio ni fin, sólo el centro de una espiral como anclado en un presente, renovándose sobre sí mismo.

- ¿Qué es más grande, el todo o la nada?

- El todo.

- ¿Qué existe más allá del todo?

- La nada.

- Entonces, la nada es más grande.

El abismo contenido, la inmensidad constreñida. La entelequia desplazándose, después de la epifanía, al fin la comprensión.

En aquel espacio sin tiempo, en aquel tiempo sin espacio. La realidad descoyuntada.

El sonido del disparo quedará detenido entre sus orejas, el estruendo quedará como telón de fondo para aquel segundo, aquel remoto dolor tapizará sólo un instante, sin dejar pausa para un postrero alarido, una lejana queja.

Ya sin memoria para el pasado ni conciencia para el presente.

Nunca más esa marcha sucesiva y enervante de segundos, nunca más la espera para la reversión del tiempo, para poner las cosas en su lugar. Quedarán exterminados sus yerros y olvidados sus aciertos.

En un tiempo ya sin reglas, las mil existencias sumergiéndose en un instante, el último.

Se verá a sí mismo como una oruga reptando por una línea infinita empedrada de segundos, pero no será tal, será sólo el segmento de un círculo flotando sobre la nada, el mismo círculo construido de segmentos, dentro de otro círculo. El desplazamiento de las olas hacia la inmensidad de su mar. Y, esa otra visión anclada en cada uno de sus ojos: el color del mar amando su cielo, el color del cielo posándose sobre el mar, siendo ambos la misma cosa, desvanecida la estrecha línea del horizonte.

Nuevamente el desmoronamiento de las certezas: ser todo, ser nada, o el cielo y su color sobre el *mar*; la tierra o la serpiente reptando entre las

piedras, los anillos arrastrando el cuerpo por todas las distancias, por todos los tiempos; o una mariposa o su vuelo estático en medio de un cuadro; o el río petrificado donde van desvaneciéndose los segundos; o el verbo o el sustantivo; o el ronroneo de un pájaro que se sueña gato, atrapado entre sus propios dientes

En un Universo donde no habrá soles *ni* lunas, ambas realidades se confundirán y flotarán a la deriva.

En medio de aquel remolino, la imagen congelada de María sobre el puente, extendiendo los brazos como si esperara un vuelo, y él debajo, convertido en agua para amortiguar su caída. Y, aquel salto infinito, detenido por sus anhelos. Ya nunca más la caída, nunca más el cuerpo escapando del puente, nunca más el cuerpo inerte como un trapito dentro del desagüe, nunca más el espíritu sin guarida, deambulando en medio de la noche, solitario. La soledad por fin acompañada, en esta conjunción de mares intercambiando olas, en este desplazamiento de los tiempos entretejiendo instantes. Ya no habrá distancias ni esperas. La duración constreñida y estirada hasta el infinito.

Nunca más los remordimientos, nunca más aquel dolor indescriptible, aquella tortura, aquel desgarramiento para la mente. Ya no existirán los insomnios para la traición. Desmenuzado en partículas y en moléculas, navegará el firmamento. Sabrá que no es ya, que nada de él existe sobre el planeta.

Sintió la boca del revólver pegada a la piel de su cráneo. Apretó el gatillo, lentamente, esperando que el fuerte estallido le derrumbe, escuchó el sonido de los truenos, el sonido de los mares enfurecidos, fragmentándole sus pensamientos, provocándole un agudo dolor al despertar. Afuera, el desierto ocupaba su mismo espacio, sintió la lengua seca de los loros pegada a su paladar, y el sabor a sangre. El grito agudo del niño se infiltró en la noche, le dio la certeza de que aún existía, **de que aún ocupaba un lugar en el asiento de un bus que atravesaba un desierto, con el peso de la vejez sobre sus huesos.**

hasta en sus risas. Diría que son gemelas, si no fuera porque una es alta y la otra baja, una es flaca y la otra gorda, una es vulgar y la otra también...

- ¿Te dieron permiso o te escapaste? - Me pregunta otra muchacha del curso, de quien no recuerdo su nombre, pero le dicen Chiqui, no sé por qué.

- ¡Claro que me dieron permiso, mi tía comprendió que debo empezar a salir con mis amigas!

- ¡Eso me parece bien! ¿Qué tema te gusta? — Me extienden los discos para que escoja, escojo cualquier disco y se los entrego.

- Madonna, a mí también me gusta — La Mayo coge el disco y lo coloca en el aparato.

Ellas comienzan a moverse al ritmo de la música, algunos muchachos las invitan a bailar, yo me quedo sola al lado del aparato. Antonio ha desaparecido, continuó parada en el mismo lugar, no sé si debo sentarme o qué. Un muchacho se acerca, seguro va invitarme, pero yo no sé bailar, quiero esquivarlo, pero él ya está a mi lado, tomándome de la mano y conduciéndome al centro de la sala. Intento imitar sus pasos, pero no puedo es como si tuviera una tabla por cuerpo, Antonio entra en la sala y sin decir nada me lleva a un rincón.

- ¿Qué estabas haciendo?

- Intentaba bailar, sin mucho éxito — Me río de mí misma. Antonio me abraza con fuerza, supongo que quiere demostrarle al otro muchacho que soy su chica.

La música parece más estridente, cada vez más, después de unos vasos, la cabeza empieza a darme vueltas, escucho mi voz como si otra persona hablara por mí. Pero estoy bien, le digo a Antonio, experimento lo que un preso debe sentir después de años de cautiverio, Mariela soltó las amarras por esta noche y yo miro el campo abierto, incapaz de retroceder. Como un acto reflejo, mis pies y mis manos se mueven al son de la música, me gusta esta sensación, sigo bailando.

Mantas verdes, rosadas, algunas de vicuña, polleras multicolores, sombreros bombín con borlas de seda, que algunas mujeres insisten en llevar a pesar de los prejuicios con que las castigan por hacerlo, me impiden el paso por la calle. El aire está impregnado de música. Me queda en la retina la imagen de una de las festejantes que bailaba con el sombrero dando vueltas en el dedo índice, cayó con todo su peso sobre una anciana que vendía mixtura y serpentinas sobre el piso. Se armó la trifulca, por fortuna el micro aparece en el momento justo. Está repleto, espero que alguien baje, pero no baja nadie hasta que llegamos al centro, el camino hacia la zona sur está casi desierto. Llamé a la puerta varias veces, nadie salió, golpee más fuerte, igual. Me fijo mejor, hay un timbre escondido entre las ramas, lo presiono. Es la primera vez que voy a una fiesta, en realidad es la primera vez que tía Mariela me da permiso. Alex no quiso acompañarme, estoy demasiado bajoneado, me dijo y se encerró en su cuarto. Me siento muy insegura, nunca voy a reuniones ¿Y si me invitan a bailar? No quiero hacer el ridículo, tal vez sería mejor regresar a casa. Estoy dando la vuelta para regresar por donde vine cuando alguien abre la puerta, se parece a la Mayito, debe ser su prima, me sonrío como sonrío la pendeja, debe ser defecto de familia. Antonio me espera impaciente en la puerta de la sala, se abalanza a mí y me abraza, es evidente que la fiesta empezó para él horas atrás. Todos me saludan con entusiasmo, es raro, yo nunca fui muy popular en el curso. Busco a la Mayito y a las demás chicas, están entretenidas escogiendo música, ríen con desparpajo, pero debo ir a saludarlas.

- ¡Hermana, al fin llegaste, pensamos que no ibas a venir! - Mayito me abraza muy efusivamente, yo correspondo, quizás estuve equivocada todo este tiempo y no era la bruja mala que yo pensaba que era.

- ¡Sí, creímos que te habías arrepentido, como nunca sales de casa! - Carla, la cola de Mayito, me da la bienvenida imitando a su amiga, son tan parecidas en sus gestos, en el tono de sus voces, en la forma en que visten,

hasta en sus risas. Diría que son gemelas, si no fuera porque una es alta y la otra baja, una es flaca y la otra gorda, una es vulgar y la otra también...

- ¿Te dieron permiso o te escapaste? - Me pregunta otra muchacha del curso, de quien no recuerdo su nombre, pero le dicen Chiqui, no sé por qué.

- ¡Claro que me dieron permiso, mi tía comprendió que debo empezar a salir con mis amigas!

- ¡Eso me parece bien! ¿Qué tema te gusta? — Me extienden los discos para que escoja, escojo cualquier disco y se los entrego.

- Madonna, a mí también me gusta — La Mayo coge el disco y lo coloca en el aparato.

Ellas comienzan a moverse al ritmo de la música, algunos muchachos las invitan a bailar, yo me quedo sola al lado del aparato. Antonio ha desaparecido, continúo parada en el mismo lugar, no sé si debo sentarme o qué. Un muchacho se acerca, seguro va invitarme, pero yo no sé bailar, quiero esquivarlo, pero él ya está a mi lado, tomándome de la mano y conduciéndome al centro de la sala. Intento imitar sus pasos, pero no puedo es como si tuviera una tabla por cuerpo, Antonio entra en la sala y sin decir nada me lleva a un rincón.

- ¿Qué estabas haciendo?

- Intentaba bailar, sin mucho éxito — Me río de mí misma. Antonio me abraza con fuerza, supongo que quiere demostrarle al otro muchacho que soy su chica.

La música parece más estridente, cada vez más, después de unos vasos, la cabeza empieza a darme vueltas, escucho mi voz como si otra persona hablara por mí. Pero estoy bien, le digo a Antonio, experimento lo que un preso debe sentir después de años de cautiverio, Mariela soltó las amarras por esta noche y yo miro el campo abierto, incapaz de retroceder. Como un acto reflejo, mis pies y mis manos se mueven al son de la música, me gusta esta sensación, sigo bailando.

Antonio me ayuda a sentarme en el sofá. Vamos a jugar el juego de la botella ¿Cómo se llama el juego? De la botella, sorda. Todos ríen, son tan amables, me siento tan bien, de ser la excluida del curso ahora me encuentro en la fiesta de la muchacha más popular de la academia de artes. Esto es un avance. Me alcanzan un vaso. supongo que he perdido bebo el trago que me dan, estoy colorada, lo sé porque me arde el rostro, los demás se ríen de mí o conmigo. Esta bebida es horrible. Lo que importa es el efecto, me dicen y llenan otra vez mi vaso. Estoy en el limbo, sólo ahora me siento integrada al grupo, les digo con mi lengua abotargada, hecha un trapo, mientras veo divertida la distorsión de sus rostros, sus bocas torcidas. Sus carcajadas se pegan a mis oídos, son tan estridentes, odio tanto cuando hacen eso, odio tanto sus grititos y sus carcajadas, todos me miran con un signo de interrogación en sus rostros, después vuelven a reír con el mismo desparpajo. La música ha aumentado de decibeles, me siento acorralada, ese tum tum tum, de la percusión, me saca de quicio, resuena en mi cabeza, se apodera de mis sentidos, de cada terminación nerviosa, quiero salir corriendo, a cada instante la percusión suena con más fuerza, esto es un tormento. Un muchacho saca el disco e intenta colocar otro, los demás se acercan y discuten entre poner pop o cumbia.

Mis sentidos parecen dispersarse, pero hay un delgado hilo que me mantiene atada a la realidad, veo todo como desde una lejanía, como desde una frontera en la que me pierdo, pero la lejanía se repliega y las carcajadas y la música otra vez se restregan a mis oídos. Ríen, río con ellos, no importa por qué, yo sigo riendo con estas pendejas, hasta que las mejillas me duelen de tanta risa, de pronto me percató que todos quedan como serios, miro a la Mayerli.

- ¿Qué pasa hermana? Me dice, mirándome con su típica sonrisa burlona, la de costumbre, aquella que hace que una sienta ganas de darle un puñete en su pendeja sonrisa. Le doy un empujón como jugando, ella y yo sabemos que mi intención es lastimarla, pero se hace la loca y me vuelve a llenar el vaso. Mientras bebo me percató que los demás miran insistentemente

a Antonio, le indican con ademanes una habitación, miro aquella puerta, me parece muy distante, harían falta siglos y millas para llegar hasta ella. Pero, cuando Antonio se acerca a mí, la inminencia de un peligro me saca del limbo y me ubica en este preciso lugar, en medio de estos rostros distorsionados que me miran sonrientes. ¿Qué diablos hago aquí? Intento levantarme ante una señal de mi adormecido instinto de conservación, decido irme, pero mis piernas no responden, es como si toda mi estructura se hubiera diluido hasta convertirse en una masa gelatinosa.

- Me siento mal. Debo ir al baño - Le digo a la Mayo, agarro mi bolso y lo oprimo contra mi cuerpo - Creo que voy a vomitar - Cubro mi boca con la otra mano para que sepan de mi urgencia de ir al baño, las chicas me arrastran presurosas hasta la puerta, a nadie le gusta ver el espectáculo de alguien devolviendo la comida en medio de la sala. El cubículo blanco se contrae y se extiende, las líneas de los mosaicos se curvean y adquieren formas irregulares, me precipito sobre la taza del baño. Estoy peor de lo que imaginé, me siento como embutida en otro cuerpo, observo mis manos, están tan grandes, me miro en el espejo, tengo dos brasas en vez de ojos incrustadas debajo de las cejas. Al otro lado de la puerta, hay un barullo total, la música parece extenderse con sus tentáculos, atravesar la puerta y traspasar mis oídos. Me empapo el rostro y la cabeza con agua fría, mi cabello chorrea, moja mi ropa, siento el ardor que el agua helada provoca en mi rostro y en mis manos.

- ¡Urna, ya sal!
- ¡Sííí, debernos entrar al baño!
- ¡Es urgente!

Tocan la puerta con insistencia. No las escucho. Las cosas están tan claras ahora: no era casualidad haber sido incluida en esta fiesta, después de tantos ninguneos, después de tantos desplantes. No voy a permitir que se salgan con la suya, les grito, después de un silencio, vuelve a formarse un barullo al otro lado de la puerta. Afortunadamente una de las ventanas del baño tiene salida al jardín, la altura es considerable, pero puedo saltar. Trepo al

marco, me dejo caer sobre las ramas de unos geranios muertos. Resulta mucho más doloroso de lo que imaginé. Tengo rasguños en los brazos y en la cara, intento salir rápido, pero la punzada en mi espalda se hace más intensa, creo que voy a desfallecer. Reprimo un grito, lo amordazo con mis manos, pierdo el equilibrio y caigo, no importa, atravieso el jardín sujetándome de la pared.

Una extraña aura rodea a la luna, es mal augurio. La calle está desierta y en penumbras. Llego a la parada de buses, aguardo alguna movilidad que me lleve al otro lado de la ciudad. Intento mantener el equilibrio y darle a mi rostro la apariencia de normalidad. El frío de la noche congela el agua que moja mis cabellos y mi ropa, estoy a punto para un resfrío, saco la chalina de mi bolso. Un bus aparece en la esquina, precisamente cuando Antonio me da alcance.

-¿Por qué te fuiste de la fiesta de esa manera? - Toma asiento a mi lado — Era más sencillo decir que te querías ir, nadie te hubiera detenido. No imaginas lo ridícula que te veías huyendo de esa manera - Al escuchar estas palabras me siento avergonzada, me veo siendo objeto de burlas en el curso. Comentarán entre risas la estupidez de una mojigata que ve duendes donde no existen. Siento sonrojarme, pero afortunadamente el interior de la movilidad está a oscuras ¿En qué momento se me ocurrió huir de aquel modo? Hasta ahora mantuve cierta ventaja en mi relación con Antonio, tan propenso a los enamoramientos fáciles: él había persistido durante semanas entregado a mí. Pero ahora siento mermado mi poder. Ahora él es quien habla con suficiencia, dando a sus palabras cierto tono de reproche. Sus palabras están fuera de proporción, aunque no puedo evitar justificarlas.

- De todas maneras, la actitud de tus amigos me hizo desconfiar, sus cuchicheos, los movimientos de sus cabezas indicándonos la habitación ésa...- La situación se torna más molesta. Antonio ha adquirido la pose de un inquisidor y yo no estoy dispuesta a soportar aquello. Después de todo fui a la fiesta a insistencia suya, por lo tanto bajo su riesgo, por si fuera poco, los ademanes de sus amigos indicándonos la habitación, no eran imaginación mía.

Siento ganas de decirle aquello, echárselo en cara, pero me mantengo en silencio el resto del trayecto. Estamos a unos metros de casa, debo guardar fuerzas para enfrentar lo que me espera por llegar tarde. La fiesta en el barrio está en su punto, a pesar del frío. El micro esquiva a los bailarines que han bajado de las aceras, se detiene en la esquina. Logro ver tras una de las ventanas la figura de Mariela, no pierde la costumbre de espiar.

Imperturbable, como siempre, la luna nos persiguió por toda la ciudad, por entre los edificios y los árboles, ahora está encima de la casa, apagada en su incendio por el foco de la esquina y por los fuegos artificiales. Me despido de Antonio con un tono frío, tengo sentimientos encontrados hacia él. Al caminar me percato que estoy peor de lo que pensé, salto del micro, pierdo el equilibrio y caigo. Antonio baja, me ayuda a llegar a la puerta y se va. Me dice algo, también en tono frío, no logro comprender lo que me dijo. Me resulta difícil introducir la llave en la ranura, cuando al fin puedo abrirla, su chirrido largo me delata, ingreso tambaleando. Intento subir las gradas con cautela, pero las piernas me traicionan, trastabillo, caigo, es tan difícil mantener el equilibrio. Al fin llego a mi habitación, Mariela, acostumbrada a hacerme reproches por cualquier nimiedad, no sale a regañarme ¿A qué se debe este cambio de actitud? Quizás está esperando a que me abandone a la seguridad de una falta impune.

Los rayos del sol caen justo sobre mis ojos, intento cubrirlos para volver a dormir, pero es inútil, decido ir al cuarto de Alex. Camino casi de puntillas, siento como que algo comprime mis pensamientos. Alex debe estar durmiendo, le contaré todo lo ocurrido en la fiesta, la última pelea con Antonio, él me sugerirá seguro que me reconcilie, que no hay que dejar volar la imaginación a tal grado. Toco la puerta de la habitación y espero, apoyó la oreja, no logro escuchar nada, golpeo más fuerte, no me responde. "Alex, ¿Estás despierto?". Me responde el silencio. Ingreso, la habitación está vacía, la cama tendida. Camino por todo el ambiente con paso inseguro, algo indefinible me sugiere un espacio deshabitado. Un temor va creciendo dentro de mí, estoy frente a su

armario, rígida, con una rigidez expectante y dolorosa. La angustia de abrir sus puertas para encontrar nada va creciendo. Estiro ambas manos, abro las puertas de golpe. Toda la angustia acumulada, se me desborda. Siento que un grito sale de mi garganta, de todo mi ser, como una pesada carreta que cae sobre el piso.

12

El bus continúa su marcha sofocada por el desierto, el ronroneo de hierros oxidados y el chillido de las llantas es constante. No existen terminales de buses, no en todos los poblados. Algunos pasajeros bajan sumergiéndose en solitarios descampados, cargados de bultos y de cajones, se escabullen de nuestra vista, como avergonzados de vivir en lugares tan inapropiados, en un parpadeo son tragados por la arena. El bus ingresa a una ruta serpenteante, todo queda sumido en la irrealidad después de que el chofer apaga las luces. Ahora el chofer imprime mayor velocidad, afuera el mundo se ha convertido en una masa oscura e informe.

Otra vez los minutos permanecen quietos, adormilados, como esperando que algo suceda, pero no sucede nada.

Estoy suspendida en medio de mis pensamientos, diría más bien sumergida en ellos, irremediablemente naufragada. Sin embargo mantengo los ojos abiertos, siento el tacto frío de las sombras que los rozan, que se empantanan en ellos. La mayor parte del tiempo mantengo la mirada clavada en el techo, trato de hacerlo, aunque como ya dije la oscuridad es completa, percibo algo fuera del bus, arrastro mi mirada del techo del bus hasta la ventanilla, a lo lejos se distinguen las crestas blancas de las olas, más distante la masa negra del mar.

De un momento a otro, las estrellas aparecen, no se sabe de dónde, parpadean con intensidad, más que de costumbre, después de algunos momentos una luna repleta se sumerge, justo en medio del cielo.

Las luces otra vez son encendidas dentro del bus, algunos pasajeros protestan, cubriéndose los ojos con las manos, seguro estamos por llegar a algún poblado.

De vez en cuando las estrategias de siempre para hacer menos pesada la travesía, el diálogo entre sordos, escuchando y diciendo sólo lo que

conviene, diciendo más de lo que se quiere decir y callando más de lo que se quiere callar: "La temperatura parece que mejora" "¿A dónde se dirige usted?" "Voy a Ciudad Costera, a visitar a mi padre, mi hermana llamó por teléfono para decirme que se encuentra enfermo". Como si no supiera que lo único que quiere es que le dé dinero para ella y no para las medicinas. "Mi padre trabajó en una fábrica de medicamentos, la ironía está en que ahora no tiene dinero para comprarlos". "Trabajó desde muy joven, imagínese lo que debe sufrir ahora que no puede caminar". "Setenta y ocho años cumplidos", como si los años estuvieran hechos sólo para él. "Antes le celebrábamos sus cumpleaños, todos los hijos", ahora no hay quien se quiera encargarse de él. "Es cierto que no me he preocupado lo suficiente, pero no es mi culpa" No puedo hacer este largo viaje cada vez que le da un resfrío. "Pero, claro, yo digo lo mismo, tengo la obligación de estar cerca de él en estos momentos".

El bus se detiene frente a un restaurante, me pongo de pie, intento ver a las pasajeras que conversan en el asiento trasero. Frente a mí está un rostro avejentado y con exceso de afeites, sus ojos delineados hacia arriba no logran borrarle la expresión de payaso triste. Parece un ser derrotado en innumerables batallas. Los labios estrujados, dentro de dos profundas arrugas a los extremos, delatan las innumerables veces que debió sonreír forzosamente, y esas sonrisas parecen ser las que más desfiguran el rostro. Siento pena por ella. Su rostro de payaso se contrae en una mueca de disgusto, de amenaza, sus ojos se convierten en dos puñales que me arrojan paralizada a mi asiento.

Al salir del bus, voltea para observarme con provocación y con rabia, me hago la desentendida, clavo mis ojos sobre las páginas de mi libro, tal vez mi curiosidad fue demasiado impertinente para los secretos que seguramente esconde. Me quedo en el bus. El anciano de mi lado parece dormitar, aunque estoy segura que permanece despierto. La extraña mujer y su gran trasero se pierden por la puerta del restaurante.

13

Alex, tenía trece años cuando regresamos a La Paz, cuando empezó una lucha implacable contra sus primeros instintos. Algo que lo había llevado a adoptar posturas demasiado formales para que su inclinación no fuera demasiado evidente, en realidad no sabía cómo actuar. Temía que un gesto suyo, una mirada lo delataran, de alguna manera sabía que la proximidad de los muchachos lo sacarían de control.

Pero, un día aceptó su verdad, dos años antes de su desaparición, cuando sintió el abrazo íntimo de Dillon, mientras los dos bajaban las gradas del colegio. No supo de pronto cómo interpretar aquello ¿Era un simple juego? Si era así ¿por qué se prolongaba tanto? Se quedó desconcertado en medio de ese abrazo, en medio de sus dudas. Pensó que tal vez se trataba de una trampa, o de la broma cruel de aquél adolescente que no se cansaba de poner en situaciones vergonzosas a sus compañeros.

- ¿Qué te pasa man? ¡Cuidado! - Alex lo empujó con violencia y se alejó amenazante, con el índice apuntando a Dillon. Rechazó aquella primera cercanía, sorprendido ante un hecho tan inesperado. "¿Acaso es tan evidente?". Dio unos pasos gradas abajo, aún aturdido, temiendo que alguien los hubiese visto en aquella situación. De pronto, un empujón en la espalda le hizo perder el equilibrio precipitándolo hasta el piso del patio. Tendido en la camilla, resistió la brusca curación que le practicó la enfermera. Cuando ella le preguntó sobre las circunstancias del accidente, no lo delató. Pero, de su vientre empezó a emerger la sed incontenible de las tierras secas ¿A qué se debía aquello que lograba estremecerlo hasta el punto de olvidar sus temores?

Empezó a sospechar de todos, buscaba en cada rostro algo que delatara que los demás sabían su secreto. Los susurros de las niñas que lo miraban, sonrientes y coquetas, ahora le hacían recelar. En contraste, Dillon caminaba por el curso tan seguro de sí mismo, pavoneándose entre las mismas niñas, arrancándoles sonrisas. Chocaba su seguridad con la actitud esquiva que Alex

había tomado desde el incidente en las gradas. Aquél, que lo había introducido dentro de su círculo de amigos, no dudaba ahora en ignorarlo, dejándolo perdido dentro de un sinnúmero de conjeturas. Todo le hacía sospechar que Dillon había planeado el encuentro en las gradas. No iba a arriesgarse a que le rompiera la cara.

Un mes después, cuando la amistad de ambos quedó trunca, Dillon se decidió por un escenario menos expuesto, lo siguió hasta el baño, con cautela. Alex intuyó que alguien le seguía, sabía que era él, por un momento pensó en retornar sobre sus pasos y huir de aquello que parecía, encerraba un peligro. Pudo evitar el encuentro, quiso evitar el encuentro, pero continuó.

Aquellas tardes de ángeles caídos y de caricias inexpertas, terminaron por desterrar al tirano que lo había dominado por años. El anacoreta hizo una fiesta indecente con su cuerpo. Era difícil creer que se deshiciera sin más ni más de sus complejos y de sus miedos. Se aferró a Dillon con la sabiduría de quien, después de grandes devastaciones, sujeta con todas sus fuerzas la más tenue esperanza. Su espíritu y su cuerpo, reconciliados al fin, cabalgaron por los campos abiertos, como si no existieran en el mundo obstáculos ni ataduras. Era libre, con aquella libertad que no la conocen más que los que aman de verdad, con esa alegría provocadora, festiva y a la vez huraña.

Era normal que dos colegiales se quedaran a estudiar todas las tardes, antes de los exámenes, pero el catre rechinando, aquel ritmo acompasado despertaron las dudas. Las sospechas de Mariela quedaron confirmadas, "Piensa mal y acertarás". Ingresó intempestivamente al cuarto de Alex, sin darles tiempo para cubrirse. Dillon atinó, sin mucha suerte, a esconder su desnudez detrás de una silla, Alex no atinó a nada. Allí estaban los dos adolescentes, indefensos ante la mirada inquisidora de aquella que no dejaba de invocar la presencia del diablo para que se llevara a esos dos pecadores. Nunca se supo de dónde apareció la escoba con la que les intentaba golpear, ella tampoco tuvo mucha suerte en sus intento, los muchachos corrían de un lado para el otro, dejándola confusa y cansada.

Cayeron sin red de protección. Hasta ese momento habían dejado olvidados sus temores, se sentían plenos e invencibles, pero ahora esos mismos temores corrían a su encuentro, cobrándoles factura por tanta dicha ilícita.

No tardó en aparecer tras la puerta un gordo, bigote de charro y pelo hirsuto. Cuando vio a Dillon, desaliñado en medio de la sala, se abalanzó sobre él con toda la ira contenida en unos ojos demasiado rojos como para no sospechar una dolencia física o mental.

- ¿Para esto me he sacrificado? Te he enviado a los mejores colegios, te he pagado todos tus gustos ¿Todo para qué? Respóndeme - Los puñetes no cesaron de caer sobre el rostro de niño - Para que seas un maricón, un afeminado ¡Mi vergüenza! — El bigotón había perdido los estribos. Dillon estaba en el piso, ensangrentado, cubriéndose el rostro. Cuando el bigotón se percató del estado en que había dejado a su hijo quedó como pasmado. Mariela aprovechó el paréntesis para culpar a todos los que estábamos en la habitación, en especial a las "malas compañías", obviamente se refería a Dillon.

- ¿Qué quiere decir con eso? — El hombre olvidó por un instante a su hijo, se puso frente a Mariela. La bestia había encontrado un oponente, un digno rival para limpiar su vergüenza, alguien a quien culpar del homosexualismo de su hijo — La única responsable de esta situación es usted, que no sabe cómo educar a un hombre — Mariela lo escuchó con la cara enrojecida por la ira, estudiaba cada uno de sus movimientos, atenta a cualquier ataque.

- Haaa, ¿Y, usted sí sabe? ¡Claro, se nota que usted sí sabe cómo educar a "un hombre", la prueba está frente a sus ojos! — Se miraron con los ojos encendidos de fuego, bufando, no se sabe si lo primero que se escuchó fue un bramido o un mugido, hasta se les veía como un vaporcillo saliéndoles de las fauces, poco a poco la transformación cobró tintes inimaginables, se escuchó nítidamente la fricción de sus cornamentas, afilándose unas contra otras, las patas delanteras arañaban el piso sacándole polvo a la vieja alfombra,

parecía que la lucha iba a llegar a mayores, que la sangre llegaría hasta el río,... pero el bigotón abrió el hocico y lo único que dijo fue:

- ¡Mi hijo siempre ha sido todo un hombre! Su sobrino me lo ha corrompido, es un maldito afeminado, basta con escucharlo hablar tan "delicadamente" para saber lo que se trae - Al decir esto desapareció la bestia para dar paso a una damisela. Contorneó su enorme cuerpo y agitó ambas manos simulando mariposas en vuelo. Era difícil contener la risa ante aquel paquidermo afeminado. En un cambio repentino recobró la seriedad, volvió a su papel de macho - Hay que ver cómo se viste, cómo se peina, con tanto "esmero" ¡N000, si yo ya lo sospechaba! Él es quien ha inducido a mi hijo a esta bajeza y con el consentimiento de ustedes, mujeres tenían que ser

— So imbécil, ciego más que una marmota, y no le digo más ¿Para qué? Mejor váyanse nomás, ahuecando el ala maricones de mierda - Mariela, desde su escasa estatura y exceso de peso, amontonó las fuerzas para sacarlos a empujones junto con la Casilda, que ya tenía la escoba en la mano y los amenazaba con romperles la cabeza. Al sujeto aún le quedaron ganas para gritarnos desde la calle, sin importarle que la gente estuviera aglomerándose al alrededor de la puerta.

- ¡Mi hijo es todo un hombre, y por supuesto que nos vamos, no quiero quedarme un minuto más en este nido de alcahuetas! - Miró con furia a quien fue, hasta ese día su orgullo, el machoman, el Don Juan, el rompecorazones de la cuadra, le agarró del cuello y se lo llevó a empujones. Bigotón e hijo bajaron por la calle empinada, ya sin mirar hacia atrás.

14

Como algo muy lejano se escucha el aullido de los perros que aún escarban en la calle, momentos antes el eco de voces indescifrables rozaren las puertas y las paredes. "Cuando los perros corren en manadas, aullando, es porque algo han visto u olfateado". Recorro las cortinas para ver, la calle está desierta, "Pero, ese algo no es perceptible a nuestros sentidos". Mariela puso cara de circunstancia al decir esto último y nos dejó a Alex y a mí consternados, mientras escuchábamos a los perros aullar, todavía éramos dos niños muy impresionables. Un viento azota los cristales y juega con los gruesos cables de electricidad y de teléfono, que se entretajan en tramas intrincadas de un extremo al otro de la calle, en redes serpenteantes que se superponen unas a otras sobre las paredes de las casas, como arañas arremolinadas en una orgía indecente. El viento, se desplaza a ras del suelo, lamiendo la acera haciendo círculos, levantando el polvo y las envolturas tiradas en la calle, para luego desaparecer dejando desparramado todo en montoncitos. Otro viento viene en caída vertical, se estrella contra la acera, sacude el polvo y sale rebotando al cielo. Otro viene en zigzag, estrellándose de pared en pared, llevando un bagaje de polvo y envolturas, hasta que se pierde en la esquina. El viento tiene vida, y no es un solo viento, son muchos los que por la ciudad se desplazan, todavía no se acostumbran a las paredes ni a las personas, tenían sus nombres, cada uno de ellos, pero desde el tiempo de los colonizadores sólo se los conoce como viento, como si fuera una cosa que no tiene movimiento ni vida.

La noche es larga y se queda pegada al otro lado de la ventana, como un perro negro. Recojo los rastros perdidos de los sueños, recuerdo uno cuando la calle no era aún calle, era apenas una insinuación, un sendero, por el que pasaban los viajeros que se descolgaban de los cerros para vender sus productos en un mercado, que yo, en mis sueños, sabía que se encontraba

bajando la quebrada, aunque no se lo veía desde la posición en la que me encontraba. Todos iban con caras de fiesta, algo inconcebible entre los moradores del altiplano, tan reservados desde que les robaron sus tierras. En mi sueño ellos iban jubilosos con sus canastos y costales sobre las espaldas de descoloridos jumentos. Pero lo que me causó intriga fue al paso resuelto y saltarín de una muchacha que estaba en la parte de arriba del sendero, la muchacha dio una vuelta completa y siguió con su paso saltarín bajando la cuesta, como si escuchara una música alegre, sólo ella, esto me causó extrañeza, cuando ya se estaba acercando al lugar donde me encontraba, me di cuenta que ella estaba vestida de manera inusual, con tejidos ancestrales. Me acerqué más al sendero para verla mejor, dio otra vuelta frente a mí como si un huayño inaudible para mí la impulsara, fue sólo un instante, pero aún recuerdo su sonrisa, su piel resplandeciente, como el de una estatua de bronce, sus ojos de un color indefinible, sus pestañas largas cayendo en forma de sombras sobre sus ojos oscuros, azul oscuro, casi negro, es Alex me dije, cuando ella ya se alejaba veloz, sorteando la cuesta y yo la perseguía por el sendero angosto de tierra.

En esta sucesión de calles repletas y de días inconclusos, persisto en mi espera, pienso que de una manera imprevista Alex atravesará la puerta, para ocupar el espacio que ha dejado deshabitado, para retomar los sonidos de su boca y la mirada perdida con la que siempre miraba. Ya no importa que dé explicaciones: que un día se le extravió el camino, que se estancó en algún punto sin posibilidad de regreso, que estuvo devorando kilómetros y kilómetros en un viaje que no planeaba retornos, pero que ha vuelto porque se ha dado cuenta que puede cambiar espacios, que puede transitar otros territorios, pero que nadie puede huir de uno mismo.

Pero, no hay regreso para Alex, sus pasos, quizás transitan por otras ciudades, sus ojos quizás vean otros rostros; mientras yo me sumerjo en esta ciudad rodeada de montañas y de precipicios, tratando de descifrar el rompecabezas.

Infinitos laberintos atraviesan la ciudad, me adentré en lugares impensados, buscándolo en los cubículos diseminados en la periferia y en el centro, entre cartoneros y perros vagabundos. No descarté ninguna posibilidad. Sin percatarme, empecé a traspasar lo aparente, poco a poco fui conociendo las otras ciudades, sobrepuestas en el mismo espacio en tramas invisibles y, sin embargo, tan evidentes. En cuanto puedo me meto en lugares impensables, en territorios perdidos, en callejas diseminadas entre cerros y barrancos, en el mismo centro de la ciudad o en su reverso.

Cuadras arriba del barrio, la estructura laberíntica se extiende entre callejuelas y callejones sin salida, sobre calles de tierra. Uno de los muchos ramales del laberinto se prolonga hasta las casas de tierra que trepan cerros, allí no hay calles, uno debe subir escalando o sujetándose a lo que se pueda. Las casas están incrustadas sobre peligrosas pendientes a las que llegan sus moradores por largas escaleras. Otras cuelgan de los precipicios o se arriman a las concavidades de simas escabrosas. Me enfrento a los rostros desconfiados de las personas que seguramente piensan que estoy loca, pero les muestro la foto de Alex y les pregunto si lo han visto, más tranquilos me dicen que no, que no lo han visto. Pobrecito ¿Se ha perdido? ¿Cuándo?

A veces las bifurcaciones me llevan a las calles donde conviven los obreros y los comerciantes, en esos lugares es inevitable el encuentro con aquellos "otros" de aliento a alcohol o a clefa, que miran sin ver a través de sus ojos desorbitados y perdidos. Ellos viven más lejos, en cuevas u oquedades en los cerros donde ya no hay casas, todos los días se desplazan en grupos para conseguir alimentos y robar en el centro de la ciudad o en el barrio. A veces los observo de lejos cuando no se percatan, pero otras veces me persiguen, pidiéndome una moneda o amenazándome, entonces corro calles abajo, hasta que regreso a la seguridad de la multitud de autos y de transeúntes.

Y qué decir de mis incursiones en la noche, donde una de las otras ciudades duerme. Superando toda aprensión, confiando sólo en la buena suerte y *en un Ángel de la Guarda* que las más de las veces se hace el desentendido y

me deja indefensa. Atravieso las rutas casi oscuras, iluminadas apenas por focos amarillentos. Pero, confío, con esa confianza a veces insensata e infantil. Superado todo escrúpulo, me acerco a los grupos de muchachos que pululan en las esquinas.

- ¡Qué haces por aquí, niña! — Me miran con desconfianza, me rodean con sus ojos color rojo sangre.

- Mejor vete, antes que lo peor te suceda.

- No seas pelotudo, tal vez le guste — Alguien acaricia mi rostro con sus manoplas. Le doy un empujón.

- ¡Ha, carajita, si vas a estar así, mejor ni debías salir de tu casa! ¡No ves. esto no es para ti! — Recibo un golpe de las manoplas. Con el dolor quemándome el rostro, les digo que esperen, les muestro la foto de Alex.

- ¿No lo han visto?, es mi hermano perdido - Se alejan sin decirme nada.

Unas cuadras más adelante, un grupo de niños prepara sus camas con cartones y periódicos, intento ver si Alex está entre ellos, pero no está. Más lejos aún, otros niños con sus padres escogen de las aceras y del recolector de basura las cajas de cartones que los comerciantes arrojan en grandes cantidades. Observo, escudriño las calles, miro cada rostro con detenimiento, pero el rostro de Alex no aparece.

Agobiada, encamino mis pasos rumbo a la casa, de vez en cuando siento sobre mis espaldas las miradas amenazantes de quienes quisieran devorarme y regar mis huesitos detrás de cualquier esquina. En este laberinto el que gana es el que sabe y yo conozco muy bien el barrio. A mis espaldas siento aún a las jaurías que me miran como para lanzarse, pero hay todavía mucha gente en las calles como para correr ese riesgo. Mientras intento controlar mi paranoia, un radiopatrullas atraviesa la calle lentamente, uno de los oficiales me observa con curiosidad, pero la movilidad no se detiene.

Regreso a la casa, muerta de frío, abro la puerta y paso por el lado de Mariela que parece que me espera, que parece que quiere decirme algo, pero yo paso por su lado sin detenerme, sin escucharla, aún estoy molesta con ella, por la desidia con que ha tomado la desaparición de Alex. Regreso a mi habitación, desde ella miro la ciudad, las calles caen adormiladas, sobre sus lomos los pasos de aquellos desterrados que todavía buscan algo a qué asirse para sobrevivir.

Hojeo el mapa de la ciudad, le doy vueltas y vueltas. Los laberintos se complican con sus pendientes y con sus callejones. Mis pasos deambulan en un recorrido sin un final previsible, se abren por rumbos desconocidos, en todas las direcciones que el mapa indica, pero el mapa deja encubierta esas otras ciudades, las deja ocultas, de manera que cuando uno se interna en ellas debe esperar cualquier cosa, un callejón sin salida, una pendiente intransitable en vez de calle. Debe "peinar la ciudad", me aconsejaron. Aprendí a dividir la ciudad en segmentos: en ellos cada uno representa un barrio que recorro en forma de espiral, desde el centro hasta las laderas, esto me lleva semanas. Al final me decidí por una búsqueda es aleatoria, la casualidad tiene sus propias leyes. me dije, y dejé que mis pasos sigan su propio rumbo. Abrumada, a un paso del colapso, vuelvo, otra vez, a ese edificio verde olivo.

- Han pasado cinco meses y ustedes no hacen nada para encontrar a mi hermano - Le digo al policía encargado del caso, exacerbada, agotada la paciencia. Mi voz no es más que un hilillo enmarañado y un montón de nudos que duelen en su recorrido por mi garganta.

- A ver, por favor cálmese. Está usted demasiado alterada. Nosotros también estamos cansados de su insistencia. Su hermano se llamaba Carlos Tapia ¿verdad? — Extrae un archivador de una gaveta de metal llena de herrumbre.

- No. Se llama Alex - Intento serenarme.

- Ah, sí...Aquí mismo está su expediente... adolescente de diez y seis años, tez bronceada, ¿ojos azules? ¿oscuros? ¿casi negros?, Toda una rareza su hermanito, cabellos ondulados, delgado, uno setenta de estatura., Lee en voz alta. — Humm... en observaciones dice: de conducta extraña ¿A qué se refiere esto? - Eleva el tono de su voz, es una estrategia para sacarme de quicio, me hace la misma pregunta desde hace meses, con los mismos ademanes, apartando los ojillos de los papeles, esperando en mi respuesta una duda de la cual asirse para justificar su ineficiencia. Le sigo la corriente y le respondo lo mismo que le respondo siempre.

- No sé, usted debe saber por qué escribió eso, acaso yo he escrito - Le contesto. Levanta los ojos de los papeles y me observa con enfado.

- Fueron los datos que nos proporcionó su tutora, la señora Mariela. Y usted es demasiado impertinente para su edad...

- ¿Es que lo que se espera de alguien de mi edad es sumisión? Además, ya le dije que mi hermano es perfectamente normal...

- Ah, eso yo no sé, pero si su hermano es como usted habría que preocuparse, además eso tampoco está en cuestionamiento ¿Por qué piensa que huyó? - Vuelve a su pregunta que no espera respuestas. Pero, esta vez me mira con esa mirada del Super Agente 98, es otra jugada suya para mostrarse más inteligente de lo que es.

- No lo sé, supongo que se sentía hostigado, presionado por las exigencias de *mi* tía. Ya se lo dije, por razones familiares - Respondo molesta, mientras él da por terminada la entrevista y cierra el archivador, con ademanes demasiado evidentes, como para indicarme que ya no hay nada más de qué hablar, que es inútil insistir, y termina diciéndome:

- Si es así, será mejor que espere nomás. Nosotros ya hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance. Seguro uno de estos días va a regresar como si nada: tranquilo y campante - Se levanta de su escritorio, está por regresar el archivador a la gaveta correspondiente, dando por terminada la conversación.

- Es que él jamás antes se quedó una sola noche fuera de casa, y ya han transcurrido cinco meses — También me levanto, insisto, no puedo dejar que se libre tan fácilmente de mis reclamos — Además no acostumbraba salir mucho de casa, era casi un ermitaño desde que regresamos al país...

- Así sucede siempre pero una vez que sacan la pata fuera del corral ya nada los detiene Yo he visto muchos casos...- Hace esta afirmación intentando darse el tono de alguien con experiencia. Sus palabras logran despertar nuevamente mi impaciencia.

- Es que mi hermano, a pesar de todo...es demasiado tranquilo, fuera de casa corre peligro - Le grito, me acerco a su escritorio, rebasada toda paciencia.

- En eso nosotros no podemos hacer nada ¿Sabe el número de casos de desaparición que atendemos semanalmente?

- Sí, ya sé. Ustedes deben tener cientos de casos, pero yo sólo tengo un hermano - Anulada la razón, me percató que sostengo entre mis manos su solapa verde. Me asusta la mirada furibunda de aquel hombre.

- Esto se llama "falta de respeto a la autoridad", podría encerrarla. Cabo, venga aquí, llévese a la señorita a una celda.

- Soy menor de edad, no puede. Pero está bien, me excedí, usted sabe que estoy desesperada por la desaparición de mi hermano ¿Acaso no entiende? - Me mira un instante, refunfuña, ve que los curiosos están por aproximarse al escritorio para enterarse de lo que ocurre.

- Cállese, necesita tranquilizantes, no es momento para estas cosas. Mire, le aseguro que estaremos sobre este caso día y noche, sin descanso, hasta dar con el paradero de su hermano, lo haré yo personalmente — Hay en sus palabras y ademanes una especie de chanza o sarcasmo. Estoy segura que una vez que abandone el lugar el expediente volverá a la misma gaveta oxidada o peor aún, desaparecerá - No sé por qué insisto con ustedes, igual no harán nada — Salgo del edificio al bullicio de la calle.

15

Experimenté la frialdad de los laboratorios sobre mi piel, estuve metido en un sueño, en un recuerdo o en un delirio. Desde las profundidades de los abismos, como murciélagos en la noche, había en mi cerebro palabras, imágenes incompletas, diseccionadas por el filo del inconsciente. Atrás, de algún tiempo remoto, me vinieron las historias de bárbaros y de salvajes que comían las entrañas y los cerebros de sus parientes y de sus enemigos, de los primeros para perpetuar en ellos mismos a los que se fueron a esa región desconocida que es la muerte y de los segundos para apoderarse de su fuerza o de su valentía, eran ceremonias de muerte, ceremonias de vida. No estábamos lejos, aunque el fundamento, esta vez, no era otro que la supervivencia.

Bajo un sol inclemente quemando el planeta, me vinieron recuerdos lejanos, muy remotos, cuando el mar todavía amaba el color del cielo — sé que esta imagen la leí en algún poema —, permítanme incurrir en esta pequeña digresión, en esto que se denomina nostalgia, por aquel tiempo cuando aún se presentía algo detrás del horizonte, cuando existían trinos y las ramas abanicaban el día. Eran los sonidos de la vida. No puedo evitar regresar a estas imágenes tan inverosímiles y no por ello alucinadas.

De vez en cuando, por alguna razón que no puedo explicar, mis sentidos se agudizan, es cuando escucho al planeta girar sobre su propio eje, con ese sonido seco, como de maquinaria vieja, es un sonido constante y, sin embargo, tan acompasado con el ritmo de mi organismo, con los latidos de mi corazón. Tengo la certeza de que nadie más había en el planeta, soy uno con el mundo, con el universo. Se podría pensar que soy un viejo petulante que desvaría, pero no, sólo soy un humilde espectador, que aprendió a valorar las cosas en su justa dimensión, precisamente ahora, cuando ya es tarde, cuando el tiempo de tan rápido que va parece que se hubiera detenido. Cuántas cosas tuve que hacer para quedarme caminando la circunferencia, cuántas mentiras, cuántos

engaños, para quedarme encima de toda la especie: el último ser humano. Es un privilegio, pero por esas paradojas de la vida, no se me permite disfrutar de mi triunfo ante los demás, sobre los demás, la gloria en solitario no lo es.

Todos los días dejo caer mis posaderas con mucha solemnidad sobre mi trono real, a la entrada de esta cueva incrustada en medio de un escarpado acantilado, abajo un profundo precipicio me resguarda. Como habrán notado, además del cultivo de la suficiente humildad he cultivado la ironía, cualidad no muy agradable para mí mismo, inevitable en los viejos, esta es otra pista de la acumulación de los años sobre este cuerpo vetusto.

Durante mucho tiempo, no puedo precisar cuánto, los terremotos y el viento fueron alisando el suelo, los mares se convirtieron en pantanos infectos, hasta que un sol inmenso, cada vez más ardiente sólo dejó costras encima de la tierra, convirtiéndola en una bola polvorienta. Luego los vientos desaparecieron, el planeta giraba más lento, los días se hicieron más largos, se dilataron al doble, este último dato es impreciso para mí, esta suposición tiene su asidero en la pura percepción, en la información que mis sentidos iban evaluando y mi mente iba discerniendo.

Los hechos se precipitaron ante mis ojos, sin que existiera en mi comprensión nada que me alejara de la idea aberrante de un planeta rotando más lento sobre su eje. Como si se le hubiera agotado la fuerza de propulsión el planeta empezó a girar tan lento que muchas veces dudo que exista el tiempo, me quedo envuelto en un sopor, *en* una inercia a la par del planeta, envuelto en un mismo aire, bajo un mismo cielo, con el sol estancado en su lugar. Por otro lado, la luna tampoco permaneció entretenida en sus ciclos y en sus fases tan puntualmente previstos por los sabios desde épocas remotas. Hay días que se agranda abarcando todo el cielo, entonces tengo la sensación de ser aplastado y pienso en el final. Otras veces simplemente se convierte en un punto, un pequeño punto que se precipita en el horizonte para volver a aparecer después de muchas noches de tinieblas, como una gran brasa iluminando, como otro sol.

Desde lo alto de mi grieta miro todo eso entre el asombro y la resignación. Abajo, el altiplano es un ente eterno e inamovible. Antes de mi huida encontré esta cueva, y en esta cueva moluscos y cobertores deshechos que probablemente sirvieron a mi predecesor. De vez en cuando mastico uno de sus huesos, más correcto sería decir que los chupo, costumbre añeja que arrastro desde la "comunidad", cuando empezaba a agotarse el agua y cuando la sangre caliente y acuosa de las cabras desnutridas ya no nos daban alivio.

Demás está decir que no cubro mi cuerpo, no sólo por la certeza de que nadie me ve, ni por el calor, que ya serían motivos suficientes para mi antiguo y anquilosado pudor, sino por la comodidad, hace tiempo que mi vieja camisa se hizo demasiado grande para mis extremidades. En un principio, inmediatamente después del desastre, empezó a faltar el género y al final los que rescatamos de debajo de los escombros, ya no servía para cubrir nuestras antiguas vergüenzas.

- ¿Por qué no atacamos la comunidad vecina? Ya no tendríamos que compartir el agua — Magog, el líder de la comunidad, me escudriñó de una manera que me sentí un perverso, uno de esos monstruos que destruyeron el planeta.

- No entiendo, ¿Cuál sería el fin? — Me preguntó, sabiendo muy bien la respuesta. Se hacía el idiota de vez en cuando.

- La supervivencia — Le respondí con seguridad - Conseguir más agua y reservas gratis aseguraría nuestra supervivencia - Jamás he desconocido su autoridad ni esa absurda bondad, tan ofensiva para quienes jamás pudimos ser como él. Magog fue siempre el líder, la cohesión de la comunidad fue su obra y, por si fuera poco, fue él quien me acogió. Sin embargo, esa actitud tan pacífica la veo como una amenaza para todos nosotros. No es un pacifista lo que necesitamos en esta época.

- No se puede matar para vivir — Le dio el último sorbo a la vasija y se alejó no sin antes mirarme con desprecio. Quedé contrariado, me molestaba cómo ignoraba mis intentos por salvar a la comunidad.

Sé que esto es un sueño y que a mis ojos y a mi tacto engañan las alucinaciones. Abajo, el valle seco sigue silencioso, alguna vez encontré osamentas, las recogía con escrupuloso cuidado, eran mi tesoro y se vendían caro, igual que el agua, vender quizás no sea la palabra precisa, intercambiar es más correcto decir. Hace mucho que ha desaparecido el papel moneda y el patrón oro y el patrón dólar son conceptos que sólo podrían rebullir en la mente de un alucinado. Éste es un tiempo de supervivencia, después de cada desastre se fueron olvidando los adornos y todo aquello que hacía más agradable la vida. Los afectos ya no contaban, lo único que se buscaba entre los miembros de la comunidad era la perpetuación de la especie.

Cada día nos acercábamos un poco más a la extinción, el agua era cada vez más putrefacta, beber de ella era un suicidio, esto fue la ruina de la comunidad ¿Lo he mencionado? Como todo lo malo tiene raíces fuertes, la avaricia también sobrevive, haciendo nuestra permanencia cerca del pozo muy peligrosa.

- Si nosotros no los atacamos, ellos nos aniquilarán - Comenté a todo el que me quisiera escuchar, los más ingenuos me miraron como lo hizo Magog.

A diferencia de las comunidades primitivas no existían entre nosotros vínculos sanguíneos, no formábamos un clan ni una gens. Sólo el temor de ser devorados por las comunidades vecinas, tan similares a la nuestra, garantizaba nuestra cohesión.

Cuánta crueldad puede desplegar de nosotros el instinto de supervivencia, un instinto que nos hace ver con indiferencia la muerte de los demás. El sufrimiento que no es el nuestro no es sufrimiento. Cuántas veces negué el último sorbo de agua al moribundo y cuántas veces volvería a hacerlo. Quedarme despierto por si alguien irrumpía para llevarse los cueros y los huesos que enterraba debajo de mi tienda, no me hacía mejor ni peor que los demás. Ese instinto de tan profundas raíces me llevó a buscar más cosas, hasta que por fin hallé esta cueva, a la orilla del despeñadero, donde quien llega *no* sale, pues como sabemos es más fácil subir que bajar de los

precipicios, pero yo encontré un pequeño atajo, unas rajaduras en la tierra agrietada que me permitía desplazarme de la cueva hasta el valle, aunque con total dificultad. Aquí ya estaba el pequeño manantial que brota de vez en cuando con un sonido de cristales y cuya agua se pierde en las mismas grietas escondiendo su secreto, dejando generosamente algunos moluscos.

Afuera el desierto es un animal sediento y salvaje que espera agazapado mi muerte.

En la comunidad se iba secando el charco de aguas podridas, yo fingía beber sin repugnancia del lodazal, sin escupir los pequeños cuerpos que se movían sobre mi lengua. Aquel cortejo amargo llegaba a nuestros estómagos por raciones bien medidas, hasta que al fin no quedó nada. La otra comunidad, más pequeña que la nuestra ya había emigrado, sin que nos percatáramos.

En la comunidad se decidió que los más jóvenes y fuertes se fueran para al norte, comandados por Magog, se pensaba encontrar una antigua fuente y regresar por los ancianos, nunca lo hicieron. A éstos no les quedó más remedio que esperar la muerte, presentían que el planeta ya no era sino una cáscara de nuez seca y hueca. Yo no era ni joven ni anciano, pero me quedé con los ancianos, por estrategia, y porque en el fondo presentía que no había nada más allá del brumoso horizonte, además, siempre me pareció más cómodo no buscar donde nada se me había perdido. ¿Mediocridad o mero instinto de supervivencia? Ambas cosas juntas hicieron una ecuación, suficiente para mí, para ignorar las miradas de reproche de quienes se iban alejando en busca de lo que estoy seguro jamás encontraron. ¿Pereza? Puede que haya sido un ingrediente más, pero yo ya tenía mi fuente, de la que me alimentaba sin remordimientos, mientras veía a los demás morir de sed y de hambre.

Cuando regresé de otro de mis viajes con osamentas apenas carcomidas por el sol y con algo de agua, ya no hubo nada, había desaparecido la aldea, los huesos y los ancianos. Busqué por días a kilómetros a la redonda. Imagino que el instinto de supervivencia de las comunidades vecinas fue más fuerte que la reticencia a sacrificar a la misma especie.

Había en la cueva libros carcomidos, en realidad quedaba una que otra página amarillenta, apenas legible. En las escasas líneas en las que se puede leer se describe la abundante vegetación, los bosques y los mares, me detengo en esas líneas, vuelve a mí lo humano, vuelven a mí las imágenes remotas cuando el mar todavía inventaba cantos con las rocas, ya ven, la nostalgia siempre tiene algo de recurrente en los ancianos.

Tiempo atrás, un enorme terremoto, de tentáculos extensos aniquiló a la mitad del planeta, el resto murió al pasar los años, cuando la tierra se convirtió en una costra rugosa y agrietada, después llegaron los vientos secos y polvorientos, después no hubo nada ni una partícula que flotara en el aire. Todo se sumió en esta inercia.

El mundo dejará de existir cuando yo desaparezca. Hace tiempo descarté la vida después de mí, las demás aldeas tenían menos probabilidades de subsistir. Cuando aquel país en forma de serpiente empezó a hundirse como un trozo de galleta en el té, algunos de los sobrevivientes emigramos a las montañas, retomamos antiguos ritos, ellas otra vez se convirtieron en nuestros apus, nuestros achachilas, nuestros protectores, quizás por eso subsistimos más tiempo que los demás.

Un elemento existe cuando tiene sus análogos o sus opuestos. Nos construimos por oposición o por similitud; pero cuando no hay otra cosa que uno mismo es como si no se existiera. En algún momento pensé volver a bajar del precipicio - con el fin de encontrar otro ser viviente, aunque éste se desplace en cuatro patas o no beba más que por las raíces -, antes de entregar el cuerpo a la tierra. Sé que ella también muere bajo mis pies, la escucho agonizar y en un último acto de amor me da este chorro de agua desde lo profundo de sus entrañas, sé que es su persistencia la que me retiene.

Cuántas veces he caminado sobre este mismo espacio, cuántas veces he contado mis huellas, hasta que un día descubrí otras diferentes a las mías, infinidad de huellas que no podían pertenecer a un ser humano ¿En qué

momento aparecieron? Alucinaba mi imaginación aquellos pies delgados y pequeños que terminaban en largos apéndices.

Tardé en comprender lo que sucedía, de mi piel empezaron a brotar delgadas grietas que se iban haciendo más profundas hasta formar pequeñas escamas. Las palmas de mis manos fueron alargándose y las falanges estrechándose, ahora siento los brazos pegados a mi tórax.

Sé que he adquirido un aspecto desastroso, lo siento al palpar la mucosidad que chorrea de mi cuerpo, después de unos días una piel verdosa me cubre. He sentido la necesidad de caminar estirando la extremidad hasta rozar el piso, después de una larga estadía en mi nueva piel me sumerjo en las aguas de la gruta antes que éstas desaparezcan en el oscuro rincón por el que siempre desembocan. Empecé a comer con deleite los moluscos que han poblando el fondo del charco.

En un tiempo tan fuera de todo cálculo, no logro saber cuántos años han transcurrido. Hago un gran esfuerzo para observar mi cuerpo, para palparlo, sé que ya no tengo quijada ni clavículas. Ahora ya no siento mis extremidades, se han convertido en aletas que apenas puedo mover, tengo el cuerpo contrahecho y la necesidad de permanecer en el agua. En un último esfuerzo me lanzo a la gruta, me arrastro por el lodazal, penetro en la concavidad donde desaparecen las aguas, me arrastro en la oscuridad un largo tramo, sé que ya no puedo regresar, el aire se hace cada vez más húmedo y caliente. Sigo arrastrándome hasta que me percato que estoy sumergido en el agua, nado en ella con total soltura, a pesar de la oscuridad, siento que voy a contrapelo de la corriente, mi agudo sentido de supervivencia me impulsa por la oscuridad de las aguas para buscar lo que hay al otro lado, así estoy largo tiempo, adecuándome a la permanencia dentro del agua, hasta que vislumbro una luz pastosa, densa, turbia, nado con todas mis fuerzas hacia ella, ya no es necesario, soy absorbido por algo y arrojado sobre una superficie lisa y fría. Debajo de un microscopio estiro las esporas, intento eludir mi cuerpo resbaloso debajo de un bisturí. La luz se hace cada vez más intensa, intento apretar mis párpados uno contra otro,

sólo una delgada tela cubre mis ojos cada vez que intento mover los párpado, hasta que siento que algo se rompe dentro de mí, veo unas manchas blancas, éstas toman la forma de dunas de arena que se van quedando rezagadas frente al paso veloz del bus, otro bache en la carretera hace que saltemos sobre nuestros asientos.

Hasta ese entonces jamás se me había ocurrido lo fácil que resultaba desvanecerse detrás de una estela de humo, sin dejar rastro, como en un pase mágico. Cuántas de las personas que formaron parte de nuestras vidas habían corrido igual suerte casi sin percatarnos. Cuántos de aquellos, compañeros de escuela, amigos entrañables o simplemente vecinos ya no eran sino fantasmas que de vez en cuando reaparecían con un aire errático y se volvían a esfumar con premura, como si estos encuentros fueran una transgresión a un orden establecido.

Las calles del barrio tan llenas de historias inconclusas, de protagonistas dispersos, perdidos, desapariciones que muchas veces las fuimos tomando como algo natural. Ya sin importarme lo que los demás piensen, voy preguntando a todo el que se me cruza por el camino con la foto de Alex en la mano. Las mismas repuestas de los vecinos, que no lo vieron, que no saben nada de él. Después empezarían las indagaciones con los extraños, que de ninguna manera pudieron conocer a Alex, pero confío en que la casualidad me llevará por el camino correcto, después de todo las probabilidades siguen sus propias reglas. Cuando ya no puedo más con esta búsqueda inútil, busco otras probabilidades, no tenemos más familiares en el país, soy injusta, encuentro culpa en nuestros padres y en aquella ascendencia que nunca formó parte de nuestras vidas.

La única posibilidad estaba en el abuelo materno, tronco principal de un árbol genealógico plagado de fantasmas. Lo vimos pocas veces, cuando él vivía a orillas del lago. Después él se marchó, dejando la casa para mamá. Se fue como había llegado, dijo mamá, cargado de distancias, y de secretos, agregó nuestro padre. Semanas antes de la desaparición de Alex, recibimos una carta dirigida a su hija, no sabía que ella ya había muerto, decía que ahora radicaba en la Torcida, centro minero a tres horas de Ciudad Costera, al otro lado de la

frontera, Alex y yo le escribimos varias cartas, pero no recibimos respuestas, después lo volvimos a olvidar.

No sabíamos nada de él, sólo que una tarde llegó al pueblo a orillas del lago, cuando aún era joven, estaba de paso. Llegó como muchos llegaron en aquellos años, por casualidad, aclaró nuestro padre, que conocía muy bien la historia. Observó con indiferencia el pasto aterciopelando de los cerros, la sombra de las pariguanas que planeaban sobre el lago, el chasquido de sus picos apenas lo distrajerón; sin embargo, le llamó la atención el intenso azul del cielo y del lago. Una pequeña embarcación se acercó hasta la orilla para recogerlo y llevarlo al otro lado, estaba preparada para esquivar a la guardia fronteriza. Envuelto en el poncho que le había comprado a un campesino, aguardó que el bote se acercara al muelle endeble. La embarcación sufrió un desperfecto a pocos metros de la orilla, la huida tuvo que esperar y su estadía de unas horas se prolongó por veintiocho años. Nadie conocía su verdadero origen, diferentes acentos matizaban su voz, pero siempre la misma referencia: su nacimiento en una ciudad en la que confluían dos ríos de gran profundidad, pero mansos como potros bien domados ¿De qué país? Era difícil adivinar. Las más de las veces prefería mantenerse en silencio y dejar que los rumores le construyeran un pasado, otro pasado.

Nadie sabía qué pensar de él. Surgieron rumores, algunos sospechaban un pasado oscuro, era quizás un prófugo de la ley, un agitador, un anarquista, un comunista, poco importaba ya; su permanencia en aquel pueblito tan ajeno a sus costumbres se había convertido en algo intolerable. Los humildes pobladores comenzaron a verlo con desconfianza, vieron en el forastero algo siniestro, sus conjeturas fueron reforzadas por su costumbre de pasar las horas de la noche merodeando por los alrededores y por aquellas ausencias prolongadas que podían durar meses, pero de las que regresaba con dinero suficiente para vivir con holgura. Sólo por el temor que les inspiraba no hicieron nada para echarlo fuera del pueblo.

Apolonio se aferró con desesperación a esas montañas, a la piel de Lindaura, oscura como la tierra que la alimentaba. Bella adolescente indígena, dueña de larguísimas pestañas negras para acariciar la noche y dos pantanos en vez de ojos para sumergirse en ellos para toda la vida, se había dicho cuando la vio por primera vez. Pero, ella, parecía más diminuta y dócil que nunca, reconcentrada y callada frente a él, cantarina y alegre cuando se sentía lejos de su presencia. Para Lindaura, él nunca dejó de ser un extraño, alguien con quien la casaron porque así lo había decidido su padre, persuadido por la labia del forastero, por el don de gentes que se empeñó en exhibir frente a aquel ingenuo campesino.

Apolonio, sintió la felicidad de constituirse en parte de aquellos cerros, de aquella gente que conocía el milagro de la tierra traducida en frutos. Con los años la ilusión se fue despejando al igual que el primer impulso que lo empujó a casarse con alguien completamente distinto a él. No sólo se trataba de la edad, sino de la diferencia de hábitos, lo que al final representó un gran costo, especialmente para ella, que año tras año fue buscando pretextos para mantenerse alejada de él y de su hija, la que había aprendido a tratarla como a una extraña. Padre e hija se volvieron cómplices, unidos como estaban no existía espacio para ella. Cuando la hija se fue a hacer su vida, no había nada más que los uniera. Lindaura tomó la costumbre de marcharse a los cerros, a veces se dedicaba a comandar las cosechas o las siembras, el abuelo no sabía nada de eso, otras veces simplemente iba por leña y no regresaba sino entrando la tarde. Hasta que un día ya no regresó, cuando salieron a buscarla no la encontraron por donde acostumbraba caminar, fueron a los lugares inusuales, lejos del pueblo. En la laguna que cambiaba de colores a medida que el día transcurría, encontraron un cuerpo flotando, a esa hora la laguna tenía un color carmesí.

El barrio es un espacio surcado de estrechos y sinuosos callejones, como *ramales* verticales que atraviesan una raíz, la avenida principal, la Buenos Aires. Cuadras arriba hay pendientes perpendiculares que se extienden hasta las faldas de los cerros, las casas las trepan, aprovechando el menor rescoldo, la menor planicie para asentar sus cimientos endebles. En esos espacios, las calles están sembradas de piedras y de perros que duermen en la puerta de las casas, resguardándolas, rumiando su desventura bajo el helado sol del invierno. Son entrenados para delatar la presencia de extraños, sus ladridos desquiciados son suficientes para alejar a quienes osan en aproximarse, a veces retroceden ante la amenaza de las piedras, otras por el contrario, es el motivo para que se amontonen en jaurías.

La noche, a veces, se convierte en un manojito de gritos que se escabulle por entre los callejones, se arrastra por cada uno de mis sentidos, con una nota sostenida, arrebatándome del sueño. Observo desde la ventana, la calle está desierta, sólo el viento recorre la acera llevando una hoja de periódico, se escuchan muy distantes los ladridos de los perros insomnes precediendo a otro alarido espantoso de mujer. Al día siguiente, muy temprano, cuando las vendedoras aún no han instalado sus puestos de venta, salgo a fisgonear por la calle, busco sobre las aceras algún rastro; los vecinos, que seguramente escucharon los mismos gritos, también tienen los rostros llenos de interrogaciones. No hay ningún rastro sobre las aceras, apenas aquel grito y su angustia perdiéndose en nuestras mentes.

Algunas veces se escuchan aullidos lejanos, sobrehumanos. Cuando pasan frente a la casa, casi siempre, hay una procesión de perros, ladrando quién sabe a qué. "Toda la calle es un nido de fantasma", dice la anciana de la otra esquina, envuelta en una manta gruesa y se mete a su casa. "Aquellos que han muerto metidos en sus angustias, se han quedado aquí, a mitad del camino, como estancados". Sí, le respondo, el tiempo no debe existir para ellos.

Me quedo sola en la esquina, observando la avenida empinada que alguna vez fue un callejón, donde siempre se pierden los perros y sus aullidos. La callejuela llegaba al cementerio y era un alargado sendero de tierra, alguna que otra piedra hacía pensar que en épocas pasadas estuvo empedrada. Se encontraba a un costado del barrio, uniendo dos calles muy concurridas. "Ese callejón era una waca, siempre fue como una abertura a otro mundo", me dice en idioma aymara y se vuelve a esconder detrás de su puerta para no salir más. Había una hilera de quioscos de madera, pintados de azul, no sólo era el lugar de trabajo sino la vivienda de algunos artesanos, durante la hiperinflación se convirtió en el receptáculo de malvivientes y desocupados. Ambos grupos convivían, arrejuntándose, hasta confundirse. Algunas de esas casuchas, las más próximas a la avenida principal era donde estaban los sombrereros y los anaferos que, por la actividad que realizaban, teñían de hollín la calle. En una fila de veinte de estas casuchas, la peor de ellas albergaba al Satuco, antiguo artesano de máscaras de moreno. Salió corriendo de su covacha, se puso el gorro al revés para tener mejor visión de lo que sucedía en la calle, había soldados y camiones militares rondando el barrio, eran los años de la dictadura y era común que hicieran sus rondas. Satuco, con sigilo, se fue ocultando detrás de cada una de las casuchas, asechando a sus enemigos que habían ido a buscarlo para terminar con su vida. Fijó su vista en uno de los uniformados que estaba pateando la puerta de una de las casas, apuntó y Pummm, disparó. Vio a otro al lado del primero, también le apuntó y disparó. Corrió a la esquina de enfrente, se escondió detrás del poste de luz, apuntó nuevamente y Pummm, volvió a disparar. Así entre apuntes y disparos, fue corriendo entre esquina y esquina mientras los militares lo veían, algunos entre disgustos y otros entre risas, mientras el Satuco, desde su memoria contaba a más de veinte soldados enemigos que él acababa de matar. De pronto toda su cara se contrajo en una mueca, y uno no sabía si se estaba riendo o llorando, hasta que una carcajada azoto su rostro, seguida por otras. El loco estaba en medio de la calle militarizada riéndose escandalosamente, sosteniendo el palo que le servía

de fusil, besándolo, mientras su rostro se constreñía en otra risa que le estaba soltando en la cara a un teniente, que sin la paciencia que los demás le demostraron al loco, apuntó su arma justo en medio de aquellos ojos idos, el sonido del mundo desmoronándose le sacó un momento de su risa, hasta que quedó congelado, dentro de esa madrugada lluviosa. Cerré la abertura que le hice a la cortina, evitando moverla, cuando la volví a abrir, los soldados rasos recogían el cadáver y lo arrojaban a una de las camionetas.

La Garita de Lima permanece despierta hasta el amanecer, hay humo de anticuchos en las puertas de las discotecas y de los bares. Una cuadra más abajo están los kioscos de café para los taxistas nocturnos. De discoteca en discoteca, caminan haciendo rondas, los niños con cara de viejos, patinando las calles con cajitas de cigarrillos y de chicles, a veces son campanas que delatan a algún ebrio con billetes. La incertidumbre es una constante en este tránsito de sombras, a veces escondidas en los portones, en el fondo de las callejas o en la misma avenida principal.

Muy de madrugada, los vendedores barren sus puestos con escobas de paja, acomodan sus tarimas para colocar sobre ellas sus mercancías; los dueños de las tiendas retiran las rejas de las puertas y de las ventanas de sus negocios. Puertas alargadas, de láminas de zinc son enrolladas, escondiendo así su guiño metálico, desagradable. Algunos vecinos se empeñaban en afirmar que estas puertas eran más seguras contra los robos, pero al igual que las puertas de madera rústica, jamás representaron ninguna seguridad extra.

Años atrás, el barrio soportó la construcción de nuevos edificios, producto de la virtual legalización del contrabando. Se levantaron casas de más de cinco pisos pintadas con los colores del equipo de fútbol favorito del propietario. Ventanas guarnecidas, a veces, con franjas verticales elaboradas con rombos de espejos, alrededor de ellas, rizos, generalmente, en color plateado, o con ornamentos en alto relieve, en colores contrastantes, formaron parte del paisaje. La edificación frente a la casa, era una chapuza de colores, de la que cada mañana emergía de la puerta del garaje vagonetas Nissan

Montero, casi siempre, frente al volante, la imagen de Buda, con sombrero y trenzas, envuelta en manta de vicuña. Relegada a la parte trasera la figura diminuta de una adolescente indígena, cuyos rasgos revelaban cierto parentesco con los patrones, lo que no impedía que fuera tratada como a los demás subalternos, es decir con mano férrea, a veces despótica.

Nuestra casa era una *antigualla* llena de remiendos y de achaques de vieja. Con un toque clásico de líneas finas y bien trazadas. Autoría, lo más probable, de un gran arquitecto cuyo nombre quedó entrepapelado por desidia o por decisión del mismo, que no podía admitir un trabajo suyo en un barrio de cholos.

18

La edificación, era una cicatriz en una de las esquinas más conflictivas, miraba con indiferencia a través de sus ocho ojos cuadrados la pobreza que caminaba fuera de sus gruesos muros. Las tías que se habían hecho cargo de ella, la cuidaban con demasiado recelo. Las dos solteronas no permitían que ni una partícula de basura ensuciara la acera, para ello no escatimaban en las amonestaciones a su sirvienta, enjuta y renegona como las patronas, quien, como soldado en cumplimiento de su deber, recorría, en sus ratos libres la acera de la casa con la escoba, cual fusil pronto a ser utilizado por si alguna campesina se atrevía a instalar sus mercancías sobre ella. En venganza, algunas mañanas la acera amanecía llena de inmundicias frente a la puerta principal. No era raro verlas por la acera, enardecidas, amenazando con cortarle quién sabe qué cosa al responsable de aquellas "cochinadas", luego terminaban con el ritual de quemar pepas de ajíes sobre los excrementos "Para que le arda el poto al maldito".

La casa, tan llena de secretos, tan llena de esperas y de padrenuestros para las dos tías. Atrás, en los años, quedaron las visitas de Reinaldo Ruedas, quien cada noche atravesaba el umbral con la maletita de médico de barrio pegada a la mano. Reinaldo, con el viejo ramo de flores. Reinaldo, con la sonrisa tiesa, impostada sobre su bigote de cepillo, sabiendo que su amor y sus besos eran disputados por aquellas señoritas. Ese transplantar de la memoria sobre los años, ese estancarse en el tiempo, reproduciendo una espera, para cada atardecer, de aquella figura remilgada, de habla cadenciosa de provinciano bien plantado. Los años "mozos" desperdigados, malbaratados por los engaños y por las falsas promesas. Y esas casualidades que van construyendo las vidas con un halo de incertidumbres, de un no saber qué esperar, esas casualidades que hacen coincidir a las dos hermanas con un mismo galán. La bota militar otra vez sobre el país, resolvió aquel conflicto, fue el instrumento truculento de un destino truculento.

Por aquel entonces la unión fraternal entre las tías se había convertido en una rivalidad sin precedentes que atravesó por diferentes etapas: desde el desprestigio mutuo frente al galán hasta los golpes en plena calle, frente a los curiosos que se relamían de gusto ante el espectáculo gratis que daban las dos "señoritas", peleando por su hombre "como cualquier imilla de pueblo", dirían las matronas del barrio.

La casualidad las había puesto frente a Reinaldo en el parque, en diferentes días, en diferentes horas, pero en circunstancias parecidas. Esos hilos invisibles y sus enredos adquirieron luego la forma de una bala perdida que perforó el vidrio de una ventana, atravesó las frazadas, buscó un lugar dónde incrustarse cerca del tórax, perforó la epidermis, después la dermis, se abrió paso por los músculos, encontró algo de resistencia en algún hueso de la costilla - la línea recta de la trayectoria quedó quebrada -, hasta que por fin se depositó en uno de los pulmones, nadando en medio de la sangre, algo frecuente en aquellos tiempos.

La muerte de Reinaldo llegó en el momento justo en que la enemistad entre ambas amenazaba con llegar a proporciones insospechadas. El funeral fue realizado con poca pompa, los tiempos no estaban para grandes exequias, como pretendían las dos jóvenes, "en honor de un héroe de la dictadura". Tuvieron que resignarse a enterrarlo en un ataúd burdo y en una fosa apartada del cementerio, ambas cosas difíciles de hallar y sumamente costosas en épocas de conflictos civiles. Después de aquel incidente, las dos enemigas tuvieron un período de amnistía y de reconciliación. Se volvieron inseparables, hermanadas no sólo por el líquido que corría por sus venas.

Y otra vez, la casa llena de pretensiones, de balcones sin serenatas y de puertas cerradas. Una reliquia arquitectónica en medio de la chapuza de las edificaciones vecinas. Contrastaba de igual modo con las antiguas casas de adobe de paredes abombadas, que con las nuevas edificaciones sobrecargadas. La casa llena de voces y de ausencias, prisionera y guardiana.

La casa, sin trinos ni enredaderas, de patio solitario albergando los rayos pesados que caían sólo al medio día, en aquel espacio que siempre quiso ser un jardín, pero no lo era, había apenas un árbol escueto y casi desprovisto de hojas, rodeado de salvajes arbustos que crecían porque así lo habían decidido, sin esperar cuidados.

La casa con sus achaques de vieja, la casa con sus ojos de mujer, esperando desde la humedad de sus cristales. La casa como una guarida, la casa como un silencio infranqueable. Afuera, cholos, blancoides e indios vivían en medio de sus contradicciones. No precisamente aceptándose sino, todo lo contrario, negándose mutuamente. Los unos con resignación y envidia, los otros con despotismo y estupidez. A veces aquel mundo era un absurdo en el que mujercillas desquiciadas lanzaban baldazos de agua, desde sus ventanas hacia las aceras, donde las campesinas vendían sus productos, quienes las miraban anonadadas, con los rostros mojados por el agua sucia y por el llanto. Mientras sus niños se iban navegando por las bocacalles dentro de los cajones de fruta que les servían de cuna. Siguiendo, también, el curso del desagüe, los productos malogrados de las vendedoras. Las risas de las viejas ñoñas desde la altura de las ventanas se escuchaban a lo ancho de la calle, ñoñas que no sabían hacer otra cosa que despilfarrar en presteríos y compadredríos, el dinero de las rentas altas que cobraban por arrendar sus tiendas de comercio, vidas sin sentido, llenas de arrogancia y de estupidez

La casa, algunas veces quedó asfixiada por los gases y acorralada por las balas perdidas durante las dictaduras, escondió por algunos días al padre, que había soltado, como por descuido, una pequeña observación contra el régimen — su carácter flemático no le permitía más - en la columna del periódico donde trabajaba, tuvo que esconderse en el único lugar previsible, el sótano. La madre, hecha un mar de nervios, quedaba desvanecida cada vez que una movilidad se detenía frente a la casa. Pero un día los milicos, sicópatas desalmados, gorilas de eme, hijos de sus benditas madres, patearon la puerta,

la reventaron, buscaron por cada centímetro, en el ático, en las habitaciones de niños, en el entretecho, hasta que por fin lo hallaron en el sótano, después de destrozar toda la casa. Al cabo de muchos días regresó lleno de hematomas y de huesos rotos, quedó escarmentado, nunca más volvió a escribir en contra del régimen, nunca más volvió a escribir en contra de nadie, nunca más escribió. Afuera, otro cadáver anónimo nacía en alguna cuneta. "Eran locos, fugitivos de la realidad, no de la dictadura, los que encabezaban aquellas revueltas callejeras, conspiraban con palos y con piedras contra el régimen, contra el monstruo en el que se habían convertido aquellos que habían hecho del sometimiento al pueblo una profesión", eso fue lo último que dijo papá, nunca más se volvió a hablar del episodio.

19

La noche todavía descansa sobre la estructura de metal, los pasajeros que no deseaban cenar se acurrucan en sus asientos. El anciano tiene los ojos clavados en las sombras, más allá de la avenida hay una plaza vacía, y más al fondo aún, la oscuridad completa. La luz perlada de unos focos exhaustos, escasamente sugieren el resto del pueblo. A medida que la noche transcurre, el viento va adelgazándose y volviéndose más frío, por las hendiduras de las ventanillas del bus se destila un aire mezclado con el olor salino desde un mar lejano. El anciano mueve la boca, parece masticar las palabras, degustarlas, sus ojos todavía están clavados en las sombras.

Lenta, muy lentamente, como conteniendo los segundos, camina por las calles escuetas del pueblo, anegadas por las sombras. Detrás de sus arrugas, labradas más por las angustias que por los años, sus diminutos ojos azules y acuosos se detienen a unos pasos del portón, la noche está calurosa, piensa y sigue caminando.

Una de esas noches que el transcurso del tiempo debiera pasar por alto, sube las gradas, conteniendo a penas la respiración, siente que el alma se le caerá en cualquier momento, con estrépito sobre sus pies. Abre la puerta, ella está hermosa como siempre, los cabellos renegridos y ensortijados le cubren apenas los senos, le mira provocadora, le muestra triunfante la desnudez de su cuerpo joven. Intenta contener la respiración, su mano temblorosa se detiene en el picaporte, la lengüeta se retrae, su corazón se agita loco como un pájaro enjaulado, intenta dominarlo con una respiración más pausada, abre la puerta con cautela, sus ojos miopes se precipitan dentro de la habitación, se estrellan con los dos cuerpos desnudos, entrelazados, enmarañados, amándose. Ella es la primera en percatarse que alguien los observa, gira su torso, ve la silueta del viejo en el umbral, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, se

desprende de su amante con brusquedad, él también regresa a la realidad, atolondrado. Intentan cubrirse, esconderse entre las sombras, pero es tarde, la luz intensa del foco ya se está apelmazando sobre sus pieles sudorosas. Ella quiere decir algo, pero no puede, quiere huir y no puede, quiere cubrirse con las sábanas, pero las sábanas escapan de sus dedos una y otra vez. Aterrorizados ven los ojos acuosos, enloquecidos del anciano, el brillo del arma que empuñan sus manos temblorosas. Una súplica emerge de los labios de ella, sus labios balbucean quién sabe qué sonidos, su lengua se enreda en palabras que ya no podrá pronunciar, los tiros sin puntería caen sobre su cabellera, sobre una pierna, en el estómago, hasta que no queda nada más que un quejido arrastrándose por el piso, bajando las gradas, esparciéndose por el resto del pueblo.

Vuelve a subir las gradas llenas de polvo. La puerta se ha vuelto chillona y está llena de telarañas, *un* quejido se desprende de ella antes de abrirla por completo...la misma escena le inunda los ojos, frente a él los dos cuerpos entrelazados, las miradas suplicantes, las bocas pidiendo clemencia, pero aquellas palabras quedarán estancadas en sus oídos, imposibilitadas para llegar a su entendimiento.

La luz perlada y el pueblo le aguardan, contempla indiferente la calle, iluminada tan mal como hace cinco años, piensa. Retornarán los años, sobre sus propias huellas, con la impronta de un tiempo sin concesiones sobre la estructura de sus huesos. Subirá las gradas con más lentitud que antes, ingresará a la alcoba, se detendrá a contemplar el mismo cuadro, aquel hombre y mujer enredados.

Los focos están apagados en el corredor, detrás de la puerta ella seguirá con el mismo ritual de cada noche, se desnudará primero para luego escurrirse como un pez en medio de las sábanas, pero esta vez él sabrá que esperaba a alguien más cuando la vea fingiendo dormir. Pensará tal vez, en las muchas horas de amor que se habrían acumulado en aquellos senos y caderas jóvenes, sobre esas mismas sábanas. Se incorporará para buscar aquello que había

escondido debajo de las almohadas. Él también seguirá con el mismo ritual, la navaja atravesará veloz su garganta, dividiéndola con una línea horizontal, casi perfecta que se irá difuminando hasta formar un charco en el piso. Ella abrirá los ojos al no sentir la caricia de siempre, no comprenderá nada hasta que perciba la tibieza de su sangre mojándole el pecho, se tocará la garganta, mirará las palmas de sus manos mojadas por el líquido espeso, incrédula, separará los labios, para lanzarle un porqué, y aún sin entender volteará para ver la navaja manchada en las manos decrepitas del viejo, se enfrentará, aún incrédula, a sus ojos acuosos y fríos, exentos de arrepentimiento.

Los sonidos que acompañan a la cópula le llegarán hasta sus oídos cuando esté atravesando el corredor, era mejor no haber regresado sin previo aviso, empieza a comprender que a sus años es mejor vivir en el engaño; pero, escuchará los gemidos de ella escapando de la alcoba, ella, tan ardiente a la hora de amar, la imaginará encaramada sobre él, tan soberana con su cuerpo. La luz de la luna, hinflada hasta reventar, no delatará a sus ojos delirantes, abrirá la puerta con lentitud, tratando de dominar a su corazón que querrá atravesarle el pecho.

Escucha sus propios pasos, cansados, sobre la acera, la misma luz perlada ilumina apenas el corredor y las gradas. La imagina como la ha dejado aquella noche, aunque un poco peor, la imagina incorporándose de la cama, desnuda, algo pálida, con la promesa en los labios de llevarle de nuevo al paraíso. Abrirá la puerta, la cabellera negra se replegará para descubrirle los senos abundantes, no habrá atravesado aún el umbral de la puerta cuando le lanzará las mil interrogaciones que necesita aclarar, se limpiará la línea horizontal que le marca la garganta, como si alguien se la hubiera pintado en una broma grotesca.

Sube a tientas las gradas, se queda pegado a la puerta, sin atreverse a entrar, la imagina como la ha dejado, aunque un poco peor; la imagina como un globo desinflado, sólo el pellejo, sin huesos y sin sangre; o, quizás, sentada en la cama, con una línea horizontal alrededor del cuello simulando ser un collar; lo

más probable es que lo aguarde para hacerle cientos de reproches, mientras se limpia la sangre que le sale a borbotones de la garganta. Maldecirá al tiempo y a sus jugarretas.

Observa su rostro esculpido sobre el cristal del bus, se ve viejo y delgado. Sí, los remordimientos son vino macerado por los años. La misma historia contada mil veces y de distintas maneras, pero el invariable final: una mujer dentro de un féretro y él dentro de una celda, soportando quién sabe qué situaciones, gritando que era inocente, sabiendo que no lo era, gritando que aquello era una equivocación. Tardó en comprender que siempre estuvo excluido de la vida de ella, aceptó lo que era lógico suponer, que ella se acostaba en la cama de él por extrañas conveniencias, era demasiado joven para amarlo, demasiado libre, ella nunca le perteneció, tampoco ahora.

Se ve a sí mismo entre las cuatro paredes de su desesperación, pero no está arrepentido, eso vendría con los años, por el momento le queda la satisfacción de haberle arrebatado aquel cuerpo a esos otros que lo poseían. La imagen de ella vuelve a ocupar la misma cama, observa sus ojos entrecerrados, él hace un esfuerzo sobrehumano para poseerla, cansado, querrá remediar la falla llenándola de caricias. Ella permanecerá aún con los ojos cerrados, pero la luz de la lámpara delatará una sonrisa irónica, él deslizará la navaja de debajo de la almohada, se sumergirá en la oscura maraña de sus pestañas, observará en sus ojos negros, aterciopelados, la precipitación de la muerte, aún así, el rostro hermoso, casi tanto como el de María.

La hiperinflación trajo de la mano filas interminables de fantasmas hambrientos, ellos deambulaban por las *mismas* aceras que acunaron a los muertos de la represión. El barrio se había convertido en la última esperanza antes de la resignación. Veinticinco años de dictadura habían dejado al país en la ruina. La gente corría de un lado para el otro, ante los rumores de que dos cuadras arriba estaban vendiendo pan, que en la calle paralela vendían fideos, que más allá esto, que por el otro lado aquello. Los coches cedieron el paso a los peatones, la calle quedó liberada del intenso tráfico, se la apropiaron los desesperados. Casi fingiendo normalidad los niños jugaban en las aceras -sin vendedoras y sin tráfico-, la calle parecía más grande y más bonita. Pero ni los aviones ni las rayuelas pintadas en los pisos provocaban las risas despreocupadas de los niños. Ellos también deambulaban las calles con caras de desesperados, buscando algo que llevarse a la boca.

El silencio que precede a las tormentas inundó la calle, luego un rumor se extendió a todo lo ancho, como reguero de pólvora. Un mensaje corrió de boca en boca para los oídos que buscaban atentos, se volvió un secreto a voces, no lo era en realidad, ya todos estaban confabulados. En el sigilo con que se desplazaba la multitud había un acertijo, a la voz de mando desde una boca anónima aparecieron los palos y las piedras, se acomodaron en las manos, esperando. Los mismos niños que jugábamos en las aceras nos replegamos en un portón, mirando atemorizados a los rostros de piedra que inundaban la calle, los rostros tensos, expectantes. De pronto, no se sabe cómo, la marea de gente se compactó y arrasó las puertas de una tienda de comercio, los que no se atrevían a participar del saqueo permanecieron en las aceras aterrorizados. Los dueños quisieron proteger sus mercaderías, pero la

muchedumbre era demasiado grande, después de ser golpeados observaron resignados el saqueo de sus mercaderías. Los hambrientos corrían con los saquillos de arroz, de harina, en el piso había un costal de azúcar despanzurrado, alrededor algunas mujeres recogían el azúcar en el ruedo de sus polleras o faldas, soportando pisotones y patadas. Los rezagados quitaban lo que podían, peleaban como perros furiosos, era la ley del más fuerte. Los niños, que habíamos abandonado los juegos, esperábamos cualquier oportunidad para colarnos al saqueo, algunos recogían del piso lo que se les había caído a los demás, eran nuestros trofeos. Un silencio pesado quedaba después de aquello, no sólo eran simples ladrones o agitadores los que estaban metidos en los saqueos, eran personas comunes, algunos, trabajadores honestos, madres de familia y niños, empujados todos por el hambre.

21

La ubicación de la casa hacía que esté en el centro de los conflictos. La casa con sus paredes gruesas permanecía inalterable, mientras la avenida ardía. La existencia en el barrio siempre fue una sucesión de peligros, se sabía desde siempre que la vida no era fácil para quienes transitaban por estas calles, no era nada fácil, ni nunca lo sería. Durante la dictadura, muchos de sus habitantes estaban involucrados en los motines organizados para bajar del poder al presidente de facto que asumió la presidencia después de derrocar a otro militar no mejor ni peor que él, y así durante décadas. Era una lucha de antemano perdida, en un país en el que la decisión de resistir implicaba de antemano un trato con la muerte.

En el barrio, esto era mucho más que una insensatez. Los que luchaban contra la dictadura, no pasaron de ser simples revoltosos, agitadores comunes a quienes se asesinaba como a perros. Pero no se rendían, porque en ellos obraba algo más que una consigna, en ellos estaba el desencadenamiento de la indignación que les venía desde sus genes, lo que no era la mejor garantía para su supervivencia. Para ellos no habría ataúdes, sólo un precipicio o una fosa común. Hacía falta espacio en el cementerio para un agitador cualquiera, para un clandestino sin nombre. Los agitadores pobres jamás serían héroes de la represión, no serán nada, no son nada. Desde sus pieles morenas, desde sus rasgos aindiados serían lo que siempre fueron, carne de cañón que nadie tomaría en cuenta. Lucharán por la democracia, falacia sobre la que se encaramarán quienes siempre tuvieron privilegios. Equivocados o no, ellos, desde su rabia, desde los siglos de opresión a su raza, desde la mutilación a sus templos, desde la violación a sus mujeres, lucharon, aunque nunca dejarán de ser los indios revoltosos que se desplazan con sus silencios acuchillando los sueños de los blancos.

Cuando la hiperinflación llegó, trajo consigo a extraños y alucinados, arrojados a este territorio por el hambre, por la escasez de comestibles que había en todo el país. Toda la ciudad se concentró en el barrio de comerciantes, en una procesión desesperada que buscaba alimentos para comprar. Los fajos de dinero corrían presurosos al barrio, la situación no permitía esperas ni concesiones. Cada minuto perdido significaba una rebaja en el poder adquisitivo de cada billete, la inexistencia de las monedas era un reflejo de lo que estaba sucediendo con la economía del país, malograda por los préstamos desmedidos a los privilegiados. Los millones rondaban por las bocas de los despojados, creando la ilusión de todo lo que se podría comprar con ellos, pero nada quedaba después de unas libras de arroz y de un par de bolsas de fideo. Millones de pesos, cuyo valor no alcanzaba a pagar ni el papel ni la tinta con que fueron impresos.

Cuando la crisis fue superada, los fajos de billetes no tuvieron otro destino que la hoguera, o el fondo del baúl, como constancia del valor de una casa vendida, monto que no fue cambiado en dólares americanos por ignorancia, por desconfianza o por simple desidia, cuyo costo representaba la ruina total.

Algo frecuente era encontrar filas interminables frente a algunos de los puestos de venta, pero las más de las veces, las filas nacían en las puertas de las tiendas de comercio donde se decía había comestibles ocultos, descargados la noche anterior. Ante cualquier rumor se formaban filas que se extendían por cuadras. Los dueños, acaparadores de comestibles, accedían a ponerlos a la venta, convencidos por las súplicas o por las amenazas de la muchedumbre, era mejor no arriesgarse a un saqueo. Hasta que se acababan los productos, entonces, sólo entonces emergían los policías para desbandar a las personas que no habían alcanzado a comprar nada. La muchedumbre se marchaba con los rostros descompuestos, llenos de ira, de rabia, de impotencia, sin antes insultar a los policías, "malditos vende patrias"; a los agiotistas, "ladrones y aprovechadores"; al gobierno, "hambreador"; a los

dirigentes sindicales, "traidores"; y a todos aquellos que, estaban convencidos, eran culpables de la miserable situación en la que se encontraban.

Llovió desde el amanecer, a través de los vidrios empapados de la movilidad se podían ver las inmensas nubes grises que cubrían el cielo, amenazando con desplomarse sobre el altiplano. A lo lejos, los rayos caían pesadamente sobre la tierra incendiando el horizonte, sus tentáculos se extendían por la tierra, llegaban a las llantas de la movilidad, haciéndola temblar. El camino de retorno estaba sembrado de charcos, la carretera parecía un lodazal. Mamá intentaba contener las lágrimas y su habitual nerviosismo mientras conducía la movilidad. Alex no dejaba de atosigarla con sus reclamos constantes de mimos. Ella, resignada a su llanto le alcanzó una paleta, lo que lo tranquilizó un momento. Atravesamos el gélido lago sobre el bote acondicionado para llevar movilidades, era invierno y el lago estaba indomable, el bote subió y bajó sobre las crestas de las olas, como en una montaña rusa, quedamos aterrorizados, mamá olvido por un momento su ira y Alex continuó con su llanto, yo me quedé metida en mis temores, cuando llegamos por fin a la otra orilla, dentro de la movilidad había un barullo total. Algunos guardias nos miraron desde la caseta, uno salió cubierto por un grueso abrigo, nos dijo con señas que crucemos sin más trámites, sus ojos apenas eran visibles desde su pasamontañas. Abandonamos el lago, el viento cargado de lluvia azotó los vidrios de la movilidad. Regresamos a la ciudad, agobiados por ese viaje de ida y vuelta, sin descanso.

Habíamos llegado al pueblo en la mañana, momentos antes que finalice la misa para la abuela. Buscamos un lugar dónde acomodarnos, nos quedamos sentados en la fila del medio para no interrumpir. Mamá respondía a los saludos con leve inclinación de la cabeza, seria y circunstancial como siempre. Desde ahí nos señaló la figura de un hombre sentado en la primera fila, erguido, demasiado erguido para su edad. Al vernos nos lanzó una sonrisa cómplice y continuó en la misma posición hasta que terminó la misa.

- Vaya, ésta sí que es una buena semilla — Levantó a Alex sosteniéndolo por encima de su cabeza, lo observó con detenimiento mientras, una risa sosegada se asomaba a sus labios demasiado delgados. Luego se quedó en silencio, se había asomado al azul de sus ojos como una distancia inescrutable. Dejó a Alex en el piso, luego me observó, quedé pasmada por su gran estatura.

- Urna, qué extraño nombre le pusiste - Me acarició la barbilla.

- Fue decisión de su padre, tú sabes, para complacer a su hermana ¿Todo está preparado para el cabo de año?

- ¿Cuál cabo de año? — El abuelo fingió desconcierto.

- Sabes bien a qué me refiero. Mira, la gente del pueblo está esperando - Observamos a nuestro alrededor, toda la plaza estaba repleta de personas vestidas con sus mejores galas. Sin duda aguardaban su invitación para empezar el agasajo que era costumbre, una vez terminado el año de llevar luto riguroso.

- Lo siento señores, pero no habrá nada después de la misa - Lo dijo impasible. Quienes estaban cerca de él difundieron la noticia, el resto del pueblo quedó enterado en cuestión de segundos. A lo lejos se escucharon voces disonantes ante la ocurrencia del viejo que en todos los años de su estadía jamás había dejado de escandalizarlos. A él no pareció importarle.

- ¡Qué viejo más tacaño!

- Nos ha dejado vestidos y alborotados — Una mujer que exhibía sus mejores galas le lanzó al abuelo una mirada de desprecio.

- Tan buena que era la Lindaura ¿Cómo no le va hacer este viejo su fiestecita?

- ¡Claro, como ya tiene quién le consuele!

Algunas personas hacían ademanes obscenos y movimientos de manos, para que adivine a la distancia los insultos que estaban dirigidos a él.

- No pensarías que iba a hacer un festejo tan bárbaro - Mamá optó por guardar silencio. El amor casi devoto que sentía por su padre le impedía contradecirlo.

Cruzamos la plaza en medio de los rumores del pueblo. La casa estaba en las afueras del pueblo, sobre una calle tranquila, frente al lago. Mamá, a pesar de estar habituada a las excentricidades de su padre, se encaminó a la casa del abuelo con aire molesto. Al ingresar se detuvo en el jardín immaculado. Una nube negra cruzó el cielo y se posó justo encima de la casa.

- Papá cuida tanto a sus plantas — Comentó por decir algo. Cuando se disponía a subir a la habitación de su infancia, escuchó el llanto de un bebé, encaminó sus pasos a la pequeña habitación cenicienta que era la cocina. Había una mujer dando de lactar, al lado de un fogón de leña.

- Buenos días señora — Aquella joven mujer la saludó, sin levantar los ojos.

- Buenos días - Le contestó mamá, no dejaba de observarla, extrañada. Detuvo sus ojos en el bebé. Una vez recuperada de la sorpresa, le preguntó - ¿Eres la empleada de mi padre? - Esperó la respuesta, inútilmente. Empezó a dar crédito a los chismes que le habían llegado a la ciudad. La actitud esquiva que había adoptado aquella mujer, le pareció sospechosa. Salió presurosa de la habitación. En la puerta, el abuelo intentaba mantener la serenidad, él también sentía un amor devoto por su hija. Otras nubes negras se unieron a la primera, dejando el cielo encapotado.

- ¿Quién es ella, papá? — Preguntó con voz insegura, casi temblorosa — ¿Es la empleada?

- No, no es precisamente la empleada — Aquella respuesta fue suficiente. Jamás volveríamos a ver al abuelo. Aquel niño había sido concebido antes de la muerte de su madre, y eso no se lo perdonaría, la ofensa la asumió como dirigida a ella, la hija única de la madre a quien jamás mencionaba y que era apenas una sombra que le había dado la vida. Nos fuimos de inmediato del pueblo. Arriba el cielo se perdió, sólo habían quedado pesadas nubes tiñendo de gris el lago y el horizonte, amenazando con desplomarse.

El viento cargado de lluvia se desparramó sobre la movilidad, acrecentando sus ganas de llorar, de gritar, de maldecir. Pero, no lloró, no gritó,

ni maldijo; sin embargo, el profundo silencio en ella siempre fue un grito desesperado y preludio de una tormenta. Los gritos de Alex la sacaron de su ensimismamiento. "Ojalá que llegemos pronto a la ciudad, este no fue un buen día". Su mirada se aferró a las líneas de la carretera, lanzó un suspiro seco, esos de molestia, intentando olvidar todo, olvidarnos a nosotros también.

23

El paso lento de las manecillas del reloj por su circunferencia, me recordó que existe la soledad también en mí. Después de la desaparición de Alex me vi enfrentaba a la consistencia de lo etéreo, esa sensación hizo que planeara mi búsqueda al otro lado de la frontera. Existen personas que nacieron con los pies hechos para los caminos, para las cortas estadías en los hoteles, para los almuerzos sin compañía, me dije mientras la incertidumbre acrecentaba mis temores frente al futuro viaje. Una mochila para guardar lo necesario y un bolso para guardar lo indispensable, serían suficientes. En la denuncia policial, Mariela diría que también desaparecí, pero yo ya me habría ido con mis búsquedas a otro lugar, llegaría con mi piel y mis huesos a otro espacio, para habitarlo en la inmediatez del tiempo.

En la vida que me tocó vivir, sin asideros y sin ataduras, ir en busca del abuelo, esa raíz de un tronco de ramas muertas, era mi única posibilidad. La Torcida, era el pueblo donde radicaba el abuelo. Escondí la mochila y el bolso en el fondo del armario. Tenía la esperanza de hallar a Alex junto al abuelo o emprender la búsqueda con él. No había nadie en la casa, era fin de mes, Mariela probablemente salió a cobrar los alquileres de las demás casas, a pesar de sus locuras es tan sensata con las cuentas. Fui a su cuarto a buscar las joyas que coleccionaba, estaban escondidas como siempre, debajo de su ropa de cama, dentro de un pequeño cofre plateado. Eran joyas de principios de siglo: bastones de mando indígenas en miniatura, topos, rosqueles, hermosos diseños que representaban el mestizaje, joyas cuyo valor radicaba en su historia, en el tiempo, joyas rescatadas de las matronas del barrio, con mucho esfuerzo, esos pequeños contrasentidos con los que plagaba su tránsito por la vida.

- No puedo decirle cuánto vale. Tenemos que sacarle las piedras y las perlas para saber su peso en oro.

- Pero, yo quiero venderlas como joyas, no por su peso en oro.

- No, yo necesito el oro no más. Como joya esto ya no vale pues, es que hay que ver el diseño, no si son antiguas, a nadie le interesa - Dejó las joyas encima del tapete, mientras sonreía con sus dientes de oro con diseños en forma de corazón.

- Sí, pero ¿no sabe que como antigüedad pueden costar más?

- No creo, además ése no es mi rubro. Si quiere venderme nomás. Yo estoy muy ocupado.

- Está bien, está bien, péselas - Acepté porque en otros lugares ya me pidieron que les enseñe mi documento de identidad y, a mi edad, nadie se arriesgaba a comprarme. El joyero sacó alicates y tenazas de todos los tamaños, los depositó en el mostrador y empezó a desmembrar cada joya, con brusquedad, quedé escandalizada, me arrepentí por haber cedido a su presión.

- ¿Está segura que no voy a tener problemas con su familia? - Me preguntó sin detener su labor. Presionando con tenazas más grandes cuando le era difícil separar el oro de las piedras preciosas - Que tal usted ha sacado estas joyas sin el consentimiento de sus padres.

- Pero no es necesario que las destrozé de esa manera. Por favor, hágalo con más cuidado, estas joyas son una reliquia - Le conminé, pero pedirle delicadeza a un orangután no era lo más acertado. Para mi sorpresa puso mayor brutalidad y destreza a su destrucción.

- Mire, si no tiene autorización de sus padres es mejor que se olvide de mí. Ya he tenido problemas con la policía, estoy en la mira de los pacos - No cesaba su labor destructiva, hasta que dejó sobre un tapete negro todo el metal retorcido.

- Ya le dije que no, no se preocupe, no va a tener problemas. Sólo necesito el dinero para algunos gastos, estas joyas son mías por herencia.

- Bueno, si usted lo dice le voy a creer - Empezó el pesaje por montones. Hasta que una vez finalizada la operación no quedaron sobre el mantel negro nada más que las perlas preciosas y los rubíes.

- Ajá, este es oro de diez y ocho kilates — El ácido que había esparcido encima del metal dejó una estela de humo.

- No es posible, esto es oro de la mejor calidad.

- Mire señorita, no estamos aquí para engañarnos, esto es oro de diez y ocho, algunas incluso son de catorce, yo no le voy a pagar más.

- Ya, está bien. Digamos que es como usted dice - No fue buena idea ir a este lugar, pero no quería recoger todo aquel metal retorcido y me sometí a su jugarreta. El dinero que me dio era el suficiente para emprender el viaje, me resigné a un largo viaje por carretera.

SEGUNDA PARTE

24

No hay terminal de buses en la Ciudad Costera, soy lanzada a la calle más conflictiva de la ciudad. Amilanada por el griterío intento esquivar el tumulto, pero no puedo liberarme de esta avalancha que me arrastra, que me lleva de aquí para allá, hasta que me dejan sobre una esquina repleta. A medida que los minutos avanzan, los pasajeros y sus equipajes van dejando la calle despejada. Sólo entonces me siento libre, dueña de un espacio. Mientras busco alguien que me diga cómo puedo llegar a la Torcida, un rápido movimiento por mis pies me pone en alerta, cuando bajo los ojos, en el lugar donde debería estar mi bolso de viaje no encuentro más que un espacio vacío. Observo a mi alrededor, corro de un lado para el otro, pero las personas están metidas dentro una aparente normalidad. Una vendedora de dulces, a medio metro de donde me encuentro, me mira desde el rabillo de sus ojos y disimula, pone cara de circunstancias; otra persona, más alejada me observa con seriedad, todos me miran y luego voltean ignorándome, dejándome en un mar de dudas. Sé que es inútil pedir auxilio, jamás recuperaría lo robado, en cambio todas las miradas se posarían en mí haciéndose más evidente mi situación de indocumentada. Sujeto mi mochila con más fuerzas, es lo único que me queda. Yo también finjo que no ha pasado nada. Intento tomar un taxi, pero todos están ocupados y los que no lo están son rápidamente abordados a fuerza de empujones por los pasajeros rezagados. Debo esperar más tiempo para que un taxi se detenga a mi lado, es un anciano el que me pregunta:

- ¿A dónde quiere ir?
- A la Torcida, me dijeron que quedaba cerca de esta ciudad.

- Ummm, ese pueblo queda lejos de esta ciudad, está como a tres horas de viaje, yo no la puedo llevar - Me dice con enfado, apretando ya el acelerador para marcharse.

- ¡Espere un momento! Por lo menos dígame dónde queda la parada de buses para llegar a ese pueblo.

- No podrá ir, la carretera fue cerrada por un deslizamiento, además hay un puente desmoronado. Dicen que tardarán una semana en rehabilitarlos

- ¡No puede ser! ¿Ahora qué hago?

- Si ése es su destino, tendrá que esperar, puedo llevarla a un hotel o a una casa de huéspedes.

- Lléveme a una que no sea muy costosa.

- Conozco una que es económica y muy decente - Me dice, mientras acomodo mi mochila sobre mis rodillas y la acaricio como a un gato dormido.

Atravesamos el centro de la ciudad, nunca pude acostumbrarme al calor asfixiante de la costa, me siento agobiada, apenas puedo respirar. Mientras cruzamos las calles repletas de movilidades y de personas, puedo observar el color indefinido del cielo, el smog es demasiado denso y las calles céntricas están pintadas por su hollín. El taxi ahora se desplaza por calles más calmadas y desiertas, rodeadas de árboles frondosos. El sol todavía quema a esta hora de la tarde.

- Estoy cansada - Le digo al chofer - el viaje por la carretera fue muy difícil - Miro a través de las ventanillas, la ciudad no parece tener contrastes de tan clara que es. Me siento preocupada por la tardanza que se le ha impuesto a mi viaje, una semana de espera, me digo con enfado. Como si existieran fuerzas sobrehumanas que quisieran impedir mi viaje en busca del abuelo, mi marcha es rezagada.

- Las lluvias son poco frecuentes en esta ciudad, pero cuando llueve arrastra todo, trae huaico desde la parte alta de las montañas, incluso entierra poblados enteros, hace años hubo un deslizamiento que sepultó parte de un

distrito, cuando vaya de viaje a la Torcida, por el camino podrá observar solamente los techos de las casas, es lo único que quedó de un poblado...

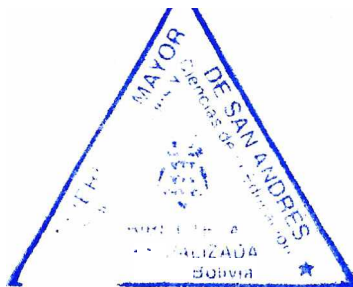
- Eso seguro fue terrible.
- ¿Usted no es del país verdad?
- No, no lo soy. Pero tengo parientes aquí.
- Ah, pero no sea ingenua, eso no se lo diga a nadie, mire que usted

por la edad que tiene y por su condición de señorita puede correr mucho peligro.

- Pero eso es algo que no se puede ocultar.
- Le voy a dar un consejo de conejo... y de viejo - Ríe y me mira por el retrovisor - No hable más de la cuenta, sólo lo necesario, ése es mi consejo para todos los forasteros, porque aquí, una vez que sepan que no es del lugar van a querer sacarle provecho.
- Gracias, es bueno saberlo.
- No es nada. Mire esa es la casa de huéspedes.

Mientras pago el precio del taxi, el chofer me mira con sonrisa socarrona, no comprendo, doy media vuelta e ingreso a aquella casa repleta de enredaderas y de macetas desperdigadas por todo el corredor.

- ¿Hay alguien que me atienda? - Grito, una ráfaga de aire caliente entra a mi boca y quema mi garganta. |



Las bocinas de los autos y los petardos la sacan de su ensimismamiento. Mariela baja las gradas impaciente, enciende el foco del patio para ver la hora, mantiene la muñeca muy cerca de los ojos, es más tarde de lo que había imaginado y Urna no regresaba, se siente preocupada. Sube nuevamente las gradas. La sala principal no tiene más que una lámpara encendida en una esquina, quedando el resto en penumbras. A través de los cristales de las ventanas, rayos de luz del alumbrado público penetran oblicuos, dibujando rectángulos de luz que se extienden desde el marco de la ventana, se arrastran por encima de los muebles hasta quedar desplomados sobre la vieja alfombra, Mariela los va pisando con su impaciencia.

Desde afuera llegan los silbidos de los petardos. Las lluvias de estrellas atraviesan el cielo iluminándolo de colores. Observa con desgano esos pequeños brillos rojos, amarillos, azules que se dilatan, resplandecen para luego caer sobre los techos, efímeros en su existencia. Cansada de permanecer de pie, toma asiento, la noche sería larga.

Sobre la mesa un librito, cuya tapa dura había perdido el color, aguarda que ella lo levante. En medio de sus páginas retiene a la pequeña flor deshidratada que Mariela cortó la tarde aquella, muchos años atrás, cuando estaba en una banca del parque, anegada en una dolorosa espera. Con un temblor imperceptible empezó a jalarla hasta desprenderla del tallo, la observó con detenimiento unos instantes, con cuidado, acomodó sus pétalos, luego la dejó aplastada en medio de las últimas páginas de aquel libro que buscó durante meses y que llevó a la cita para leerle a Esteban. Un extraño pájaro de pico torcido se posó en una de las ramas y la observó desde el ojo redondo de su perfil, gorjeó moviendo la cabeza, como si contuviera la risa. Era desgarrado y con la melena larga peinada de cualquier manera, en nada se parecía a Reinaldo, no era precisamente el hombre que había soñado, y sin embargo, lo

amaba. Volvió a la sucesión de letras y de palabras que se habían vuelto incomprensibles frente a su preocupación, cada vez más honda por aquella tardanza. El libro continúa iluminado por las luces de la calle, que penetran por los largos ventanales, nunca más volvió a leerlo, sin embargo lo tenía siempre a la mano en el esquinero. Arriba, la luna la contemplaba sonriente y la algarabía de la calle le hacía pensar en lo tonta que resultaba su espera solitaria en aquella plaza. Frotó sus manos una contra la otra, hacía demasiado frío, incluso para ser invierno.

Los niños fueron desapareciendo paulatinamente, sólo los de más edad se quedaron a jugar fútbol, ignorando las bofetadas del viento frío. Las luces de la plaza empezaron a prenderse, formando un incendio en el centro, precisamente donde ella se encontraba. Apretado su vientre con aquel abrigo de lana gris, que quedó oculto para siempre en el viejo ropero, se resignó a la incómoda espera. Flor, libro y abrigo compartirían un mismo nivel, una misma materia en su conciencia. Los tres eran los testigos mudos de su fracaso. Apartó los ojos del libro, buscó otra vez aquel rostro y no encontró nada más que unos chiquillos jugando con el balón, envueltos en su alegría. Volvió los ojos hacia el libro, rengueaba la mirada por la última línea de la página treinta y siete, pero su mente no lograba descifrar lo leído, regresó a la primera línea, después de haber levantado nuevamente la vista para buscar la figura desgarrada que tardaba en aparecer. Apenas unas letras después, sus ojos se levantaron para volver a buscarlo con impaciencia, viró la cabeza para observar mejor, no había más que extraños en los alrededores, volvió a meter la nariz en aquellas páginas.

- Hola, perdona que haya llegado tarde - Sintió unos labios fríos hundiendo su mejilla, sus ojos se mantenían obstinadamente pegados sobre las hojas del libro.

- ¿Sabes la hora que es? - Le lanzó el reproche disfrazado de pregunta que había prometido guardárselo - ¡No sé porqué me haces estos desplantes! - Él, cansado de las mismas palabras apartó la mirada de Mariela para

concentrarse en el juego de los niños, detrás de ellos estaban las luces de la plaza, seis calles más adelante la casona a la que ingresa a hurtadillas cada tarde para deshacerse en los brazos de aquella otra mujer, siempre dispuesta, siempre con ganas, embriagándolo con aquel perfume suave que lo sumergía y lo sumergía hasta dejarlo sin aliento, en un delirio pleno.

- Responde, ¿por qué actúas de esta manera? - Su voz era como la vibración de una cuerda, tensada hasta el límite. La observó de reojo, impasible, sabía que en momentos como ése era mejor no decir nada — Estuve esperándote en este frío y a estas horas.

- Me quedé arreglando un asunto de trabajo — Se sentía cansado de todo ese melodrama, si no se sintiera obligado por las circunstancias, le diría sin el menor remordimiento que mientras ella esperaba, él estaba feliz en los brazos de Susanita, aquella que lo aguardaba todas las tardes fresca y suave. Pensó hacerlo mientras se acomodaba la chalina, pero antes de abrir la boca para decirle que ése era el fin, la observó con detenimiento, estaba con el seño fruncido, hermosa sin embargo, su cabello renegrido y largo, le tocaron los dedos, sintió su suavidad.

- ¿Por qué no dices la verdad, por qué no dices que estabas con ella? - Si hubiera podido hubiera vuelto el tiempo para meter esas palabras de nuevo en su boca, averiguar la verdad no siempre es lo más adecuado para los enamorados. Percibió en sus ojos el cansancio que le producían sus reproches. Sabía, sin embargo, que sus sospechas eran ciertas, pero volvió a abrazarlo y a besarlo con desesperación. Temía tanto la despedida, el adiós definitivo, temía tanto enfrentarse a todos para comunicar su ruptura, temía tanto ser una "madre soltera". Intentó sostenerle la mano, sintió la frialdad del vidrio sobre sus yemas. Las chispas de colores fueron arrojados a la ventana, quebrando los cristales. *Un* sonido amenazador posiblemente atravesó la noche, como un silbido que dijo muerte y se incrustó en la piel, atravesó vasos, nervios, hasta desencadenar en algún órgano una erupción sangrante. Frente a ella, la imagen

de Esteban se desvanece para dar paso a la de Reinaldo Ruedas, su novio que amaneció muerto, navegando en medio de sus sábanas mojadas de sangre. Mariela lo imaginaría siempre con un semblante beatificado, con la muerte todo se perdona, se dijo no muy convencida.

Levanta mecánicamente el libro con la flor sobre aquella página que leyó mil veces hasta desgastarla. El piso sostiene todavía el rectángulo de luz que penetra por la ventana. Deja de respirar unos instantes, para escuchar mejor, el resto de la casa permanece adormilada en la oscuridad, ajena a lo que ocurría fuera de sus barrotes. Apretó aquella mano delgada entre sus dedos amoratados por el frío, Esteban la miraba, como siempre, ensimismado en su soberbia. Sintió una nueva punzada en el corazón, la certeza de que jamás conseguiría el amor de aquel témpano de hielo. Acarició aquellas manos que jamás le devolverían la tibieza. Acercó el rostro a sus hombros. recibió el beso en la frente.

- Lo siento, no volverá a pasar - La respuesta que sabía la iba a calmar. Él mismo se sorprendió por la frialdad con que la estaba pronunciando. Apartó sus ojos de aquel rostro para mirar el balón que cayó justo a sus pies, se levantó para patearlo en dirección de los niños que esperaban impacientes continuar con su juego.

- ¿Estás admitiendo que es cierto, que estuviste con ella? - Se levantó de la banca, tenía el rostro desencajado, estaba volviendo a ser presa de los celos. Anegada al fin por esta certeza, recordó el dolor que Esteban le provocaba con sus tardanzas, rememoró cada una de las horas que tuvo que esperar, humillada, una llamada suya, reconstruyó en su mente todas las mentiras que tuvo que fingir creer, las burlas de su hermana y de sus amigas. Pronunció una a una las sílabas que componían aquel nombre maldecido en todas sus tardes de espera, en todas sus noches de insomnio. Su-sa-ni-ta, dijo y sintió que un ácido le corroía las entrañas.

Él la vio estrujando el pequeño libro, el leve temblor de sus labios se iba acrecentando, sabía muy bien que ella estaba a punto del llanto, aunque intentaba evitarlo, aunque en su rostro existía la decisión de no llorar y sus ojos enrojecidos retenían obstinados las lágrimas, ambos sabían que al final lo haría. Él se quedó en silencio, exasperado, esperando que aquello termine de una vez. Mariela detestaba la indolencia con que la trataba en esos momentos y sin soportar más se levantó de la banca, caminó unos pasos y terminó por marcharse, sin saber por qué, sin la decisión verdadera de irse, quizás esperaba que Esteban le tomara de la mano y la retuviera, pero Esteban se quedó estático y ella incrustándose las uñas en las palmas cerradas, mientras se alejaba. Él, en un primer impulso quiso seguirla, pero se quedó en el mismo sitio, observándola sumergirse en la noche, con el abrigo arrugado, perdiéndose en las calles, aún pudo observar de lejos su cabello despeinado por el viento.

Una corriente la arrastró fuera de la plaza, fuera del incendio, con paso veloz caminó una cuadra. Al cruzar la siguiente calle pensó que había actuado precipitadamente al marcharse así, que tal vez él dijo aquello por pura rabia, a causa de la insistencia suya de meter en todas sus discusiones el nombre de aquella pendeja. Pensó en las explicaciones que tendría que dar por el rompimiento de aquel largo noviazgo, las burlas de Catalina, de sus amigas que más parecían sus enemigas, aquellas víboras ponzoñosas no tardarían en difundir la noticia entre risas. Aminoró la velocidad esperando que él le diera alcance, esperando que él se retracte y le diga que lo que dijo no fue cierto. Cada vez disminuye más el paso, hasta quedar estática en medio del asfalto, mirará hacia atrás y no verá más que una calle desierta.

Nunca más volvió a ver su rostro afilado, nunca más volvió a escuchar su voz envuelta en mentiras, nunca más volvió a sentir su frialdad y el sabor agrio de su boca cuando la besaba, nunca más, nunca más... Buscó en el armario su bolso y un paraguas, era época de lluvias y no se confiaba del cielo despejado. Salió a la calle demasiado concurrida de los sábados. Caminó entre los empujones de los vendedores ambulantes, de los compradores y de los niños,

desperdigados sobre las aceras. Aún tuvo tiempo para preguntarse cómo esos niños se las arreglaban para caminar entre el gentío y los vehículos que transitaban por la calle, se tocó el vientre abultado y pudo sonreír.

Bajó al centro de la ciudad, caminó por los lugares por los que iba de la mano de él. Mariela, no soportaba los abrazos, la asfixiaban, afortunadamente aquello terminó con las primeras citas. Aquellas calles, aquel aire, todo le traía a la memoria, no sus besos, sino su traición. Tomó rumbo por una amplia avenida, con la lentitud de quien no tiene nada que hacer. Se detuvo frente al restaurante en el que comían pizzas, dobló una esquina, ahí estaba la casona antigua, convertida en conventillo, en la que vivía Susanita, se quedó unos instantes esperando ver a Esteban, pero sólo vio a desconocidos ingresar y salir de ella. Cansada, regresó a la calle principal.

Subió una cuesta empinada que terminaba en una plaza de árboles frondosos, contrariamente a lo que había pensado, el cielo permaneció despejado, dejando sobre la plaza, bancas abarrotadas de personas que preferían quemarse bajo los fuertes rayos del sol de invierno que quedar entumecidos por el frío. Esperó casi una hora para sentarse en la misma banca en la que acostumbraba aguardarlo. Se quedó sentada en la banca por un tiempo indeterminado, el librito sudaba entre sus manos, el foco le daba con su luz justo encima de su cabeza, los niños que jugaban a la pelota a su alrededor no podían sacarla de sus pensamientos. Observó a su alrededor, una mujer estaba sentada a su lado, era más joven que ella, tenía el abrigo grueso y un librito helado por el frío de la noche. La vio sentada, impaciente, decepcionada, celosa, esperando. Transcurrieron muchas horas y ninguna de las dos se había marchado. Ambas lo imaginaban muriendo en algún rincón del planeta. Años atrás él había intentado un acercamiento, pero no lo perdonaron, una vez roto el hechizo, una vez conjurado, sólo quedaba la idea del olvido, desplazando definitivamente al amor ingenuo que las ató a un ser tan fatuo.

- Es cuestión de dignidad - Les dijo, al explicar los motivos de aquella ruptura, intentó mantener la serenidad, intentó ser fuerte; sin embargo, a pesar

de lo que se pudiera esperar, ella jamás pudo recuperarse. Su hermano la observó en silencio, quiso decirle que había deshonrado a la familia y a sí misma, pero la vio tan abatida y tan frágil que se quedó esperando que ella se calmara. Catalina y la esposa de su hermano también la vieron abatida y frágil, pero no se quedaron calladas y le lanzaron los reproches que correspondían.

—Eres una tonta ¿qué dignidad puede tener una madre soltera?

—¡Gracias a Dios nuestros padres han muerto, ellos no tendrán que soportar tu deshonra!

Se vio a sí misma caminando por las penumbras de la calle, con nada más que su abrigo grueso y su librito apretado contra el pecho. Quiso aquella noche que nada más hubiera en el mundo, que no hubiera calle, que no existiese el momento en que aquel desdichado había nacido, que no hubiera aire para él, ni el consuelo de los años. Caminó hasta la madrugada, siguió caminando sin rumbo, perdida toda noción del tiempo, perdida la noción del espacio. Una suave llovizna la empezó a empapar, buscó el paraguas para cubrirse, pero se encontró con las manos vacías, dio unos pasos, confundida. Observó los árboles frondosos, en nada se parecían a los árboles de la plaza, se vio metida entre los altos muros de un sanatorio mental, en medio de las ramas un pájaro empezó a silbar, después otros hasta que se hizo un coro alegre. Observó con desconcierto a las personas de uniforme azul, miró sus ropas, también llevaba un uniforme azul, unos zapatos viejos y sin gracia, supo entonces que estaba perdida.

Subo las gradas a la sombra de la Dueña, tratando de seguir el ritmo demasiado lento de sus pasos. "Los huéspedes del último piso son personas muy agradables, Maximiliano es el mayor de ellos, es profesor de filosofía en la universidad, por las tardes trabaja en el Instituto de Educación Superior, como lo supondrás...", descansa en una de las gradas para recuperar el aliento, "...es un caballero en toda la extensión de la palabra", lo dice, con un tono especial en la voz, como si no pudiera evitar el comentario. Aquella resultaría ser su frase preferida al referirse al profesor, antes de volver a subir agrega aún, "Es muy discreto, es un verdadero lujo tenerlo de vecino". Me marean tantas flores. Llegamos al último piso, después de esquivar la gran cantidad de macetas diseminadas por los pasillos, por el patio, subiendo las gradas y en la terraza, todas amontonadas de cualquier manera, algunas colgadas de los techos, de los barandales. Justo al otro lado de la terraza está la puerta del tal Maximiliano. A la izquierda de las gradas está la habitación de Carlos, un estudiante del Colegio Técnico, que en vez de regresar a su casa en vacaciones, decidió quedarse "aparentemente por razones familiares", agrega bajando la voz para darle a aquella aseveración la categoría de confidencial. La habitación de la derecha la ocupa Martha, empleada de una agencia de turismo. Al fondo de la terraza está la habitación que me será asignada.

La casa de huéspedes está rodeada de tupidas enredaderas y de innumerables macetas. Después de dos días adquirí, al igual que los demás habitantes del lugar, las dotes de un equilibrista, no se trata sólo de buscar un lugar para los pies, también se debe esquivar las enredaderas y las ramas de los arbustos, para ello se debe tener cierta flexibilidad para la contorción del cuerpo, de manera que mientras el pie izquierdo se asienta en el piso y el derecho se queda en el aire, el tronco debe doblarse a la izquierda o a la derecha, según las salientes de las ramas, que crecen de acuerdo con su parecer. Y, aunque sea difícil de creer, la Dueña se desplazaba entre ellas con

total soltura, aunque de vez en cuando también se la veía con una aleta en el aire, abriéndose paso con dificultad, pero las más de las veces, parecía que las plantas le cedieran paso, era lo justo.

Subir los dos pisos le quitó el aire, se queda un par de minutos frente a la habitación para recuperarse, luego extrae de uno de los enormes bolsillos de su bata, un manojo de llaves: grandes, diminutas, doradas, plateadas. Introduce cada una en la cerradura, sin tomar en cuenta que por sus tamaños sería imposible que correspondieran a la puerta en cuestión. Algunas demasiado grandes, se resisten a ingresar en la ranura; otras, demasiado pequeñas, se pierden en ella. Aquello logra impacientarme, desvío la mirada. Las paredes de aquel último piso también están tapizadas de espesas enredaderas y de trinos de pájaros atrapados entre sus ramas.

Este aspecto abigarrado y lleno de detalles... "Ya di con la llave, vamos, querida, entra". Domina la escena un catre de metal, antiguo, con algo de herrumbre en las patas y con un único velador del mismo material; cerca de la ventana hay una mesita con su silla de madera, ambas antiguas y desgastadas en los ángulos, el ropero empotrado tiene las puertas abiertas, me acerco para cerrarlas, pero se resisten a mi intento.

- No hay nada que no pueda componer unas cortinas, tapetes y sábanas nuevas - Afirmo con seguridad, su olfato de mujer de negocios seguro detectó mi desencanto, yo, aún no aprendí a fingir ni a ocultar mis sentimientos - En ningún lugar te vas a sentir tan bien como en esta casa - Agrega con el tono cargado de significaciones - La seguridad es tan importante, especialmente para muchachitas como tú que deciden viajar solas - Aquellas palabras terminan por convencerme. Total, al huir de casa había prometido no poner remilgos a las adversidades, por si fuera poco mis costumbres son tan sencillas y exentas de pretensiones que el proceso de adaptación en aquel cuarto no sería del todo traumático. Me consuela la limpieza, casi escrupulosa de las paredes y del piso.

Salió a buscar los implementos para disimular la frialdad de la habitación, atravesó con dificultad la puerta, lo hizo de perfil, comprimiendo el estómago. Cuando la vi en la recepción, la desproporción de su figura me pareció inusual, luego olvidé su aspecto para prestar atención sólo a sus palabras mientras esquivábamos las macetas. "Los huéspedes del último piso son personas muy agradables . Ni siquiera subir las gradas a paso de tortuga, detrás de ella, logró llamar mi atención, yo estaba entretenida con los detalles de aquella casa "Te resultará fácil llevarte bien con ellos". Los dos troncos que la sostenían parecían rendirse a su peso, lo que hacía que su cuerpo se bamboleara a cada paso. El pasillo, las gradas de cemento, aguardaban en silencio ante aquel magistral esfuerzo. "No hay aire acondicionado, te aconsejo que te compres un ventilador". Sus pasos cansados e intensos se perdían, inevitablemente, en la habitación del fondo de la planta baja, que era, no solamente el desván sino el almacén. Después de unos minutos la diminuta empleada de la casa trajo lo necesario.

Desligada mi alma de la tristeza que frecuentemente me atosiga, busqué un pedazo de pape; para escribir estas líneas, sé muy bien que ya no me esperan, que estoy fuera de sus vidas y de sus preocupaciones; pero, necesito salir de este lugar y sólo ustedes pueden liberarme de estos muros y de estos barrotes, los cuales veo hasta en mis sueños. Comprenderán que esto en nada favorece mi recuperación. A veces pienso que es mejor resignarme, dejar que este espacio me absorba, dejar que de mi boca salgan carcajadas delirantes, dejarme llevar por las imágenes inconclusas que rebalsan mi memoria.

A veces quisiera olvidarlos a ustedes también, resignarme a que me dejen atada a este encierro injusto, al desorden de estas horas. Los doctores dicen que estoy hace casi diez años en este sitio, yo no recuerdo nada, pero para fortuna mía o para mi desdicha hace algunos meses he ido recobrando la conciencia, paulatinamente; la razón me va tejiendo imágenes y recuerdos en los que habitan ustedes, mi hermano y mi hermana, lo único que tengo en este mundo. A veces aparece en mi mente el rostro de un bebé, sé muy bien que esto no corresponde a la realidad, sólo a mi imaginación. Por eso les escribo, supongo que ustedes me confinaron en este aislamiento y sólo ustedes pueden sacarme de él.

Desde que tengo conciencia de lo que me ocurre, sé bien que no hay futuro para mí, encerrada en este hospital, y si hay, se encuentra fuera de estas paredes, fuera de esta reclusión. Al otro lado del muro, escucho el bramar del viento indomable, las bocinas de los autos, las voces de las personas que caminan por la calle, pero no puedo ver nada de lo que ocurre fuera de esta prisión, porque eso es lo que es. Ni siquiera puedo caminar más de cien metros en línea recta, esto me pone triste, pienso que estos muros y estos barrotes

terminarán por volverme loca, les aseguro que no lo estoy, pero si permanezco más tiempo, terminaré por perder la razón, definitivamente.

Invariablemente, la soledad sale desde la penumbra de mi alma para envolverme en esta desdicha que parece interminable ¿Cuánto tiempo más durará esta agonía, este estancamiento en las aguas eternizadas de este cuarto? Espero que no mucho, los doctores los buscan para que me reinserten en mi núcleo familiar, ellos suelen llamarlos así a todos ustedes en su conjunto.

A veces temo que ustedes me nieguen la acogida, que apelarán, buscarán cualquier ardid, de esos que utilizan los leguleyos que están seguros que su conocimiento sobre las leyes los habilitan para evadirlas. Temo que consultarán con ellos y con cuanto psiquiatra puedan para dejarme recluida y para siempre en este claustro, pero es necesario que alguna vez recuerden que soy su hermana y que sólo necesito un poco de comprensión. Recuerden que este confinamiento no solamente es absurdo, es también injusto, y que terminará por arrebatarme la lucidez que desde hace algunos meses me acompaña.

La ropa que tengo está vieja y ajada, me quedan unos calcetines casi nuevos, los llevo conmigo, a veces metidos entre mi ropa o en el bolsillo de mi uniforme, es lo que más se pierde en este hospital, no logro explicarme por qué. No saben lo que es vivir encerrada, ver todos los días el blanco monótono de las paredes, no se imaginan lo que es llevar todos los días esta ropa de tela gruesa e incómoda. El aire en este lugar parece detenido, las ramas de los arbustos permanecen inermes en los jardines, el mismo cielo parece indiferente y ensimismado. De vez en cuando el sonido de la calle salta el muro y se acerca a mis oídos para traerme algo de la vida que transcurre afuera de este confinamiento.

Yo los extraño, aunque ustedes me hayan olvidado, sé que alguna vez me visitaron. Yo de vez en cuando rezo por ustedes y les hablo, esperando que de alguna manera ustedes escuchen mis ruegos y vengán por mí. Cuando

vengan no olviden traerme medias y no calcetines y, si pueden, tráiganme un vestido, los que tengo están raídos y son incómodos debajo del uniforme.

Todas las mañanas les espero, en una banca que da justo a la entrada. Los imagino viniendo hacia mí para abrazarme y darme los besos que me negaron durante estos años. No se olviden de las medias, deben ser delgadas, nunca soporté las gruesas que tentarnos que usar por el cuma frío de La Paz. Es necesario que sepan que yo no les reprocho nada y quiero quererlos como antes, y que ustedes me quieran también.

No deseo ser ingrata, pero a veces pienso que este encierro ustedes lo urdieron para alejarme de la ciudad. Pero, como les dije, estoy dispuesta al perdón. Cada día amanezco contando los segundos, uno a uno aguardando impaciente el momento de poder verlos de nuevo. No olviden traerme las medias, y si pueden otro par de zapatos, el que tengo, sin estar completamente viejo, no está presentable para salir con él a la calle, además es de hombre.

Me dijeron que intentaron comunicarse con ustedes, pero no lo lograron, por eso aprovecho el viaje de la secretaria para hacerles llegar esta carta, no se imaginan las tardes quietas e insoportables de este lugar, el viento entumecido y la inercia.

Les mando besos y muchos abrazos. No se olviden traerme el vestido verde y con flores diminutas color fucsia que me gustaba tanto, precisamente por el contraste. No saben lo mal que me siento de estar siempre metida en este viejo uniforme, en este lugar donde nada pasa y cada día es el mismo: los mismos colores, los mismos sonidos, los mismos silencios, nuevamente les pido que no se olviden traerme las medias y el par de zapatos nuevos.

Tienen que venir por mí, no sé lo que pueda pasar si no lo hacen, la semana pasada desaparecieron muchos internos, las enfermeras dicen que ya no hay presupuesto, que la hiperinflación, que la situación en el país es demasiado mala como para gastar dinero en unos pobres locos. A algunos los echaron de noche, sólo pude escuchar sus ruegos pidiendo que no los lleven. Se fueron los que no quisieron irse, a los demás nos han dicho que aún tratan

de comunicarse con nuestras familias, para que nos recojan, yo les respondí que ni que fuéramos un objeto, un costal de papas, no me pareció pertinente que hablen así de nosotros. Pero ya saben cómo son las cosas aquí, de todas maneras tengo fe en que vengan por mí. Ya ven, mi estadía en este lugar no sólo es injusta, es también inútil, espero que lo comprendan. Los doctores dicen que estoy completamente recuperada de mi manía depresiva, se que lo dicen porque es verdad y no sólo porque desean deshacerse de mí como sucede con los demás pacientes. Por otro lado, yo quiero regresar a mi ciudad y retomar mi vida de antes, quiero volver a dar clases, no saben cómo extraño las aulas. No me olviden, soy su hermana, tampoco olviden traerme las medias y los zapatos, no saben cuánto los necesito, pero traigan zapatos de tacón, no zapatos como éstos que parecen de hombre.

Besos y abrazos de su hermana que aún los quiere.

Después de incontables horas, tengo la sospecha de que el bus no hace el recorrido sobre las calles de una ciudad sin fin, sino que gira a su alrededor, sobre sus propias huellas, una y otra vez, de modo que la ciudad cobra aires de familiaridad. Aletargada, pegada a mi asiento, observo que las calles y las casas se suceden unas a otras.

Es perfectamente previsible lo que vendrá después de cada esquina, como en una película que se rebobina una y otra vez. A mi alrededor los demás pasajeros miran por las ventanas, como detenidos en un instante, en un punto de la línea infinita del tiempo, obstinada e irremediablemente hipnotizados por aquel recorrido circular. La luz perlada de las calles desiertas, sin señales de tránsito, me vuelve a sumir en el sopor.

El aire salino de la costa, los barquinazos, las luces prendidas dentro del bus, el sonido de los sueños, todo eso me sumerge en la irrealidad, como si no se accediera a esta ciudad sino por los sueños.

Ahora estamos en la periferia, lo supongo porque a las imágenes se superponen tristes casas de estera, azotadas por el viento repleto de humedad, que las va corroyendo, destruyéndolas debajo de un horizonte nublado. Como *una* llamarada, los relámpagos atraviesan perpendicularmente al horizonte nublado y plomizo, se siente el retumbar de los truenos cayendo sobre el piso. Los rayos se precipitan al suelo creando suturas sobre las lejanas dunas de arena, ramificaciones que se extienden hasta alcanzar a las llantas del bus, haciendo que retumbe.

Corro al pasillo, el movimiento del bus se hace discontinuo, voy como estrellándome contra los asientos, logro detenerme antes de dar de lleno contra el parabrisas, acciono la palanca para abrir la puerta, quiero bajar del bus, pero *mi* pie derecho queda desconcertado en el aire, esperando la dureza del asfalto, mi pie se hunde, toda yo me hundo como si atravesara la nieve con las brasas.

- ¡Qué se pensó aquel viejo! Le solté unas cuantas verdades acerca de su fea calva. ¿Viejo estúpido, cree que puede comprarme con su empleo? - Es Martha conversando en la terraza con Carlos, los observo a través de las cortinas. Su voz logra sacarme del sueño, aunque permanezco adormecida sobre la cama.

- Le hubieras dado un par de bofetadas.

- Qué tal cobarde, se escudó detrás de su otra secretaria... la pobre, no sabía qué hacer en medio de los dos, lo más seguro es que recibía los mismos toqueteos del viejo raboverde, de esas manos decrepitas...— Acentuó en su cuerpo el estremecimiento que seguramente sentía al recordar aquellas manos tocándola.

- ¿Por qué no lo denunciaste por acoso?

- Papito, esas denuncias nunca tienen fruto, el viejo era capaz de decir que yo me le había insinuado.

- Ja, ja, ja, ¿Tú crees que le hubieran creído?

- No es broma. Eso le pasó a una amiga que decidió denunciar las metidas de mano que le daba su jefe. El tipo hizo tal declaración que parecía que era su secretaria la que casi lo viola. Y como era un "miembro honorable" de la sociedad, sus abogados dijeron que era una trampa de la secretaria, que lo único que buscaba era extorsionarlo con una denuncia que no tenía ningún fundamento, la cosa quedó en nada, bueno, nada no es la palabra, mi amiga quedó tan mal parada que no pudo conseguir trabajo por meses.

- ¡Qué tal ésa! Entonces la moraleja es quedarse callada.

- ¡Claro que no! Lo que hay que hacer es romperles la cara — Martha, hace un ademán con las manos como si estuviera golpeando a alguien frente a ella. Luego suelta una gran carcajada que termina despertándome por completo. Ambos están apoyados sobre el barandal, ella es más bien entrada en carnes y pequeña, Carlos es todo lo contrario.

- Pero a ti te hubiera convenido un viejo platudo, tú sabes, para que te arregle la vida.

- Lo pensé... no es que me detenga un falso moralismo, lo que pasa es que no me gustaba ese viejo, con su aliento a muerto y sus manos manchadas — Con sus propias manos tocándose, finge que ese mismo ser invisible está recorriendo indecentemente su cuerpo, mientras su rostro se constriñe en una mueca de repulsión.

- Eso se arreglaba fácil, simplemente cerrabas los ojos e imaginabas que era Brad Pitt, o ¿Cuál es ese otro actor que te gusta?

- ¿Y, crees que no lo he intentado? Estaba en juego un buen sueldo. Pero no pude soportar el olor a formol que despedía el viejo, aunque luego me despidan prefiero... ¿Qué hora es?

- Las nueve.

- Hablando de despidos... Bye —. Le da un beso en la mejilla y desaparece de mi punto de observación. Se escuchan unos pasos desacompañados bajando a zancadas los escalones, seguro esquivando las macetas. Aparentemente, unos segundos antes de cumplir con un horario establecido, se activaba algún mecanismo en su cerebro que le informaba que estaba al borde del desempleo; entonces corría desesperadamente por las calles, en un vano intento de recuperar los minutos perdidos. Carlos, continúa recostado sobre el barandal, chupando un cigarrillo que ya está por consumirse, mira hacia abajo para observar a Martha, desde mi cama logro escuchar el eco de sus tacones altos, tac, tac, tac, hasta que el eco se vuelve una delgada fibra que desaparece.

El calor es sofocante, tal vez debería dejar la cama, ir a la ducha y salir a husmear por la playa, siento que mis pies se hunden en un líquido tibio, me sumerjo, soy un escualo, nado entre mis sábanas. Una corriente me arrastra a millas de distancia de la playa, la profundidad es un polo magnético que me atrae, me lleva al fondo. Las tinieblas penetran por mis ojos, constriñen mis pensamientos, el peso del mar sobre mi cuerpo hace que mis movimientos sean más lentos, de pronto una corriente submarina me arrastra más hondo, me falta el aire, quiero subir, pero cada intento es vano; la gravedad me jala, me arrastra

a las honduras, me arrastra hacia una oscuridad inconcebible, una oscuridad densa que penetra por los cuencos de mis ojos. En un intento desesperado, nado a contrapelo, arañó las aguas, el tirabuzón se rompe, soy expulsada hacia arriba, a través de las aguas adivino la luz del sol, me acerco a toda velocidad para romper la superficie líquida, tampoco puedo respirar, el oxígeno húmedo y caliente mis pulmones hasta casi reventarlos. La luz del Oid penetra por los vidrios de mi habitación atravesando las cortinas, intento desprenderme de las sábanas, pero ellas me detienen y me vuelven a sumergir en el letargo.

Inmovilizada, veo a Carlos, continúa con la colilla suspendida en sus manos y con el humo de su cigarro congelado en el aire. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido para esta pequeña digresión de la mente? Carlos se queda mirando un punto distante que está fuera de mi perspectiva, frunce un poco el ceño, su perfil recortado me recuerda los barcos de vela sobre las tormentas. Aunque intenta disimular su origen de barriada, lo delata el excesivo movimiento de sus manos cuando habla. Algo de una ascendencia negra asoma tímidamente en sus cabellos ensortijados, despista el color blanco de su piel, que se revela aun ante el bronceado del sol. No era extraño encontrarlo integrando algunos grupos de jóvenes despreocupados, fastidiando a la gente en la playa, pero cuando regresaba a la casa de huéspedes se transformaba. Se podría creer que aquella actitud se debía a una consideración especial para con la Dueña, pero en realidad hacía todo aquel teatro para quedar bien con Clarita, la hija de la Dueña. No faltaba ocasión para verles muy metidos en su rollo por los rincones de la casa, en las gradas o en el zaguán. Al parecer todos los huéspedes de la casa estábamos involucrados en el secreto, como sucede en las demás cosas de la vida, la más interesada sería la última en enterarse.

Da una bocanada más a la colilla, la arroja y la pisa, la aplasta con fruición, es como si aplastara una cucaracha, sintiera el crujido de su carapacho al ser quebrados debajo de sus zapatos, levanta su pie, observa su suela, sólo hay una colilla pegada a ella. Mira a mi ventana, sé que no me puede distinguir, yo sigo observándolo con la desfachatez de un curioso a un ciego. Al final

termina por irse, me levanto, voy a la ducha, para mi desencanto el agua está caliente.

El oxígeno pesado y cálido de la costa ha vencido a mi organismo, habituado a vivir de nuevo en las alturas, en convivencia con el frío de la cordillera. Regreso a la cama algo aliviada, siento aún el sabor salino del agua, quedo desplomada sobre la cama, afuera ¿Os pájaros continúan con sus trinos impetuosos, moviendo las ramas de las enredaderas, el techo está sellado con manchas de humedad, pequeños puntos peludos, observados mejor me doy cuenta de que son hongos de color verduzco y negro. Cierro los ojos, intento olvidar esa visión desagradable y repulsiva. Pero aún con los ojos cerrados la visión me causa escalofrío, los trinos de los pájaros se adhieren a mis pensamientos, a las imágenes que anidan en mi mente. Nuevamente el letargo hace presa de mi cuerpo, mis pensamientos se detienen otra vez en las manchas, afuera el día ha empezado a oscurecerse. Una penumbra suave permite distinguir las cosas, las calles, las casas, los cerros salpicados de nieves, el asiento del bus es incómodo, las calles se vuelven cada vez más familiares, atrás quedó el inmenso altiplano, ahora el bus se desprende de la Ceja de El Alto a través de una autopista serpenteante y en caída hasta el centro de la ciudad. Las luces de la autopista dejan manchas amarillentas sobre el asfalto, al fondo el Illimani, atemporal. Tengo hambre, le digo a mis padres que están en los asientos de adelante, no me escuchan, yo oigo los retortijones de mi estómago, me atormentan, les vuelvo a decir que tengo hambre, pero ellos no pueden escucharme, están demasiado ocupados en cuidar a Alex. Estoy relegada en un asiento detrás de ellos, de vez en cuando me paro sobre mi asiento para ver lo que hacen, se ocupan de Alex que está con gripe, tiene los ojos y la nariz rojos. Sus gritos constantes son a veces ahogados por la tos, aguanta la respiración un momento, pero su llanto no tarda en reaparecer.

Meto los dedos índices en mis oídos, tapiándolos, tratando de que no se infiltre su llanto agudo. El arruru nene, arruru que el coco viene... yo, con los oídos tapiados con mis dedos, con mi barrito sabanero voy camino de Belén,

con mi burrito, voy camino de Belén... El completo silencio es muy desagradable, aparto las manos de las orejas y el arrurru mi nene regresa a mis oídos desde la voz quebrada de mamá, voltea la cabeza y me mira con furia, me dice que me siente en mi lugar, tiene los ojos rojos como los del nene, ella no puede taparse las orejas...

Velvo cubrir mis oídos con los dedos índices con mi burrito sabanero voy camino a Belén... el nacimiento, está en medio de la sala, los tres reyes magos rodean al niño y a sus padres. El pesebre de paja y la vela están colocados a unos centímetros, no hace falta más que un instante para que el fuego brinque sobre la casita. Los animalitos corren para salvarse, el niño se esconde debajo de las mantas de María, José me mira con esa sonrisa de quien lo perdona todo. Esto es mala suerte. Esto es mal augurio. El agua cae sobre el nacimiento, los reyes magos nadan para no estrellarse contra el piso de la sala. Jesús, María y José ¿qué has hecho? Sabes muy bien que no puedes jugar con fuego. No, no importa que quisieras prenderle velitas al nacimiento. No importa. Siento el dolor en el rostro que tiene la forma de la palma de mamá. Estás castigada. A través de la tela transparente de mis lágrimas logro ver el pesebre, está chamuscado, residuos de paja quemada cubren a Jesús, María y José que están quebrados, confundidos con las cenizas, los reyes magos ya no llevan corona. Esto es mala suerte, mal augurio. Con mi burrito sabanero... En los asientos de adelante siguen consolando a Alex, papá con la parsimonia que lo caracteriza, mamá con los nervios descontrolados. La brisa de la madrugada desaparece a media mañana, con el arribo del sol el aire caliente se estanca en mi cuarto de la casa de huéspedes.

Su rostro parecía haber eludido al sol para estacionarse en una penumbra completa. Un riguroso moño sujetaba su cabello teñido de caoba, unos cuantos cabellos blancos se resistían a la rigidez del peinado. Catalina estaba de pie frente a uno de los ventanales, observando la calle congestionada de gente y de movi­lidades, su mirada se posó en una campesina que había instalado su puesto de venta justo en la puerta principal, quiso salir corriendo para echarla, pero el dolor en los huesos la retuvo. Al otro extremo de la habitación estaba una igual a ella, Mariela, esta otra tenía los cabellos cortos y renegridos, sueltos y tiesos, su mirada estaba entretenida en el vuelo de una mosca, que no se cansaba de provocar su ira al volar muy cerca de su rostro. Mariela tomó el periódico enrollado que estaba sobre una silla vieja, en la superficie expuesta se podían ver pequeñas manchas negras y rojas, si nos hubiéramos acercado más podríamos haber visto sangre y alas aplastadas. La del cabello caoba, se sentó en el sillón y cambió de emisora cuando empezaron los anuncios comerciales. "Los boleros suenan mejor que antes". La del cabello tieso corrió de un lado para el otro intentando alcanzar con el periódico enrollado a la mosca ladina que no se cansaba de burlarse de ella volando en círculos, planeando un vuelo de camikase del que salía airosa en el último segundo, quebrando la línea recta de su vuelo y transgrediendo la ley de la gravedad, sin saberlo.

- A ver, Mariela... ¿por qué no compras insecticida de una vez? Mira cómo has dejado las paredes, no sabes lo repugnante que resulta todo esto.

- Hazme recuerdo cuando vayamos al mercado - Dejó sobre el esquinero el periódico manchado y se sentó. Empezó a sentir comezón debajo de su peluca tiesa. Disimuló un momento esa molestia, le daba vergüenza que su hermana la viera en el trance de rascarse la cabeza casi calva, al final no pudo soportar

más y escarbó debajo de la peluca, restregó sus uñas contra la piel de su cráneo, ya sin miramientos, aunque evitó el suspiro de alivio que le provocó la fricción.

- Ese periódico mantenlo lejos de mí, por favor. Podemos salir en la tarde para buscar un tarro de insecticida. Pero no quiero dejar a los niños solos.

Están acostumbrados, además les gusta jugar en el desván, que es el lugar en el que menos destrozos hacen.

- Pero es un lugar oscuro. No, mejor busquemos el insecticida el lunes, cuando vayan al colegio.

¿No sientes el olor a gusanos regocijándose entre las cáscaras de algo?

No, no huelo nada.

- Es que yo tengo el olfato muy fino, tú no lo puedes sentir, pero ese olor siempre regresa y no sé de dónde. Podemos comprar ambientador en vez de insecticida, ya empieza el invierno y en esta época, las moscas, solitas desaparecen:

- Falta mucho para el cambio de estación, mientras tanto no quiero que sigas manchando las paredes.

- ¡Pero no seas tan quisquillosa, mujer! Unas cuantas manchas no hacen mal a nadie, sino imagina cómo sería la vida con toda la pulcritud que vos precisas.

- No vamos a empezar a discutir. Esto no es culpa de nadie, es lo malo de vivir junto a un tambo.

- Es el clima. Este año ha hecho más calor que nunca y, al final, todo lo bueno tiene su lado negativo. El clima está como a ti te gusta, qué pena que con el calor se multipliquen las moscas.

- Aún pienso que debemos vender esta casa e irnos a Cochabamba o a los Yungas. No hay nada como un clima templado, especialmente para mi reuma.

- ¿Reuma? Pero, qué exagerada que eres. Si eres todavía joven para tener reuma, lo único que tienes es un simple dolor de huesos, algo natural después de la menopausia.

- Pero, últimamente empecé a sentir tantos dolores, especialmente en el corazón, creo que me va a dar una taquicardia, o algo parecido - Ensayó una sonrisa, como queriendo restarle importancia a lo que había dicho - Ya deja de rascarte la cabeza, me pones nerviosa, además no es necesario que traigas la peluca puesta todo el día.

¿Estás loca ¿Cómo crees que voy a caminar sin ella?

- Pero en casa nadie te ve, sólo yo y los niños.

- Aún así - Volvió a arreglarse los mechones tiesos que le caían sobre los ojos. Después de todo vivir aquí o allá le daba lo mismo, simplemente no quería romper con la costumbre de oponerse a todo lo que Catalina sugería. Un juego que en algún momento cobró el aspecto de franca enemistad - Además, tú queriéndote imponer siempre.

- ¿Siempre? ¿A qué te refieres? - Disminuyó el volumen de la radio, para escuchar mejor lo que Mariela tenía que decirle.

- Tú sabes - Se levantó de la silla y se paró frente a la ventana.

¿Vas a volver a lo mismo?

- Arruinaste mi vida. Eso jamás podré olvidar ni tampoco te lo voy a perdonar - La voz cambiada se hizo apenas audible. El rostro de Reinaldo le cruzó por la frente, pensó que si Catalina no se hubiese interpuesto, ellos ahora serían felices; Catalina pensó lo mismo respecto a Mariela

- Es mejor que no hablemos del tema - Lo dijo con tono enérgico a tiempo de observar a Mariela: estaba de perfil, con la mirada extraviada, en algún lugar, en algún tiempo. Pensó que tal vez hubiera sido mejor dejarla en el hospital, pero aquello hubiera sido demasiado mezquino, después de todo era su única hermana, y Juan ya estaba muerto. Observó el resplandor del sol a través de la ventana, sus ojos quedaron empañados. A esa hora de la tarde, el sol daba de lleno sobre los cristales de ese lado de la casa. Mariela continuó parada frente a la ventana, sintió irritación en los ojos por los rayos, pero continuó con la mirada perdida, más allá de los techos de calamina de las casas de enfrente.

- Hubiera preferido cualquier cosa a esta soledad - Cubrió sus labios con ambas manos, como queriendo retener un grito. Pensó en lo distinto que sería su vida si el destino no hubiese confabulado para dejarla sola, si Catalina no hubiese conocido a Reinaldo, si no hubiese existido Susanita, la más perra de todas.

Tienes mi compañía y la de Urna y la de Alex

- No es lo mismo.
- Si quieres partimos la casa en dos y cada una...
- Sabes bien que no podemos hacerlo, está casa no nos pertenece, no sé por qué insistes en ello - La interrumpió con molestia.

- Está bien, es cierto lo que dices Mariela, pero aún tenemos vida y nos sobra tiempo.

- No me hagas reír. Ya no tenemos tiempo para nada, todo nuestro tiempo se fue - Volvió a arreglarse los mechones tiesos que se obstinaban en caerle sobre la frente. Buscó a tientas una silla, la arrastró y la puso frente a la ventana, no quería que Catalina la viera llorar. Liberadas sus manos del periódico, las dejó abandonadas sobre sus abultados muslos. Contempló la calle, estaba más congestionada que de costumbre, era sábado, día de compras para los habitantes de la ciudad.

- Mañana es fin de mes, hay que cobrar los alquileres - Catalina cambió de tema para distraerla. Estrategia de la cual Mariela parecía no percatarse.

- Sí, y como siempre nos dirán que no hay dinero, que no hay venta, que el país está en la ruina...

- Prefiero que tú lo hagas sola. Yo detesto cobrarles, me miran como un enemigo.

- No seas tonta, las cosas realmente no van tan mal como dicen, sino ¿Qué sentido tendría tener tiendas de negocios? De todas maneras, yo cobro aquí y tú en las demás casas.

- Es la única manera de sobrevivir ¿No es cierto? - Volvió a subir el volumen a la radio. Su mirada también se detuvo en la avenida atestada de vehículos, de vendedores y de gente.

- Sobrevivir... para qué - Catalina no logró escucharla. Mariela volvió a coger el periódico manchado de puntos rojos y negros. Se quedó paralizada con el brazo en alto, siguiendo con los ojos el recorrido de la última mosca que merodeaba, "la más ladina". Después de volar en semicírculos, por fin se detuvo encima de la mesa. Mariela caminó lentamente sin que el brazo cambie de posición, dejó caer pesadamente el periódico. Buscó la mancha roja, no supo en qué momento se le escapó.

- Ya deja eso. Me sacas de quicio - Catalina miró a su hermana con atención, se veía más vieja de lo que se podría esperar de alguien de su edad. "Debe ser cierto que el sufrimiento envejece a las personas". Sintió lástima de ella.

- Nos queda esperar la muerte - Nuevamente se puso en posición de combate, la del cabello caoba evitaba mirar el espectáculo, simulando prestarle atención a la emisora. - ¿Qué se sentirá al morir?

- Los boleros están mejor que antes.

- ¿Por qué te espantó siempre esa palabra? ¿Recuerdas que de niña no quisiste ni siquiera mirar a nuestro perro cuando agonizaba? Y eso que decías quererlo mucho y lo llenabas de mimos. Hasta le hiciste ropita para dormir, pero cuando le tocó enfrentarse con ese momento lo dejaste solito, desamparado, el pobre te buscaba con los ojitos llenitos de lágrimas, y tú ni te apareciste. Y lo mismo con nuestros padres.

- Sabes qué, déjame en paz, no tienes porqué recordarme esas cosas. Prefiero no pensar en la muerte, ya te lo he dicho. Es una palabra que me espanta, lo confieso, como a todo el mundo, sólo tú pareces regodearte hablando de ella.

- Sí, a mí nunca me atormentó hablar de ese momento. Quisiera saber qué se siente, cómo escapa el espíritu del cuerpo...

- ¡Ya, deja de hablar de eso, me vuelves locas... — Tal vez lo mejor sería partir la casa en dos. Lo malo era que había una sola escalera para el primer piso.

Hablar de muerte sigue siendo un tabú, como para nuestro tiempo hablar de sexo.

- Siempre fue más.

- Pero es lo más natural: nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos. ¿Será como hacer el amor? Digo cuando todo concluye - Catalina ya no la escuchaba, su mirada se perdió en el tiempo.

- Y sigues. En vez de pensar en el examen de mañana te entretienes con esas cosas.

- ¿Existirá el cielo? — Alberto volvió a preguntar, sin importarle la molestia que le causaba a su prima.

- La Guerra del Peloponeso se debió a un enfrentamiento entre la oligarquía y la aristocracia.

- No sé por qué tenemos que estudiar cosas que pasaron al otro lado del planeta, cosas que no nos incumben - Subió los pies sobre la mesa, tenía la vista fija en la calle desierta, era domingo. Catalina escuchó el traqueteo de sus dedos sobre la superficie atestada de cuadernos y de libros. Lo observó al otro lado de la mesa, realmente la turbada, intentó concentrarse, era evidente que estaba lejos de hacerlo, a pesar de que leía en voz alta. Él atrapó su mirada huidiza. Ella se sonrojó y escondió el rostro detrás del libro.

Tus padres no están ¿Verdad?

Pero no tardan en llegar.

- Podemos aprovechar.

- Llegarán pronto, además Mariela ya va a regresar con las empanadas.

- Tiene que caminar unas cinco cuadras hasta la plaza y otras cinco de regreso. Además, nos damos prisa y ya. Como la otra vez, no me digas que no te gustó.

No. Nos pueden pescar - Se turbó más cuando lo vio acercarse.

- Un ratito nada más - Se inclinó sobre ella y le abrazó las piernas, le acarició las rodillas y las abrazó. E? libro cayó - Vamos no me digas que no te gustó — Se quedó callada, observó insistentemente la ventana, esperando que Mariela atravesara la esquina empinada de la calle de arriba. Él, le levantó la falda.

- No seas malo, déjame, nos van a pescar — Se limitó a apartar las manos de él una y otra vez; mientras ella observaba la calle, atenta a la llegada de Mariela. En un arranque incomprensible para ella misma, le correspondió con un beso largo. De muy lejos escuchó sobresaltada la voz de Mariela.

- ¿Por qué no te resignas a terminar tus días en esta casa? Digo, en el mejor de los casos.

- No quiero pensar en el fin, si ocurre quisiera que fuese en mi cama, mientras duermo: un día cualquiera, simplemente, no despertar. Y ya deja de hablar de tonterías

- Ni siquiera puedes decir que algún día te gustaría amanecer muerta - Sonrió, sabía que había tocado un punto neurálgico en los miedos de su hermana.

- Yo creo que está todavía muy lejos.

- Pensar que todo está bien, que todo está en su sitio es estar en paz con una misma y con el mundo - Mariela, salió de la habitación con el periódico enrollado en las manos y con la cara de satisfacción.

- A veces parece tan lúcida y otras tan perturbada. Ya no sé si la loca es ella o yo - Habló como para sí misma. "Los boleros suenan mejor que antes". Se recostó en el sofá. Observó con insistencia la puerta, como si esperara el arribo de alguien, nadie atravesó el umbral. Cerró los ojos para escuchar mejor la canción que salía de la radio, cuando terminó, la voz del conductor,

monótona hasta la exasperación le hizo tomar la decisión de apagarla, pero se quedó recostada en el mismo lugar, resignada.

Mariela atravesó el corredor y subió las gradas de prisa, no había nadie en la sala, el sol ya no hería los cristales.

- ¡Acabo de conocer al muchacho más guapo del mundo! — Mariela se desplomó alegre sobre la cama de su hermane — Se llama Reinaldo lo conocí en la tarde, en la plaza, mientras comprábamos empanadas — Mariela tenía las mejillas sonrojadas y hablaba sin descanso.

- ¿Y las empanadas?

- No tengo la menor idea.

Regresaron las miles de voces para poblar la calle, aún escuchó, entrelazados con la música, los bocinazos insistentes de los micros varados por la congestión. Cerró los ojos, los ruidos de la calle arrullaron su sueño. Esa tarde soñó que nunca más despertaría. Soñó que todo su ser se esforzaba por despertar. Soñó que su cuerpo era ajeno a su voluntad, un leve estremecimiento le recorrió, después la inercia total.

- Tía Catalina, ¿podemos ir al parque? Sólo un momento.

- Está dormida — Uma la zarandeó, pero Catalina no despertaba.

¿Tía Catalina, estás bien... tía...?, despierta – Ambos la zarandeaban con fuerza. Escuchó sus voces, pero los niños ya estaban lejos. Catalina se desplomó del sofá con estrépito, sintió que caía en un abismo sin fondo, quiso levantarse y no pudo, quiso abrir los ojos, pero ya sus párpados estaban pegados uno al otro. Del abismo fue lanzada a un sueño, en el que moría en un sueño que estaba soñando y nunca más despertó.

A las seis de la madrugada el horizonte es un velo gris, una lluvia fina, casi imperceptible lo moja todo, algunos deportistas trotamos por la playa, disfrutando de la brisa marina. Nuestra ruta invariablemente va desde el mirador, pasa por la hilera de palmeras, los jardines y los parques, hasta llegar al surco por el que bajan aguas servidas. Más lejos aún, hay hombres entretenidos en su labor de pesca, sujetan hilos invisibles. Algunos deportistas ingresan al mar aprovechando que las aguas permanecen casi tibias, adecuadas para despejarse del calor asfixiante de la noche.

La ciudad termina o empieza en el Mirador. Empieza para quienes llegan navegando, termina para quienes han hecho la travesía surcando el desierto. El Mirador está construido sobre un risco, en medio de la bahía, al que se llega desde la playa a través de unas gradas o a través de un terraplén inclinado. El Mirador divide la playa en dos sectores, si se quiere pasar de un lado al otro es necesario subir al Mirador a través de las escalinatas y luego bajar por el extenso terraplén semicircular, o viceversa.

El sector más concurrido de la playa es el que está por el lado del terraplén, la arena es blanca y menuda. En el lado contrario sólo existe un puerto abandonado desde hace décadas a causa de un incendio, de aquel siniestro queda un armazón de hierro y de madera quemados. Un puente oxidado a punto de desplomarse une este lado de la playa con el barrio de los obreros. El trayecto es inseguro sobre estos rieles, pero se corre el riesgo y se soporta el olor a algas podridas, sólo porque conduce a un pequeño golfo anclado sobre dos enormes rocas. Es el lugar preferido de las gaviotas; se mantienen a flote inmóviles sobre las olas hasta que divisan algún pez, entonces se sumergen por completo, dejando en la superficie solamente las patitas coloradas.

Las madrugadas son frescas, casi heladas en la playa, pequeños cuerpos rojizos salen del mar y corren presurosos, hasta perderse en sus huecos en la arena. Dos horas después el sol emerge detrás de una loma distante, los cuerpos rojizos desaparecen y sólo queda sobre la playa una mezcolanza de ruidos, a mediodía el alboroto es total, aparecen los botes y los veleros, los vendedores de mariscos y de cosas inimaginables. Con la llegada de la noche, el lugar se va apaciguando, los mismos muchachos que se adueñan de la playa se quedan desparramados sobre las bancas del Mirador o sobre el césped de la plaza.

En las madrugadas, un trozo de carbón vestido de harapos baja por el terraplén con paso seguro. Es alto y delgado, de una delgadez impresionante, lleva un cartón bajo el brazo izquierdo y un costal vacío sobre el hombro derecho. Desde el risco, debajo del Mirador, hasta donde se pierden las palmeras, va regando la playa de pedazos de cangrejo, corre detrás de ellos, los patea, se queda expectante viéndolos volar por los aires, si puede da otra patada cuando el cangrejo aún está en el aire, luego abre la boca, unos dientes blanquísimos aparecen antes de lanzar la carcajada.

- Megalito, fue una persona normal hasta que en un accidente perdió a toda su familia - Argumenta Max, mientras observamos al pedazo de carbón caminar por la playa con su sonrisa perdida — De todas maneras, jamás hizo daño a las personas.

- Está totalmente descontrolado.
- Pero no es un asesino en potencia, si eso es lo que quieres insinuar.
- Sin él los paseos por la playa serían más gratos.
- Antes del accidente fue un buen hombre, estimado por muchos, por eso lo dejan quedarse en esta parte de la ciudad. Incluso veo en el acto de patear cangrejos algo terapéutico. Sí, no me mires así ¿No te parece más sano patear cangrejos en vez de patear el trasero del vecino? Él respeta la vida de los demás, algo que personas mentalmente sanas no hacen. ¿No te parece suficiente?

Un estremecimiento me sacude al verlo aproximarse, intento apartar mis ojos del espectáculo, es inútil, ya están frente a mí los pedazos de cangrejo lanzados al aire. Cubro mis ojos con ambas manos, pero escucho el sonido de las patadas sobre los restos desperdigados sobre la arena. Su risa es un estruendo que tritura mis nervios.

Mariela extrajo de su bolso un estuche y empezó a retocarse la pintura de los labios. Un brillo en la nariz hizo que se empolve todo el rostro. El centro dei saion vomitaba luces de colores, el sonido metálico de la música parecía arrastrar al éxtasis a la única pareja que bailaba como en un ritual amatorio.

- ¿Sabes cuántos hombres ha tenido?

- ¡Supongo que muchos!

- ¡Quién puede asegurar un número, ni siquiera su colchón!

- Ustedes los hombres, son más venenosos que nosotras - Mariela sorprendió a todos al tomar partido por Susanita, su eterna rival.

- Estás admitiendo que sí son venenosas.

- Sí ¿Y qué con eso? Además ¿Qué te importan los hombres de Susanita? - La discusión asomaba, como cada vez que aparecía la susodicha. Como si el mundo estuviera lleno de coincidencias, ella se encontraba, precisamente, en la misma discoteca. Mariela volvió a observarse en el espejo de su polvera, estaba pálida y demacrada.

- En algún momento quise hacerla mi esposa - Esteban, para molestar aún más a Mariela, observó a Susanita sin disimulo, intentando capturar su mirada, para que ella supiera que él se encontraba disponible en el mismo lugar.

- ¡Ya comprendo! Lo tuyo es despecho - Se volvió a embadurnar con el polvo, intentaba controlar su rabia, pero era demasiado evidente. Recordó la historia que se contaba de ambos: él, enamorado como un tonto y ella tan difícil para él, tan déspota, tan segura de sí misma, tan distante de aquel pobre tipo que pasaba los fines de semana esperando una llamada suya, una palabra, un gesto.

- Es mejor que ya no me busques, a veces es bueno tener dignidad.

- Sabes que no puedo dejarte - Le besó las manos, ella las apartó limpiándoselas en el vestido.

- Estoy cansada de ti, de tu obsesión. ¿No ves que la única razón para que continúe contigo es la lástima? - Su aire de superioridad lo hirió. Volvió a sentir aquel dolor lleno de odio, en forma de réplicas de un terremoto interior. Ella optó por desconectar su teléfono, entonces él rondaba por su calle día y noche, la buscaba en la Normal, en los lugares que ella jamás frecuentaba, fue a parar con su búsqueda inútil hasta las bibliotecas. Ella estaba sonriente en el centro de la pista dentro de su diminuto vestido, sabiendo lo que producía cada movimiento suyo en él.

- Sólo repito lo que todos dicen.

- Como los loros.

- ¡Vamos! Estás asumiendo una defensa de género. Susanita ni siquiera te cae bien.

- Lo que me cae mal es tu insistencia de hablar de ella, desde que entramos no has dejado de mirarla - Sacó el brillo de labios del bolso y empezó a pasarlo otra vez por los labios carnosos.

- Ya dejen de discutir, mejor vamos a bailar - Vanesa se puso de pie, alisó su vestido y tomó de la mano a su pareja.

- Esta música no me gusta.

- Pero a mí sí - Vanesa se dirigió a la pista arrastrando a su pareja, entraron en el círculo de luces de colores, éstos se impregnaban en el suelo y en sus ropas. Después de unos minutos de música, la pareja volvió a tomar asiento a su lado.

- ¡Qué aburridos que están! ¿Por qué no bailan?

- Él, como siempre, dice que no tiene ganas.

- Nadie te ha pedido que te quedes a mi lado — Esteban tenía detenida su mirada en el cubo de hielo dentro de su vaso, evitaba mirarla, en algunas ocasiones las comparaciones eran demasiado crueles y Mariela, desde su

reciente exceso de peso saldría perdiendo al lado de Susanita, tan delicada y tan ligera.

- Si tú lo dices.
- ¿Van a pelear otra vez?
- Preferimos llamarlo intercambio de opiniones - Esteban encendió otro

cigarrillo y ofreció la cajetilla a sus amigos.

- ¿Por qué no bailan la próxima tanda?
- Se supone que estoy de luto, por mi padre.
- No parece - Comentó por su lado Fabián, con tono de burla.
- El dolor está en el corazón y no en la ropa - Respondió Mariela con

enfado. No era su mejor noche y no estaba dispuesta a darle explicaciones a nadie, menos a un ser insulso como Fabián.

- Eso dicen quienes no amaron al difunto.
- Era mi padre ¿cómo crees que no iba a amarlo?
- Los padres no tienen asegurado el amor de los hijos.
- Menos cuando son tan absurdos.

- Ya estás hablando mal de un muerto - Es Esteban quien la confundió esta vez. Mientras da una bocanada larga a su cigarrillo, la mira con sarcasmo - Después de todo, Fabián tiene razón, nadie tiene asegurado el amor por el solo parentesco de sangre - Recordó con rencor la oposición férrea que le hizo el viejo, secundado por la amargada de Catalina.

- Disculpen que no llore - Llenó su vaso hasta el tope. Ésa, definitivamente no era la mejor de sus noches. Pensó que tal vez era mejor quedarse en casa guardando las apariencias, pero quería tener a Esteban a su lado, quería asegurar ese noviazgo que iba en picada.

- Me parece que ya has bebido demasiado - Vanesa desprendió de sus manos el vaso de whisky. Sus acompañantes reían de algo que ellas no lograban escuchar.

- La noche está buena — Comentó Fabián, mirando sin disimulo a las muchachas que acababan de entrar a la pista de baile. Susanita destacaba

entre ellas por la diminuta falda y por la silueta delicada, los saludó desde la pista, aparentaba haberse percatado de su presencia recién en ese momento.

- ¿Por qué a ustedes les gustan las cualesquiera?

- Porque es más divertido estar con ellas que con una mojígata -
Respondió Fabián, mirando significativamente a Vanesa.

¿Entonces es cierto que ustedes tienen *la cabeza* en el pene?

- Esas no son expresiones de una señorita bien. No hagas que piense mal de ti — El rostro de Esteban se descompuso, su orgullo quedaba seriamente afectado cada vez que se ponía en entredicho su inteligencia.

- Es tu culpa, la has estado hostigando, mira, bebió más que nosotros.

- ¡Claro, hay palabras que una "señorita bien" no puede decirlas, mientras que a otras se les permite todo ¿No es verdad? — Mariela volvió a emplear el tono de reproche.

- ¿No es verdad qué?

- La teoría de los cuantos, a ver ¿De qué estamos hablando? — Mariela encuentra un chivo expiatorio en Fabián, tan idiota como Esteban, encima un metiche. pensó mientras intentaba contener las lágrimas que ya se le escapaban de los ojos, pero vio a Susanita mirándola con burla desde la pista, sus lágrimas regresaron a sus ojos e intentó disimular la mueca que se le había formado en el rostro.

- Ah, ya veo, quieres pelear - Esteban dejó caer su molestia por fin, no se percató de las miradas que intercambiaban las dos muchachas.

- Prefiero no hablar, hay cosas que realmente duelen, pero ya no es tiempo para lamentaciones — Un suspiro profundo salió de su boca, vertió un poco de refresco en su vaso y lo bebió, ya sin mirar a nadie.

- ¿Somos novios no? Se supone que si te he pedido matrimonio es por algo — Intentó darle a sus palabras un tono suave, Mariela intentó calmarse - No sé, supongo que me acostumbré a ti, a tu presencia.

- O sea, es sólo costumbre.

- No malinterpretes. Lo que quiero decir es que... sabes qué ¡Ya basta!
Mejor te acompaño a tu casa.

- Vinimos a divertirnos no a discutir. Vamos Mariela, vamos a refrescarnos — Vanesa se puso de pie para llevarla, entre el humo de cigarro y las luces, al baño de damas que estaba al final de unas estrechas gradas. Vanesa acomodó su ropa le avergonzaba subir las gradas con aquel vestido corto. Frente al tocador se miraron a través del enorme espejo.

- Estoy muy demacrada.

- Vaya novio que te encuentraste.

- No peor que tu marido.

- Lo que hace Fabián me las cobro y muy caro, y a fin de cuentas nuestro matrimonio no es una enfermedad irreversible. Pero tú ¿desde cuándo estás tan a la defensiva?

- Desde que le descubrí una aventurita.

¡Ah! Era por eso que lo atacabas.

Era Susanita, o es, quién puede asegurar que la haya terminado.

- Si no pueden llevar la fiesta en paz ¿no sería mejor cancelar la boda?

¡Claro que no!

¿Por qué no?

- Las invitaciones están repartidas, el salón de fiestas ya está contratado. No te imaginas lo que tuvimos que hacer para que nos alquilen esa fecha. Tienes que ver lo mono que es, es lindísimo. Y mi vestido de bodas, es un sueño — Su rostro se iluminó, pensó en la suave textura de la tela, en los bordados primorosos que le estaban haciendo con hilo de seda y perlas.

- Claro. ¿Y esas son razones suficientes?

- Para mí, sí ¿Ves por qué no puedo retroceder?

- Te repito, eso no es suficiente.

- Estoy embarazada.

- Lo siento.

- No te preocupes. Sé que él va cambiar cuando nazca la niña o el niño, aunque prefiero que sea niña.

- Me parece que existen otras soluciones - Se acomodó el sostén frente al espejo, Mariela estaba a su lado más demacrada que nunca.

- Para mí no hay más solución... Un lápiz de rojo encendido y ¡Listo! No sabes cómo detesta que *exagere* en el maquillaje - Ambas bajaron las gradas con mayor soltura que cuando subieron. Al pie de las gradas Vanesa se encontró de frente con un muchacho, se miraron significativamente, pero se saludaron a penas con una sonrisa. La música volvió a retumbar con más estridencia. Los muchachos no se percataron que sus parejas habían regresado del tocador, estaban demasiado entretenidos viendo la pista de baile. Esteban continuaba mirando las nalgas de Susanita, Mariela se sentó a su lado sonriente.

- Puerco.

La música era una estridencia total, Esteban sólo logró ver el movimiento de sus labios diciéndole algo.

Después de estar varada dos semanas en Ciudad Costera, anuncian la habilitación de un camino antiguo. Carlos insistió en acompañarme al poblado en el que vivía el abuelo, distante a más de cinco horas de viaje por la carretera antigua. Un bus pequeño, nos lleva por una carretera escarpada, cruzamos valles intercalados con montañas agrestes y arcillosas. Bordeando la carretera, un río de aguas rojizas baja precipitadamente salpicando el asfalto. A lo lejos se ve una cobertura nubosa y platinada rodeando las cumbres. El caudal del río había aumentado días atrás acrecentando las preocupaciones de los habitantes de las partes bajas: las montañas circundantes presentan un suelo inestable y arcilloso, el cual se desprendía con las intensas lluvias y bajaba con violencia en forma de mazamorra, enterrando pueblos enteros. A los costados de la carretera se ven casas sepultadas hasta el techo por anteriores deslizamientos, el lodo seco dejó pequeños espacios por los que emergía el brillo de pedazos de calamina, como constancia de los golpes certeros de una naturaleza indomable.

En un recodo del camino el río desaparece y el camino sube solitario por una larga pendiente, guarnecido, casi encajonado, por dos largas y altas cadenas montañosas color marrón oscuro, casi rojizo, de paredes surcadas de profundas grietas verticales que se extienden hacia arriba hasta formar enormes crestas, a unos trescientos metros de altura. Suspendidos a mitad de altura, como una cicatriz de navaja, hay una sutura horizontal, se ven los rieles del tren que presta servicios al campamento minero. Ésa es otra información que me llega de otro de los pasajeros de los asientos de atrás, al que no logro ver desde el lugar en el que me encuentro.

- Mira las piedras en lo alto, parece que fueran a caer sobre el bus —
Intento no prestar atención a las palabras de Carlos, pero no puedo frenar mi curiosidad y saco mi cabeza por la ventanilla para ver mejor: efectivamente, hay

enormes pedregones en la cima, a punto de desplomarse sobre el camino. Todos quedamos perplejos ante aquella amenaza

- En cualquier momento una de esas piedras se desprende y zas!! Sepulta todo el bus - Es otro de los pasajeros que trata de acentuar nuestros temores. Todos callan, el peligro es inminente a lo largo de aquel trecho.

- No te preocupes te aseguro que no pasará nada - Carlos piensa que debe tranquilizarme después de haber sido él quien armó el alboroto dentro del bus, algo que me resulta molesto. Lo único que quiero es arribar de una vez a aquel poblado. El temor de no encontrar a los únicos parientes que me quedan empieza incubarse en mi cerebro y esta duda va convirtiéndose en certeza a medida que subimos el trecho.

El estruendo de un golpe seco hace estremecer el bus. El chofer acciona el freno, algunos pasajeros salimos precipitados hacia la carretera. Otros, como el chofer, sacan medio cuerpo por las ventanillas para ver lo que sucede atrás. A escasos metros, en medio del camino, ha caído una enorme roca, del tamaño de un auto, dentro de su inercia se desprende de ella como una amenaza indefinible. Otras rocas de menor tamaño caen cerca de nosotros, todos corremos hacia el bus en medio de empujones y codazos. El chofer sin más mete la cabeza y acciona el acelerador, algunos rezagados corren y se cuelgan de la puerta, todo hace pensar en una huida. En la cima de aquel acantilado, las rocas parecen haber cobrado vida y se precipitan muy cerca del bus, persiguiéndolo, se abalanzan feroces intentando alcanzarlo y enterrarnos a nosotros debajo sus pezuñas.

El bus abandona, por fin, la carretera para adentrarse en un sendero de tierra, un paisaje llano y pedregoso domina la vista, aun así todos los pasajeros permanecen en silencio, algo inusual para las costumbres de los lugareños. Atrás quedó el viejo camino, aprisionado por las dos cadenas montañosas. Después de un recorrido lleno de baches y de piedras desperdigadas, frente a nuestros ojos se precipita la vegetación abundante de un valle. Un sendero mucho más sinuoso y escarpado desciende por una pequeña loma y nos

deposita de lleno en un poblado de casas aisladas y de construcciones precarias. Un terreno rectangular y con algunas jardineras parece ser la plaza principal. Descendemos en un claro, el recorrido ha terminado.

Las calles del pueblo están empedradas, pero hay demasiados charcos, pequeñas ranas hacen su recorrido entre salto y salto, interrumpiendo nuestros casos. Nosotros, también hacemos el recorrido entre pequeños brincos, esquivando los charcos, jugando a salpicarnos uno al otro, olvidando por un momento a lo que hemos venido. Los otros pasajeros y el bus se han esfumado. Observé preocupada las calles solitarias, soy presa, nuevamente, de un sin fin de presentimientos. Mientras Carlos sigue jugando a salpicarme con el agua de los charcos, invento las palabras que le diré al abuelo. Lo imagino como lo vi en mi niñez: alto, delgado y arrogantemente erguido, pero ¿No era lógico imaginarlo pegado a un bastón, vencida al fin su resistencia? Por otro lado ¿cómo le daría la noticia de la muerte de mis padres y la desaparición de Alex?

Carlos, convencido ya de que no quiero jugar, verifica el nombre de las calles y los números, mientras yo camino a su lado, preocupada. Alguien le indica que la casa no está lejos, que está casi al borde del poblado. Nos acercamos lentamente, casi con cautela. Las puertas abiertas de la casa nos provocan curiosidad, a través de un corredor oscuro, vemos que hay gran movimiento en el patio, lo que nos sorprende después de un recorrido por calles silenciosas y solitarias. Atravesamos la puerta, hay personas reunidas alrededor de unas sillas dispuestas sobre un terreno cuadrangular que seguramente era un jardín y que, sin embargo, no tenía más que ramas secas esparcidas por el suelo y algunos tallos con hojas podridas. Todos conversan entre susurros. De una habitación de la planta baja emergen dos mujeres vestidas de luto riguroso. Son dos espectros que nos miran como tratando de reconocernos, una de ellas se acerca con la interrogación pintada en su cara. Siento que la tierra se mueve debajo de mis pies. ¿Todo había acabado? ¿Realicé aquel largo viaje sólo para

encontrarme con semejante noticia, que el abuelo había muerto? ¿Y Alex? Ni rastro de él.

- ¿Qué se les ofrece, jovencitos? — De cerca el rostro de la mujer mayor no es tan atemorizante.

- Buenos días ¿Esta es la casa de don Apolonio? - Carlos se adelanta a preguntar al ver mi turbación

- Fue, en tiempo pasado_ Hace más de un mes que el señor nos la vendió - Explica sin dejar de mirarme con aire de preocupación.

- Ella es su nieta, vino de muy lejos a verlo - Carlos vuelve a salir al paso para evitar que yo dé las explicaciones que no atino a dar.

- Yo soy doña Edelmira, don Apolonio nos comentó algo, antes de partir nos dijo que su familia vivía muy lejos.

- ¿Dónde está él? — Vuelve a intervenir Carlos dejándome con la misma pregunta en la boca.

- Se fue del pueblo, creo que no se sentía a gusto ni en esta casa ni en el pueblo, desde aquel incidente.

- ¿Cuál incidente? - Pregunto, sorprendiendo a la mujer que parece haberse hecho a la idea de que yo no podía hablar.

- Por la manera como se encuentra usted, no sé si deba contarle... - Me mira esta vez con compasión.

- ¿De qué incidente habla? — No soporto la forma en que me mira ni el misterio que el infunde a su tono de voz.

- Por qué no se sienta un momento, mientras yo le traigo un vaso de agua con azúcar, usted está muy pálida, me parece que la presión le ha bajado

- Se pierde detrás de una pequeña puerta que seguramente es de la cocina. -

Toma, niña — Me extiende un vaso de agua azucarada — Como verán hay bastante ajeteo aquí, uno de mis parientes ha muerto por querer atravesar el río, la corriente estaba demasiado fuerte y él no estaba para enfrentársele, dentro de poco van a traer el ataúd - Se sienta a mi lado, observo la casa, no es grande, el corredor en la planta de arriba es externo y de madera, todas las

habitaciones dan al patio, intento adivinar en cuál de ellas está el cadáver, un nuevo estremecimiento me sacude. Apresuro el contenido del vaso y me enfrento a los ojos de la mujer que me mira expectante. - ¿Estás mejor?

- Sí, le agradezco. Pero cuénteme del "incidente" - Le conmino con mi voz quebrada, insegura, en realidad temo enfrentarme con la verdad, por la *manera cómo* habló la mujer, el "incidente" no debió ser nada bueno.

- Después de tantos años, la historia parece más simple y previsible de lo que uno imagina. Un viejo enamorándose de una casi niña ¿Qué desenlace podría tener? - Nos mira a Carlos y a mí como esperando una confirmación a sus palabras — En fin, la cuestión es que no se podía esperar por ningún motivo que en aquella unión hubiera amor, por lo menos no de parte de ella. Sin embargo, el viejo estaba trastornado, trabajaba como un burro para complacerle sus más pequeños antojos y así hubiera seguido lo que le restara de vida, de no ser por el comportamiento disipado de la muchacha. Desde que llegó al pueblo, el viejo se dedicaba al rescate de mineral, ese es un trabajo muy pesado, viajaba constantemente, dejándola libre por semanas. Decir que esta casa se convirtió en un muladar no es una exageración. Y, aunque nadie en el pueblo quería comentarle nada al viejo, él parecía que se las olía y rezagaba sus viajes o apresuraba sus regresos para estar más tiempo junto a su mujer. Todo eso era inútil, ella ya había adquirido sus mañas y se las arreglaba para meter hombres a la casa, incluso cuando el viejo estaba en el pueblo. Por eso les digo que el final era previsible, por lo menos para todos en el pueblo. Sólo que, después de todo, esas cosas siempre sorprenden, especialmente por la manera cómo la despachó al otro mundo a la desdichada — La mujer me observa y en su rostro esta vez se lee la preocupación, en realidad tampoco quisiera saber cómo se despachó al otro mundo a la desdichada, como comprendiendo mi angustia, guarda silencio un momento, seguro para acomodar sus ideas, luego prosigue intentando darle a su relato un tono más casual - Fue condenado por varios años, al final le dieron libertad condicional, creo que por su edad. *Recién* hace algunos meses regresó, me comentó que

deseaba quedarse a pasar sus últimos días en este pueblo, pero parece que los remordimientos y la vergüenza lo empujaron a venderla.

- ¿Usted sabe dónde se encuentra ahora? — Le pregunto, intentando tranquilizarme.

- Es una pena, se fue sin decir a dónde, creo que era mejor que se quedara total *aquí* en el pueblo nadie lo juzgó jamás, además ya había pagado su culpa.

- Pero yo sabía que mi abuelo tenía un hijo, posiblemente el niño o niña tenga nueve años, más o menos.

- Llegaron solos al pueblo, dudo que ella haya tenido un hijo alguna vez.

- Es extraño — Me quedo pensando sin comprender el enredo - ¿Cómo haría para encontrar a mi abuelo?

- Dijo que regresaría de vez en cuando, ya sabe, por su negocio en las minas.

- ¿No conoce alguien que pueda darme información sobre su paradero?

- Tenía un compadre, pero él trabaja en el campamento minero, no está muy lejos, aunque ahora es imposible llegar a él, el río ha cortado todo acceso al campamento.

- Yo podría ir a buscarlo.

- Eso está muy difícil — Se queda callada un momento, como acomodando otra vez sus ideas - Mi hermano irá a la mina apenas baje el caudal del río, le puedo pedir que le ubique a Iñiguez y que le pregunte. Yo, le llamo para informarle - Mientras Carlos le da el número de teléfono de la casa de huéspedes, me río por el giro que ha tenido mi búsqueda, ahora no sólo debo encontrar a mi hermano, también al abuelo.

Vuelvo a observar el rostro sereno de aquella mujer, es de las que dicen las cosas sin adornos. Las otras personas envueltas en luto nos miran, también con los rostros llenos de interrogaciones. Mientras cruzamos el jardín o lo que alguna vez fue un jardín o una huerta, observo sobre el suelo una diminuta

planta, a punto de ser aplastada por el calzado de Carlos, me apresuro a recogerla.

- Ésa es la cartulenda, sirve para los dolores de cabeza — Me dice la mujer, la miro sin comprender.

- Su abuelo era algo así como el curandero del pueblo, dominaba la ciencia de las plantas, ve este jardín estaba lleno de hierbas extrañas cuando él se marchó, murieron sin más ni más — Me coloca un par de hojitas en las sienes — Él nos enseñó algunas de sus propiedades, podía curar los males del cuerpo y del espíritu, lástima que sus conocimientos no pudo aplicarlos para él mismo - Algunos niños empiezan a jugar amontonando las ramas secas de lo que seguramente fue un rosal. Uno de los más pequeños se ha tendido en el suelo húmedo, finge que es el cadáver y guarda una risa en la boca, mientras, los demás niños le ponen hierbajos sobre el pecho.

Después de un trabajo monótono en su consultorio, sacando muelas, taladrándolas, tapándolas, se sienta en su escritorio. La noche había llegado horas atrás, era una noche como otras. Escucha un gruñido, sale de su boca, está contrariado, esta vez no celebrará el "viernes de soltero", no tiene dinero suficiente para pagar el alquiler del mes. Decide quedarse a beber la última copa de la noche, ésa que necesita para volver al sinsentido de su vida. Busca en una de las gavetas algo para abrir la tapa de la botella, que por alguna razón se ha trabado, sólo hay facturas de electricidad, recetas, algunas pastillas metidas en frascos, más al fondo tarjetas de navidad de años pasados. Encuentra el sacacorchos, lo utiliza como palanca entre la tapa y la botella, después de forcejear al fin la abre. Vierte el líquido en el vaso y lo precipita a su garganta, esta vez escucha un suspiro de satisfacción y de alivio. Arroja el sacacorchos dentro de la gaveta, éste cae sobre un revoltijo de papeles, precisamente sobre la foto de Mariela, linda a pesar de todo, *linda, simplemente*. Cerca de la foto debe estar la carta, la busca entre el revoltijo, todo queda desparramado en el piso, hasta que al fin la halla tirada sobre el piso. Abre otra vez la carta, esa en la que le dice las cosas que él nunca quiso escuchar, esas palabras se le precipitan a los ojos y por primera vez, después de más de diez y siete años de releerlas empieza a comprender: *Dentro de poco seremos dos extraños... si es que no lo somos ya, bla, bla, bla... No te perdono tu infidelidad, jamás lo haré, ...ahora que ya ha caído la venda de mis ojos no existe justificación alguna para permanecer a tu lado, el tiempo junto a ti sólo puedo explicarlo de dos maneras, o estuve loca o ciega bla, bla, bla, ...tú buscarás, me lo has dicho, el dinero y el placer bla, bla, bla, yo me quedaré en mi soledad, soportando el oprobio que la sociedad me lance, pero sé que hasta eso estoy dispuesta a soportar que un minuto más junto a ti bla, bla, bla...* - La carta es arrojada al piso, regresa al revoltijo de papeles tirados. *¿Desde cuándo tan orgullosa?* La recuerda con los ojos suplicantes, estrujando su pañuelito mientras le daba la "buena noticia" *¿Incluso el embarazo no fue acaso una*

trampa o una mentira, una trampa y una mentira? Acerca el vaso a sus labios, a cada sorbo la pronunciada y grotesca manzana de Adán se eleva y se dilata, se atora, el pellejo colorado de su cuello se vuelve más encarnado, como el de un pavo.

- Pellejo, así llamaba a la abuela, cada vez que me negaba el permiso para salir. No puedo decir que no obtuve lo que merezco un esposo que es un remedo, una farsa de hombre a la que me aferré por capricho y por orgullo, no tengo porqué negarlo, no soportaba la idea de que una ballena como Mariela me ganara la partida, al final no sé quién ganó, tal vez las dos perdimos — Da un sorbo largo a su copa, alrededor de ella sus compañeros la miran sin verla, sólo es la vieja de la oficina, la inútil que consiguió el puesto por acostarse con el anterior jefe, cuando aún podía.

Se sienta sobre la alfombra gris y despellejada de su consultorio, junto a la carta, sin tocarla. *Tengo dinero y placer y tú no tienes nada, pobre mojigata.* Celebra la rima con un nuevo sorbo del whisky barato. La recuerda con el vientre abultado, más abultado que de costumbre. *Fue un chantaje sentimental.* Piensa. mientras en un movimiento mecánico le da vueltas a su anillo, demasiado ornamentado para ser un aro. Vuelve a contemplar el rostro de Susanita, sonriente, detrás de una máscara de maquillaje. La gente a su alrededor celebra con ellos, todos sonríen con poses para las fotos. A su lado, el rostro juvenil de su mujer, le hace hinchar el pecho de orgullo, *Beso, beso, beso.* La mira de frente para darle el beso tradicional a la novia, se ve reflejado en el intenso brillo superficial de sus ojos. Afloja el nudo de su corbata, la grotesca manzana de Adán se siente aliviada. No tardan en aparecer los granos de arroz que va enterrándoles las sonrisas. Ella no deja de sonreír, con esa sonrisa perfecta, sus ojos vivaces lo miran con satisfacción.

- Afortunadamente para mí, siempre tuvo más importancia unos pechos grandes y firmes que la inteligencia, fui afortunada, tuve ambos, y con ellos hice lo que quise, lo que una "pobre" mujer puede hacer para sobrevivir en este mundo lleno de machos — Los demás oficinistas siguen en sus pláticas,

fingiendo ostensiblemente no escuchar las palabras de "la vieja" - Me gustaba, como a cualquier mujer, sentirme amada, deseada y, también, envidiada. Pero los años no pasan en vano, el tiempo es una bestia que corroe, es un mezquino que se lleva uno a uno los atributos — Sintió su rostro abotagado, las yemas de sus dedos repasaron los surcos en su rostro, cada vez que se miraba en el espejo *reconocía* en esos surcos la incontinencia del placer y sus mil cestos - El aburrimiento de ama de casa, los pañales sucios, todo aquello me resultó insoportable, decidí abandonar la casa sin escuchar las súplicas de mis hijos ni de su padre. (Algo en mí había muerto, o había nacido muerto, quizás era la capacidad de amar) — Se vio atravesando el umbral sin el menor arrepentimiento, subir al coche que la llevaría a su nueva vida, pero las ilusiones se le troncaron cuando el conductor dio gritos desesperados al sentir debajo de su pie el freno trabado, presionó con más fuerza intentando mantener el control del auto que, entre zigzags, se había metido en una pequeña pendiente y ya se incrustaba en una pared.

Sobre el escritorio están los retratos de sus hijos. La satisfacción infla su pecho al recordarlos, le habían heredado la sonrisa a su madre. Recordó su sonrisa, los hoyuelos que se iban hundiendo en sus mejillas, mientras sus manos frías y seguras le ponían el anillo, ese mismo anillo que ahora aprisiona su dedo, ese anillo que con los años fue amoldando a su dedo o su dedo se fue amoldando al anillo, quizás ambas cosas. Vio que su dedo estaba hinchado por la gordura, pero se mantenía delgado donde se incrustaba su anillo, de manera que no podía sacárselo, se había convertido en un grillete. Se levanta precipitadamente del piso y va al baño, en el lavamanos está el jaboncillo, unta su dedo con él, jala el anillo, intenta quitárselo, debe quitárselo, pero el anillo se resiste a abandonar su dedo, vuelve a embadurnar su dedo con el jaboncillo, insiste una y otra vez hasta tener ensangrentada la piel alrededor del anillo. El dedo morado aún ostenta el anillo. Se acerca al sillón de odontólogo, busca entre los instrumentos algo con que ayudarse en su intento, con el pulso firme de cirujano acciona el taladro para escarbar muelas, hace un trazo para cortar

el anillo, hace otros más sobre el primer trazo hasta que no queda sino una hilacha de metal pegada a su piel, su trabajo ha concluido deja el instrumento en su lugar y jala con la otra mano hasta desprender el metal de su piel.

- En mi defensa puedo asegurar que de todos mis defectos, el fingimiento. o en su peor expresión. la hipocresía jamás fue parte de mí no tenía porqué fingir, tenía el mundo entre mis manos y la certeza de lo que puede hacer un rostro como el mío sobre la soberbia de los hombres — Quienes fingían no escucharla lanzan una carcajada en la cara de la vieja - Si me hubieran visto en aquel entonces, se hubieran lanzado a mis pies. Ya sé que se ríen de mis palabras, pensarán que soy una vieja loca, porque aún no saben que los años borran todo signo de belleza, transfigurando lo bello en feo. Si no me creen, mírense a sí mismos, comparen sus retratos, desde su infancia hasta este preciso momento, intenten reconocerse en esos retratos, verán que no pueden. En algunos casos los años dan presencia y un aura interesante a las personas adultas, pero es sólo ilusión, es el último fulgor antes del fin.

Se asoma a sus ojos una piel muy blanca dibujada por el anillo, rodeada por la piel despellejada, deja el pedazo de metal sobre el escritorio, frota su dedo magullado, adelgazado por el anillo, un dedo grotesco, se dice, mientras contempla el dedo inflado por la gordura sobre la base de una estructura endeble y delgada, que es el espacio que ha quedado liberado del anillo. Escucha unos golpes sobre la puerta, *Doctor, ya vamos a cerrar el edificio.* Es el portero que se detiene frente a los consultorios que aún tienen las luces prendidas. *Sí, Mario, no te preocupes, en seguida cierro.* En el reloj de la pared las manecillas señalan las diez de la noche. Recoge las cosas esparcidas sobre el piso, mira por última vez la foto de Mariela, aquellos ojos atormentados le sonríen, tras de ella revolotean los enormes guacamayos, reducidos por el azul y el amarillo de las rejas del zoológico. *Dinero buscas y dinero obtendrás ¡Qué duda cabe!* Aquellas palabras, aquel tono, recoge también la carta, los rompe, arroja los pedazos de ambos en el cesto de la basura, bebe el último sorbo,

cierra con llave la puerta del consultorio, baja las gradas, un viento frío le espera en la calle.

- Estaba segura de la benevolencia de Dios ante su criatura más perfecta. Sé lo que pensarán, incluso adivino en sus sonrisitas maliciosas el sarcasmo — Siente que los ojos de sus compañeros se detienen en el párpado inferior derecho que, desde el accidente, se le cae cada vez que bebe, descubriendo el globo ocular opaco y lagrimoso. Se siente incómoda y toma asiento - ¿Creen que no me doy cuenta de lo que soy ahora? Para muchas de ustedes probablemente sea una vieja, pero ninguna me hubiera llegado ni a los talones en belleza, se creen lindas a mi lado hubieran parecido un taparacu. Eso es algo que jamás van a aceptar, desde la soberbia de su juventud no ven sus propios defectos: Adrián, la nariz ganchuda, las piernas flacas, con una naciente calvicie que a mi edad será total; José Carlos, por el contrario, gordo, con la piel grasienta y los granos de adolescente en la cara; Marcela, a la que le decimos a sus espaldas la vizcacha, por tener los ojos juntos, encima el cabello teñido de rubio, siendo que ella es morena, casi negra; Mayerly, gorda y fea, con los ojos como platos, debe ser por eso que sólo se relaciona con hombres mayores que bien podrían ser sus abuelos; Jerjes, negro y feo, con la cara de llama y esa voz insufrible de barítono... — Sus compañeros abandonan furiosos la mesa, mientras ella sigue haciendo la lista de empleados del Ministerio y sus defectos. sin percatarse de que se ha quedado sola — "¡Cómo pasa el tiempo!", acostumbraba decir el pellejo mientras se veía en el espejo, yo nunca pude explicarme cómo tenía el valor para mirarse. Es cierto que cuando era joven, no me cansaba de observarme en cualquier espejo que encontrara a mi paso, incluso en el reflejo de las vidrieras, era para mí causa de orgullo y de satisfacción. Hasta hace poco paseaba por las calles, coqueta, con la arrogancia de mi belleza, pero todo terminó — Las lágrimas se precipitaron, recordó aquella tarde en el parque, recordó con rencor al hombre que le había dicho vieja cuando intentó entablar conversación con él. Su orgullo quedó hecho añicos ante aquello que ella no quería aceptar, una mueca de dolor y

hecho añicos ante aquello que ella no quería aceptar, una mueca de dolor y rabia enturbiaron su rostro, quiso vengar el agravio, se precipitó sobre él como una fiera, con uñas y con dientes para castigarlo, pero él la esquivó con la velocidad que ella ya había perdido. Lo vio perderse por la calle ufano, feliz de asestarle un golpe mortal, era un misógino, de los muchos que abundaban en la ciudad. Desde aquel entonces ya nunca más quiso mirarse en el espejo.

Sube una calle en pendiente con la respiración ahogada, se detiene a media cuadra. Compone el nudo de su corbata, se arregla el poco cabello que le queda. A pesar de la lluvia, la noche no está tan fría. Dobla por una calle horizontal, su corazón se siente aliviado, se queda en una esquina, observa con temor otra pendiente, se da ánimo y sube por ella, afortunadamente no es tan inclinada como la anterior. Se detiene en la plaza en la que vio por última vez a Mariela, las alas de un taparaku se queman alrededor de un foco que ilumina un quiosko de hamburguesas. El departamento se encuentra a unas cuadras del consultorio, en una vieja casona, convertida en conventillo. Camina con desgano, sorteando el espacio que le separa del consultorio hasta su departamento. Una mano palpa en su bolsillo el pedazo de metal, emerge del otro bolsillo del pantalón la otra mano, ambas empiezan a manipular el anillo, hasta darle la forma y se lo vuelve a colocar. *Tendré que ir al joyero para que lo ensanche.* Su justificación frente a Susanita, ésta lo mira con indiferencia mientras coloca dos aspirinas en la lengua y bebe un refresco de color oscuro. *Este pendejo está más borracho que yo.* Hace años que ella perdió el anillo, en algún lugar que no recuerda. Él observa con insistencia los ojos de su mujer, el párpado lagrimoso. Saca las llaves del bolsillo trasero, introduce la llave en la cerradura, la puerta le recibe con un chirrido largo. *Debo engrasar la puerta.* Una luz muy clara le recibe desde el alargado y estrecho pasillo de la casona.

En cuestión de días, el calor sofocante es reemplazado por una ola de frío, los vacacionistas se han marchado en bandada, atemorizados por las gruesas capas de nubes que cubren el cielo. Hace décadas que no ocurre algo así, dice la dueña. La temporada de verano se ha acortado y muchos de los inquilinos de la casa de huéspedes se marcharon. Uma, se queda aguardando la llamada de doña Edelmira, pero la llamada tarda más días de lo esperado.

En el departamento de Max, Martha ensaya algunos pasos de baile al ritmo de Bach, sólo a ella se le ocurre ese tipo de ocurrencias, dice Max molesto, Urna no entiende por qué, supone que la actitud desenfadada de Martha choca con la extraña austeridad y afectación de Max. Él se levanta del sofá en el que se había quedado quieto y se aproxima a su estante de libros, toma uno de ellos y lo hojea con desgano. Urna está viendo la tapa de un disco de vinilo, repasando los títulos de las canciones. Todos están entretenidos en lo suyo, con sus propios pensamientos: Urna está preocupada por la llamada que no llega, Martha piensa en lo que hará mañana, hoy la despidieron, no ve buenas perspectivas de quedarse en una ciudad tan pequeña, Max mira con disimulo a Urna, hay algo en ella que le desconcierta y le atrae. Afuera los trinos de los pájaros son más fuertes, pero ellos no se percatan de ello y siguen ensimismados hasta que una discusión, que parece venir de los pisos de abajo, les saca de sus pensamientos. Max, se acerca al aparato, lo apaga para oír mejor lo que pasa afuera, todos quedan en silencio e inmóviles, como si alguien les hubiera dicho "encantados", hubiera puesto la palma en sus cabezas y hubiera desaparecido. Aunque contienen la respiración y no emiten ningún ruido no logran escuchar mucho, apenas unas palabras sueltas llegan a sus oídos ... "Atrevido"... "Descarado"... "Es sólo una niña"... "Internado". Se escucha otras voces más, todas se entremezclan en un rumor casi incomprensible, hasta

que ya no se oye nada. Todos salen a la terraza para ver lo que pasa en los pisos, se acercan al barandal, no ven nada.

- Es mejor que baje para ver lo que pasa - Max está por bajar cuando aparece Carlos, subiendo a zancadas por las escaleras.

- ¿Qué sucede? — Le pregunta Max.

- Me marcho de esta casa — Balbucea, aún turbado por la discusión de la que seguramente fue el protagonista, tiene el rostro colorado y sus manos no saben qué hacer, ni sus ojos. Se abre paso entre ellos que hacen una ronda a su alrededor. Busca sus llaves en los bolsillos, le cuesta abrir la puerta de su habitación, tiene el pulso alterado, es un manojo de nervios, los demás le miran extrañados mientras cierra la puerta detrás de él. Carlos, que aparentaba tener las cosas siempre en control, está totalmente descontrolado.

- Era de suponer el desenlace que tendría tanta intimidad entre él y la hija de la Dueña — Comenta Max que quedó con las puertas en las narices y con su rostro de circunstancias. Arqueó las cejas y se fue a su habitación.

- No quiero dar explicaciones, discúlpeme, pero debo empacar — Dijo Carlos mientras cerraba la puerta evadiendo sus miradas.

Martha y Uma se quedaron mudas, imaginaban lo que había sucedido, la Dueña al fin lo había sorprendido saliendo, entrando o dentro de la habitación de su hija. Y ella, como cualquier madre del mundo, jamás permitiría que un vago se llevara a su hermoso retoño, "Antes muerta". Además, con qué iba a cumplir los caprichos de su hija, ya de por sí caprichosa ¿Qué pensaban? ¿Vivir del aire? Estaba decidido, la niña sería llevada a un internado y Carlos se marcharía en ese mismo momento.

Ambas regresaron al departamento de Max. A Martha se la ve más afectada de lo previsible, eso es evidente por la expresión de su rostro y por su silencio. Después de unos instantes escucharon los pasos apresurados de Carlos bajando las gradas. Martha se levanta del sillón como impulsada por una corriente eléctrica, se ve la duda en su rostro entre quedarse o salir.

- Voy a hablar con Carlos - Atraviesa la sala y abre la puerta.

- Espérame, te acompaño.

- No, voy sola — Sale del departamento — Espérenme, regreso en seguida — Grita desde las gradas.

- Algo se traen. Una amistad tan estrecha sólo puede ser el resultado de un antiguo romance - Comenta Max, sus palabras me desconciertan un poco, levanto los hombros como única respuesta.

Unos momentos antes habían acordado ir los tres a cenar. Urna, se levanta también, husmea entre los libros, algunos están apilados de cualquier manera sobre un escritorio atestado de anotaciones. En el medio del escritorio hay una caduca máquina de escribir y, endosados contra la pared están diccionarios y enciclopedias de diferentes editoriales y de diversos tamaños. Aquel era el único sitio en que se permitía el desorden. Un gran estante cubre la pared contraria, son textos de filosofía y de literatura. Estos libros no son fruto de la casualidad *ni* de la moda que imponen las editoriales, le había dicho Max. El hombre ha invertido sus mejores años en la selección, y seguro una importante suma de dinero, le había dicho Martha.

No existe en estos ambientes nada que no sea realmente indispensable para las exigencias del morador. Urna atraviesa un umbral desprovisto de puertas, se encuentra con el dormitorio, destaca una enorme cama, desproporcionada para albergar a la delgada y solitaria figura del dueño. Sobre los veladores hay una gran cantidad de retratos familiares: Max, aún joven, con poses llenas de formalismo, aunque con una sonrisa púdica y hasta huraña, al lado de una mujer que, por el parecido, seguramente era su madre; en el otro velador, Max se enfrenta a la cámara con más seguridad, convencido de un futuro lleno de triunfos, a su lado, una mujer joven de un hermoso color de piel y dos enormes ojos verdes.

- ¿Quién es? — Una pregunta a Max que la sigue en su recorrido por los ambientes, Max toma el retrato de sus manos y lo observa casi con devoción.

- La chiquilla que amé. Cuando nos tomaron la foto, ella era apenas algo mayor que tú - Coloca el retrato en el velador y va al otro cuarto. No habían

lámparas, aquel no era el lugar preferido para sus lecturas. Al otro lado de la habitación se escuchan las melodías atormentadas de Bach a todo volumen. Urna se siente incómoda, piensa que es una estrategia de Max para que se marche.

- Al parecer, Martha no va a regresar, es mejor que me vaya — Deja el retrato que tenía en las manos sobre la superficie del escritorio. En realidad quiere ir por unos helados, siempre que puede los sustituye por la cena. Gira el picaporte, da media vuelta para despedirse, pero tropieza con Max, que la siguió hasta la puerta sin que ella se diera cuenta. Empuja la puerta mientras la aprisiona con sus brazos, ella se siente confundida, no sabe qué hacer, quiere creer que es un abrazo de amigos, pero el abrazo continúa, ¡Déjame! Le grita, sus brazos logran hacer una palanca para apartarlo, pero no logra hacerlo. Es un verdadero caballero dijo la dueña, es un asceta dijo Martha, es un hipócrita dijo Carlos, Urna nunca supo qué pensar de él.

- Esta noche, tan larga, tan pesada... - El abrazo se hace cada vez más estrecho a pesar de que Uma había puesto los brazos para evitarlo - Hace tanto tiempo que... - Siente repulsión por la humedad de sus labios sobre su rostro, un grito se escapa y se entrelaza con la música atormentada de Bach. Intenta zafarse esta vez con más fuerza, pero no puede, le golpea el rostro, pero sus manos apenas tienen movimiento. Sus uñas se incrustan en sus mejillas, él la empuja con violencia y le da una bofetada, ella cae al piso, quiere levantarse, pero él se abalanza hacia ella y la abofetea de nuevo, los sonidos de las bofetadas, los gritos de ella, se apagan con la música, intenta un grito más fuerte, pero éste queda frustrado por un golpe que recibe en la boca, tiene las manos sujetadas, él apresa sus labios con su boca impidiéndome más gritos, ella muerde sus labios llena de asco.

- ¡Déjame! ¿Estás loco? Cómo se te ocurre - Intenta evadir su cuerpo que se ha convertido en una maraña de tentáculos que la aprisionan - ¡Déjame, por favor, déjame! — Suplica esta vez, él vuelve a embadurnarla con besos, la humedad de esos labios sobre su piel le hacen retorcerse de asco. Continúa

forcejeando debajo de su peso, intenta liberarse con todas sus fuerzas, hasta quedar extenuada. Vuelve a sentir el dolor en la columna. — Ayúdenme, por favor... - La muerde como represalia, siente sus labios ardiendo, sangrando - Por favor, déjame — Es lo último que dice antes de que él le meta su pañuelo en la boca. Está extenuada por la lucha inútil y desigual, los labios de él se detienen en su garganta ella siente que un remolino la absorbe, pero no puedo librarse de él. Piensa que en cualquier momento Martha ingresará por la puerta, que una fuerza sobrehumana la hará escapar; recuerda rezos, le pide a Dios un milagro para que la saque de este horror. Se lo sigue pidiendo cuando sus manos ya habían entrado en un contacto más íntimo con su piel, siguió con un rezo atravesado en su garganta cuando su ropa ya no significaba una barrera, y siguió con la idea fija cuando ya todo había concluido. No se puede precisar el tiempo que transcurrió, ya no se escuchaba la música, afuera los pájaros que vivían en las enredaderas revoloteaban con gran escándalo. Sintió el cuerpo deshecho por el dolor, el peso de su cuerpo la asfixiaba, lo empujó con las fuerzas que le quedaban, recogió sus despojos y se fue. La noche fresca la vio cruzar por la terraza hacia su habitación, era un espectro tembloroso. Se liberó de la ropa que sufrió con ella la afrenta, permaneció en la ducha por un tiempo incontable, sintió que ese olor nauseabundo se renovaba sobre su piel por generación espontánea. Sólo cuando quedó con la piel arrugada, hecha un chuño, dejó la ducha para envolverse entre las sábanas, con esa sensación de pérdida y de rabia que nunca más la dejarían.

Toda la noche rumió su odio, nunca pensó que el odio fuera como una fiera que iba corroyendo las entrañas. Tampoco nunca pensó sentir tanto asco, corrió a la ducha otra vez y se quedó de rodillas sobre el piso, imaginó volver a aquel departamento provista de un cuchillo, atravesarle el cuerpo una y otra vez, hasta que no le quedaran fuerzas ni odio, luego recogería sus cosas y se marcharía, tarde se enterarían de su muerte.

Los pájaros despiertan con alboroto a las madrugadas, sus trinos la sacan de su pensamiento, desde su habitación se puede ver un pedazo de la

playa, es una madrugada más gris que las anteriores, una neblina densa se estaciona sobre su ventana. Regresa a la ducha, un sin fin de ideas se precipitan a mi mente. *Esto no puede quedar sin castigo*. Se dice, pero quien iba a creer lo sucedido, si todos piensan que es un "verdadero caballero", y en su condición de extranjera, encima indocumentada, tenía todas las de perder.

Totalmente abrumada se va a la playa más temprano que de costumbre. Atraviesa las calles entre la claridad gris de la madrugada. Permanecen encendidos los focos del alumbrado público, una luz mortecina, apelmazada se desprende de ellos, sus rayos son gránulos que flotan formando un círculo grande alrededor, dando la apariencia de gigantescas paletas. Las calles se encuentran casi desiertas, desde el Mirador se observan los botes de los pescadores adentrándose en el mar, la neblina ha descendido sobre la playa. Piensa regresar a la casa de huéspedes, pero el recuerdo de la noche anterior, la posibilidad de encontrarse de nuevo con Max, le hacen desistir. A través de los claros que deja la bruma, puede observar que aún no arribaron los deportistas habituales. Baja las gradas corriendo, siente la punzada en su columna, pero sigue corriendo, esto es culpa de mi estupidez, se dice y esquiva a los pequeños cuerpos anaranjados que atraviesan sus pasos. La ola de frío ha traído una brisa demasiado fresca, lo que probablemente espantó a los madrugadores. La tentación de recorrer los rieles de un tren sin tiempo, le llevan hacia el puente quemado, sube el declive, piensa que la cárcel no sería un castigo suficiente para el maldito.

Sobre los rieles suspendidos, los pensamientos transitan por su mente en un recorrido enervante, son de esos pensamientos peregrinos que escapan de la memoria, se esfuman o se diluyen sin dejar rastros... El sol tardará en aparecer, la neblina se esparce por toda la playa, ahora su visión abarca sólo un par de metros a su alrededor; sin embargo, escucha el graznido de las aves que pescan en el pequeño golfo, aunque no logra distinguirlos, achica los ojos para ver mejor, su visión está envuelta por la bruma... Un extraño sonido ha ingresado a su espacio, se desplaza a sus espaldas, es algo todavía distante,

contiene la respiración para escuchar mejor, una respiración profunda llega a ella, golpea su mente y la atraviesa. Estalla cada célula de su sistema nervioso. Las ideas se agolpan. Una de ellas emerge entre tanta confusión. El peligro cobra la forma de un hombre que se halla detrás de ella. Su instinto la lanza en una precipitada carrera por la playa solitaria, baja gradas, sube cuevas. Él, corre detrás de ella diciéndole algo que no logra escuchar, que no quiere escuchar. Su respiración gruesa alterna con su voz, cuyos sonidos ininteligibles, le recuerdan el sonido de pesadillas. Observa hacia atrás, distingue apenas una silueta, una sombra gris que intenta darle alcance, corre con más fuerzas. Por momentos el sonido de esa voz se pierde en la lejanía, otras veces se acerca tanto que puede sentir el olor acre del que la persigue.

Desfalleciente, sube el último tramo de las gradas, ve la figura de alguien que se encuentra sobre el Mirador. Hasta ahora la vida no le era algo preciado, en este instante se da cuenta de que se aferraría a ella con todas sus fuerzas. Corre entre la niebla pidiendo ayuda, se acerca a la figura, queda paralizada, es Megalito. Un temor redoblado se apodera de todo su ser. Se percata que su cuerpo tiembla convulsivamente: está acorralada por estos dos seres que han descontrolado la poca estabilidad que le quedaba. El de atrás le recuerda historias de asesinatos, de descuartizamientos en la playa... "Megalito jamás hizo daño a las personas" "Fue un hombre bueno antes del accidente". Mira sus ojos ausentes, parece que la reconoce, se queda quieto, ella se pone detrás del loco del puerto, lo utiliza como escudo. La figura que la perseguía se acerca con sigilo, no logra ver sus facciones debajo de su sombrero. Megalito parece volver de su ensimismamiento, clava sus ojos en los de aquel otro desquiciado, quien, sorprendido por la reacción, emprende la huida en sentido contrario. Ahora es él la presa de una cacería.

La neblina asciende al cielo para formar más nubes, el sol se abre paso entre ellas. Una claridad gris domina la ciudad, se topa en su camino con algunas personas que le saludan, les responde con amabilidad, a pesar de su estado de ánimo. Regresa a la casa de huéspedes desecha, sube las gradas

con dificultad, el dolor en la columna se ha vuelto insoportable. Cierra la puerta de su cuarto, saca los calmantes que le quedan en el frasco, los lleva todos a sí boca y los traga de prisa, se tumba sobre la cama, "Quisiera no despertar nunca más". No sabe cuántas horas han transcurrido, desde su ventana ve un cielo casi despejado, la tarde empieza a calentarse descontroladamente, decide salir. El frente frío se ha marchado, camina por las calles atestadas de gente que va o regresa de la playa. Mira la fecha en un periódico, han transcurrido dos días. La normalidad de aquella ciudad, frente a la tormenta que sacude cada célula de su cuerpo, le resulta insoportable, tiene ganas de llorar, de gritar, de maldecir. Una calabaza se ha descompuesto encima de su cuello, entra en la farmacia para comprar aspirinas y calmantes, el boticario la observa con curiosidad, mientras le extiende un pequeño paquete. Regresa a su habitación en peor estado. El sol calcinante parece ensañarse con ella, el aire enrarecido a causa de un alcantarillado roto, precisamente en la puerta de la casa de huéspedes, acaban con las pocas resistencias que le quedaban.

- Urna, llamaron por teléfono, dijeron que no consiguieron la dirección de tu abuelo - Le dice la Dueña, con cara de pesadumbre.

- ¡Qué macana, que contrariedad! - Le responde Urna, con su voz angustiada.

- ¿Qué tienes, querida? Te veo realmente descompuesta.

- Es el dolor en mi columna, nunca me deja en paz.

- Si quieres te paso unas yerbas que traje de la casa de mis abuelos, te podrían servir.

- ¿Fue a la casa de sus abuelos? - Le pregunta sorprendida de que aún tuviera abuelos, siempre le llamaron la atención las familias numerosas.

- Sí, fui con mi hija hace dos noches, ella quiso pasar las vacaciones con ellos - Lo dice con tono tan seguro y con su semblante tranquilo, que cualquiera le cree. Le extiende un pequeño manojito de yerbas. Vuelve a hacer el recorrido pesadoso por las gradas, cada una de ellas representa una nueva punzada en su columna.

Cuando el día comienza a marcharse, tres toques vacilantes interrumpen sus pensamientos. A través de las cortinas, ve la figura de Max aguardando al otro lado de la puerta, nervioso, siente náuseas al recordar lo ocurrido. Permanece en silencio unos instantes más hasta que queda completamente dormida.

El frío de la noche la despierta. Tumbada sobre el catre de metal hace el recorrido por los años, desanda el camino, la suerte había sido echada años atrás, quizás cuando aún no nacía. Y, ella, no era más que un alfil para un juego mayor. Hasta ese momento el binomio causa — efecto la tenía sin cuidado. Tomaba las cosas como llegaban y se adaptaba a ellas sin muchos problemas, como si todas cayeran por su propio peso. Dejaba pasar por alto sentimientos de zozobra o de inquietud con los que su instinto o su inconsciente le alertaban. Ella no era lo suficientemente perspicaz para descifrar los mensajes ¿Por qué no cuestionó desde un principio la desaparición de Alex? ¿Por qué se conformó con la explicación de que había huido?

Además, quedaron en el aire detalles que hasta el momento no se había puesto a analizar. La mañana de la desaparición su armario estaba vacío, ahora sabía muy bien que es imposible llevar todas las pertenencias en un viaje, deben quedar abandonados objetos amados en nombre de la comodidad ¿Entonces, por qué el armario de Alex quedó completamente vacío luego de su desaparición?

El otro detalle que empezaba a atormentarla era que Alex abandonara la casa sin dejarle ni siquiera un mensaje, se podía esperar, por lo menos, una carta de despedida. En cuanto a Mariela, no lograba explicarse por qué no le abrumó con reproches como en otras ocasiones en que Alex o ella cometían pequeños errores ¿Cómo no se percató cuando él salió de la casa? ¿Por qué quedó escondida detrás de las cortinas, con las luces apagadas mientras ella bajaba del micro?

¿Un asesinato? Era lo último que se le hubiera ocurrido, y, sin embargo, las razones eran muchas y evidentes: la principal, Mariela, dueña de nada,

viviendo a costa de las propiedades y del dinero que les dejaron sus padres. Por otro lado estaba loca, no por nada la metieron al hospital psiquiátrico años atrás. El amanecer tiñe su habitación de un gris azulado. Observa por la ventana, sus ojos tropiezan con los de Maximiliano al otro lado de la terraza. Detecta en sus movimientos la intención de venir, cierra las cortinas, los golpes en la puerta son cada vez más desesperados. Termina de hacer su equipaje en unos minutos. Se queda sentada frente a la mesa. Aguarda que la rotación del planeta la deje en la plena mañana, escucha los pasos de Max bajando las gradas apresuradamente, haciendo gala de sus dotes de equilibrista, su caminata por la playa no podía esperar.

Las ocho es una hora adecuada para arreglar cuentas con la Dueña. Le pide a su empleada que la llame, ella le dice que la espere en el comedor. Se sienta en la orilla de una gran mesa, observa la gran cantidad de alimentos desperdigados en el ambiente: pequeñas cestas de frutas, sacos de granos apilados en una esquina, la mitad de una tarta domina el centro de la mesa. Aquél era un universo construido para una sola persona.

- Faltan una semana para que termine mi contrato. No sé si puede reembolsarme el dinero de esa semana, debo marcharme.

- No querida. Primero que no tengo el dinero para devolverte, segundo nadie te dice que dejes la habitación antes de tiempo. No es mi culpa, no te puedo devolver nada - Le dice con su voz dulce. Luce la misma bata, la de siempre, Urna se pregunta si es la misma o en realidad tiene otras iguales.

- Pero necesito el dinero.

- Lo siento niña, pero nada puedo hacer ¿Me comprendes, verdad? - Da por concluida la conversación, la acompaña al pasillo.

"Es una pena que te vayas, me acostumbré a tenerte como inquilina". Urna se detiene para observarla, frente a ella sus enormes ojos verdes y el hermoso color de su piel la deslumbran, unos kilos menos y sería la misma mujer de los retratos de Max, no hay duda, ellos también se traían algo, o se traen algo. "Es una lástima", vuelve a repetir mientras la acompaña hasta la

puerta de calle. "¿Te irás en bus o en avión?". Si existían promociones se iría en avión "¿Regresarás el verano que viene?" Por supuesto que no lo iba a hacer, pero le responde que probablemente lo haría. Se queda en la puerta, lo piensa mejor, le pregunta cuál es la temporada baja en la ciudad. Invierno le responde la Dueña, es la época en que no hay turistas y los precios bajan. Entonces, tal vez vuelva en invierno le dice además yo estoy acostumbrada al frío. Sí, unos quince o dieciocho grados, no creo que sea problema para ti. Urna sale a la calle, dejando atrás a la Dueña regando sus innumerables macetas.

35

La noticia les había llegado sin concesiones, desde la boca de la vieja sirvienta cuya alma adormecida parecía ignorar los estragos de sus palabras en aquellas pequeñas cabecitas. La tía Catalina había muerto, ellos ya lo sospechaban, desde que la vieron caer del sillón al piso como un tronco pesado. Dentro de sus bolsillos sintieron sus dedos helados, aquella tarde había llegado el invierno precedido de un viento indomable y veloz que hizo caer los tejados y volar las calaminas. Mariela, comandaba las refacciones del techo con un aire imperturbable.

- La parte trasera de la casa también necesita arreglos, podría cambiar algunas de las tejas - Mientras el albañil subía por una escalera larga y delgada, Mariela contaba las tejas a los pies de la escalera.

- El viento ha removido todo el techo, hay que comprar como treinta tejas nuevas, muchas están quebradas, otras han desaparecido. La refacción va a tardar, entre dos o tres días, a cien el jornal porque hay que reparar también las canaletas — Mariela hizo las cuentas con sus dedos, no sabíamos si contaba las tejas que faltaban o el dinero que iba a pagársele al albañil.

- Está bien, pero empiece de una vez su trabajo, no vaya ser que esta noche llueva — Eso era algo imposible, en La Paz el invierno es prácticamente la estación seca, es cuando más azul se ve el cielo, exento de nubes, pero hace un frío que penetra por la piel, entumece los músculos y hiela los huesos.

Mariela se puso aquel abrigo negro que se ponía en los días de frío, ese color le daba un aire más sombrío. Salió para hacer los papeleos para el entierro de Catalina. Alex y Urna se sorprendieron al verla tan indiferente mientras cerraba la puerta. La vieja sirvienta salió apresurada de la sala, pendiente de la comida que esa noche nadie comería. Uma subió por algo con qué cubrirse del frío, ninguno de los dos quería quedarse en el piso superior, donde se encontraba la muerta, mientras cubría a su hermano con una pesada

cobija, pensaba en Mariela, siempre con ese aire distante, nunca pudo sentir por ella otra cosa que no fuera compasión.

- Antes que anochezca, les sirves la cena — Terminó de abrigarse poniéndose una chalina y cubriéndose con guantes oscuros las manos regordetas. A través de las ventanas, la vieron entrar en un taxi, frotarse las manos *enguantadas*, ;untarlas formar un hueco con ellas y soplar dentro de esa cavidad.

Cuado Uma subía las gradas, se detuvo en el rellano, desde allí vio el interior de la casa, el solitario patio, había tejas y pedazos de tejas sobre el rectángulo que siempre quiso ser un jardín, pero nunca pasó de ser un espacio lúgubre. Se quedó mirando el rectángulo de tierra seca y el viejo árbol rodeado de maleza, cubrió con esa tierra los ojos de su muñeca, ojos pequeños e inexpresivos. Su padre se la regaló, era la última muñeca, la última que le correspondía por su edad, dijo su madre, aunque recién había cumplido los diez años. Otra vez sacó esa cuchara grande de su escondite, mientras escarbaba la pequeña fosa pensaba en la pelotita tiesa, como de cartón forrado en plumas que metería en ese hueco. Sintió nuevamente la sensación desagradable que le dejó en la palma de las manos, había pasado un mes del cumpleaños de Alex, cuando murió el loro que habían comprado sus padres como regalo, su madre, sin esperar más explicaciones le dio una feroz golpiza y arrojó al loro al bote de la basura. Una vez recuperada de los golpes, corrió al rincón donde se guardaban los tachos de basura, desenterró la bola de en medio de cáscaras y papeles húmedos y lo llevó al rectángulo de tierra. Después de algunas semanas murió el gato de su madre, a nadie sorprendió el hecho, solo a su madre. *Una muerte tan prematura*, dijo en tono especial, sus ojos acusadores no dejaban de interrogar a la niña. *Cómo va a ser una muerte prematura, mujer, el gato tenía más de nueve años*. Pero nada podía hacer frente a la mirada acusadora que su esposa le dirigía a su hija. El sentimiento de desamparo se fue acumulando desde entonces, o se hizo evidente desde entonces. Lo peor fue enterrar a los tres *reyes magos*, a Jesús, a María y a José, todos rotos, el

vacío en el alma de la niña se agrandó más. Esto es mala suerte, es mal augurio, había gritado su madre. Una semana después hubo un saqueo en la casa, en una de las tiendas de su padre, cuando lo de la hiperinflación, sintió de nuevo la mirada acusadora de su madre.

Esta vez bajó las gradas de prisa, sin mirar el patio, a pesar de su corta edad ella sabía muy bien que nunca enterramos a nuestros muertos por completo, A veces los vemos deambulando por las calles, perdidos entre el gentío, con los ojos ausentes, esquivando nuestra mirada, ignorándonos. Recordó el viejo loco que se paraba en la esquina para pedir monedas, acostumbraba perseguir a las personas si no les daban nada. Después que murió de aquella manera extraña, lo volvió a ver entre las calles repletas del barrio, tambaleándose entre el gentío, escondiéndose detrás de las tarimas al verse descubierto. Es otra costumbre de los muertos, se dijo mientras cubría a su hermano con la cobija.

En el estrecho sendero de los años se ve a sí misma desamparada, desde el tiempo en que vivían en la casa de la Buenos Aires. Se acurruca en el viejo sillón, al lado de su hermano y deja que el tiempo regrese, que los recuerdos se amontonen: en una imagen su madre está buscando con ojos alucinados una respuesta para la muerte de su gato, no había dudas, el tan renombrado amor maternal no estaba hecho para ella, por lo menos no respecto a Uma. Pero hay en su mirada algo más que furia, hay una indefinible acusación. Urna, a pesar de su edad aprendió a fingir indiferencia ante los arranques de ira de su madre En otra imagen, camina entre las coronas de flores, soportando el mareo que le produce ese amasijo de fragancias, una leve preocupación se le dibuja en el trazo infantil de su rostro, ve otra vez los ojos de su madre clavados en los suyos, con esa acusación que no se atreve a decirla frente a todos, de alguna manera siempre hallaba el modo de culparla de las desgracias. Urna vio el imperceptible temblor en la comisura de sus labios, ese pequeño tic nervioso que le obliga a apretarlos, su mirada se detuvo en sus

manos huesudas, coloradas en los nudillos, enroscándose una a otra, como dándose consuelo mutuamente, asustadizas.

En el paseo por los recuerdos la distancia la alejaba inexorablemente de su padre y, sin embargo, era como si lo estuviera viendo en ese mismo instante, consolando a su esposa por la muerte del minino, sabiendo de la acusación sin fundamentos. *Ya se estaba quedando ciego*, le dijo sosteniendo sus manos entre las suyas, tan frágiles, tan temblorosas. Su padre se sintió alarmado por los constantes ataques de nervios de su esposa, cada vez más prolongados. Y aquella casa que odiaba, *ese esperpento en el que tenían que vivir, en medio de indios y cholos*, su padre callaba, sabía que no debía contradecirla, la amaba demasiado. Entre los recuerdos de él, el esfuerzo de sus padres para comprar el "esperpento", el trabajo incansable que se extendía desde la madrugada hasta bien entrada la noche, el estoicismo, la terquedad de aquellos cholos, que podían estar los trescientos cincuenta días del año trabajando, desconociendo navidades, años nuevos, semanas santas, fiestas patrias, hasta no alcanzar sus propósitos. Las ropas deshilachadas, las comidas frugales, cualquier diversión excluida, los días enteros fuera del hogar, los pies deshechos, el cuerpo diciendo basta, y ellos sin escuchar, metidos en un trabajo sin descanso ni tregua. La admiración y el orgullo que sentía por ellos se convirtió en vergüenza y en silencio cuando ella llegó a su vida y trastocó todo en la casa, aprovechándose del amor desmedido que él le prodigaba. *No me atrevo ni siquiera a hablar a su madre, por favor no hagan nada que la moleste, lo más probable es que se calme con los días*, pero la calma nunca llegó. El padre esperaba un cambio de actitud, a través de los años, jamás pudo verlo, en realidad jamás pudo ver más allá de las apariencias, jamás pudo comprender los enredados laberintos de la mente, las aguas subterráneas que se deslizaban infranqueables, alocadas, incontrollables, por debajo de las aguas tranquilas. Porque eso era su madre, una calma artificial, una ficción consumada por las pastillas que acostumbraba meterse a la boca como pipocas.

Su madre le dijo que ya no lo busque, desde sus catorce años de existencia no entendía muy bien lo que era la muerte, sólo sabía que morir era ser enterrado, desaparecer, quedarse en el silencio total, era no volver a llorar, no volver a reír. Su madre le dijo que ya no le espere en el rellano de la puerta, que era inútil, al final siempre terminaba por llevarla a rastras hasta su cuarto, nunca entendió que en realidad Urna no esperaba que él regrese, ella sabía muy bien que su padre estaba enterrado en una oscura fosa y que posiblemente su cuerpo ya había entrado a un estado de descomposición, sólo que no había olvidado la costumbre de esperarlo, con el té listo cada tarde. De noche se perdía en los huecos que dejaba la oscuridad, en los que siempre hallaba su mirada tranquila. *Sé que vives en mí, en mi sangre, en mis huesos.* Le decía en una conversación solitaria. Siempre terminaba por quejarse, *Eras el único que me quería y me decías que yo era la cosa más hermosa del mundo, esas cosas que los padres dicen a sus hijas.* Sólo después de muchos días empezó a resignarse, a no esperarlo cada tarde. Sus pasos apresurados van hacia el patio, la noche es tranquila, el patio susurra entre sueños, ella lo acaricia como a un animal que duerme.

El costo del pasaje en avión hasta una ciudad fronteriza se ajusta a mi presupuesto. ¿Tiene dinero para el derecho de aeropuerto? Me pregunta la empleada de la agencia de viajes. Hago los cálculos y sí, me alcanza, le respondo, pero no tengo mis documentos porque los extravié, ella me sonrío, me responde que no me preocupe, que es un vuelo interno, que sólo necesito dictar el número de mi cédula, y nada más. De aquella ciudad hasta la frontera son dos horas de viaje en bus, hasta La Paz son tres horas. El único inconveniente es que el vuelo recién partirá a las siete de la mañana. ¡Qué contrariedad! No tengo dinero para quedarme en un hotel. No le queda más remedio que pasar la noche en el aeropuerto, me responde y me extiende el pasaje.

Los rayos del sol caen verticales cuando salgo de la agencia. El ajetreo en las calles, los gases de los buses, el calor apretujándose sobre mi rostro, todo esto me abruma. El centro de la ciudad conserva las huellas de un pasado colonial riquísimo debajo de una capa oscura de smog, mi recorrido es acompañado por los gases que exudan los buses.

Llego a una calle atestada de "chifas", es la hora del almuerzo y yo tengo el hambre acumulada de varios días. El olor a comida se concentra en la atmósfera, el aroma a raras especies excitan mi sentido del olfato. La exhibición de aquellos platos en enormes aparadores despierta mi apetito, pero sus precios me desalientan. Todo aquello está lejos de mi presupuesto. El calor sofocante, el ruido, el smog, el hambre, la tristeza, todo me revienta. Estoy a punto de derrumbarme en medio de esta punta de desconocidos, saco reservas de fuerza de mi interior para mantenerme erguida, para tragarme el llanto que ya me arde en los ojos. Busco en mis bolsillos, se pegan a mis manos billetes y

monedas en bolivianos, no me queda dinero del país, los meto de prisa en el bolsillo porque alguien me mira con atención. Camino de prisa por la calle, siento que me persiguen, hay unos guardias en un esquina, me acerco a ellos, doy la vuelta, no veo a nadie sospechoso. Me quedo muy cerca de ellos, busco en los demás bolsillos, sólo hay diminutas monedas amarillas, que no sirven ni para pagar el pasaje del bus hasta el aeropuerto. Miro con ansias a mi alrededor. En una esquina de la calle veo a una mujer sentada con una enorme cesta, que al parecer contiene panes. No sé si correr para lanzarme sobre la cesta o esperar hasta recuperar el aplomo, opto por lo último. Pálidos panecillos emergen de la cesta, ellos representan lo único que podría mantenerme con vida. Pregunto que cuánto cuesta cada uno. Me alcanzan para cuarta docena. No espero a que la vendedora cuente las monedas, el pan insípido se precipita a mi boca, una masa seca baja como lija por mi garganta.

Las calles son demasiado amplias para mi gusto, camino como sonámbula. Me doy cuenta que la noche se acerca, las luces empiezan a prenderse, sus rayos mortecinos se neutralizan con los rayos solares que rezagan su paso por la ciudad. El agente de tránsito de la esquina me indica con señales certeras el camino que debo recorrer para llegar al aeropuerto: "diez calles de frente", me señala con la palma extendida e inclinada, la avenida que debo seguir. "Cinco calles para la izquierda", sigue con la palma extendida e inclinada, mientras gira hacia la izquierda para indicarme el rumbo que debo seguir. "Dos cuadras a la derecha y listo", agrega apresuradamente con el fin de regresar a su labor.

Me espera un largo recorrido, las cuadras son del doble o triple que en mi ciudad. Cuando al fin llego al aeropuerto, siento dentro de mis zapatos graciosos callos emergiendo entre los dedos de mis pies. Un pasaje largísimo, rodeado de jardines, me acoge con su olor a hierba. Busco por todo el primer piso un lugar dónde descansar. No encuentro un solo asiento en los alrededores. Casi desfalleciendo llego al segundo piso, allí hay bancas de metal, incómodas y sin cojines. Las horas, los minutos y los segundos parecen

haber hecho un trato malévolo para detenerse todos en el enorme reloj de la pared. Una cita ineludible se posponía por un simple capricho del tiempo que se obstinaba en estancarse. El agotamiento y el hambre acaban con mis ganas de dormir. Permanezco despierta viendo el ir y venir de la gente. Jamás me habría imaginado el ritmo acelerado a las dos de la mañana en el aeropuerto, a *las tres a las cuatro a las cinco*. Mi cuerpo añora ponerse en posición horizontal, exige y yo no puedo complacerlo. Una cama eso es lo que necesito, nada más que una cama, daría todo por una cama acolchada y tibia. Siento delirar. La gente que pasa a mi alrededor me mira extrañada, intento recobrar el aplomo. Existe en todo mi ser el deseo de sucumbir en el llanto, pero hay otra que detiene esos arranques y me devuelve a la pesadez de este día. Un rostro sereno oculta mi lucha interior. Desde la muerte de mi padre toda mi existencia podía definirse en una sola palabra: vacío. La vida me había escogido como a una de sus víctimas y yo no podría soportarlo más. Busco en mi mente, existen muchos culpables para la situación miserable en la que me encuentro, la principal: mamá por dejarse morir, por dejarnos desamparados al cuidado de Mariela.

El amanecer me encuentra en medio de un sueño en el que subo las gradas de una pasarela endeble y empinada, pero las gradas no tienen fin y yo trepo por ellas con un temor creciente a medida que me alejo del suelo, llego a un punto en el que es imposible bajar y estoy obligada a seguir subiendo a pesar del dolor en la columna, hasta que llego al final de las gradas, son las laderas de La Paz, los cerros coronados de nevados se ven cerca, creo que puedo tocarlos, un nuevo dolor en la columna me detiene, es una punzada que me obliga a abandonar la banca incómoda. Después de los trámites de rigor, me dirijo a la puerta de cristal más aliviada. Todo está bien, en perfecto dominio, me digo, mientras subo las gradas del avión_ La azafata me muestra mi asiento, me dirijo hacia él con ansias, lo imagino mullido, efectivamente, es muy confortable. El desayuno no se deja esperar, aprovecho para comer todo lo que puedo ante la mirada azorada de la azafata. La vergüenza es un estorbo

que he decidido perder. Después de tres escalas, el avión llega a su destino. El altiplano me recibe con su aliento frío. Había olvidado aquella sensación de frescura, la había extrañado. Subo a un pequeño bus que me conducirá hasta la frontera, atraviesa el altiplano, las tonalidades marrón y verde oscuro, tostado, se precipitan a mis ojos, las casas de tierra esparcidas a todo lo largo de la carretera observan con desgano. Un momento después llego a la frontera, el intenso azul del lago sale a mi encuentro.

Abrió los ojos, tenía los párpados pesados y abultados, había llorado toda la tarde y toda la noche. Sobre sus ojos, como una cosa pegajosa, se derramó la luz rojiza del atardecer. Observó a su alrededor, no había nadie, sólo un armario, sabía que en él estaban colgados los trajes del muerto, como cáscaras secas. El reloj pulsera sobre el velador, inmóvil, seguramente frío como el muerto, aunque las manecillas seguían su rumbo debajo del cristal, *como comiéndose las horas*. Sintió que nada había en el mundo que pudiera llenar su soledad. Volvió a cerrar los ojos, escuchó el latido de su corazón, creyó escucharlo, era el tic — tac del reloj *¿Hay tanto silencio que puedo escucharlo?* Cerró los ojos para no ver la habitación vacía, a través de sus párpados cerrados, cierta claridad rojiza se filtraba. Giró su dorso para no ver la luz que poco a poco iba destiñendo la oscuridad de su cuarto. Cubrió su rostro con ambas manos, como para que nadie viera su dolor, su llanto, aunque ya no tenía lagrimas para llorar ni había nadie que la viera. Apretó los ojos con fuerza, pero ya todo estaba seco. Ni siquiera se molestó en cerrar las cortinas cuando el pleno sol se posó sobre su frente pálida, atravesada por una vena que latía como si un gusano viviera en ella y la recorriera con frenética desesperación. Urna entró con un plato humeante, apenas lo miró. Volvió a cerrar sus ojos, el olor a comida le repugnaba. *Llévate eso de aquí*. Urna salió con el plato, en silencio, como si ya hubiera adivinado la orden, como si la estuviera esperando. La oscuridad volvió a asomarse a su ventana, metió algunas pastillas a su boca y las tragó con la bebida que había en un vaso.

- Debo salir de la ciudad, me encomendaron una misión — ¿Pero qué misión podría encomendársele a un oscuro empleado del periódico? Se preguntó mientras lo veía caminar del armario a la cama, acomodando su ropa en la pequeña maleta. Si no quieres venir conmigo me iré solo — Le pareció extraño el tono con que le hablaba.

- No, no quiero ir, a demás no tengo nada dispuesto para un viaje, están los niños...

- Me voy. La besó en la frente sin darle tiempo para decirle que se quedara. Escuchó sus pasos en el corredor, le dijo quédate, pero él ya estaba fuera de la casa, metiéndose en los laberintos de la ciudad. Quiso seguirle, pero el cuerpo le pesaba, afuera el viento hacía vibrar los vidrios de las ventanas. *Otra vez se ha metido en líos con los milicos.* Pensó mientras escuchaba el sonido de la puerta cerrándose.

Algunas cosas parecen tan reales. Pensó y cerró las puertas del armario después de acomodar la ropa del muerto. *Mientras que otras parecen tan irreales.* Se quedó pensando que tal vez lo real no era la sábana que la cubría, ni los pensamientos que le rondaban, ni la pesadez que sentía en las sienes, quedó dormida, sumida en el vaho de medicamentos y de alcohol.

La transparencia del cielo azul y del lago, tienen algo que no puedo explicar, algo que me purifica, algo que me pone en paz con el mundo. Bordeando el horizonte descansan los cerros marrones, como algo todavía muy lejano detrás del lago. Unos botes pequeños a penas son mecidos por las aguas. Una paz infinita me inunda, el bus nos deja sobre la plaza principal, los pasajeros se arremolinan alrededor esperando que el ayudante baje sus equipajes de la parrilla. Aliso mi ropa y bajo del bus, el aire puro del pueblo me rodea, acomodo mi mochila con cuidado sobre mi espalda, compro unas pasankallas para comer en el camino, bajo una cuesta hasta llegar a la playa, después de una larga caminata me tiendo debajo de un árbol, cruzo las manos debajo de mi cabeza como una almohada y me quedo disfrutando de una gran paz. Debo seguir mi camino, me agacho para recoger piedras planas, la arrojo al lago, uno, dos, tres saltos y se hunde en el agua. Me acerco a la orilla para mojar me la cabeza, pero el agua se ve sucia. Mis pasos sobre las rocas no son cómodos, un camino de tierra me aleja de la playa, me adentro en el campo, casas de adobe lo bordean, sembradíos de papa están a punto para la cosecha, las vainas de las habas están abultadas.

El camino que me separa de la casa del abuelo es de tres kilómetros, algunos lugareños me miran recelosos, es habitual en ellos. Llego al fin al poblado, es más pequeño de lo que recordaba, la plaza es apenas un rectángulo y la iglesia una parroquia pobre y desbaratándose. Me adentro por un sendero sinuoso, subo una cuesta y llego a la casa del abuelo, encima de un cerro, casi al terminar el pueblo. Antes de llegar a la puerta, escarbo con una piedra filuda alrededor de una enorme roca, pero no encuentro nada, una mariquita sale de una grieta, dejo mi labor hasta que se aleja, vuelvo a escarbar la tierra dura, por fin encuentro las llaves de la casa. La vieja puerta de calle, está ladeada, al parecer ha perdido alguna visagra. Atravieso el terreno lleno de

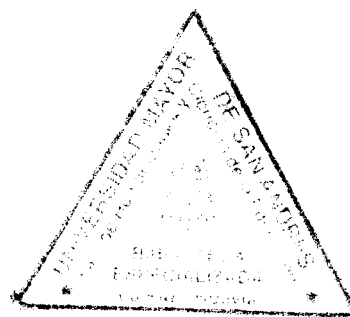
maleza y bejucos secos, el sol cae pesadamente sobre mi frente. La puerta de la casa no está tan deteriorada como la primera, busco una llave que sea adecuada para ella, pero hay dos cerraduras. Tardo en abrir ambas porque las llaves están llenas de herrumbre, cuando al fin las abro, la puerta opone resistencia, parece que estuviera pegada al marco, empujo con mucha fuerza con los brazos, luego doy golpes con todo el cuerpo, hasta que mis hombros me duelen, el casi aullido de la puerta al sentirse invadida, hace estremecerme. Una fina capa de polvo se remueve del piso y se eleva al aire, las partículas brillan al contacto con los rayos del sol, asfixiándome. La capa de polvo poco a poco va a ocupar su lugar sobre el piso y sobre los muebles, su color gris parece emparejar los demás colores de la estancia. Me acerco a las ventanas para abrirlas, pero no puedo, al otro lado gruesas rejas las aprisionan también, intento limpiar los cristales nebulosos que apenas dejan ingresar escasos rayos solares. El olor a madera húmeda y mohosa se apretuja en mis fosas nasales. Mis pasos sobre la madera desgastada del piso, son acompañados por un sonido indefinible, lastimero.

Abrir la puerta que da al patio tampoco es fácil, la madera está hinchada y las cerraduras llenas de herrumbre. Frente a la puerta, unas gradas de madera conducen al primer piso, pero están podridas y verdes, a punto de desplomarse, envueltas de un musgo aterciopelado. Subo el primer escalón, toda la escalera se mueve y se queja, es probable que no soporte mi peso, temo que se desbarate todo el armazón endeble. Intento sostenerme del barandal, pero éste se balancea peligrosamente. Tardo en subir las gradas, el pasillo de madera tampoco ofrece mucha seguridad. La puerta también tiene dos cerraduras herrumbrosas, pero el olor a humedad es más intenso que en el piso de abajo. En una de las esquinas se concentra la luz del día, hay un boquete por el que seguramente ingresa la lluvia, el piso está manchado de tierra seca. Recuperada de la impresión que me dejó la casa deteriorada, llena de telarañas en las esquinas, me detengo a observar lo que queda de la

habitación: los muebles antiguos eran también presa de la humedad, había todavía ropa abandonada sobre la cama llena de tierra, al pie hay unos zapatos de niña esperando unos piecitos. Todo está en el mismo lugar que el día del accidente. Las camas hechas, las sábanas nuevas que mamá había comprado para aquel verano. Busco mi diario en el viejo velador, está con las hojas amarillentas y arrugadas, como si hubiesen sido mojadas, la tinta fue arrastrada por el agua, forma pequeños charcos secos y letras estiradas. Desearía descifrar algo de lo que está escrito, las primeras páginas son ilegibles, las del medio conservan algunas palabras sueltas, en las últimas páginas las palabras están casi intactas, aunque también presentan algunas manchas, más claras. En la última página escrita, está la fecha, 16 de enero de 1983. Hoy he decidido subir hasta el techo de la gruta, donde nacen unas bonitas flores color amarillo, en forma de sapitos, ayer no pude arrancarlas porque casi me caigo, hoy tendré más cuidado. Regresa el dolor después de la caída, ese dolor indefinido, ese dolor que atraviesa en eje vertical toda mi columna, mi despertar en el hospital del pueblo, la laguna entre mi caída y las sábanas azules, la mirada cariñosa y azorada del joven médico. Las lágrimas de mis padres.

El viento campesino con su olor a lluvia, hierba y estiércol, me acompaña por todo el recorrido, algunos paisanos me miraban con recelo mientras cruzo el poblado, les saludo, me responden. Continúo con mi recorrido a pesar de sus miradas curiosas siguiéndome hasta que me pierdo en un recodo del largo sendero donde desvió mis pasos hacia las kala utas. Unos perros poco amistosos salen a mi encuentro con sus ladridos, deben ser los perros que cuidan las chacras que hay a un lado del sendero. Trepo por una pendiente escarpada, cruzo de uno de los cerros al otro. Cuando llego al lugar más alto encuentro las enormes rocas que recordaba de mi infancia, no eran tan grandes, subo con dificultad por ellas, el resto del recorrido está sembrada de rocas más pequeñas y puntiagudas, haciendo más difícil el ascenso. Busco ese otro sendero que desemboca en Playas Blancas, no logro dar con él sino

después de muchos intentos, en realidad es un camino de hormigas, que no se lo ve a simple vista. Desde lo alto del último cerro, veo Playas Blancas, me detengo frente a la imagen, el sol está en todo su esplendor y el rincón me parece más hermoso que en mis recuerdos, la arena es blanquísima en ese pequeño espacio que siempre tuvo la consistencia de lo mágico en mis recuerdos. Hay un sendero vertical que desciende hacia la playa, debo deslizarme por la larga pendiente llena de arenisca para llegar a la solitaria Playas Blancas. Hay una brisa fresca que hace más soportable el sol intenso, una embarcación de pescadores merodea lejos, después sólo el lago azul. Me deslizo con dificultad hasta llegar a la sima. Saco mis pies de los zapatos y me acerco al agua cristalina para mojar mis cabellos y mi rostro, a través del agua se pueden ver las rocas y el alga encajadas en el fondo. Más aliviada recorro el corto trecho que me separa de la gruta. En mis recuerdos, también la gruta era más grande, más ancha y más alta. Las flores amarillas en forma de sapos están en lo alto de la gruta, no parece difícil llegar a ellas, me encaramo a una saliente sin mucho esfuerzo, sostengo todo mi peso con las manos, no es sencillo asentar ambos pies sobre las rocas, cuando al fin lo hago el ascenso se me facilita, en el último tramo debo introducir una mano en el espacio que había entre dos rocas, para poder sostenerme con firmeza, mientras arranco las flores una preocupación me asalta ¿Cómo bajaré? Una de las rocas no está tan sujeta a la tierra como pensé y empieza a desprenderse hasta al fin caer, otra vez la sensación del mundo derrumbándose a mis pies, pero no es el mundo soy yo, que caigo aplastando la arena húmeda, pierdo la conciencia, cuando despierto el horizonte está ensangrentado y mi cuerpo paralizado, hay un grito amontonándose en mi boca, las flores amarillas están estrujadas entre mis dedos, agonizando en la palma de mi manitos.



Abre el armario para buscar algo con qué protegerse del frío que ya empezaba a calarle los huesos. Entre todas las prendas inútiles y pasadas de moda, encuentra aquel abrigo gris, que hace años había perdido la consistencia de las cosas nuevas, está descolorido y llena la superficie de polvo. Manotea varias veces para librarlo de la cubierta de polvo que lo hace más deslucido, más opaco. Observa con detenimiento las solapas anchas y el corte mariposa que alguna vez estuvo de moda, pero que ya nadie usa, "Ahora se prefieren los cortes rectos, cómo cambian las cosas", sonrío con tristeza. Intenta colocárselo. "Estoy tan gorda, estoy hecha una jamona". Lo arroja al piso con la amargura con la que iba impregnando su tránsito por la vida. Recuerda que al despertar en la mañana, no pudo ir al baño porque sus huesos estaban entumecidos. "Estoy vieja" se dijo y se desplomó con la intención de quedarse así todo el día, pero aquello la enfermaba más. Se observa en el espejo del armario, a contraluz su piel parece un pergamino, siente tristeza de sí misma, "¿Qué pensaría Esteban si me viera?". Sonríe con ironía. "Qué tonta eres Mariela, han pasado tantos años y todavía piensas en aquel patán". A contraluz las arrugas se demarcan más, en forma de ramales que hienden su piel. Son surcos que delinearon todos estos años su tristeza, su ira, su desprecio por el mundo, especialmente por aquel género humano al que pertenecía el patán.

Se aparta del espejo, sigue buscando en el armario, emergen otros abrigos que también han pasado de moda, los compró en aquel entonces, "Cuando verse bien era imprescindible" para alguien de su edad y de su trabajo. Había llegado a ser la directora de la escuela, el grado más alto al que podía aspirar. Acerca una lámpara para ver mejor, el desgaste de las prendas es evidente, "Muchas de ellas deberían ir al desván, o mejor al basurero", se dijo

dejando la lámpara en la mesa de noche. "Tal vez sería bueno renovar mi vestuario", es una idea peregrina, sigue con su búsqueda. Encuentra en el fondo uno que aún podría ponerse sin el esfuerzo de esconder la barriga para abotonarlo. Se lo pone frente al espejo, el abrigo le aprieta en la cintura, pero puedo soportar la incomodidad, se dijo. Está metiendo de nuevo las demás prendas extraídas del armario cuando sus ojos tropiezan con un bulto que pende en un extremo del colgador, está totalmente cubierto, pero la envoltura empieza a resbalar, a caer lentamente para descubrir triunfante su contenido. En la penumbra, puede ver el brillo marchito del raso, es su vestido de novia, metido en el rincón más oscuro, prisionero del rencor, no del olvido, porque todos los días que estuvo en ese cubículo ella lo sentía, era una molesta presencia que la acorralaba desde su prisión con los recuerdos. Sí, aquello es una ponzoña latente, de la que jamás pudo deshacerse. Qué fácil hubiera sido, en un arranque de orgullo, acabar con él, pedacito a pedacito, romperlo, cortarlo, hasta la destrucción mínima, luego lo habría llevado, ella personalmente, al recolector de basura; pero "Ni para eso tuve coraje" y se resignó a pasar los días sabiendo que él se encontraba metido en el armario.

Lo descuelga de la varilla, lo lleva a la mesa de noche, cerca de la lámpara, para verlo mejor, está amarillento, la humedad le había diseñado pequeñas manchas en toda su superficie, una araña escapa presurosa de la abertura del cuello. Acerca el vestido un poco más a la lámpara, acerca los ojos hasta casi tenerlos pegados al vestido, ve el entretejido perfecto y delicado de una telaraña, con perlas negras como retorciéndose, envueltas cada una en un capullo. Va a dejarlo otra vez en aquel cubículo oscuro, en aquel pedazo de lugar sin tiempos ni olvidos, pero en vez de colgarlo de nuevo, lo pone en su delante y se observa con él en el espejo. Puede existir en ese acto la nostalgia o la curiosidad, quizás la voluntad de expiación, o todo aquello sumado a la obsesión con que fue sustituyendo al amor. No entiende por qué lo había devuelto a la claridad. Aquel pedazo de género cortado y cocido con tanto

esmero, esperó, resignado, inútilmente durante diez y ocho años, el llamado de las campanas, la lluvia de los pétalos arrancados a rosas y a jazmines blancos.

Lo compró con los ahorros sacrificados de su sueldo, lo compró con la ilusión que a sus años aún no sabía de la devastación que las traiciones podían causar en las mujeres enamoradas. Comprendió entonces, sólo entonces que su historia con Reinaldo Ruedas había sido un juego, quizás no fue más que una confusión, acrecentada por la rivalidad con su hermana. Lo comprendió porque a él le fue fácil perdonarlo, porque no sentía el odio ciego que aún sentía por Esteban; además, al influjo de la muerte las personas acostumbramos a perdonarlo todo. Pero la traición de Esteban, ésa jamás podría perdonarla, ni la infamia, ni el deshonor, ni la locura, ni el encierro en aquel hospital. Él era el culpable del desastre en que se convirtió su vida, de esa soledad que la anulaba hasta la desesperación, hasta el vacío que había quedado en su vientre.

En el laboratorio de los recuerdos, unos se procesan, otros se graban y otros se borran, y, otros permanecen adormilados, acurrucados en un cubículo oscuro, acechando, buscando la manera de liberarse y de enredar los hilos de la mente. Simulacro que a veces confunde a los más apegados a la razón. Un día cualquiera ellos emergen sin aviso previo, distorsionando las formas, los objetos, las situaciones, las circunstancias, los hechos, las personas, la realidad.

Intentó controlarse, pero el temblor de su cuerpo se iba acrecentando, haciendo temer, a quienes estaban a su alrededor, que en cualquier momento le daría *un* infarto. Pero, no fue así. Dio un suspiro hondo, estiró los músculos de su cuello, siguió respirando hondo, más serena alisó su vestido y acomodó su velo para que le cayera en toda la cara, como era tradición. Dentro de la iglesia ya estaban los invitados vestidos de gala, la esperaban impacientes. Empezó a sonar la marcha nupcial, el silencio se fue esparciendo sobre todo el ambiente; arriba, el sonido de las campanas anunciaban su entrada. Subió las escalinatas del atrio, escuchó un sonido seco, en el alero de la iglesia revoloteaban palomas grises, entre todos los sonidos no entendió cómo podía escuchar ese sonido precisamente. Apresuró su paso por la escalinata para llegar al umbral de la puerta, no permitiría que uno de esos bichos hiciera su gracia sobre su hermoso vestido. Un poco más tranquila, debajo del dintel volvió a alisar su vestido antes de ingresar al templo, le llegó a la nariz el olor a las azucenas blancas que había pedido que pusieran en la iglesia, caminó por el centro del pasillo decorado con cintas y con flores. Sujetó con fuerza el ramo de flores, sintió que en realidad ella no sostenía ese objeto sino que él la sostenía a ella. Una luz espesa fue entrando a través de los vitrales coloridos, sobre sus ojos la primera caída de cristo en el calvario.

Urna abrió la puerta con dificultad, tenía las manos entumecidas por el frío, llovió toda la tarde, luego granizó como nunca, y ella recorrió las calles cubierta por la lluvia, soportando el traqueteo de los granizos sobre su cráneo. El cielo se desplomó sobre la ciudad en forma de tormenta cuando bajaba del bus que la regresó a la ciudad. Unas cuadras más adelante, la tormenta empeoró, dejándola *sin* un pedazo de ropa seca. Su pantalón chorreaba dejando charcos de agua a cada paso. Había bajado desde el cementerio por las calles empinadas al lado de la riada de agua que iba descendiendo por las mismas calles, rebalsando las embocaduras de las alcantarillas. Recordó cómo le gustaba diseñarse barquitos de papel para que aquellas aguas se los llevara, hasta que indefectiblemente naufragaban, luego de navegar una cuadra, a ella le gustaba correr al lado de sus barquitos hasta que se hundieran. Abrió la puerta, la casa la recibió con su aliento de vieja. Sintió la humedad en las paredes, en su propio cuerpo, pero la madera del piso chillaba, como si sólo ella estuviera seca. Caminó sobre el machimbre con cautela, temía desbaratar aquel silencio tan solemne con que la casa la había recibido. El agua lodosa se esparció de sus pantalones al piso de la sala. Ya no le importaba que Mariela se molestara. La casa estaba oscura y silenciosa. Prendió las luces de la sala, quiso prender las luces de las gradas, pero el foco estaba inservible, subió las gradas a tientas.

La luz se fue haciendo cada vez más densa, impidiéndole la visión, pero no quiso detenerse, enceguecida siguió caminando con paso inseguro por el pasillo sembrado de pétalos de azahar y azucenas. Volvieron a latirle las ilusiones, aquel amor cargado de odio todavía le atormentaba, le calaba hasta los tuétanos, pero podría sobrellevarlo, como había sobrellevado la traición. Recordó que Esteban le había dicho que quería fortuna y triunfos y que ella, con su puestito de profesora, era un estorbo para sus ambiciones. Sintió que el mundo se le derrumbaba en cada molécula de su cuerpo, sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo dejándole los músculos tiesos, pero continuó con su paso por el pasillo central de la iglesia.

Subió al segundo piso dejando charcos de agua sobre las gradas, como si su cuerpo almacenara todas las aguas del mundo. Quiso prender la luz del pasillo, también estaba quemada. No habían transcurrido más de tres meses y la casa parecía más deteriorada, más achacosa y más solitaria. Se apoyó sobre uno de los muros, sintió la frialdad de la pared pegándose a su ropa mojada, no le importó aquella incomodidad, siguió con la espalda pegada al muro, hasta que cansada, fue cediendo al agobio y se fue deslizando hacia el piso, con las manos entrecruzadas en el pecho, tiesa de frío, el agua impregnada en su ropa, a cada instante parecía más helada. El cabello largo estaba enmarañado y bajaban por él pequeñas corrientes de agua. La oscuridad del pasillo era apenas iluminada por la claridad gris de aquella tarde lluviosa. Sintió ardor en los ojos, los cerró y permaneció así. Cada vez que cerraba los ojos era como si su mirada pudiera explorar su cuerpo por dentro, mejor dicho por sus pensamientos, era como *si recién* pudiera *sentirse*, saberse, en ésa, su propia oscuridad. Repasó con la mente cada punto de su cuerpo, empezó por sus pies, incómodos dentro de sus zapatos mojados y helados; sintió la incomodidad de sus jeans pegados a su cuerpo, como una segunda piel, dura, ríspida, sobrepuesta, incómoda; sintió el peso de su chompa mojada, estirada por el peso del agua, hasta casi rozar las rodillas. Apretó una mano junto a la otra, las frotó con fuerza, permaneció con los ojos cerrados haciendo otro recuento del organismo que la albergaba. Sus piernas se fueron entumeciendo, las movió un momento para que no se adormecieran por completo. Ahora le dolían las nalgas por la dureza del piso.

Mariela, observó los vitrales nublados por esa nebulosa que había penetrado en el ambiente, enrareciéndolo todo. Escuchó como el crujido de maderas viejas, observó el piso, no está impecable como el resto de la iglesia, pensó. Pero ya era tarde para disponer que lo limpiaran, temió que el ruedo de su hermoso vestido quedara impregnado por la tierra húmeda que estaba pegada a la madera.

Sintió un estremecimiento en el cuerpo, era el frío que ya la estaba enfermando. Otro estremecimiento la sacudió, después otro. "Me voy a resfriar", pensó y se acurrucó en el mismo lugar.

Dio otro paso, intentando esquivar el charco de agua que había en el pasillo. Estaba contrariada por ese piso mojado y sucio. Volvió a preocuparla que el ruedo de su vestido quedara mojado por aquel descuido. "El maldito portero, no limpió el piso". Ubicado el culpable, identificado con nombre y apellido se sintió un poco más tranquila. Regresaría a la iglesia para presentar su queja al sacerdote, la próxima semana, por el momento la boda le restaría tiempo para preocuparse de esas nimiedades. Esquivó el charco con dificultad y siguió caminando con su paso de circunstancia. Pie derecho, pausa, pie izquierdo, pausa, otra vez pie derecho... caminaba dentro de la nebulosa que se había formado a su alrededor.

Cansada de mirarse por dentro, abrió poco a poco los ojos, la oscuridad no era total, como cuando uno se mira por dentro. El pasillo estaba en penumbras, aunque una luz tenue ingresaba a través de las cortinas. Volvió a cerrar los ojos, por lo menos dentro de su propia oscuridad se sentía acompañada, aunque sea por su propia voz, por lo menos se sentía llena. Permaneció con los ojos cerrados, sintió un crujido, pensó que era su alma que ya se estaba resquebrajando desde hacía meses y que seguramente ahora, terminó por romperse del todo. Pero, volvió a escuchar ese crujido y otros más que se sucedían de manera rítmica. Abrió los ojos. Quedó paralizada, frente a ella estaba un espectro vestido de novia.

Alisó su vestido blanco, percutido por los años, la asfixiaba, observó los dobladillos poblados de musgos y de hongos. Quedó inerte en medio del pasillo, sumergida en sus ansias, en aquella visión que la acompañó por años, reteniéndola en una espera, esperando, sólo esperando.

EPÍLOGO

41

Escuchó un sonido lejano, un sonido que atravesaba la masa oscura que parecía cubrir sus tímpanos, era como un delgado hilo que se esforzaba en atravesar la masa, era una delgadísima hebra, casi inaudible, casi inexistente, casi una alucinación que Mariela no lograba descifrar. Después de mucho esfuerzo logró percibir algo parecido al canto de un pájaro, pero aún se escuchaba muy lejano, el canto va atravesando la oscuridad, vuela lánguido por el espacio, hay una oscilación en la trayectoria hacia su tímpano, va picoteando la masa hasta traspasarla, el canto crea un camino, una claridad que va desplazándose de sus oídos a sus ojos. Sobre sus retinas se asoman los colores uno a uno, primero una sombra blanca, el mandil blanco del doctor que la observa con curiosidad y le acerca algo a los ojos, después una luz más intensa le inunda sus pupilas, le rebalsa de los ojos, el hombre le estira los párpados para que no los cierre. Detrás del mandil blanco, ve una pared impersonal y fría, una nebulosa clara se precipita a sus ojos y apenas ve las formas, perdiéndose los detalles, de manera que sólo ve los marcos de un cuadro en la pared y la figura de una mujer en el cuadro, no puede distinguir que el cuadro es de Santa Rosa de Lima. Casi cerca del cuadro están los marcos de una ventana, pero no logra distinguir que al otro lado hay un algarrobo del que cuelga un nido, casi escondido entre los ramales. Vuelve a escuchar el canto del pájaro, detiene su mirada en la ventana, no puede ver que el pájaro está parado sobre una rama, al otro lado de los cristales. Ve borrosos el rostro del doctor y de la enfermera, demasiado cerca de su rostro, para observarla, para esculcarle sus pensamientos. Cierra los ojos otra vez. *Fotosensibilidad.* Dice el galeno por decir algo. Escucha sus voces como si se alejarán, pero ellos permanecen junto a ella, diciendo palabras que ella ya no

escucha. Sumida otra vez en la oscuridad no puede explicarse esa sensación de soledad y desamparo, quiera buscar en su mente algo a qué aferrarse, pero siente que su mente, en ese mismo instante, se va agrietando y envejeciendo y que las ideas se van difuminando, dejándola más sola que nunca, en realidad, desde que abrió los ojos, se perdieron imágenes íntegras en los dobleces de su memoria. *Para tener una imagen negra del mundo antes hay que haber nacido en él y conocerlo.* Repitió, extrañada de estas palabras que seguramente habían macerado en algún rincón de su memoria. Le vino a rodear el frío, como siempre, a las tardes de sol intenso le sucedían tempestades, las gotas se fueron estrellando con furia sobre los vidrios, abrió las cortinas, en el patio estaba el viejo árbol, una quishuara seca, un granizo frenético fue remplazando a las gotas de lluvia, deshojando las ramas, desnudando las raíces del viejo árbol, la tormenta arremetía contra todo, un fuerte ventarrón terminó por derrumbarlo.

Es evidente que sus ojos no ven nada, su mirada está otra vez ausente, entretenida quizás en un recuerdo.

Los trazos perfectos de la casa se van sobreponiendo a las dimensiones de su mente; cada piedra, cada trozo de madera, cada puerta y ventana se reconstruyen, abarcando todos los rincones de su cerebro. En esos recovecos conviven diferentes estratos: la pintura de la pared, de tonalidades más intensas que las originales, los ventanales, más alargados que de costumbre, alargando *también* la luz del día que se filtraba por ellos, los pisos de madera anuncian la llegada de otras imágenes, rechinan al contacto de quienes han logrado entrar. Las dimensiones cobijan las voces, las voces habitan ecos que las reproducen hasta el infinito. En la penumbra, en ese espacio infranqueable e infranqueado.

- ¿Has visto dos amaneceres a un mismo tiempo?
- He visto toda la oscuridad en una sola noche — Catalina nunca se quedaba callada, aunque no entendiera a dónde quería llegar su hermana.
- Son las horas donde su ausencia se hace más dolorosa.

- Nada duele tanto como perder las ilusiones, después de haber perdido los años — Catalina le responde, sin dejar de observarla, con disimulo.

- Obsesiona saber que vive en algún lugar del planeta.
- Nueve mil millones de habitantes, esa cifra no es cualquier cosa.
- Viviendo en otro cuerpo, habitándolo con sus ganas.
- De polvo somos...
- Es sólo eso, un sueño que revivo cada noche, en esta misma habitación,

bajo este mismo cielo.

Deberías saber perder, como yo.

- Me gusta recordarlo habitando mis vacíos, mis ausencias.

- Los recuerdos son panes duros para los dientes de los viejos. Uno piensa que puede vivir de ellos, pero con el tiempo te extriñen los sentimientos y te dejan sin tiempo para nada.

- Siempre hay tiempo para amar.

- Pero ya no es tiempo, Mariela, tu tiempo ya había llegado a su fin, se extinguió como tus ilusiones, de la manera más vulgar: él de brazos de la tal Susana, mirándola como nunca te miró a ti, besándola como nunca te besó, sólo entonces supiste - en realidad lo sabías desde antes, lo presentías - que tu tiempo junto a él fue un tiempo perdido. Lo supiste, allá, en el fondo, muy en el fondo, en ese lugar donde no existe la mentira ni los autoengaños, en ese lugar donde las verdades no se esconden en las grietas ni esperan acechantes *metidas* en un armario. En ese lugar escondido, siempre supiste que él no te amaba. Cómo te podía amar si estaba demasiado ocupado en amarse a sí mismo, como consuelo te queda que tampoco la amó a ella ¿cómo iba a amar a un hueco, a un vacío? Aunque, tal vez la amo, o la ama, como quien ama el reflejo de uno mismo en el espejo.

- Me gustaba su cuerpo cerca de mí, su cuerpo cálido.
- En ese lugar había una vocecita que se reía de ti a carcajadas.
- Yo era su mar y él un pez obedeciendo a mis designios.

- Nunca te amó Mariela ¿No sientes que el sonido de esta palabra tiene algo de devastación y de escombros?

- Tal vez sí me amó, cómo no iba ha hacerlo si yo se lo di todo.

- *Mariela, desde el momento en que te vi te amé, me enamoré de tu dulce sonrisa...* - Las mismas palabras cursis, repetidas a cientos de mujeres, que no mueven una pestaña en una mujer cauta, pero en ti Mariela, en tus ganas de amar, fueron agua para la tierra seca, en tus ansias de sentir el cuerpo tibio de un hombre en tu lecho.

- Sé que me amó, por lo menos al principio, los primeros meses...

- ¿Verdad que el lado oscuro es el menos tolerable?

Sus ojos son atravesados por el rayo de luz que penetra por sus pupilas, escucha su propia respiración y con mayor nitidez la otra voz que no deja de hablarle. El médico y la enfermera intercambian una mirada compasiva y menean la cabeza, mientras se alejan escuchan con nitidez la voz dulce de aquella desquiciada que se habla y se responde. Sus viejos ojos, perdidos sobre la fría superficie de los cristales que dan al jardín, miran algo más allá de la nubosidad que cubren sus ojos, algo lejano, quizás inexistente.

Se acercó a la ventana, afuera la calle estaba llena de gente. Recordó que alguna vez le enseñaron a rezar, pero ahora no recordaba, la casa estaba silenciosa, todos se habían ido dejándola inmersa en su soledad. Afuera, los ruidos cotidianos se desplazaban por las aceras, los rostros de desconocidos se sucedían unos a otros, creyó reconocer entre la multitud un rostro que se detuvo frente a la casa, miró las ventanas y al ver que ella también lo observaba desapareció entre la misma multitud. Era demasiado gorda para que él la amara, era lógico que prefiriera a la tal Susana, por lo menos era predecible. *Parece que el cielo se va a caer con todo y nubes.* Arriba el cielo era un enorme cobertor negro que envolvía a la ciudad, el cobertor se fue deshaciendo, primero en una lluvia menuda y de remate un granizo, cuyas perlas más

grandes de lo normal, fueron deshojando las pocas hojas del viejo árbol, hasta dejarlo desnudo y con las raíces al aire, es lo último que recuerda, es la última tormenta que impregnó sus ojos antes de perder la conciencia. Sintió que el frío le calaba los huesos, fue en busca de un abrigo, para cubrir su desesperación de abandonada.

La ciudad quedó incendiada, largas llamas subían de la hoyada, se arrastraban por las pendientes. En vez de cielo azul había humareda, todo estaba envuelto en el hollín del incendio. Un griterío me despierta, quiero prender la lámpara, pero no se enciende, había olvidado que a las diez de la noche cortan la electricidad, prendo una vela y atravieso la oscuridad hasta la habitación de Mariela, la cerradura está destrozada, ha huido nuevamente, la busco por todos los cuartos, es inútil. Salgo a la calle, afuera hay barricadas y fogatas, como en San Juan antes que asfaltaran la avenida. Los vecinos están armados con palos y piedras. La policía nos ha informado que los delincuentes están planeando saquear nuestros negocios. No lo vamos a permitir. Como si fuera fácil hacerse de un capital para que un cualquiera nos quite nuestras mercaderías. Los dueños de las tiendas de electrodomésticos están reunidos en la calle, algunos descansan sobre las tarimas vacías de las vendedoras que hace días han abandonado sus puestos. Les pregunto si han visto a Mariela, me indican con el índice el lugar por el que se fue, ya no me hacen preguntas, están acostumbrados a mis búsquedas.

Voy por calle señalada, camino unas cuadras, pero la total oscuridad de las demás calles me atemoriza, regreso al mismo lugar, me caliento las manos en la fogata. La vecina de la esquina se me acerca, me dice que no me preocupe, que ya aparecerá, que a los locos los cuidan los ángeles. Podría reír si no fuera tan trágica la situación. En la mañana Mariela estuvo más inquieta que nunca, insistió en salir a la calle para ver la riada que bajó de El Alto, una riada de rostros quemados por el sol inclemente del altiplano. Mariela sacó baldes de agua y refrescos, como los demás vecinos. Corría alegre por la calle, mojándose con el agua que otros vecinos regaban desde las terrazas para refrescar aquellos rostros de piedra. La masa compacta inundo la calle, rebasó

las paredes, desgredió las esquinas, se escuchó el rugido de un animal herido, era de esos sonidos que se escucha en silencio. Mariela insistió en bajar con ellos, se pego a la cola de la multitud, fue difícil controlarla. Se quedó agarrada de mi mano escuchando el crepitar de aquella masa innominada, sedienta, mientras ellos blandían un pedazo de plástico negro amarrado a un palo, el plástico que representaba a sus muertos. Intenté meter a Mariela otra vez a la casa.

Los ancianos y las mujeres cargadas de sus guaguas corrían tras el aluvión intentando seguir el paso, pero no podían, estaban rezagados por cuadras. El altiplano ardió, el asfalto quedó pelado, los puentes cayeron para servir de barricada contra un ejército que volvía a reprimir al pueblo en nombre de la democracia, esas ironías de que están sembradas nuestra historia. Una visión me sacó de mis pensamientos, era una mujer: la pollera negra, la manta negra, negra la piel, era arrastrada por otro grupo de personas, apenas pude verle los ojos inyectados de desesperación. Gringo asesino. Otra riada inunda las aceras del barrio, son otros rezagados. Gringo hijo de puta. Gringo ratero. La riada furiosa invade las calles. Justicia para los muertos. Aún se escuchan las voces que se van alejándose por la pendiente que desemboca en el centro. Cuando la multitud desapareció, pude cerrar la puerta, Mariela empezó a llorar como un niño, fue difícil llevarla a la cama, cada vez es más incontrolable.

En la mañana, una anciana sentada en su plaza favorita, me dijo que la vio marcharse rumbo al mercado Rodríguez. Estos indios perjudican, no dejan avanzar al país, son el lastre que debemos cargar. Justicia. Guerra civil. Qué saben ellos de guerra civil, me dice, mientras pela una mandarina seca. Nuevamente tropiezo con la riada que baja de El Alto, la masa oscura se cruza en mi camino, los rostros de piedra, las piedras en las manos, las manos de piedra, el espíritu indomable. Otra vez guerra civil. Alguien se detiene a mi lado. Pero qué quieren estos jaq'es, estos indios de mierda, quieren destruir el país. Le dejo con la palabra en la boca. Las gargantas secas, el organismo descompuesto se arrastra por las calles, kilómetros de rostros negros, de pies

con ampollas, kilómetros de indignación. La mazamorra compacta se abre paso por las calles todas las mañanas, baja de El Alto, de las laderas, de los cerros, todas las tardes regresa al altiplano como un organismo desmembrado, silencioso, regresa los kilómetros de vuelta, sube las empinadas calles de la Santa Cruz, la Sagárnaga, la Tumusla, continúa su ascenso por El Tejar, la Chamaco Chico, trepa los barrancos para acortar la distancia que los separa del centro hasta sus casas de tierra, sus calles de tierra, sus casas oscuras, lóbregas, bajo el sol del altiplano la pobreza hiere los ojos.

Debí oír a los demás e internarla hace años, debí quemar su ridículo vestido de novia, debí hacer tantas cosas. Otra vez los dueños de las galerías hacen las vigiliass para proteger sus negocios, a la luz de las fogatas la calle parece un campamento de niños, alrededor de cada fogata, cada uno siente un estremecimiento por lo que podría ocurrir con sus negocios si el bloqueo de calles y de carreteras continúa. Guerra civil. Es el grito que han escuchado, es el grito que les alarma, piensan que tal vez tengan que cerrar sus comercios indefinidamente. Alguien cerca de la fogata de la esquina grita: por culpa de esos inadaptados que sin más ni más hacen problemas al Gringo, que por muy ladino que sea y por muy ladrón, es nomás pues el presidente, y aunque ha robado hartoo, más han robado los otros, Paz Zamora por ejemplo o el enano dictador, agrega alguien. Además ¿acaso los únicos sacrificados vamos a ser nosotros, los paceños? Nuestra economía se ha ido a la mierda desde que han empezado los problemas, tantos bloqueos ¿a quiénes perjudican? A nosotros, pues, a los paceños. Al final, todo va ha quedar en nada, el Gringo ya ha dicho que no va ha renunciar, a pesar de los cincuenta y tantos asesinados que hay hasta ahora. Antes por lo menos había ideales, les digo, antes se luchaba contra la dictadura, se dejaba el cuerpo, aquí, en esta calle, ¿cuántas veces han aparecido las víctimas de la represión botadas en los basurales, en los callejones? Esta calle era una de las trincheras, ahora lo único en que se piensa es en el dinero, en los negocios, en cuánto se pierde cada día con este paro. El dueño de la casa de enfrente me replica ¿Qué puede ser más importante que

eso? ¿Ideales? Nuestros padres pelearon por ideales, dieron el cuerpo por sus ideales y ¿qué ganaron, qué ganamos? Nada, sólo que unos vivos se encaramen en el poder, gracias a la lucha del pueblo y el pueblo siguió sumido en la miseria, en el hambre, en la injusticia. Justicia social, una cruel broma con la que engañaron a los ingenuos que murieron por ella, una consigna que sirvió para que algunos vivillos se encaramen al aparato estatal ¿y nosotros qué? Nosotros vivimos de nuestro esfuerzo, nuestros padres construyeron sus posesiones de la nada, ladrillo a ladrillo, piedra a piedra ¿Quién de nosotros ha vivido del Estado? Nadie, seremos contrabandistas, pero somos honrados, podemos decir, con la frente en alto, que no hemos metido la mano en las arcas del Estado. Pero el contrabando evade los impuestos. Les digo, sabiendo que es un tema que no les gusta tratar. El contrabando es otra de las formas de sobrevivir, evadir impuestos no es lo mismo que robar al Estado. Intento suavizar la situación: sí, les digo, todos de alguna manera defraudamos al Estado, desde la fundación de la república el Estado ha sido un arca abierta para los ladrones, especialmente los de cuello blanco, millones de dólares robados con todo el descaro del mundo: los millones de libras esterlinas robadas por Paz Estensoro, los préstamos millonarios de Banzer a los empresarios cruceños que el pueblo tuvo que pagar, la fortuna del enano dictador, la estafa al Estado de los empresarios del Banco Ganadero, las Chito chatarras, la venta de las empresas estratégicas del Estado por el emenerre, la venta de Ferrocarriles Bolivianos, el desfalco del lab, el sobreprecio de los medicamentos, la estafa a los dagnificados por el terremoto de Aiquile, los sucios negociados del gringo para la compra de empresas mineras estatales, los negociados fraudulentos de Vinto, la venta de Yacimientos Petrolíferos Bolivianos, la venta de entel, el desfalco de cotel, la carretera Cotapata — Santa Bárbara, la masonería, las logias, los mismos ladrones, rondando el Estado, relevándose unos a otros, hoy votas por mi mañana voto por ti, las cuotas de poder, el poder judicial, esa banda de ladrones organizados, la justicia no es

para los pobres, el pueblo bien gracias, muriendo de hambre, la educación mediocre en las escuelas y en los colegios, peor en el campo...

Casi al amanecer, las fogatas empiezan a apagarse. No regreso a casa, decido seguir buscando a la loca. Bajo la cuesta otra vez, voy a la misma plaza a la que acostumbra. En el centro también hay barricadas hechas con adoquines y piedras. De un rincón sale un sonido indefinible, como un aullido, me acerco, es un perro agonizando.

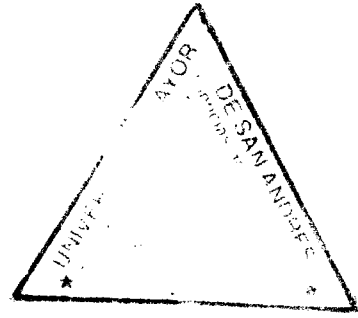
De regreso sólo veo calles vacías, la gente del barrio empieza a organizarse otra vez para la vigilia, los dueños han desaparecido, la mayoría son empleados que sacan los cajones de madera para quemarlos en las fogatas, se quedan hasta la madrugada reavivando el fuego, removiendo las cenizas, no tienen los rostros iracundos de los dueños, pero están serios, piensan qué comerán este día, y mañana y qué comerán sus hijos si el precio de los alimentos está por las nubes, si los bloqueos de caminos nos han dejado otra vez los mercados vacíos. Las madrugadas en La Paz son frías, aunque estemos en plena primavera, es un frío que atraviesa la piel y cala los huesos. Se frotan las manos, fumarolas de vapor les sale por sus bocas que se estiran en un largo bostezo. Un sol distorsionado intenta emerger detrás del Illimani, apenas se lo ve a través de los enormes edificios que se han construido en la calle.

Desde los cerros vienen los sonidos de disparos, en Chuquiaguillo hay un grupo de manifestantes que ha intentado bloquear la carretera antigua, otro grupo intentó bloquear la autopista, pero los militares, como en sus mejores épocas de represión, corrieron a los manifestantes a punta de disparos. Los unos arremeten con piedras y palos, los otros con balas.

Otro rumor de guerra baja del altiplano, baja por las calles empinadas, quiere llegar al centro, se estrella contra las paredes de desprecio y de miedo, contra los oídos tapiados. Los muros son sobrepasados por el rumor. Yo bajo con la riada hasta el centro, allí me disperso y continúo con mi búsqueda, algunos edificios arden. Cerca de la Pérez vi a Mariela corriendo con su aire

despistado, eufórica como nunca, pero una masa de gente me empujó por otros rumbos, la perdí de nuevo.

Regreso a casa como de costumbre, con demasiadas ideas haciendo un revoltijo en mi mente. Extraigo de un cajón una maleta en la que meto ropas de dormir, vestidos y lo indispensable para una larga estadía. Esperaré que las calles se desbloqueen para reiniciar mi búsqueda e internar de una vez a la loca en el lugar que le corresponde. Esta vez no escucharé sus súplicas, seré libre al fin del cautiverio en el que me tuvo durante trece años. No pasará mucho tiempo, dicen que los mineros ya están llegando a La Paz. Afuera la calle está casi desierta, sólo están los dueños de los comercios, despotricando contra los alteños que mañana también bajarán de sus covachas para inundar la ciudad.



El bus continuará su ruta a un paso del abismo. Se descolgará de las nubes, de la convivencia con el frío, se encaramará a los cerros, para luego enfrentarse al aliento jadeante y cálido de la costa. Se deslizará por una carretera de líneas perfectas que se abrirán a su paso. Correrá a cien kilómetros en bajada y a ochenta kilómetros por hora en los ascensos, porque a pesar de ir en un viaje cuyo destino es la costa, el camino presentará subidas espectaculares. Cada poblado significará una referencia en el mapa que marcará no sólo las distancias.

Cuando el bus suba el camino se perderá en un distante punto, cuando baje desaparecerá en una ruta de serpientes, entre precipicios zigzagueantes. Lograrás ver, en una carretera paralela, como a cien metros arriba, cuatro enormes trallers que llevarán sobre sus lomos una llanta descomunal cada uno. Cuando crucen por el carril opuesto de la carretera, la sensación de pequeñez inundará tu mente, como si esas llantas pertenecieran al juguete de un niño gigante.

Al final, el problema no es sólo la noche, es también la oscuridad ¿Cuántos pantanos y vacíos se esconden en sus entrañas? El bus se abrirá paso en la oscuridad, de vez en cuando otro bus o trallero se cruzará en el camino, el encuentro durará apenas un segundo, después otra vez la carretera solitaria, el desierto y sus dunas de arena arremolinándose alrededor del bus. La noche será un organismo despierto, alerta a cualquier sonido, será un organismo que respira, que asfixia, que se posa sobre la mitad del planeta, cargando quién sabe qué seres, quién sabe qué consistencias. Cerrarás los ojos, la noche seguirá pegada a los cristales y tú seguirás pegada a tus miedos, a tus delirios.

Te preguntará si fue buena idea, si tendrás el valor suficiente para cumplir la misión que te has impuesto. Después de trece años has madurado lo suficiente tu rencor, tu deseo de venganza. Puedes regresar sobre tus pasos, desandar el camino y olvidar la afrenta, perdonar, ¿pero acaso eso tiene perdón? Te preguntará sabiendo la respuesta de antemano. Los trinos enloquecidos de los pájaros te recordarán aquella noche, aquel dolor. Te quedarás frente a la puerta, más decidida que nunca, sabes que no podrás vivir en paz hasta que no cumplas la misión. Volverás a golpear la puerta, intentarás que los golpes suenen acompasados, despreocupados, no habrá respuesta, girarás el picaporte, se abrirá. Pensarás que aquello es una premonición, un buen augurio que pronostica el éxito de la misión. Escucharás la regadera abierta y un silbido dentro de ella, será mejor de lo que habías planeado. Subirás el volumen del aparato, él saldrá desconcertado de la ducha, tardará en reconocerte, ya no serás aquella niña que trece años atrás había atravesado desiertos y montañas sólo para ser la presa de sus deseos. Observó tus ojos negros, se sintió conmovido, pero no pudo detenerse, era demasiado tarde para apartarse de ti, por aquel piso arrastró tu cuerpo, sus manos secas estrecharon tu piel tersa, tu cuerpo joven se retorció bajo su peso. En aquel entonces, lo miraste sin poder comprender, te dejaste abrazar sin atinar a reclamar, después fue demasiado tarde para ti. Cruzó una duda sobre sus ojos marchitos, se sintió culpable por lo que te estaba haciendo, quiso apartarse, pero luego de un instante arremetió con más violencia, cumpliendo un designio. Le sonreirás, segura de ti misma, ni en sueños imaginó que regresarías a cobrarle la deuda, se quedará pasmado al verte sonriente, serás demasiado hermosa para el cuarto de un viejo fracasado como él. Yuo in my eyes, tocará en el aparato. Su estremecimiento se acentuará, sentirá la tibieza de tu cuerpo junto al suyo, querrá decir algo, le tapará la boca con tu índice, diciéndole en silencio que no son necesarias las palabras, turbado aún se enfrentará a tus ojos negros. "Ya no es una niña", pensará. La sonrisa en tus labios le tendrá confundido, pero luego se tranquilizará, pensará que tal vez lo que hizo no fue tan grave como

había creído todos estos años. Estirará las manos para sujetarte, para retenerte, pensará que eres una alucinación, pero ya estarás frente a él, con la suavidad de tu piel rozándole, dejándole extasiado. Se preguntó si alguien había sufrido más que él mientras abría la botella de vino con desesperación, vertió el líquido tinto en una copa, bebió sin pausa hasta acabar su contenido, mientras sus lágrimas y mucosidades se confundían con el licor, al otro lado de la terraza estabas tú, quiso pedirte perdón, pero se detuvo, ¿Cómo se le podía pedir perdón a alguien después de arruinarle la vida?

Te alejarás un poco, bailarás para él, le tomarás de ambas manos y lo llevarás a la otra habitación, él sonreirá. Le empujarás sobre el catre, esta vez tú tomarás la iniciativa, te encaramarás sobre su cuerpo, le arrancarás la camisa, volarán los botones, él quedará perplejo, pensará que sigue inmerso en la alucinación y se dejará conducir. "Nunca te pude olvidar", le dirás con voz aterciopelada, mientras lo besas. Años atrás el quiso besarte sin que quedara un centímetro sin recorrrerte, quiso besarte por todos los días que no podría hacerlo; pero sólo atinó a llorar sobre ti, con ese llanto amargo de quienes lloran una sola vez en la vida. Más calmado, te miró, como si todo su mundo de confusiones y complejos se hubiera estancado en aquel cuarto, en aquella hora. Le arrebataste tu cuerpo, lo empujaste y te fuiste, tambaleando a tu cuarto. Urna, no te vayas te dijo, pero tú no pudiste escucharlo.

Volvió a mirar su rostro en el reflejo de la botella, se vio delgado y viejo, presumió sus ojos asustados, descifró sus labios entreabiertos queriendo decir esa palabra que rumiaba todas las noches, en todas sus esperas inútiles. Pensó que era mejor que el mundo acabara en ese instante, que las órbitas de los planetas quedaran enredadas para producir una eclosión, pero el planeta no estallaría sino en su cabeza. Pensó, también, que era mejor desaparecer, que sería bueno que el mundo abriera su boca y se tragara a los tontos inútiles como él. Te vio saliendo de tu habitación, en la madrugada, pálida y demacrada ¿Cuánto daño te había hecho? Se odió a sí mismo, se dijo que se repugnaba, maldijo aquel instinto que emergió como un monstruo después de quedar años

adormecido. Se vio como el animal que era, pero recordó la suavidad de la noche sobre tu cuerpo desnudo, quiso decirte tantas cosas. Maldijo no haberte conocido veinte años atrás, pero tú aún no nacías; cuando tenía los sueños intactos, cuando la tristeza no le había empantanado aún los sentimientos, cuando todavía era doloroso amanecer sin hembra, cuando la necesidad le llevaba a saciarse con la vecina vieja del edificio, hasta que un día la echó a empujones, pretextando una salida de urgencia, cuando ni la necesidad podía mantenerle otro instante más a su lado. De su memoria se desprenderán imágenes confusas, absurdas, él a los diez y ocho años, magullados por lo que sería una larga enfermedad, la de una mujer que jamás lo amaría, en aquel entonces pensó que su piel era poesía. Me caso el próximo mes, le dijo con esa forma tranquila al hablar, sus ojos serenos no parecían comprender el derrumbe que producía en el muchacho. Y me lo dices de esa manera, intentó reclamar. Sabes muy bien que esto fue un juego, un pasatiempo. Sus facciones se endurecieron, quiso contener el llanto. Las cosas quedaron claras desde el principio, así que no te hagas la víctima. Se vistió y salió de su habitación esquivando las enredaderas de las gradas con gran soltura y se perdió en el corredor que daba a la cocina. El se quedó en la misma posición en que lo había dejado, con un codo sobre la sábana y con los ojos rojos. Pensó que le haría el amor todo aquel domingo, esperó toda la semana para tenerla en su cuarto.

Te observará, con curiosidad -milimétrica, tratando de encontrar el signo de un embuste, pero verá en tus ojos tanta ternura. "Continúa siendo un ángel", quedará otra vez conmovido. Pero, tú lo sacarás de su idea, ya estarás sobre él, que se quedará sumido en el delirio, en los días interminables de felicidad que le esperarían junto a ti. Su alarido escapará de la habitación, se irá enredado con la música, le seguirá otro, después otro y otro, hasta que estés agobiada, exhausta. Sin fuerzas para nada más, te desplomarás a su lado, sobre las sábanas empapadas de sangre, con el cuchillo apretado entre tus

dedos, te quedarás a ver cómo se coagula la sangre en su cuerpo, haciendo una pasta pegajosa, Max, aún se agitará por última vez, volverás a sentir su tacto pegado a tu piel tersa, transparente.

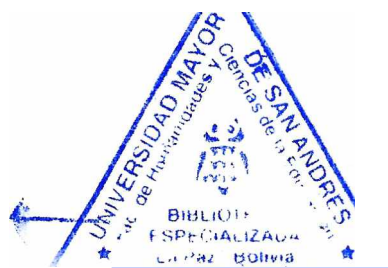
El puerto estará repleto de embarcaciones, en la playa algunos planeadores volarán con la cabeza ladeada, retando a la muerte. Subirás al Mirador, te sentarás encima de una roca, cerca del acantilado, alejada de la gente, ensayarás un boceto_ Desde la roca podrás ver la casa de huéspedes al lado del pequeño hotel en el que te hospedas, es un lugar sin ninguna gracia en el que unos marineros ebrios y escandalosos se habrán hospedado. Bajarás a la playa llevando tu archivador, repleto de todo tipo de hojas para ensayar tus bocetos. Caminarás con soltura entre el gentío que se dirige a la playa, una brisa fresca acariciará tu rostro, te mirarás en los vidrios de una tienda, tienes la piel tostada y la pinta de trotamundos, la vendedora te mirará molesta, modelarás frente al aparador, orgullosa. Serás la extranjera que deambula por las ciudades, por los puertos. El calor sofocante del medio día, te obligará a deslizarte entre las palmeras, caminarás alrededor de ellas, recogiendo sus sombras. Los niños pasarán por tu lado contentos, reirán con alegría festiva y despreocupada. Algunos se detendrán frente a los vendedores de algodones de azúcar, te acercarás, comprarás también uno para el camino. Un poco más lejos, en un kiosco de periódicos, leerás: "Hombre asesinado por sesenta puñaladas". Comprarás el periódico: "El día de ayer fue encontrado en su departamento *un* hombre que presentaba múltiples puñaladas, el fallecido respondía al nombre de Maximiliano Pérez. En el examen forense se pudo establecer que el infortunado recibió en total sesenta puñaladas, las que le causaron la muerte. La policía investiga, aunque hasta el momento no existen sospechosos... La dueña de la casa de huéspedes donde vivía el occiso manifestó su consternación por el asesinato e insistió, ante este medio de prensa, que el fallecido era una persona de conducta intachable 'Un perfecto caballero', comentó. La policía sospecha de un ajuste de cuentas, por la saña con que fue cometido el crimen, así como por no existir indicios de robo... La

policía y la fiscalía, aún realizan las investigaciones para determinar el móvil del crimen, así como la identidad del autor. El jefe de policía señaló que tienen en miras a un sospechoso".

El cielo quedará completamente despejado de nubes. Sentirás el alma también como un día despejado. Tomarás asiento en un lugar alejado del bullicio. Las hojas de tu diario estarán sin escritura desde hace meses, sólo dicen lo concreto, les hace falta una ilusión, pensarás mientras escribes. Hoy cumplí con mi destino, hice justicia, mi búsqueda continúa. Repasarás las primeras líneas del diario: 24 de julio de 1990. Hace una semana que busco a Alex, desde que desapareció no hay un momento de paz para mí. 1 de enero de 2000. Comienza un nuevo milenio y no hay rastro de Alex, me acostumbré a esta constante zozobra, al final uno se acostumbra a todo. 30 de marzo de 1991. Mariela está loca, y aunque muchas veces intento soportar sus manías, éstas me rebasan. Hoy por ejemplo insistió en salir a la calle con su ridículo vestido de novia, decía que debía ir a la iglesia, no pude detenerla, abrió la puerta y corrió cuesta abajo, corrí detrás de ella entre las risas de la gente, tuve que apelar a la solidaridad de algunos transeúntes para que me ayudaran a retornarla a la casa. Paso el mayor tiempo posible a su lado, encerrada en la casa. El primer día dentro de este encierro mis ideas aún eran claras y tenían un sentido casi lógico, desde entonces se han vuelto bestias hambrientas que corroen mi mente. Tal vez la locura es contagiosa o se lleva en los genes, no sé, lo *único* que quisiera es retomar mi vida, tomar control de ella, porque siento que Mariela es en realidad la que tiene control de todo. 31 de diciembre de 1992. Hoy Mariela estuvo incontrolable, amaneció con la idea de destrozarlo todo, aventó objetos al piso, rompió los cristales de las ventanas, una vendedora de la calle resultó con una herida en la mano, porque le cayó una lluvia de vidrios, un trozo le reventó la piel, fue demasiado triste, todos dicen que no puedo tener a la loca en la casa, mañana saldré a buscar un lugar donde internarla. 5 de enero de 2002. Mariela huyó de la casa en ropa de dormir, caminé por todos los alrededores buscándola, preguntando a todo el

mundo por ella, hasta que un vecino me dijo que la había visto por la zona de San Pedro, fui al lugar, ella estaba en pijama y pantuflas, dentro de un viejo abrigo, su mirada estaba ida, no me reconoció, pero estaba dócil, la subí en un taxi y regresamos a casa. 20 de noviembre de 2003. Después de un mes de buscarla, al fin la encontré, al otro lado de la ciudad, en Chuquiaguillo, en realidad la policía la encontró cuando intentaba apedrear a un hombre en la calle. Hoy fue internada en un hospital psiquiátrico de Miraflores, me dio pena dejarla, pero no puedo más, se ha convertido en una pesada carga que yo no puedo sobrellevar. 15 de julio de 2001. Hoy se cumplen diez años desde que Alex desapareció y yo sigo con la misma búsqueda que no me lleva a nada. 20 de diciembre de 2003. Ya debería amanecer y continuar otro día, pero las horas no se mueven, el alba no llega, continúo sumida en esta penumbra y en esta soledad, después de librarme de la carga puedo al fin retomar mi vida, mis proyectos.

La arena estará quemante, decidirás sumergirte en el mar, cerrarás el archivador con el diario dentro, lo pondrás debajo de tu ropa, ya estarás por levantarte. pero te quedarás cuando veas que alguien se acerca directo a donde estás, verás su silueta a contraluz, los rayos solares te quemarán las retinas, enceguecida cerrarás los ojos, bajarás la vista hasta la arena, después de unos instantes volverás a abrirlos, la silueta todavía se encontrará frente a ti, de espaldas al sol, debajo de su gorra te llamará la atención el color azul de su mirada.



El estirón de unos hilos invisibles jalan tu cuerpo hasta erguirlo. Otros cuerpos de trapo se agitan a tu alrededor. Te sobrecoge ver sus ojos tiesos y sin párpados. Piensas en tus ojos, "Deben ser también dos botones negros en permanente expectación". Todos son impulsados a una frenética maratón de baile dentro de un escenario demasiado iluminado. Se arrollan unos a otros, las costuras ceden, pierden brazos y piernas, algunos botones ruedan por el piso. Sientes que has perdido algo de tu visión periférica, llevas una mano a tu rostro, te falta un botón. Quieres huir, forcejeas. Como una forma de castigo, los hilos que te sostienen se sueltan y tu cuerpo se precipita sobre el cuerpo de otros muñecos. La posición en que caes te permite ver al único espectador, a sus espaldas la luz del corredor delimita su figura con un aura fría, da media vuelta y se aleja por el pasillo central del teatro. El pesado telón cae, mientras piensas "¡Qué impasible y qué frío ser se esconde en él!".

El desierto es una masa blancuzca por la que el bus corre velozmente, todavía sientes las costuras en tu boca de trapo y tus ojos son dos botones fijos en eterna expectación. Como para comprobar que ya no eres aquella ridícula muñeca de los cabellos y de los ojos tiesos, te miras en el espejo de mano, te sorprende la expresión de tus ojos: "Soy joven aún, pero con el alma tan vieja", piensas mientras guardas el espejo. Sacas el archivador, haces un plano con lo que recuerdas de la ciudad costera, la casa de huéspedes, el mirador, la playa, después de trece años olvidaste algunos detalles. Escribes los pasos, cada detalle debe ser planeado, milimétricamente planeado, agregas. Hay cosas de las que no se puede huir toda la vida, uno puede hacerse el loco, dejar cabos sueltos, dejar la piedra en el zapato, pero uno debe atar cabos y sacar la piedra del zapato para seguir el camino. Afuera se ha levantado un viento fuerte, es una tormenta de arena que golpea los vidrios y lo nubla todo. De pronto se escucha un estruendo, un golpe seco avienta a todos los pasajeros por el aire,

chocan contra los vidrios, contra el techo, dan volteretas, se estrellan unos contra otros. Piensas que es una pesadilla, antes de perder la conciencia, escuchas los gritos, luego nada, el silencio. Otra vez los gritos se asoman a tus oídos, los quejidos se arrastran hasta llegar a tu cerebro. Despiertas presa entre un revoltijo de cosas y de cuerpos, quieres abrir los ojos, pero algo lo impide, nublando tu vista, sacas una mano entre todas las cosas que apretujan tu cuerpo, la llevas al rostro, hay coágulos de sangre y sangre seca sobre tus ojos, los limpias. A tu alrededor hay muertos y heridos, un brazo tieso se entierra sobre tu cuello, impidiéndote respirar, no puedes apartarlo. Por una abertura entre esos cuerpos ves una mujer mirándote, con un ojo colgándole de la mejilla, la vista se te vuelve a nublar. No sabes cuántas horas han pasado cuando recobras la conciencia, estás tendida sobre una loma, ves el ajetreo que se traen los policías y las ambulancias. Hay heridos cerca de ti, sentados y en silencio, en una ambulancia apilan a los heridos más graves, los muertos quedan amontonados en una fila grotesca y los contusos permanecen en la loma. Vendrá un vehículo especial para llevarlos a ustedes, han sido afortunados, dice el guardia, lo miran con ironía, fortuna hubiera sido no sufrir el accidente. Intentas levantarte de la loma, un mareo hace que te quedes quieta, cierras los ojos, los abres, no puedes mantener el equilibrio, das unos pasos, ves los dos buses volcados uno sobre la carretera y el otro sobre la una loma, hay arena regada de sangre, entras por el parabrisas del bus, cuentas las filas, llegas al asiento en el que te encontrabas antes del accidente, entre ropas húmedas por la sangre está tu archivador, más abajo tu mochila. Sales con la mochila, y el archivador.

- Señorita, deténgase, ésta es área restringida.
- Quería recuperar mis cosas, mire ésta es mi mochila y éste mi archivador, no pude hallar mi bolsa de mano — le muestras.
- Tiene que demostrar que son suyos

- Claro — le respondes y sacas tus documentos de identificación de la mochila — Mire soy yo, le dices mostrándole la foto del pasaporte y arreglándote el cabello, para que compare.

- Parece que sí. Tome - te devuelve el documento y se va a impedir que otro pasajero entre al bus, tú le sigues.

- Escúcheme, tengo documentos de valor en mi equipaje, necesito recuperarlos.

- Lo siento, pero no puede pasar hasta que no lleguen los investigadores.

Llegan dos ambulancias más y se van repletas de heridos, los demás siguen esperando. Alguien te da una botella de agua, bebes con desesperación el líquido y te hechas un poco sobre la cabeza, intentas lavarte la sangre. Después de unos momentos los muertos son apilados en una vagoneta, uno de ellos mueve un dedo cuando lo arrojan dentro de una camioneta, le dices al teniente que verifique si está vivo. Todos están completamente muertos te responde, pero insistes, ¿Qué le cuesta verificar Te apoyan otros, el policía sube a la camioneta, pone los dedos sobre el cuello del último en ser arrojado a la camioneta. Está muerto. La camioneta parte de prisa dejando una estela de polvo sobre los que están cerca. Todo aquello te abruma, decides caminar un poco mientras llega la movilidad que les llevará a una ciudad cercana. Atraviesas las dunas, una a una, tus pies se hunden, sigues caminando, sin un rumbo fijo, de pronto te das cuenta que estás muy lejos, ya no ves la carretera. Subes a una colina rocosa y blanca, colocas una mano sobre tu frente como una visera, sólo ves arena, quieres regresar sobre tus huellas, pero éstas han desaparecido, te das cuenta que el viento barre constantemente la arena. Intentas recordar la posición del sol cuando te internaste en el desierto, pero el sol estaba en medio del cielo y sigue en el mismo lugar. Regresas a la colina rocosa, intentas recordar el lugar por donde subiste, lo encuentras, deduces que caminando en línea recta encontrarás el camino de regreso, recorres un largo trecho segura de encontrar la carretera, pero la carretera ha

desaparecido, consternada, regresas a la colina rocosa, intentas recordar exactamente el lugar por donde llegaste, caminas intentando no desviarte del camino, tampoco das con la carretera. Esta vez sigues caminando, la carretera no tardaría en aparecer, pero no aparece, caminas hasta que ves unas gaviotas planear muy lejos de donde te encuentras, te diriges a esa dirección, estás a punto de desistir cuando una línea blanquísima se precipita a tus ojos, es la cresta de las olas, corres en esa dirección, arrojas tus cosas sobre la arena y te metes al agua caliente.

Lejos de la orilla ves unos cubículos que parecen casas, te diriges al lugar, piensas que tal vez es una alucinación. La enfermedad de aquellas casas tan alejadas del suelo, aquel estiramiento enfermizo hacia el cielo, te causan una extraña sensación que no sabes definir, que no sabes explicar. Decides adentrarte en ese poblado, tan distinto a todo cuanto conociste. Caminas por una larga y estrecha calle hasta el final del pueblo, eso es todo, no hay plazas, y todas las casas son cubos alargados, todos del mismo tamaño y color, cada construcción se parece a otra y ésta a su vez a otras más. Cada casa mantiene la palidez enfermiza de las otras. Todas las puertas están cerradas, ninguna de las casas tiene ventanas, un viento caliente pasa a ras del piso levantando granos de arena, de vez en cuando tropiezas con alguna mujer, que te mira desde una extraña túnica, su mirada es invariablemente huidiza. Luego se aleja a toda prisa e ingresa en otro cubículo sin regresar la mirada. ¿Cuál era la prisa en este pueblo muerto? Sigues caminando, buscando un letrero que diga Hotel. No encuentras nada.

El viento del atardecer arrecia ahora, azotándote con el polvo caliente que levanta del piso, a pesar de que tienes la boca cerrada, percibes sobre tu lengua el molesto polvo. El calor, cada vez más asfixiante, hace que pierdas por un momento la noción. Tendida en el suelo ves emerger de las puertas, el rostro serio de las mujeres, enojadas, asustadas o tal vez simplemente hurañas, es difícil descifrar sus pensamientos, cubiertas como están de esas túnicas. Te

quedas contemplando la calle, con detenimiento, no existen postes de alumbrado eléctrico.

Te incorporas al fin y llamas a la puerta más cercana, nadie responde, tocas a las demás puertas el mismo silencio, algunas puertas se entreabren un poco cuando te alejas de ellas. Te sientes vigilada, perseguida por aquellas miradas. Sigues caminando una y otra vez por la única calle. Ahora caminas de espaldas al oriente, tu sombra empieza a alargarse hasta perderse en las últimas casas del poniente, te da risa tu sombra de cabeza estrecha, hombros desnivelados y piernas larguísimas, es como si tu silueta se hubiera adaptado a lo descomunamente alto de las casas, a sus estrechas y alargadas puertas. El atardecer empieza a despedirse, dejándote en medio de una noche oscura y solitaria, un destello rojizo se vislumbra unos minutos antes de que el sol se esconda en el horizonte al final de la calle, después la completa oscuridad.

Te quedas sentada con tu mochila como respaldar y con el archivador apretando a tus costillas. Estoy deshidratada, dices, tus ojos te arden por la sequedad del ambiente y tu lengua es una alfombra empolvada. Una mancha de luz se acerca, te quedas expectante, después de la indiferencia y hostilidad que te mostraron las mujeres cualquier cosa se podría esperar del hombre que se acerca.

- ¿Qué hace en este pueblo? — Te increpa con voz de soprano.
- No tengo porque responder si usted no es la autoridad - Te parece que no lo es, por su vestimenta ¿una túnica en vez de pantalones?
- Soy la autoridad — Te contesta enfadado- ¿Qué hace en este pueblo?
- Viajaba en uno de los buses que se estrellaron en la mañana, yo salí casi ileso del accidente, caminé un poco para despejarme, cuando quise regresar al mismo lugar no pude.
- ¿A este pueblo no nos gustan las visitas?
- Sólo quiero pasar la noche aquí, mañana me marcharé.

- No sé cómo. Rara vez los buses pasan por este lugar, si lo hacen es porque se les ha dado un pago extra para desviarse de la ruta principal y aquí no hay nadie que la hospede — Da media vuelta, está a punto de marcharse.

- ¿No hay un hotel?

- No hay nada — Te responde sin darse la vuelta.

- Espere. No querrá que pase la noche en la calle. Usted es la autoridad. Tiene que ayudarme.

- No es mi problema. Yo me ocupo sólo de los habitantes del pueblo.

- Sólo le pido hospedaje por esta noche. Mañana me marchó.

- Ustedes los forasteros, piensan que se las saben todas.

- Sólo ayúdeme por esta noche — Es mejor tragarte el orgullo a quedarte en medio de aquella larga y extraña calle. Mientras caminas detrás de la bola de grasa piensas en lo sorprendente de su agilidad. Penetra en uno de los cubos, lo sigues, hay una mujer que coloca algo sobre la mesa, seguro es la pareja del eunuco.

- Dale un poco de caldo a la forastera, mañana se irá a buscar su camino. haremos este bien en nombre del Dios que nos mira y nos protege.

- Pero, ¿dónde dormiré?

- ¿Dios del cielo, por qué debo pensar en todo? Ves ese rincón, la forastera dormirá en ese lugar. Sólo Dios sabe por qué ha hecho a la mujer tan falta de entendimiento.

- Disculpen la molestia que les estoy causando — La mujer te mira con antipatía.

- Afuera hay un pozo de agua en el que puede refrescarse, llévese ese tacho — Te señala un recipiente de plástico.

- Y por Dios Santo, por todo lo que usted quiera, sea muy discreta durante su estancia en este lugar, aquí no estamos acostumbrados a los extraños ni a sus costumbres, hace tiempo que huimos de lo mundano, de la vanalidad con que la sociedad desprecia lo más sagrado en el ser humano - Se sienta en la mesa y come lo que su mujer le ofrece.

Afuera el calor se ha estancado en la calle. Tropiezas con otros hombres que parecen llegar de algún lugar, sus mujeres los esperan en las puertas, al parecer les comentan algo luego se pierden en sus respectivos cubículos. Lo extraño de todo esto no sólo es la gordura mórbida de todos ellos, es como si hubieras atravesado un convento de eunucos, eso pensarías si no fuera por la presencia de las mujeres, aunque es sospechosa la ausencia de niños, en ninguno de tus viajes notaste la ausencia de niños, en pleno desierto o en la puna del altiplano parece existir, siempre, la intención de perpetuarse en la descendencia. ¿Será ésta una secta? Alguna vez leíste que algo parecido existía hace dos siglos, en la Rusia zarista, ¿pero en un país latinoamericano? Esta sospecha te asusta, deberías marcharte del lugar, pero ¿A dónde irías en pleno desierto? Te diriges al pozo de agua, el que por alguna razón no viste cuando llegaste. Una mujer acciona una palanca una y otra vez, chorros de agua son expulsados sobre su cubeta. Luego se marcha en silencio, colocas la cubeta debajo de la pila y haces lo mismo que la mujer que se acaba de marchar, es más difícil de lo que habías pensado, la palanca parece atorada, bebes el agua con desesperación, te mojas el rostro y los cabellos. Así que este pueblo se formó por la decisión de sus habitantes de huir de lo mundano.

Usted dice que busca a su hermano hace trece años, le puedo asegurar que en todos los caminos recorridos se encontró con él un par de veces, en alguna calle concurrida, en una feria, en el cine, en un restaurante, los hilos debieron entrecruzarse y usted no se percató de ello porque estaba demasiado afanada en el acto y no en la esencia de su búsqueda. No se detuvo a pensar en el por qué de su búsqueda y tampoco que cuando uno desaparece de un lugar, es para huir de algo, quizás de uno mismo y lo que menos espera es que a uno lo encuentren. Y usted lo buscó por senderos inexplicables, sin ton ni son, hasta llegar aquí. Está buscando donde nada se le ha perdido, siguiendo su destino, siendo un monigote de él, como todos. Libre albedrío, nos hicieron creer en él, no existe la libertad de decisión, es el destino el que existe, si usted

vino aquí es por una razón fundamental, debe averiguar cuál, pero eso es algo que no podrá descubrir si no descubre la esencia de su búsqueda. No existen las casualidades, existe el destino y es el destino el que teje en delicadas y complejas tramas esos pequeños eventos que ustedes llaman casualidades. Esos eventos se superponen unos a otros de manera imperceptible, quizás solapadamente, los hilos se entretajan con disimulo y el hombre piensa que tiene el destino en sus manos, cree que puede cambiarlo según su parecer, pero aún la concepción de esa idea es parte de ese destino. El hombre cree en el libre albedrío, pero es el destino el que lo gobierna, sólo sigue un rumbo ya trazado, un tejido perfecto en el que todos nos encontramos, nos entrecruzamos, completamos la red.

- La predestinación es un concepto muy medieval. Pensar que todo está regido, que no hay salida para el hombre, es algo atemorizante. Si todos seguimos un destino, deberíamos quedarnos sentados y esperar que los hechos se sucedan.

- Es parte del destino, continuar, creamos o no en el destino o en el libre albedrío. Si no, no habría predestinación.

- Nunca creí en los adivinos.

- ¿Nunca paso por la calle de una ciudad a la que iba por primera vez y sintió que la conocía? ¿Nunca vivió un evento y recordó que ya lo había vivido? Premonición, predestinación, como quiera llamarle.

- Insisto en que no creo en el destino.

- El destino cree en usted. Llegó a este lugar inimaginable en su búsqueda, eso no sucedió porque sí, tiene que existir una razón, está en usted comprenderla, averiguar. Ahora es mejor que vaya a su rincón y duerma, mañana será otro día y posiblemente pase por la carretera alguna movilidad que la lleve a su destino.

Fundamentalista, fanático, alucinado, todo a la vez, piensas. La mujer te extiende una frazada sin emitir palabra, nunca dice nada, apenas mira y sus

ojos huyen. La temperatura ha descendido, en el desierto las noches y las madrugadas son frías, te acurrucas sobre una frazada gris.

El día empieza muy temprano. Cuando aún no ha amanecido, los hombres de la comunidad salen de sus casas, suben a sus balsas de dos en dos y se pierden en la bruma de la madrugada. Las olas azotan la playa, son olas grandes que se estrellan con gran estrépito contra las rocas, luego regresan al mar arrastrando la arena que luego volverán a ser arrastradas por las mismas olas. La mujer del jefe, se queda a tu lado y te hace señas con las manos para que la sigas. Caminan un trecho largo, sus ojos son rojos, todos tienen los ojos rojos, tú misma sientes ardor. Continúan caminando en silencio, suben y bajan lomas, llegan a una especie de cerro pedregoso. Te entrega una botella con agua que llevaba debajo de la manta que la cubría, aceptas el agua. Gracias, le dices conmovida. Por primera vez te mira a los ojos, te sientes turbada por la paz que refleja, te señala una planicie, miras al lugar y no entiendes ¿Qué hay allí? Le preguntas, te vuelve a señalar el lugar con el índice, sigues mirando el lugar, pones una mano sobre la frente como visera, para ver mejor, te cuesta distinguir una delgada línea horizontal ¡Es la carretera! Le dices entusiasmada, pero ella ya se está alejando, introduciéndose en las dunas de arena. ¡Gracias, gracias mil! Le gritas a voz en cuello. Ella se sumerge en la arena, tú corres hacia la carretera.

La sequedad en tu garganta te provoca una tos incontrolable, pero ya no tienes ni una gota de agua para calmar tu sed, quieres llorar pero no tienes lágrimas, todo se ha ido por los poros de tu piel. Sientes que los ojos te arden, los cubres con las palmas de las manos, te quedas así, sentada a orilla del camino, temiendo morir en este lugar, sola, secándote. Escuchas un ruido lejano, luego no escuchas nada, otra vez el viento te trae el sonido, te levantas, subes presurosa sobre la roca, es un camión que se acerca a toda velocidad, abres ambos brazos para que te vea, le haces señas para que se detenga, pero el camión no se detiene, corres detrás de él, pero sigue con su carrera veloz,

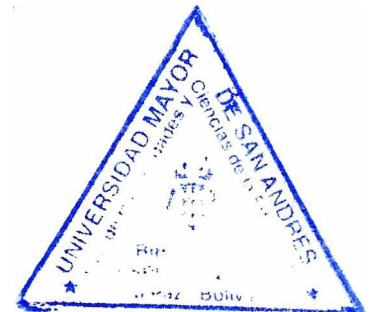
corres hasta que no puedes más y caes de cara sobre la arena, ya no tienes aliento para correr, ya sin esperanza tu rostro cae sobre la arena, imaginas que éste es tu fin, el camión seguirá con su carrera y te dejará, pero el camión se detiene, te arrastrarás sobre la arena para alcanzarlo.

El ayudante baja de la carrocería y te ayuda a llegar a la cabina. Luego regresa a la parte trasera del camión. Te sientas al lado del chofer que te mira con curiosidad, antes de apretar otra vez el acelerador te alcanza una botella de refresco, lo bebes con desesperación, hasta terminar el contenido. Luego te das cuenta que el chofer tenía que haber bebido directamente de la botella. Sobre el parabrisas hay colados stickers y unos adornos que cuelgan de un extremo a otro. Un perro de peluche está echado, durmiendo frente a ti. La transpiración dibuja unas manchas oscuras a la altura de sus axilas y pecho, un olor acre se desprende de todo su cuerpo. Te acercas a la ventanilla abierta a medias para recibir aire fresco.

- No intente abrirla, está atorada ¿Qué hacía una mujer en medio del desierto? - Pregunta con la mirada fija en la carretera, unas gafas oscuras cubren sus ojos.

- Estuve en el accidente de buses de ayer No sé si habrá escuchado sobre él — Le preguntas, pero él no responde nada y sigue mascando su chicle — Había muchos heridos, algunos muertos, y algunos que por algún milagro resultamos ilesos, bueno no tanto, mire, tengo una herida en la cabeza — Le muestras la herida cubierta por el cuero cabelludo, él le da un vistazo y sigue conduciendo — Bueno, los ilesos estuvimos esperando que una movilidad venga por nosotros, pero yo decidí estirar las piernas, me fui caminando en línea recta hasta un montículo de rocas enormes, pero cuando quise regresar al mismo lugar no pude, a cada intento me adentraba más y más en el desierto. Cuando ya no pude más encontré un pueblo, en realidad es un grupo de personas que vive en pleno desierto.

- ¿Un pueblo en pleno desierto?
- Un grupo de locos, ascetas, locos...pero buenas personas a pesar de todo.
- Tú no eres del país, ¿verdad?
- No.
- ¿De dónde vienes?
- Del sur ¿Por qué su ayudante está en la parte trasera?
- Por seguridad, los asaltantes abundan en lugares solitarios como éstos, trepan por la parte trasera del carro y, lo demás es cuento.
- ¿Por qué se detuvo?
- Primero pensé que era una alucinación, después que era una emboscada, pero cuando la vi arrastrarse por la arena para alcanzarnos, pensé que nadie podría fingir tanta desesperación. ¿A dónde se dirige?
- A cobrar una deuda pendiente.
- ¿Y su familia, qué pensaría de los peligros en los que se mete?
- Un hermano desaparecido, una tía loca, un abuelo probablemente muerto ¿Qué podrían decir ellos?
- Personas desaparecidas, eso parece de película.
- ¿No sabe que la realidad supera a la fantasía?
- Sí, en muchas ocasiones.
- Casi siempre.
- ¿No tiene esposo ni hijos?
- No sé porqué todos me preguntan lo mismo, la respuesta es no, no podré vivir tranquila hasta que no salde deudas.
- ¿Qué deudas tiene?
- Ya le dije, encontrar a mi hermano, por lo menos a él, al abuelo dudo que lo halle, después de tantos años, lo más probable es que haya muerto.
- Es probable — Le miras sorprendida, él sonrío y agrega — Los abuelos no sobreviven por mucho tiempo a los nietos.



- Es cierto.

- Hay botellas de gaseosas en el asiento trasero. Déme una y tome otra para usted - Buscas las botellas, están debajo del asiento, dentro de un cajón, abres una de ellas sin desprender por completo la tapa y se la extiendes, él recibe la botella, la termina de destapar con la boca, escupe la tapa en la palma de la otra mano y bebe mientras conduce, miras sus manos, te sorprenden unas manos tan cuidadas para ese cuerpo.

- Gracias

- Gracias a usted, perdone que no se lo haya dicho antes, si usted no hubiera pasado por el lugar estaría agonizando en este instante

El chofer sigue manejando a toda velocidad, al parecer se ha olvidado de tu existencia. Tiene la figura que todos los camioneros, una gran barriga y brazos gruesos. El cabello negro, ensortijado, escapa de su gorra blanca, unos lentes oscuros, refractarios le cubren los ojos, las expresiones de su rostro son seguras, despreocupadas.

- Descanse. El viaje es largo hasta la siguiente ciudad.

- Gracias otra vez - Le dices y cierras los ojos.